# NOSTALGIA

*FRANCISCO SOTO Y CALVO*

---

# NOSTALGIA

Patria est, ubicumque est bene.



CHARTRES
IMPRENTA DE DURAND
RUE FULBERT

1901

Á LA MEMORIA

DE

MI PADRE

JUAN JOSÉ SOTO

Y

A LA REPÚBLICA ARGENTINA

MI PATRIA

# ADVERTENCIA

Cada vez que en el transcurso de la lectura de esta obra encontrara quien leyese, una palabra un giro ó un modismo que no le fuera dado comprender ó que no estime castellano, sírvase recurrir al Vocabulario que hallará tras del índice del libro. Cuando el lector no argentino advirtiere un verso que le pareciese fuera de medida, recuerde que leyéndolo con la defectuosa pronunciación contingente al personaje en cuya boca se pone, el verso debe sonar rítmicamente.

F. S. y C.

París, 1901.

# SÍNTESIS GENESÍACA

DEL

# POEMA

Patria est, ubicunque est bene*

## EN EL LIBRO

O voi, ch' avete gl' intelletti sani,
Mirate la dottrina che s'asconde
Sotto'l velame degli versi strani.

DANTE. Inf., IX: 61 63.

---

## EN LA MENTE DEL AUTOR

### I

LA ATRACCIÓN

Lágrima de los ojos del ALTISIMO
Que el propio peso á resbalar condena,
Obedeciendo el hombre á su destino
La augusta altura en que nació desierta...

### II

LA QUERENCIA

Ave perdida en el espacio inmenso,
Busca el alma en el mundo su querencia,
Y patria y nido y amplitud de vuelo
Allí, tan sólo donde triunfa, encuentra.

### III

LA CONQUISTA

Paciente, el hombre, en resistencia asidua,
Transforma al hombre que invadió su tierra;
Tan sólo son profundas tus conquistas
OH, REFLEXIVA Y GRAN NATURALEZA!

---

## EN EL LLANO

Procuren, si son cantores,
El cantar con sentimiento-
No tiemplen el estrumento
Por solo el gusto de hablar-
Y acostumbrense á cantar
En cosas de jundamento.

HERNANDEZ. Martin Fierro; Vuelta: XXXII.

* (Palabras de Teucro al salir de su patria, que cita Cicerón, de un antiguo poeta, sin nombrarlo, pero que se supone es Pacuvio en su tragedia *Teucro.* Cicerón, *Cuestiones Tusculanas,* V, 37, Bothe, *Poetarum Latie Scenicorum Fragmenta,* I, p 147.)

*

PARTE PRIMERA

# LA ATRACCIÓN

# I

## EL IMÁN

Como se eleva en la estación florida
De las selvas de América á los vientos,
Esa solemne exaltación de acentos
Con que resuella en su labor la vida:
Gorjeos de ave, canturrear de fuentes,
Murmurios de hojas, reludir de ramas,
Rugir de fieras y gritar de gentes;
Y cuanto dice en su inmortal lenguaje
La planicie rindiendo vasallaje
Al sol que la fecunda con sus llamas;
Tal así del progreso en las corrientes,
De la orilla del Plata peregrino,
Sube el hondo vocear con que el destino
Hace hablar á los varios elementos
De las razas poliérgicas que funde
El ubérrimo carmen argentino.
¡Oh soberbia región que la alta frente
Apoyas en los Andes y que ciñes

Al fuerte talle el Paraná y el Plata !
Es el bullir que en tu extensión se siente
Fresco al oído, sugestivo al alma ;
Como preñado de esperanzas. Suena
Con leal sugestión : no como el canto
Pérfido y sin merced de la sirena,
Sino como al nacer del bello día
La natura vibrante de promesas
Desparrama el caudal de su alegría.

Resuenan los idiomas confundidos
En el estadio inmenso. Enardecidos
Los hombres en la lucha trafagosa,
Invitan con babélica armonía
Á las razas de todo el Universo
Á llegar á la tierra esplendorosa
Donde la flor del éxito se cría :
Y en larga caravana, respondiendo
Con éxodos de gentes afiliadas
Las muchedumbres, al reclamo fieles,
En la ruta de América enfiladas
Echan un puente al mar con sus bajeles.
Himno de triunfo más que voz de lucha,
Esa diana arrollante se enaltece,
Y al par que el Genio de la patria crece
Más limpio el son revelador se escucha...

Como en un reventar de primavera
De ardor universal, la fuerza afluye
Llena de pompa entremezclada y fiera;
Triunfa en contorno en opulenta vida,
Y al santo ensalmo, que doquiera cunde,
Sobre el ras de la tierra prometida
Lenguas, ideas, hábitos y sangres,
Todo se mezcla se depura y funde.
Así en la red de la argentina historia,
Tejido grande y complicado y rudo,
Tiene la infamia su mezquino nudo
Tiene su nudo la radiante gloria:
Revuelta la desdicha y la fortuna
Del país en el alma aun no formada
Lo culto con lo bárbaro se aduna;
Con lo parvo se acopla lo sublime;
Sigue al triunfo el baldón que prostituye;
Al baldón la proeza que redime;
Á la miseria hambrienta la fortuna;
Y al indio de pereza ecuatoriana
El hombre activo, el procer de mañana
Que al despertar, apenas en la cuna,
Ha de encontrar como triunfal legado
Para la gran República Argentina,
La egregia hegemonía americana:
El cetro de la América Latina.

Tal se acrisola de la patria el numen
Dando arraigo en su sér á las pasiones
Que completan al hombre y le agigantan
Formando embrión de universal resumen;
Y á merced de continuas migraciones
Que á las planicies vírgenes transplantan
De la vetusta Europa las naciones,
En el alma argentina se eslabona
De la latina raza el arrebato
Con el sobrio pensar de la sajona:
La itálica ambición de amor y brillo;
El señorial orgullo castellano;
Del francés la bullente fantasía;
La confianza en sus fuerzas del britano;
Y la altiva constancia que al germano
Retempla, aclara, envalentona y guía...
El niño de hoy, mañana se despierta
Con ansia de hombre en los tempranos músculos,
Y á los ancianos padres desconcierta
Por su audacia y valor; siente pequeño
El mundo en que nació para su empeño
Colosal encerrar: trabaja, inquiere,
Pone alas de progreso al grande sueño,
Y rendido al bregar de la batalla
Su anhelo emprendedor, tan sólo calla
Si el corazón que lo alentaba muere...

Nace ya armado á la bullente vida
De todas armas y de sangre ardiente;
Observa á Europa, que á estudiar convida,
Y anhelo audaz de superarla siente;
Mira ocupar del trópico hasta el polo
Á América del Norte, soberana
Joven feliz de cuyo seno mana
La leche del Progreso tinta en oro
Que restaura la sangre corrompida
Ó yerta, en parte, de la estirpe humana,
Y ansía ir más allá : sueña un destino
De ideales más nobles, fé más pura,
Más alta abnegación : la paz sin sombra
Faro de libertad que alumbre al mundo,
La igualdad bajo el palio del derecho,
Y del trabajo entre el hervir fecundo
Desde el Guazú caldeado hasta el Estrecho,
Revuelto del arado con el ansia,
Ve al territorio espléndido argentino
Derramando los dones del destino
Cual desbordante cuerno de abundancia.
Ya del Estrecho, un tiempo abandonado,
Hasta esa Sierra de quietud salvaje
Donde Güemes alzó sus montoneros,
Del Atlántico mar hasta los Andes
Hierven las gentes; puebla los oteros

Y hormiguea prolífico el ganado;
Mientras el himno en torno se levanta
Que el triunfo honroso del trabajo canta.
Ayer, no más la Pampa silenciosa
Reflejóse desierta en la pupila
Como muerta región. Hoy, populosa
Brinda al mundo su lomo de esmeralda
Que al igneo sol fecundador rutila.
Sobre ella el trigo su mantel de gualda
Tiende sin fin, cual si llegar quisiera
Ascendiendo del Andes por la espalda
Á la cumbre de la alta cordillera.
Donde ni aun grama en el erial crecía
Se apretuja el maíz : lucen sus hojas
Con titilar de lanzas refulgentes;
Y, de un desbordamiento con la audacia,
Derrama su torrente de panojas
Que, al cubrir caudaloso las praderas,
En lujuriante inundación se espacia
Por cerros, cuencas, valles y laderas...
Y cual se muestra al decrecer el río
El aservo yacente de conchilla
Que herido por la luz se entona y brilla,
Rotas las cañas del maizal bravío
Al apañar la espiga sazonada,
Descúbrese el extenso caserío

En donde el sol de nuestra Pampa astilla
Las fibras densas de su luz dorada.
Como hormiguero que el granero llena
En la hora feliz de los deshojes
Se ve del pueblo la vivaz colmena,
Con la fiebre voraz de la faena
Llenando de oro los hinchados trojes.
Y es de ver cuando, juntos los despojos
De chalas y de cañas, sobre el grumo
Convertido en hornalla de rastrojos,
No descúbren atónitos los ojos
Término al ala colosal del humo.
Y es de ver cuando, negro como tinta,
Cruzado el llano por fecundas huellas,
Muestra doquier, siguiendo los arados
Que guían hombres de lucientes botas,
La bandada flotante de gaviotas
Que hambrienta esquilma los melgosos prados.

La viña escala sin fatiga el monte
Que fué frontón de nuestra gloria el día
Que el sol de Mayo lo bañó en su lumbre;
Y por la herida que cavó el desmonte,
De la tendida falda hasta la cumbre
Se eleva la veloz locomotora
De la Paz y el Progreso portadora.

¡ Gloria al calor de la energía humana!
¡ Gloria al empeño engendrador de gloria!
¡ Gloria al retoño de la estirpe hispana
Que trueca su indolencia musulmana
Oh, yankee actividad, por tu victoria!
Al puñado de seres que entre-cruzan
La débil sangre que cayó en sus venas;
Que, en la ansia heróica del Progreso, azuzan
La traílla febril de sus faenas
Y al ocio amodorrante se rehusan!
¡ Gloria á los hombres que en la lucha activa
De las planicies, hasta ayer desiertas,
Con las sobras de razas casi muertas
Forman hoy otra más que todas viva !
Y en tanto pasa en la serena altura
De la ficción de augurio del Poeta
La voz del porvenir inenarrable,
Sobre la inmensa Pampa á la ventura
El populacho, en onda inmensurable,
Se desborda de un mar con la bravura...

---

## II

## ÚLTIMO ADIÓS!

Pero no. No es el mar, el mar humano
El que agita su oleaje embravecido :
Es que el viento amontaña el oceano,
Y el navío retiembla estremecido
Cada vez que en su casco cuneiforme
Reconcentrada, envuelta, prepotente,
La cordillera de olas, monstruo enorme,
Viene á estrellar la espumajosa frente.

Como el alma del hombre resoluta
Venciendo los airados elementos,
Entre el mugir de los alisios vientos
La nave de vapor sigue su ruta...
¿ Adónde va ? Á dó enfila la alta proa ?
¿ Adónde el viento y el vapor la llevan ?
Allí donde la tierra agradecida
Paga al hombre el tributo de sus bienes,
Volviendo oro el sudor que de sus sienes

Cayendo al polvo lo transforma en vida.
Hacia América va. Derecho al Plata
Puso la proa y la cortante quilla...
Su cabellera de humo se desata
Al flotar enredándose en las olas;
Hincha sus velas voluntario el viento
Y hace flamear lás vivas banderolas
Conque el gran transatlántico despide,
Llevando la partida así anunciada,
Á los pueblos y burgos que á su popa
Las albas casas en la costa esfuman,
Cual si fuesen ovejas que trashuman
Tendiendo al sol la desbandada tropa.

*

El vapor complacido corta el agua
Ansiando espacio en que nadar... Distante
Queda el puerto ligur de bulla eterna
Donde yergue su cúpula lustrosa
El faro colosal de la linterna,
Que en su alto asiento peñascal reposa;
Y sobre él, en el plinto soberano
De la iglesia de piedra edificada
Ante fuerte espaldar de estribaciones,
Aún columbra á lo lejos la mirada
Destacarse en la bóveda azulada

Á la Virgen gentil de Carignano,
Señera de los simples corazones,
Que parece elevar sus oraciones
Por todo el que se lanza al oceano...
¡ Tiene por quien orar desde su altura,
Tiene por quien orar la santa imagen
Durante veinte días ! Lleva el barco
De la mar y del viento á la ventura,
Doscientos pasajeros de primera
Y más de cuatrocientos inmigrantes ;
Que, amontonados en la angosta proa,
Saludan con la mano á la ribera
Cuyos ribazos roturaron antes...

¿ Por qué van á la tierra las miradas
De los humanos que á la mar se hicieron
Huyendo de la costa ? El viento alisio
Cargado del aliento de los mares
Busca los bosques de perfumes llenos ;
El relente á la Pampa que lo absorbe ;
Á la roca, el oleaje embravecido ;
El sol al llano ; el albatros al nido,
Con rumbo á tierra, en las etereas salas ;
Y el recuerdo del triste pasajero,
También buscando un puerto conocido,
Sobre el villorrio del hogar querido

Á columbrarse empiezan las de España
Áridas costas que asolara el Moro:
Donde el sol andaluz calienta y baña
Los, hoy derruídos, lúgubres torreones
Que un día defendieron el decoro
Noble Hesperia infeliz, de tus blasones!
Unas tras otras á la vista huyeron
Con los encantos últimos de Europa
Como envueltas en gasa las riberas...
Y al aire dando la flotante ropa
Los navíos que al largo aparecieron,
Gaviotas blancas que el espacio incita,
Hacia quién sabe qué distante cita
El vuelo airoso en la extensión tendieron...
Mas ya del nauta á los absortos ojos
Comenzó á desteñirse el verdeante
Color del mar... Y los eternos días
Del oceano violeta y azulado
Fueron corriendo, todos sucedidos
Por noches melancólicas y bellas;
En las que ansiosas, de los altos cielos,
Compartiendo del hombre los desvelos
Le miraban las pálidas estrellas.

---

## III

## VITTORIO

¿ Quién dejó las riberas del poniente
Favoritas del sol y la alegría
Sin que á sus ojos la tristeza enturbie,
Sin que le empañe de dolor la frente
Tu brumoso cendal, melancolía?
No es por cierto Vittorio, que callado,
En la borda de proa recostado
Mirando tristemente hacia adelante,
Mientras pensaba en su destino fiero,
Con el llanto de hiel del inmigrante
Lloró su deserción al extranjero.
Es el tipo esencial del italiano
Que al vivo impulso la constancia aduna,
El que la lucha acoje con abrazos,
Pues sabe sujetar entre sus brazos
Á la yegua cerril de la Fortuna.
El que al vigor del gladiador romano
Agrega el corazón, la alma latina,

Que hace que encuentre un cariñoso hermano
En cualquier inmigrante ó ciudadano
De la joven República Argentina.
¡Vedle! La luz que su semblante esmalta,
Al envolver su cuerpo alto y liviano
Realzando más su juvenil belleza,
Hace que se destaque con limpieza
Sobre el azul tapiz del oceano...

Es un soberbio mecanismo humano.
Fresca es su tez; hermosas sus facciones
Y finas son cual las de niña hermosa:
Dicen sus francos ojos sus pasiones;
Es su boca sensual y bondadosa;
Y apenas si lo dura de la vida
En que pasó su infancia fatigada
Su labio hizo pender, y amortecida
Dejó un tanto la luz de su mirada
Llena de audaz resignación. Espeso
Y ensortijado el bosque de su greña
Es de azabache. Sus salientes pómulos
Revelan voluntad; sus hombros anchos,
Sus músculos turgentes y lo estrecho
De su tronco y caderas, son indicio
Del trabajo brutal que hinchó su pecho
De la cava constante en ejercicio.

¿Habla? Lo extraño de su frase trunca
Ó sin hilván, descubre que su mente
Permaneció inactiva en la pobreza,
Como en mutismo de enceldado. Nunca
Se queja en alto. Á su dolor la frente
Jamás inclina... Su alma un tanto seria
No esquiva bromear; pero en el gozo
Se turba y desorienta: fatigosa
Parece que trabaja en su alegría,
Y su palabra trémula y pastosa
Se hace entonces más torpe todavía...
¡Pobre Vittorio! Carne de naufragio
Que acaso trague con sus negras fauces
El mar de la miseria... ¡Cuántas veces
De la patria Liguria en las colinas
Contempló pensativo la azulada
Profunda mar, inquieta y misteriosa,
Que mandaba sus ráfagas salinas
Á refrescarle el alma fatigada
Y á enjugarle la frente sudorosa!
Y cuántas, apoyándose en la azada,
Pagándole al cansancio su tributo,
Lamentaba la bárbara condena
Que le imponía tan cruel faena
A cambio ¡ay Dios! de tan mezquino fruto.
¡Oh, Italia! ¡Italia! Bella y verdeante

Pero infecunda al mísero labriego...
¡Cuán traidora es tu veste de esmeralda
Y esa falaz vegetación triunfante
De las moles que llevas en tu espalda!
El glorioso Apenino está cansado;
La leche de sus mamas colosales
No corre ya; la fuente se ha secado,
Y tan sólo los agrios peñascales
Cimiento de sus campos, se perciben:
Que en la tierra feliz que Apenín parte
Hoy sólo frescos y fecundos viven
Los recuerdos magníficos del Arte!
Tú también á tu Jupiter ¡oh, Italia!
Como Leda á su cisne te abandonas...
¡Feliz quien pueda polvorearte en oro!
De tal mortal duplicas el tesoro
Y su áurea empresa de éxito coronas.
Mas ¡ay! de aquél que en la pobreza nace
Sin más caudal que sus membrudos brazos
Conque habrá de ganar la subsistencia...
El engranaje cruel de la existencia
Poco á poco le aprieta y lo deshace
Y le arroja al destierro hecho pedazos.
El silbo de las ráfagas suaves
Mil tentaciones al oído inquieto
Del triste paria sin cesar llevaba.

Cuando Vittorio con furor rompía
La exhausta tierra guijarrosa y dura,
Una voz en los aires le decía
Con timbre de sirena: — « Aquellas naves
Que van cual hoja seca resbalando
Sobre el inmenso piélago, otro mundo,
Otro ambiente, otra patria van buscando:
En donde el fuego del trabajo honroso
Calienta más los miembros ateridos,
Y el producto del suelo generoso
Allí dá el triunfo á los aquí vencidos.
Allí la empresa es siempre resultado,
Todo esfuerzo es riqueza y alegría:
La noche sigue venturosa al día
Que en alegre labor ha comenzado.
Yo sé de muchos por aquí caídos
Exangües ya de la incesante brega,
Que alcanzaron el éxito tan sólo
Con restaurar sus músculos rendidos
En la argentina fuente del Pactolo.
Y sé de muchos más, que transformados
De bestias de labor en ricas gentes,
En la abundancia viven »...
Los acentos
De las brisas del mar así cantaban,
Y la esperanza pródiga llevaban

Con gérmenes de ensueños y contentos
Al alma de Vittorio. Pero ahora
Que él oyera la voz y se lanzara
También en pos del vellocino de oro,
Aquellos mismos soplos refrescantes
Otros diversos cantos le traían
Mezclados ¡oh, dolor! con los primeros...
No ya á encantarle el corazón como antes,
Sino que á entristecérselo venían
Con sus augurios vagos y severos.
Y mientras va tendido en el sollado
En medio de aturdidos compañeros
Que, más felices que él, duermen en calma,
Se siente sin razón desencantado
Del viaje que emprendiera ilusionado;
Y, mariposa fúnebre, en su espíritu
Volando y revolando, el mal deseo
De regresar á Génova al instante
Rehaciendo á nado la emprendida ruta,
De aquella nave aborrecida huyendo,
Las largas horas de su viaje enluta...

---

## IV

## LA FORTUNA

— ¡ Eh viva Dun Antonio !
Entre el tumulto,
Anunciando que llega aquel magnate
Á quien el vitoreante rinde culto,
Ha exclamado una voz, mientras desciende
Con desgaire del puente de primera
Un señorón que al punto se comprende
Que llame la atención en dondequiera.

— ¿ Quién es ese hombre ? Dícele Vittorio
Al inmigrante que encontró á su lado,
Designando á persona de tal bulto
Que con flexuosa parsimonia avanza,
Cual si trajera un contrabando oculto
En el inflado globo de la panza.

Á los viajeros, que el asombro tiene
Mudos ante el magnífico italiano

Que ora hasta cerca de Vittorio viene,
Interésales más que su semblante
El resplandor de la alhajada mano
Y el que lanza en su pecho la cadena
Del reloj que se hamaca centelleante...

Es el banquero Don Antonio Lanza
Que llegó á Buenos-Aires emigrado
Hace veinte años. Su fortuna alcanza
Hoy á varios millones, y ayer era
En conjunto: el papel de veinte liras
Que él al salir de Nápoles cosiera
En el crasoso chaquetón anteado;
El aservo de astucias y mentiras
En que fundaba toda su esperanza;
Dos brazos sin vigor; un alma helada
Á toda abnegación, no á la lujuria,
Que era en aquella bestia indomeñada
Más que incentivo humano insana furia;
Resistencia impasible á los dolores;
Y, de tal capital en complemento,
Aquella faja llena de labores,
Roja de nueva mas ya entonce obscura
Por el uso y los años, que el portento
Lograba de acallar al vientre hambriento
Ajustándose á tiempo á la cintura.

¿Quién en este hombrachón reconociera
Al flaco mozo casi de hambre muerto
Que há cuatro lustros del lugar saliera?
Que no cambió su espíritu es muy cierto;
Mas sus actos lo muestran de manera
Que engañar fácilmente bien pudiera
Al catador de gentes más experto.

Hora regresa de su bella Italia
Á la patria adoptiva.
Allá en su tierra
Dejó llenos de asombro á los parientes,
Cuando en rápido viaje de descanso,
Derramando las liras á torrentes
Llegó á Cerreto.
El burgo silencioso
Resonó alegre...
Acaso se asombraron
Más que de su fortuna, los amigos
Que tuvo allá en la infancia, del rumboso
Desgarbo en el gastarla sin cuidado
De que hubieron de ser mudos testigos.
¿Pues quién, á semejante potentado,
Aconseja ó advierte; quién critica
Á aquél que viene á descubrir á Europa,
Porque gaste en jaranas demasiado;

Y á todo amigo que encontró á su lado
Quiera pagarle alguna vez la copa?
— ¡Costumbres de salvajes! (Se decían
Las gentes admiradas) Esa tierra
En donde hace fortuna en pocos años
Lo mismo el haragán que el laborioso,
Con su fácil vivir engendra extraños
Ímpetus en el alma. Dadivoso
Se vuelve el más avaro: la certeza
De adquirir más y más no le abandona;
Se le llena de viento la cabeza:
El premio de su esfuerzo no sazona,
Ó cuando el hombre á disfrutarlo empieza
Siente que su razón se desmorona
En el caos fatal de la locura;
Y, fruto de peral desarraigado
Que con la savia postrimer madura,
Al caerse del árbol lacerado
Ni aun siquiera, en el suelo abandonado,
Á la raíz le allegará gordura.

*

Hoy Don Antonio, en el vapor, ensaya
Usando de bondades infinitas
Su ciencia de atraer los comitentes,

Y á hacer empieza á las sencillas gentes
Cotidianas y pródigas visitas.
Abandonando la primera clase
Desciende hasta sus simples compatricios;
Pues dice interesarse por los juicios
Que, sobre vida ó alimento á bordo
De los grandes navíos italianos,
Hagan los inmigrantes sus hermanos.

Con qué dejar contento á cada uno
Y á todos, algo trae: galletitas
Tomadas de la mesa de Primera
Presenta á los muchachos; pellizcones
Y ojeadas de chispeante impudicicia
Dirije ó dá á las hembras; á los mozos
(De los que hace el asombro y la delicia
Pues lo escuchan absortos y envidiosos)
Les dá un centón de prácticos consejos
Que más que los ayuda los desquicia.

También con entusiasmo indescriptible
Vittorio lo escuchaba...
Presentando
Iba el gordote aquel su plan de vida:
Con la túmida frase ponderando
La economía diaria; el infalible

Colocar á interes día por día
El dinero en el Banco del paisano;
El fiar siempre en este noble hermano
Que hasta á los más humildes se rebaja;
La suspicacia extrema; la blandura
Que debe de tener el que trabaja
Con el criollo violento; y el dejarse
Castigar si es preciso, y no enojarse
Si le tratan de bruto, ó si de gringo
Hijo de tal por cual: sino al contrario,
Elogiar del tirano la blandura,
Y entretanto los pesos embolsarse,
Como él lo hiciera en su ejemplar comienzo
Con su aguante de bestia de andadura...
Y más tarde también, como es preciso
Para doblar los blancos patacones,
Meterse á mercachifle de improviso;
Y recorrer los ranchos y galpones
De las afueras con su sucio carro,
Que casi hasta, al pasar por las lagunas,
Viene á ensuciar la suciedad del barro.
Luego ascender de un salto á almacenero;
Y ya por fin cuando la bolsa se hincha,
Cerrar la tienda y proteger hermanos
Llegando á ser el único banquero
Digno de la confianza de italianos:

Pues los saca de apuros á la cincha
Prestándoles dinero muy contento,
Como lo suele hacer todos los días,
Con tal que le presenten garantías
Y le dén cada mes un tres por ciento.

Vittorio apenas comprendía. Nunca
Habló con sér meridional más vivo
Ni más contento de su suerte. Todo
En el ventrudo cuerpo se movía
Á medida que hablaba; y de tal modo
En la externa actitud y movimientos
Seguro de sí mismo parecía
El espeso banquero, que, acabada
La oración que empezó, se sorprendía
Si en el corro de gentes de tercera
Escuchaba su frase refutada;
Y entonces ya sin más, groseramente,
Á aquel contradictor inesperado
Interrumpiéndole, con cuatro gritos,
Al silencio final lo reducía,
Ó á compartir sus miras lo atraía
Con gran admiración de los benditos
Que:
— Es debalde, decían, nadie alcanza
Á competir con Don Antonio Lanza!

*

Queriéndolo ganar, el inmigrante,
Y aprovechar el excelente ejemplo
Que su franqueza le brindó, insinuante
Á Lanza se allegó... Sus ojos cándidos
Cual palomas que buscan un asilo
Posáronse en los ojos del banquero;
El cual con el desprecio más tranquilo,
Así como estudió su catadura,
La enorme espalda le volvió ligero...
Heló al mozo la sangre la amargura.
No de otro modo el ánima creyente
Que su conciencia descargar ansía
Queda, si encuentra atrincherado el templo
De que todo esperó... Golpe inhumano,
Sintió Vittorio en la reacción... La mano
Tendida para darla al compatriota
Que tan noble creyó, quedó un segundo
Rojo como su sangre. Gota á gota
Volvió ésta al corazón...

Rápidamente
(Pues que fué su llaneza irreflexiva
Tan sólo un lampo en su esquivez nativa)
Escapóse del grupo bullicioso

Que en él no reparó ni casualmente,
Y hacia la proa se alejó, anheloso
De sentirse olvidado de la gente,
Y contemplar el mar desde la borda
Del vapor, que avanzaba lentamente,
Y en la cual se apoyó. . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . .
Cargada y sorda
La reflexión cual viene la marea
Contrariando la fuerza de los vientos
Ola tras ola, idea tras idea
Rechazando el turbión de sus pesares
Su espíritu ganó. Con sus acentos
Que la reacción dulcificó de pronto
El alma se le henchía de esperanza.
Vióse ya junto á su adorada madre
En el momento del feliz retorno
Al terruño que dábale añoranza;
Y más que un Rey faustoso en su mudanza,
Transformando miróse esplendoroso
En un palacio de brillante mármol,
Aquel tugurio donde el hambre humilla
Más la ruindad del padre, que gotoso,
Hace tres meses en holgar forzoso
Yace enclavado en la crasienta silla.
Luego se vió en los brazos torneados

De aquella presentida genovesa
Creación de sus ensueños encantados:
De esa virgen sin sér, cuya terneza
Le encantó el corazón con su dulzura,
Cuando, el invierno y su nevar, pasados,
Como en una explosión de luz y trinos,
Estallaba la ardiente primavera
Los seres, las campiñas, los caminos,
Haciendo revivir por dondequiera.....

Y, junto á élla vió, junto á la virgen
Que le apretaba, ardiendo, entre sus brazos,
Una media docena de chiquillos;
Que á su cuello, filiales, con abrazos
Se ciñeron de pronto, locamente,
Y el barco, el mar, el horizonte incierto,
Trocaron pronto, para el buen Vittorio,
En cielo de placer, recién abierto.

---

## V

### FELISA

Son iguales los días pero cambian
En su misma igualdad.
                                        La limpia esfera
Hoy se encuentra sin mancha. El aire puro
Se diría que está clarificado;
Y hasta la misma luz resplandeciente
Parece que pasando en el ambiente
Con sus arenas de oro lo ha filtrado.

Todo el mundo se agrupa en el sollado.
¿Qué pasa sobre el puente de tercera
Que atrae así á Vittorio?

                                          Juan Rovecha,
(Alegre gigantón de los Abrusos
Que hacia su patria de adopción se vuelve
Á trabajar del trigo en la cosecha,
Habiendo, como siempre en cada viaje

Tomado de ida y vuelta su pasaje),
Con un acordeón entre las manos
Y el sombrero hacia atrás, alta la frente,
Sentado en un tambor de la escotilla
Va reuniendo, agrupados en el puente,
Á todos los viajeros y marinos
Que están en el vapor desocupados;
Tocando á su sabor, como él los siente,
Los exóticos bailes argentinos
Con su dejo de Italia adicionados...
Y dos ó tres viajeros ocurrentes,
De esos siempre dispuestos para todo
Y que antaño en América estuvieron,
Al oir el compás de una Habanera
Comienzan á bailar de extraño modo;
Como otras veces junto al Plata hicieron
En las puestas de sol de primavera...

El viejo acordéon napolitano
Grita y ronca compases excitantes;
Hierve con un bullicio tumultuoso
Que decide á las gentes vacilantes
Á agruparse también en la toldilla;
Y uniéndolas en raudo remolino,
Hace del más adusto y silencioso,
Un bailarín que salta como ardilla

Presa de la embriaguez del torbellino.
Quien no quiere danzar, ocupa un puesto
Que le permita ver.
En el contagio
Unos tras otros los presentes, todos,
Ya se sienten caer.
Vittorio mismo,
Que en su vida bailó, sigue el ejemplo
Que le dan en contorno tantas gentes;
Y unido con Pascual (criollo cochero
Que ha seguido hasta Europa á la familia
Á quien sirve y con ella torna al Plata)
Haciéndole de dama al compañero,
En un furioso valse se arrebata;
Y mezclado á la ondeante muchedumbre
Y aumentando el frenético entrevero
Con risas y con gritos y codazos,
Por imitar al que hace de argentino,
Va moviendo las piernas y los brazos
Con la gracia andaluza de un molino...

*

— ¡ Que bendito sea Dios!
Dice riendo
Con carcajada suelta y cacareante,

Que va entre el ruído general cayendo
Del puente de primera, una muchacha
Que, los pases del baile comentando,
Al buen Pascual en criticar se goza
Con la patrona de ella y de él.

La moza
Serpenteante, inflamada y vivaracha,
Es una de esas criollas que escuchando
La música sonar, se están ardiendo,
Y sin poder permanecer tranquilas,
Dejan por entre labios y pupilas
Pasar la desazón que están sufriendo...
— ¡ Que bendito sea Dios ! ¡ Mire, señora,
Qué modo de bailar tienen los tanos !
¡ Vea al que baila con Pascual, parece
Que está escardando lana con las manos
Y al mismo tiempo con los piés !... y ahora...
¡ Mire cómo se quiebra !

Esto escuchando
La patrona, que sabe y ha sabido
Muy mucho lo que son necesidades,
— ¿ Y vos, porque no vas ? Dejáme el chico
Y andáte á divertir, dice riendo,
Que ya hace rato que te estaba viendo

De ganas relambiéndote el hocico.

— ¡ Valiente, Doña Justa, ni que fuera
Yo un papagylo coleador !... No diga...

Y allí fue la de risas y monadas,
Y vueltas y revueltas, en la duda
De si iría ó no iría la chinita,
Á bailar con « las gentes arrastradas »
Cual llamaba á los pobres su patrona...
Pero, resuelta á ir, pone en los brazos
De la simple y alegre señorona,
(Que se ríe á sacarse las ternillas
Al ver á su niñera en aventuras
Con aquella « tropilla de gringazos »)
Á la gorda y vivaz criaturita :
La que al tocar las faldas de la madre
Como si fueran á matarla grita.
Mas la madre argentina, los oídos
Ya tiene acorazados. Arrullando
Impasible en sus faldas al chicuelo,
De los otros viajeros rodeada,
Se queda complacida contemplando
La insolente irrupción de su criada.

¡ Oh, influencia misteriosa, que te expandes

De la joven belleza! Tú dominas
Á las turbas humanas; tú dispones
Á tu sabor la senda en que caminas;
Y de los más pequeños á los grandes,
Ves inclinarse ante tus frescos dones
Las ardorosas frentes que fascinas!

Felisa, como salta una gamita
En medio de los cardos, ha pasado
Primero la escalera, y los montones
De gentes luego.
Á éstas ha apartado
Sin saberse ella misma impertinente,
Con una ingenuidad más que insolente
Que á todas las parejas ha gustado...
Es una niña fresca y quemadita
Nacida en el Rosario: se dijera
Que aquella deliciosa compadrita,
Derrama de su esbelta figurita
Un frescor de pampeana primavera...

— Yo se bailar...
Les dice en italiano
De genovés compuesto y provinciano:
Entre, riendo y no riéndo, descubriendo
Los pequeñuelos dientes que, luciendo

Cual gotas de rocío entre una rosa,
Hacen aparecer los labios rojos
Aún más llenos de fuego que los ojos
Que cantan y chispean...

Cual movidas,
Al llegarles sus voces al oído
Por un resorte, entonces las parejas
En torno le hacen rueda...
Más de cuatro
Que les muestre, á la chica le han pedido,
Un baile nacional...
Pascual se niega
Á bailar sin guitarra...
En el momento,
Mandado por su padre, ha descendido
(Todo nariz, todo ojos, todo orejas),
Del puente de primera el niño Pepe :
Un gran muñeco de flexibles piernas
Hijo de la señora de que es criada
La graciosa Felisa; y el cochero
Pascual, con su guitarra muy cintada,
Sentándose en el medio de la rueda
Alza un vibrante arpegio...
Á su arrebato
Aplaude el criollo, aplaude el europeo :

Pues hasta el alma misma les ha ido
Del acorde patriótico del Gato
El contagioso y mágico rasgueo :
Ese contínuo y dulce bordoneo
Que llaman los paisanos el rajido,
Y que sabe arrullar tan blandamente
Los pobres sueños de la pobre gente.

El ágrio acordeón napolitano
Que dejó de chillar hace un momento,
Ha cedido su turno al instrumento
Símbolo antiguo del país pampeano.
La guitarra, que es hija del lamento,
Hasta en sus mismos valses es severa;
Cual la llanura, su doliente acento
Y su arrullo de blanda barcarola,
Aprendió del murmurio de la ola
Y las cadencias rítmicas del viento.

— ¿ Pero qué es ésto ? Se preguntan todos
Al oir á Pascual lanzar la copla
Que da principio al baile prometido.



Currun... currun... currunco :
Curruncurrunco.

Caigo y levanto:
Còmo se hace chiquito,
Cuando anda, el gato...

Currun... currun... currunco:
Curruncurrunco,
Salgan los mozos:
Andando al trotecito
Como los zorros...

Currun... currun... currunco:
Curruncurrunco,
Salgan las damas:
Caminando á pasitos,
Como las garzas.

Currun... currun... currunco:
Curruncurrunco,
Ya están bailandò.
Caballeros, ¡ silencio !
Que se oiga el Gato.

*
* *

Entre el humano redondel se encuentran
En efecto, el muchacho y la gauchita
Á la voz del cantor.
De la guitarra
La prima ríe, se lamenta y grita;
Con esa mezcla de quejido y canto
Con que el Plata, en sus costas, amontona

Los murmurantes pliegues de su manto...

Comunión de lamento y alegría,
Como el vagido de la Pampa inmensa
Que eleva hosannas al alzarse el día
Y al caer la tarde querelloso piensa,
Es el Gato argentino el complicado
Resumen del acento del pasado
Del alma nacional.

Á la armonía
De sus rasgueos, la muchacha presta,
Arreglando el vestido que ha tomado
Con un garbo magnífico de fiesta
Y abierto cuanto da de cada lado,
Avanza serenita hasta el chicuelo ;
Con la flotante falda y como envite
Le pega un aletazo en la rodilla,
Y huyendo luego con gracioso quite
En el dengue lascivo de un revuelo,
Con los duros tacones y las suelas
Rozando apenas el lustroso suelo,
Alza los brazos en un arco al cielo
Y comienza á sonar las castañuelas...
Y á quebrarse, y volverse, y á alejarse
Del inquieto galán zapateante,

Que venía en su falda á cada instante
Con lasciva indolencia á restregarse...

*

— ¡ Á ver, Pascual, si reventás la prima!
Exclamó la patrona desde lo alto :
— ¡ Hacéla ya que el repunteo gima
Y cortála después!
— Ah, no, señora...
(Sin dejar de bailar dice Felisa
Sonriéndo con gracia encantadora) :
No me obligue á coplar!
— ¿ Y el guitarrero
Qué hace que no la obliga? — Agrega alguno.
— Que la curte, ó se nuembre un bastuniero
Que sepa diriquir! — gruñe importuno
El insolente Don Antonio Lanza...
— ¡ Que la corte! en contorno van diciendo
Los que saben lo que es cortar la cuerda
En el baile del Gato.
El niño Pepe
Volviéndose á Pascual :
— Cortala ahora!
Dice, y en viboreante repicado
Hace sonar las tablas de cubierta

De los piés con el ansia crecedora,
Al puntear el vivo zapateado
Que ya el rasgueo á acompañar no acierta.

Y al escuchar que la guitarra calla,
Duro y derecho se quedó el muchacho
Como hecho piedra.
Con su voz de grillo
Luego exclamó sin el menor empacho :

— Las estrellas, brillantes,
Á tierra miran...
Porque tus ojos, negra,
Les dán envidia...

Alguno que otro aplauso perezoso
De la gente que entiende el castellano,
Animando al muchacho ya se escucha;
Entanto sigue nuevamente el baile
Que suspendióse para echar la copla
Entre el rasgueo del vivaz paisano.

Mas ya, de pronto, la postura cambia;
Y al contestar Felisa nuevamente
La relación que el mozo la endereza,
Mientras resuelta frente de él se planta,
Con su dejo llorón santafecino

Más que recita vocaliza y canta
Esta copla de espíritu argentino:

— Si, ellas me miran; ¡mejor!
Será porque saben ellas,
Que es más sabroso el amor
Á la luz de las estrellas...

Entre el aplauso que la chica arranca
Con su agachada dejativa y franca,
El descompuesto bailarín no atina
El punteo á escuchar de la guitarra
Para poder seguirlo con certeza.

Al fin hasta la moza se encamina;
Y haciendo ruido como lo hace el gallo
Que arrastra el ala en torno á una gallina,
Su zapateo el niño Pepe empieza.

Felisa se le aleja y con soltura
Evita el roce del galán...
De súbito
Marcando la guitarra otro silencio
Manda la relación, y se apresura
El muchacho, con voz desafinada,
Á echar la copla que le está ordenada:

— No querés que te quiera;
Pero, ¡es debalde!
¿Quién al trebol su aroma
Puede quitarle?

Y de nuevo enredado el zapateo
En série de posturas renaciente,
Prolonga el esotérico recreo
Que aturde á los que miran...
De repente
La bailarina, con alegre gesto,
Quedando firme ante el marchito pollo
Y haciéndole el respingue más criollo,
Con esta copla le responde presto:

— Trébol que yo no deseo
No me ha de quitar la calma!
Ya tienen su pastoreo
Las ovejitas de mi alma.

Otra vez el acorde melodioso
Vuelve á sonar; se agita la pareja;
Felisa, rie, y blandeando el cuerpo
Con el dengueo suave de un felino,
En el sereno avance cadencioso
Del deslizarse, ondula sin reposo;
La falda va de un lado al otro lado
Cual si movida, al oscilar sin tino,

Fuera por algun ser desorientado;
Y, arco sonante, los torneados brazos
De mangas recogidas, removiéndo
Con gracia extrema, y los radiantes ojos
Por todas partes sin maldad volviendo
Con ese chucho de alas de paloma
Que expresa intenso amor, ó hambre en el ave,
Llena de luz, levanta por doquiera
En los ardientes pechos italianos
Entusiástico afan, que va creciendo,
Y hace chocar, furiosas, aplaudiendo
En un redoble las chasqueantes manos...

El mismo capitán, tonel de grasa
Que no suelta dos frases cada día,
Al ver que á la muchacha se aplaudía
Hasta un « ¡ muy bien ! » solemne se propasa.

*

Vittorio como un ebrio, fascinado,
Contempla á la niñera, que ha bajado
Los brazos ya, y se aleja entre el ruído
De la ovación.
Vittorio no se explica
Qué es lo que siente ahora; las mujeres

Que en Italia turbáronle el sentido,
No tienen este extraño serpenteo
De víbora ó de tigre, ni esta boca
Que al alma deja enardecida y loca
Quemándose en las llamas del deseo.

¡Aura de juventud, tu dulce beso
Caliente el corazón del desvalido
Que tantas penas conllevó en la tierra!

¡Vuélvale el entusiasmo apetecido
Que alienta á combatir! ¡Y que el cobarde
Desaliento de un punto, que adormirle
La inspiradora voluntad ensaya,
Huya á la voz del general contento;
Y espere, el mozo, que del triunfo el viento,
Con bien le vuelva á la nativa playa!

¡Digno es él de triunfar!
Alma inocente
De la miseria en el erial caída,
Flor del dolor, la esencia de su vida
Asciende hasta el pasante indiferente.
Es como aquellos tréboles del llano
Que, de la inculta tierra entre las grietas,
O al borde pestilente del pantano,

Dan un perfume embriagador y sano
Que hasta envidiar pudieran las violetas.

¡ Vedle ! Ora duerne... El pálido inmigrante
Fatigado del baile se ha tendido
Encima de su manta, junto á un rollo
De cable embreado.
El sol refulgurante
Parece que puliera la felpuda
Crasosa vestimenta de Vittorio.

Amplio sombrero sin color le escuda
De la quemante luz; la faz esconde
En los brazos, almohada que sostiene
La juvenil cabeza; y el gran torso
Que rematan brillando los botines
Tachonados de clavos, se revuelve;
Y en aquel duro y trepidante lecho
La esplendente coraza de su pecho
Al igneo sol que la retuesta vuelve.

En derredor, en grupo pintoresco,
Hombres de fuertes miembros y mujeres
Enormes como bestias paridoras,
Rodeadas por innúmeros chicuelos,
Yacen todos tirados por los suelos

En patriarcal promiscuidad. Los niños
Sucios y hermosos, de salud dechado,
Cual flores de aquel suelo enmalezado
Lucen aquí y allá, gritando siempre;
Y allí en la altura del erguído puente
El oficial su soledad pasea,
Y distraído su mirar recrea
En el aduar dormido de la gente;
En tanto que el navío lentamente
En el piélago inmenso cabecea...

---

## VI

## LA CARNE

¿Quién grita que una nave hacia el poniente
Aparece?
            Del suelo levantada
La turba pasajera, alborotada,
Corre á la borda...
                        Los chiquillos, todos,
Los trajes de sus padres tironeando,
También consiguen ver del alto puesto
De los amantes brazos, el navío
Que tal curiosidad va despertando...

Pocos viajeros guardan sus asientos;
Y bajo un sol, que como ascua brilla,
Cuál en un banco, cuál en una silla,
Siguen la larga siesta soñolientos...

Vittorio se despierta, se endereza...
Soñaba con el baile de Felisa

Y con mil cosas raras de otros mundos...
Vuelve en contorno, inquieto, la cabeza;
Se levanta del suelo, lento y grave,
Y ve un barco triunfante entre las olas
Pasar, casi rozando la gran nave
Que le conduce á América. ¿Delira
O aun dormido está? ¿Qué es lo que mira
Que duda de sus ojos?
En montones,
Sobre el barco que marcha de bolina,
Opresos en casillas de madera
Por parejas, por dieces, y por cientos
(Viviente desbordar de la Argentina)
Bueyes, vacas y ovejas, azorados,
Vienen llenando el viento de mugidos;
Y, alzando la cabeza reluciente
De grandes cuernos por el sol dorados,
La vuelven en el éter transparente
Mirando con torpor á todos lados.

Es el arreo de la enorme tropa
Que va á servir, bien pronto, de alimento
Á los hombres que pueblan los cansados
Encantadores páramos de Europa,
Ménos fecundos cuanto más labrados!
¡Carne para comer! ¡Carne que al peso

Del oro se expendía allí en su tierra!
¡ Carne ! Tesoro por el cual la guerra
Se declaran el hombre con el hombre...
La carne, que es salud, progenie, fuerza,
Energía, valor, éxito, encanto,
Amor, goce, deleite: todo cuanto
En el lenguaje humano tiene nombre !
¡ Carne ! ¡ Ideal de su insaciable infancia !
¡ Anhelo de sus flacas mocedades !
Símbolo, allí en su mente, de abundancia
Que podía husmear sólo en la estancia
Del rico señorón de las ciudades...

Un filósofo hubiera presentido,
(Cual pudo presentir, boya perdida
En el triste naufragio de la vida
Sin amarra ni luz el buen Vittorio),
Que él también, como buey de matadero
Abandonado á su sangriento sino,
Iba, con estoicismo de bobino,
Á ser carneado allá en el extranjero,
Por ese despiadado carnicero
Á quién llaman los hombres el Destino !

*

Vittorio, no inconsciente cual los brutos
En su aparente indiferencia á todo,
Pero si resignado, levantaba
Un HIMNO allí en su sér al alimento:
Un treno á la miseria, que, empapado
De su latente llanto con las gotas,
Escondido quedó en su pensamiento,
Cual si se hubiese avergonzado el viento
De alzar á Dios la queja de sus notas!

*
* *

En naves atestadas
La carne palpitante,
Navega hacia las costas
Donde morimos de hambre.

Palacios de abundancia
Los buques llevan trigo,
Hacia las playas donde
De inanición morimos.

Nuestras vetustas viñas
Dan vinos á toneles,
Y el hombre que las cuida
Desfallecido muere.

Los grandes de la tierra
Ya toda la codician:

Se tragan sus productos,
Agotan nuestras vidas.

Fecunda la Miseria
Da hijos á millares,
Y así como Saturno
Devora sus infantes.

Manceba prostituída
En cambio, la Riqueza,
Ni crea ni fecunda:
Suicídase y despuebla...

Para arrastrar esposas
Y trabajar nacimos
Y perpetuar la raza
De esclavos afligidos.

Llamados nacen otros
Á dominar el mundo
Con látigo y mordaza,
Con privación y lutos.

Bocados de los ricos
Los pobres y las bestias
Mientras nos llega el turno
Sigamos á la recua.

Dios mismo, por ahora,
Se alía con los malos:
Á los impíos fierros
Tendamos nuestros brazos.

Mas ¡ ay ! si el gran torrente
Destroza las barreras...
¿ Dó están vuestros hermanos,
Caínes de la tierra ?

*
* *

Silencioso y febril, el buen Vittorio
Mientras así pensaba, distinguía
Entre la niebla gris del horizonte
El vapor que á lo lejos se esfumaba...
Mas por extraño efecto de espejismo
Ó miraje mental, alucinado
En reacción antitética violenta,
El mozo vió al navío, entonces mismo,
En el puerto de Génova atracado.

Y el barco era de él. Toda su carga
Á Vittorio también pertenecía :
Y éste las reses descargado había
Instalando en la plaza Deferrari
Junto al Teatro Real « Carlo Felice, »
Á cielo abierto gran carnicería,
De donde á cambio de sonantes liras
La carne sanguinosa y chorreando,
Á las manos del pueblo iba pasando
En largas, frescas y aromosas tiras...

¡Que vinieran entonce esos toneles
Sin fondo, esos olímpicos magnates
Que viven de la angustia de los pobres;
Ni á cambio de los frutos de Cibeles:
Ni aun que olvidando sus costumbres viejas
Para pagar la carne con tesoros
Vaciaran por el hambre sus petacas,
No habían de comer de sus ovejas
Ni de morder la carne de sus vacas!

Y rumiando tan loco pensamiento,
También como un novillo resignado
Á correr el albur del matadero
Para el cual por la suerte fué nacido,
Los párpados cerrando fatigado
Pesadamente se quedó dormido.

*

Ya la siesta pasó: llegó la hora
De la comida miserable y ruda
Y fué de ver la tumultuaria escena...

Al sonar la postrera campanada,
La gente de la proa, aturbonada
En torno del enorme cocinero,

Lucha entre sí por alcanzar primero
La marmita de sopa codiciada.

Dos hombres, con humeantes cucharones,
Reparten el potaje del caldero;
Y es tal la agitación, tal el apuro
Con que la gente, todo, se arrebata,
Que, el líquido, los cuencos rebosando,
Chorrea aquí y allí: llega á los chicos
Que, al untarse la mano en los hocicos,
Más van sus sucias caras ensuciando...

Otros pequeños, caen y berrean
Aumentando la grita y el tumulto;
Y blasfeman los padres irritados
Al verlos, en el suelo, amenazados
De pisotones mil.
De tiempo en tiempo
Se acrecienta la gresca, pues algunos
(Entre los cuales se halla el buen Vittorio)
Llevados por la hambruna indomeñable
Á obrar con egoismo inconfesable,
Más voraces que todos, ó más tunos
O de más fuerza de vivir dotados,
Á costa de los pobres rezagados
Que quedan sin ración por tal motivo,

Se hacen servir de nuevo; y alejados
Del foco de ese infierno verdadero,
Con cucharadas de potaje humeante
Se rebosan el tunel del garguero.

De este modo la humana descendencia
De la angustia del hambre ante el vestiglo,
Sigue librándose, siglo tras siglo,
El combate bestial de la existencia.

Y es triste ver, modernos Ugolinos,
Conllevando sus míseros destinos,
Á hombres que el yugo de la gleba tráen,
Cuando, sobre el esparce que lograron
Y que con furia crecedora ráen,
De la muy magra tumba de tercera,
Como aves en desierta sementera
Acicateados por el hambre cáen.
Y entre tanto que sufren los dolores
Del contínuo ayunar, los beneficios
Que la gran Compañía de Vapores
Sirve cada año á sus pudientes socios,
Fomentan ¡ay! los elegantes ocios
Que cual virtudes en lugar de vicios
Ora se encomian con loor profundo
Y llenan el oído con su estruendo,

La crápula y el juego convirtiendo
En distintivo galardón del mundo!
Cual si esta ciega Humanidad podrida
Fundara su esperanza en el gusano,
Y quisiera entregarle más temprano
La apestosa osamenta de la vida...

*

Tal así su gazuza disculpase
Y ésto expresara el bárbaro Vittorio,
Si á expresar tales quejas alcanzase
Su simple reflexión: mas lo sentía
Allá en el fondo de su alma seria,
Con esa intensidad del hombre honrado
Que náufrago, se mira abandonado
En el túrbido mar de la Miseria!

Entre tanto atraído del barullo,
Á grandes pasos majestuoso llega
Un joven oficial.
Su voz concisa
Aplaca al punto la encendida brega.

Hace formar dos bandos á la gente
Que hasta allí estuvo entremezclada. Á diestra

Con los chicos en brazos, las mujeres;
Los hombres en falange al otro frente
Con los niños mayores; á este lado
Los que tienen la cara más contenta,
Porque han comido ya: y así permite
Que se siga el reparto comenzado;
El reparto, que queda consagrado
Y que mañana y tarde se repite.

Y uno tras otro entonces lentamente
En la mano la humeante cacerola,
Se ve pasar los hombres complacidos
De los chiquillos por doquier seguidos;
Éste hacia un lado, aquél al lado opuesto,
En alguna escalera ó calabrote,
Por aquí por allí, por todas partes,
El hambriento concurso se congrega:
Y el padre, á quien ya nadie le arrebata
La porción que le cupo á su familia,
En la escudilla de luciente lata
Á cada quisque su ración entrega
Y la justicia con la paz concilia.

Después, la hambruna general calmada,
Todo vuelve á su ser.
Ya terminada

La mísera merienda, aquel concurso,
Con la santa y frugal filosofía
Que Dios presta á los simples corazones,
Amodorra sus penas con canciones:
Entanto cierra su pupila el día,
Lanza en el alto océano los sones
De un acordado canto de ostracismo
Que la ráfaga lleva en ecos graves,
Como huérfana voz sobre el abismo;
Y sabe Dios, si, cual las blancas aves
Que cruzan el espacio en ocasiones,
No llega á remover, allí en la playa,
Cual las aves los líquenes nativos,
Aquel nido de amor y afectos vivos
Donde el materno corazón ensaya
Su volar de recuerdos afectivos,
Que al hijo buscan, que, en la mar ignota
Hacia el país desconocido flota.

---

# VII

## EN LA SOMBRA

Cuán diferente en la primera clase
En regio comedor que resplandece,
Pasa la escena de cenar á bordo
Tan mezquina en la proa!

Aquí el muy gordo
Don Antonio, galante con las damas,
Traga y festeja: en eso, como en todo,
Esa bolsa de astucia encuentra modo
De no andarse del árbol por las ramas
De la existencia... En torno y casi ahitos
Por lo repletos, van los pasajeros
Rechazando los platos sin tocarlos:
Y pasan los dorados pajaritos
Ó los llenos de olor patos caseros;
Del salmón el zoquete sonrosado;
Las verduras, los postres y las frutas;
Y los manjares mil que el ocio, amado

De la gente pudiente, ha convertido
En gran necesidad, cuando se puede
Vivir tan sólo con el fuerte asado
Cual Felisa sus años ha vivido :
Y á nadie en punto de salud le cede.
¡ Vedla ! Allí está : rodeada de chicuelos,
De la eléctrica luz al claro brillo
Y en frente de la túrgida estanciera,
Con su garbo insolente aunque sencillo,
Plácida atiende á que los niños coman ;
Los cuida, los corrige ; y si clementes
Sus ojos ven la falta, más los dientes
En la sonrisa que en el reto asoman.

Por eso la obedecen los muchachos
Y no se hallan contentos sin Felisa.

En la mesa contígua, su patrona,
Casi en la misma oreja del marido
Desliza estas palabras sibilantes
Que suenan cual de víbora el silbido :

— ¿ Sabés, Alberto ? El sucio de italiano,
El cerdo Don Antonio, se ha atrevido
Á salirle á Felisa á la cruzada
Hoy en la siesta !

— ¡ Ah diablo! ¿ Y qué le ha dicho
Si se puede saber sin asustarse ?
Pregunta el señorón muy por lo bajo,
Con cierto aire de sorna...
— Lo de siempre...
(La señora contesta acalorada)
Y le dió una sortija por capricho !

— ¿ Felisa la tomó ?
— ¡ Pues ya lo creo!
¡ Y se ha reído más!... Todas las mozas
De tercera conocen el asunto...

Pero al llegar la plática á este punto
— No te ocupes, mujer, en estas cosas...
La interrumpe el esposo cejijunto.

*

Han salido las gentes á cubierta.

Allá en medio de un grupo reposado
Que se destaca de la sombra incierta,
De la ancha proa en el panel sentado
Vittorio se halla.
Elévase el acento

De los que hablan en alto: mas el mozo
Escucha al compatriota que, contento,
Va también hacia el Plata, y que despierta
Su gran curiosidad alimentando
Su admiración con datos. Las noticias
Que el viajero repite exagerando
Las mudanzas de aquel que hizo fortuna,
Como graneado fuego se suceden;
Mas de Vittorio el ánimo angustiado
Esos chispazos clarear no pueden,
Cual no pueden las pipas apestosas
De los hombres que fuman á su lado,
Haciendo efecto de encendidas rosas,
Clarear el ambiente encapotado
Por las salinas brumas vagarosas...

Tras varias horas de vibrante charla
El silencio llegó.
Tiene el bullicio
Como lo tiene el día su crepúsculo:
Las voces lentamente se aminoran,
Parecen parpadear como esos rayos
De las puestas de sol todas de fuego
Y se apagan por fin...

Una tras otra

Fueron las gentes á acostarse luego
Y el silencio reinó; sólo alterado
Por el oleaje al cachetear la amura,
Ó el contínuo jadeo acompasado
Del revolver de la hélice en la hondura...

Es imponente de la nave escueta
La sombría derrota por los mares!
Del hombre el alma se levanta inquieta:
También navega en la extensión secreta
Por el mar de sus íntimos pensares...

Del cielo la ancha cúpula enlutada
Se espesó. Se cambiaron las estrellas
Que del triste emigrante á la mirada
Hablan con voz más tierna y encantada
Cuanto él más sabe comprenderlas á ellas.

Mas las noches volubles de los trópicos
Son, cual la dicha y el dolor del hombre,
De gran movilidad.
La sombra austera
Do la nave sonámbula se esfuma
Como extraño fantasma pasajera,
Se trueca pronto en la estrellada noche
Resplandeciente, clara, cristalina;

Donde, sembrando perlas y diamantes,
Va surcando las aguas chispeantes
El barco azul que en el azul camina...

*

Vittorio estaba absorto.
Aquella vida
Le sacaba de sí; sin el beleño
Del cansancio brutal, que en otras veces
Tras del trabajo le sumió en el sueño,
Trasnochaba en el mar. Pero esa noche
Al alma se apretó del inmigrante
La soledad con su terror incierto,
El barco al ver, cual si flotase muerto
Sobre el dormido piélago undulante...

El hombre, silencioso en la alta proa,
Contemplaba los cambios repentinos
Que la luz ó la sombra producía
En el turbio oceano... y tuvo miedo
Sin saber en rigor porqué temía;
Y quiso descender, ir á acostarse
En la cámara odiosa: mas de pronto
Rasgó el silencio y se alejó un silbido
Que desde el puente, entonce obscurecido,

Vibrando descendió...
Por él, volviendo
Vittorio, al punto, hacia estribor la vista,
Vió sobre el mar como sangrienta arista
Un reflejo luciente, tan lejano,
Tan débil é indeciso, que un momento
Dudó si aquella lúz sólo sería
Rara alucinación del pensamiento,
Fuego fatuo que el negro firmamento
Cruzaba de su ardiente fantasía...

Mas la luz chispeó... Volvió á perderse...
Se encendió nuevamente más cercana,
Y súbito tornó á desvanecerse....
Y á lucir otra vez engrandeciendose
Ya cerca apareció.

Sobre la cresta
De alguna ola densa y perezosa
El rayo de un fanal lució un instante;
Y entonces, á estribor, el inmigrante
Columbró la silueta de un navío:
Un fuerte casco de bajel mercante
Que avanzaba en el piélago sombrío.
Y parecióle oir al italiano
Por la distancia y por la mar veladas,

Unas voces alegres, coreadas
Que de la nave sin cesar salían...
Y creyó que eran gentes que reían;
Muchedumbres contentas que cantaban ;
Dulces frases de Italia que sonaban;
Compatriotas ya ricos, que volvían
De la tierra argentina, y que observando
El barco que iba al Plata, en un momento
De generoso impulso, saludando
Á aquellos ignorados compatriotas,
Lanzaban coreantes esas notas
Que en largos sones se llevaba el viento...

El iba á contestar : él también iba
El silencio á turbar con el acento
De su voz de ilusiones rebosante
Preñada de esperanzas y contento ;
Y — ¡ *Buon viaggio* !... gritó. Pero de pronto
Vino del barco, fúnebre y distinto
Algo como un lamento, y otros varios,
Hondos, llenos de pena; que, fundidos
En el salino ambiente, se estiraban...
Y en las alas del viento se alejaban
Por el silencio augusto ensordecidos...

Viendoló deslizarse, se diría

Que aquel gran barco, que en la mar huía
Del alto cielo bajo la alta urna,
Era un ave encantada y taciturna
Que iba á seguir la obscuridad nocturna
Al primo albor que denunciara al día...

Y á Vittorio, que absorto contemplaba
La nave que en misterio se alejaba
Como bruma que se hunde entre las brumas,
Le pareció que el cielo se encajaba
De aquella nave extraña entre los mástiles
Y de crespones negros los colgaba.
Ya distantes las cruces de sus vergas
En flotante Calvario se volvieron;
Y en lúgubre fusión de sombra y luces
Las tres extrañas é imponentes cruces
En el piélago inmenso se perdieron...

*

Era muy tarde ya: todo callaba...
Allá en el solo puente de primera
Bañado en sombra. Súbito un chasquido,
Un golpe seco se escuchó: el ruido
De un bofetón que aplana una mejilla
Sin encontrar obstáculo.

Severa
Disputa le siguió.
Corriendo á obscuras
Vittorio se acercó, y al ir subiendo
Por la escalera hacia el lugar del caso,
Vió, por la otra escalera descendiendo,
La silueta global de Don Antonio,
Que entre las sombras apretaba el paso
Cual seguido de cerca del Demonio...
Y del claro salón allá en la puerta,
Trayendo el bastidor de su señora
Que fuera á recoger sobre cubierta,
Vió, toda luz, á la vivaz Felisa
Como envuelta en el halo de una aurora,
Que entraba, aparición encantadora,
Queriendo en vano contener la risa,
Juvenil, insolente, triunfadora...

---

## VIII

### LA MANZANA

La mañana está alegre y placentera;
Como chapa añilada, el mar bruñido
La luz del sol que asciende, reverbera
Con cosquilleos de epidermis.
                                        Corre
Sereno el gran vapor... como seguido
De un cardumen saltante de delfines
Que hace el mar espumear..... Pero Vittorio
En la borda de proa recostado,
Mira pasar la linfa cual si fuera
Oleaje embravecido.
                              Impresionado
Con inquietudes mil el inmigrante
Febricitante está: mezcla en su mente
Las angustias reales á los duelos
De mera fantasía. Al mar rugiente
Como una bestia desatada en furia

Lo viera ¡ tantas veces! destrozarse
En las rocosas playas de Liguria
Con fuerza irresistible...
Pero ahora
Se le antoja que, airado y reprimido,
Es tan sólo su calma engañadora
Al hombre viajador...
Y al agua increpa
Allá en su pensamiento, cual un día
Á la sórdida tierra labrantía
Increpaba con frases cuyo acento
Nunca brotó del labio: — ¿ Hosco oleaje,
Por qué te me presentas aplanado
Y lleno de rencor ? ¿ Qué hay en tu calma
Que así me aterroriza ? ¿ Por ventura
Causóte mal el débil peregrino
Con huír de sus lares infecundos,
Donde tiene su asiento la indigencia,
Para tomar un rayo de existencia
Al calor de los soles de otros mundos ?
¿ No fuiste tú quien me tentara un día
Á buscarme la vida á gran distancia
Del suelo ingrato de la patria mía,
Allí donde la flor de la abundancia
Con sin igual vegetación crecía ?
¿ Por qué amargarme ahora los instantes

Con augurio de oculto desconsuelo ?
¡Cantad, alegres ondas, como antes!
¡Rayos tibios de sol reconfortantes,
Lucid! ¡Lucid, para alegrarme el cielo!
Pobre Vittorio... Su alma delicada
No con estas palabras, mas con otras
Que expresaban lo mismo, se expandía:
Dios, acaso, sus votos exaudía ;
Pues, sin que en torno se cambiase nada,
Todo vistió de pronto á su mirada
El albor juvenil de la alegría.

— ¡Pobre gringo!
Y la voz de cantilena
Que esta frase lanzó, con gran dulzura
Suspiró:
— ¿*Lei va tristo*? — allá en su oído.
Y al volverse Vittorio sorprendido
Á la insólita voz que modulaba
Su patrio idioma en son mal pronunciado,
Á Felisa, risueña como siempre,
Vió, con su traje de percal floreado
Que tan gracioso el cuerpo le ajustaba:
La que, teniendo un chico de la mano,
Los ojos fijó en él, con la insolencia
Peculiar en la infancia á la inocencia

Del sabroso mirar americano.
— Vea... (le dijo la locuaz muchacha
En genovés mezclado de porteño,
Balbuceando de enojo todavía,
La escena de la noche recordando
En que se tuvo que mostrar tan fiera
Y la que aún tan nerviosa la ponía,
Hasta el alma mirando á quien hablaba
Con orgullo de reina) yo no quiero,
Por más que ¡ qué me dá de un extranjero!
Que usted me tome por alguna loca,
Ó por algo peor... Y si he venido
Entrando con el chico en la tercera
Hasta aquí, por hablar á usted ha sido:
Porque, aunque anoche no le dije nada,
Bien noté que era usted el que subía
Por la escalera de estribor, corriendo,
Cuando tuve que hacer con Don Antonio,
Que manosearme á gusto se creía,
Lo que haré con cualquiera que atrevido
Me moleste, por fuerza pretendiendo
Lo que sólo he de darle á mi marido!
Gracias á usted, el tipo, avergonzado,
Temiendo que lo vieran cacheteado,
Se metió al camarote... ¡ Esta mañana
Ya estaba sano de su amor!

Ahora
Me voy: porque me llama mi señora
Desde primera. — ¿Quiére una manzana?
Y en la mano poniéndole la poma,
Sin decirle ni ¡adiós! alzó en los brazos
Al chico; y viva, y con andar dengueante,
Alejóse, lanzando á cada instante
Esa risa cual risa de paloma
Que le era peculiar... Con los ojazos
Llenos de asombro, la siguió un momento
Sin cambiar de actitud el inmigrante:
Luego llevó la vista hacia el espacio
Y dejó florecer su pensamiento...
Como cambia la rafaga de viento
El aspecto del cielo nebuloso
Dejando que el sol triunfe, el bullicioso
Paso de la muchacha iluminado
Con su propio destello bondadoso
Dejóle el corazón al expatriado.

*

— *Spiritosa bimba*! — Se decía
En tanto que en silencio recordaba
Como un extraño sueño aquella escena
Sorprendido Vittorio. Y poco á poco,

Á la vez que de nuevo entreveía
En la poblada popa, la serena,
Figura de la chica pasearse,
Él, que ni el propio nombre la sabía,
Pues de él no tuvo aun tiempo de informarse,
Daba vuelta en la mente á lo curioso
Y singular del caso: la derrota
Y la afrenta cruél del compatriota
Tan suficiente; la bondad salvaje
De la chiquilla aquella, que ligada
Con ricachos, no sólo no le huía
Á él, pobre gañán desheredado,
Sino que hasta buscarle se venía
Por darle explicaciones de un asunto
En que él no pensó nunca haber entrado:
En que, en su irreflexión, sólo intervino;
Y después, aquél aire de confianza,
De no tenerle miedo: de mirarle
Con bondad amistosa, y aquel fino
Regalo de la fruta que en sus manos
Él tenía aún, y el mágico tufillo
Que la poma exhalaba: todo junto,
Tan hondo se le entró en el sentimiento,
Que, desviado de allí su pensamiento,
Volando fué por los salinos ámbitos.
Hasta el poblacho paternal lanzóse

Y á la madre llegando, cual falena
En torno de ella revoló, y en torno
Del hombre que Vittorio abandonaba
Tan sólo por proveerles de alimento;
Y el alma toda de ternezas llena,
El muchacho sintió en aquel momento
Que algo tibio de pronto le mojaba
La mejilla y la mano, y resbalaba
Hasta hundirse en el líquido elemento...

— ¡Béstia! (se dijo el joven italiano
Temeroso de que alguien le advirtiera
Enjugándose á medias el semblante
Con el áspero dorso de la mano).
¡Ni que un augurio desdichado fuera
Despertar simpatías en el mundo!
Y al ver que se acercaba otro emigrante
Al sitio en que él estaba, en un segundo
De su tristeza rápido saliendo
Con esa transición que es tan humana
Y que lleva del llanto á la sonrisa
Al sér impresionable, componiendo
El rostro hasta en los últimos resabios
Que le dejó la pena, á la manzana
Que aun tenía en los dedos, complacido
Dió vueltas, observó; llevó á los labios;

Y en el punto estratégico elegido
Encajó una mordida soberana.
Masticó; repitió la mordedura;
Y gustando la carne con deleite,
Paseó la mirada en la sabana
Tranquilo ya, de aquella mar de aceite...

---

# IX

## Á MAMMUCCIA

« Como jurar me hiciste que lo haría
Hoy te voy á escribir, Mammuccia mía :
El viaje va muy bien, y todavía
Como él vamos.
Me han dicho que mañana llegaremos
Á una isla muy grande ; que tendremos
De donde mandar carta ; y si queremos,
Que escribamos.
No me mareo aun... Descanso tomo :
Echado todo el día sobre el lomo
Se lo pasa uno aquí. Ni por asomo
Temí la muerte.
Pero, más que por todo, yo te escribo
Para que, de estas letras al recibo,
Sepas que, entre el barullo en que aquí vivo
Tuve suerte.
Conocí á un muchachón : Pascual Cremona
Nacido en Buenos-Aires ; gran persona
Que le habló en mi favor á su patrona.
Es cochero.
Y la patrona me llamó aquel día
Y me pudo explicar, que si quería
Yo, desde entonces ya, me tomaría
De quintero.

Pero un compatriota de primera
Que siempre hace sonar la faltriquera,
Y que parece nuestro padre fuera
        Por metido,
Me ha dicho que no crea en generosas
Promesas; que él, sí, tiene ventajosas
Colocaciones, y otras muchas cosas
        Me ha ofrecido.
Pero yo sólo acepto, por ahora,
La propuesta que me hace la señora,
Que tiene una sirvienta bailadora:
        ¡Brava chica!
Y lo he dicho y lo digo ante la gente:
Que soy de la señora ya sirviente,
Y ojalá mi servicio la contente,
        Porque es rica.
Me tomará con veinticinco liras
Al mes: mas de aumentarme tiene miras...
¡Quiéra Dios no sea un sueño de mentiras
        Ilusorio!
Mandaré lo que pueda para Padre...
Pide á Dios para mí lo que te cuadre;
Y te besa amoroso, buena madre,
                Tu Vittorio.»

*

Entre mantas y cáscaras de fruta
Y gente espatarrada, el inmigrante
(Sobre el alto panel de la escotilla,
Junto á un juego de morra y su disputa,
Sentado en el baúl de un compañero)

La misiva escribió tartamudeada
En un papel que no por limpio brilla:
Mas que si se halla de limpieza falto
Decoraciones lleva desde lo alto
Donde empezó la fecha : un buen reguero
De tinta embetunada y cenagosa
Que forma una comarca montañosa
Convirtiendo la página en un mapa ;
La senda que los dedos recorrieron ;
Y allá junto al final de la escritura
El infaltable gran borrón, de yapa,
De Vittorio constante signatura :
Aquél borrón cuya crasosa tinta
Sobre el papel casi antes de asentarse,
Ya lengua y dedo y punta de pañuelo
Bajaron á enjugar ¡ tan hábilmente !
Que hicieron del borrón, para consuelo
De Vittorio, un paisaje con su cielo
Y su puesta de sol resplandeciente...
Luego vino aquel sobre interminable,
De más ruda labor aun que la carta ;
Con señas de un poblacho inencontrable,
Allá cerca de Génova perdido
En la sinuosidad de una montaña ;
Y el contemplar el sobre embebecido :
— « A La Signora Bárbara SPACAGNA »

Que tanto ¡ tanto ! se lo había pedido.

Cuando acabó la carta (que admirados
Vinieron á envidiar sus compañeros
Que no aprendieron á escribir) Vittorio
Irresoluto fué por todos lados
Dando rienda á sus dudas.
¿ Dejaría
Su misiva en poder del carpintero
De á bordo, quien le dijo se la diera
Y que al día después la franquearía
Y en el buzón de tierra la pondría ;
Ó esperando al canario estafetero
Para comprarle el sello requerido,
Franqueada, él mismo, en el buzón de á bordo
Metería la carta ?
Con los sueldos
Para el sello dispuestos en la mano
Y al sobre unidos, se trepó el buen hijo
Al tinglado de proa.
Recostóse
En la borda ; su asiento cotidiano
Que era un rollo de cable mal oliente,
Ocupó : y al quedarse indiferente
Casi sin ver lo que en redor pasaba
Apoyada en la palma la cabeza,

Un extraño compuesto de Felisa
Y de Mammuccia, el alma le llenaba
Con una melancólica tibieza...

Mientras el mozo en su abstracción mecido
Las anchas linfas resbalar miraba,
Esa especie de ambiente entristecido
Ó bruma respirable de tristeza
Que embebe al corazón reconcentrado,
Cuando el obscuro porvenir sompesa,
Imitando á las brumas que surgían
Del mar y allá á lo lejos se perdían,
Al envolver su espíritu nublado
Le dejó largo tiempo ensimismado
Y adormecióle al fin...

Sin advertirlo
De este modo el muchacho se quedara
Quién sabe cuánto tiempo, si un fenómeno
De brillo sideral, no le arrancara
De su abstracción...

La expiración postrera
Del sanguinoso sol que se ponía,
Transformaba en cadenas de montañas
Á las nubes, dorándoles la cumbre:

Cual si el astro, vencido en su carrera,
En un monte, su flámula de lumbre,
Dejar izada al tope pretendiera.
Esas aves que anuncian de la costa
La vecindad, volaban en el cielo
Con círculos inmensos... á las veces
Hasta rozar la onda descendían:
Y apresurando el adormido vuelo,
Cual despertando á la impresión del agua,
De nuevo al éter límpido subían...

*

— ¿ Me llaman ? — Preguntóse sorprendido
De repente Vittorio, y una mano
Vino á golpearle el hombro.
El niño Pepe
Le dijo con su acento de aburrido
Mientras miraba en torno:
— Dice Mama
Que la vaya á ayudar...

Sólo el sentido
Comprendió de la frase el italiano;
Y preguntó que á dónde.
El gran muñeco

Responde: — ¡Vénga!
Sigue el inmigrante;
Atraviesan el puente; la escalera
Suben juntos después; de la primera
Llegan á la ancha puerta de la cámara;
Descienden otra vez; en un pasillo
Se lanzan; y al llegar al camarote,
El cochero Pascual, un bulto á cuestas,
Salía de el...

Á gritos el chiquillo
Dice: — ¡Mamá, aquí tienes al gringote!
Sale el baúl que atranca el camarote.
Y la patrona, con la regia bata
Con que pasó la siesta, ora examina
Lo que lleva el baúl, ó lo que deba
Quedar para los niños: pues cambiado
El clima, de los frios del invierno
Que en Europa reinaban, se ha pasado
Á un clima de Ecuador: calor de infierno
Que hace subir las malas con los hilos
Y la ropa sutil de los cachorros
Al camarote de la dama, donde
Ésta, asfixiada, transpiraba á chorros.

Sobre la espalda los setenta kilos

Llevando, del baúl americano,
Sale Vittorio con andar ligero
Cual sin carga ninguna...
En el depósito
Entrega su baúl al marinero
Que lo numera: torna al camarote
Por si hay más que llevar.
Otra balija
Bajo del brazo con soltura puesta,
El muchacho acompaña en breve instante
Á Pascual, que conduce lo que resta.

*Ringraziò* Doña Justa á su quintero
Y dióle una moneda. La respuesta
Fué, de este, un relinchar de agradecido.
Y por eso, asombrado aunque chancero,
Va Vittorio del otro precedido;
Y así cual los fruteros italianos
Cuando para irse, al levantar la cesta
Allí en la gran ciudad de Buenos-Aires,
Besan los cobres que ganaron, ellos
Con las caras alegres cual de fiesta,
Juveniles, elásticos, livianos,
Pasando de pasillo en escalera,
Se vuelven, manoteándose, á tercera
Cada cual su moneda entre las manos.

Y el sobre aquél que dió tanto trabajo,
Esa noche se abrió: y allí en el margen
De la hoja mugrienta y más abajo
Del borrón del paisaje, tembloroso
Vittorio, ante la viva lamparilla
De la eléctrica luz, letra por letra,
Esta Post-Data agrega, en la que brilla
Su espíritu excelente y candoroso :

— « Cinco liras me ha dado la patrona
Por bajar sus baúles... La Madona
Parece que ya más no me abandona.
¡ Dios lo quiera !
Cuando vas al Santuario de La Fuente,
Para que cure Padre prontamente
Y también en mi nombre, lleva un diente
De hueso y un torcido pié de cera:
Así irá esta moneda al Oratorio
Y nos dará ventura.
Tu Vittorio. »

Cuando el buen genovés rehizo el sobre
Y humedeciendoló con su saliva
Lo pegó con fruición de enamorado,
Resplandecían en el mar salobre
Cual si sus astros, todos, derramado
Hubiese el cielo, en las tranquilas aguas,
Aureas fosforescencias centelleantes
Que, en trojes de topacios y brillantes,

Desgranaba el vapor.....
Muy admirado
Vittorio las miró. ¡ Si se diría
Que talegas inmensas de monedas
Allí algún Genio derramado había !
¿ Aquel viaje fantástico era un sueño
Del alma hacia « El Dorado ? » Larga veta,
Del vapor que iba arando la onda quieta
De plata amonedada y reluciente,
Iba quedando atrás..... Caudal inmenso
De un Creso colosal... Reguero extenso
Que llevaba á sus grutas y manidas
El Genio de la Mar, amontonadas
Hundiéndolas de pronto, confundidas,
En las profundas cuencas no exploradas
Do las ondas del fondo están dormidas.

Poco tiempo después, en su cucheta
Mecido del vapor que cabaceaba,
Con sueños más dorados que un poeta
El candoroso muchachón roncaba.

---

# X

## LA PRENDA

Bajo un sol de placer que hace cosquillas
Mientras marcha el vapor cual sobre aceite,
Los inmigrantes, en la proa echados,
Oyen, sin entenderlos, con deleite
Como oyeran cantar á la cigarra,
Del cochero Pascual los recitados
De un punteo contínuo acompañados
En que dice sus Tristes la guitarra.

*

TRISTE que voy á cantar,
Tristecito correntino,
Tu voz parece llevar
Con la queja del palmar
El espíritu argentino...

Vos sós como las palomas
Que lloran hasta si cantan:
Cuando en la guitarra asomas,

Parece que se levantan
Los quejidos de las lomas.

Tristecito de mi vida,
Triste que sós mi contento,
¡ Ah malhaya ! al oir tu acento
Allá en la tierra querida
Me hallase en este momento.

Sonás como un eco extraño
Si estás en patria extranjera ;
Y parece que quisiera
Volar tu rajido huraño
Allá onde naide te oyera...

Triste, que voy á acabar
Como se acaba un camino
Donde á alguien se fué á enterrar,
Hacé mi pena olvidar,
Tristecito correntino...

*

Tras esta evocación que como brisa
Del fresco Plata perfumóle el alma,
El cochero Pascual dice á Vittorio
Con íntimo placer del auditorio,
Las MILONGAS chispeantes de su tierra :
Conjunto de torpezas y primores,
Que éste repite en su lenguaje rudo

Sabiendo hace reír con sus errores,
Sin comprender palabra...
Y cada frase
Que sale de sus labios trastrocada,
Cada verso que escapa derrengado,
Á las gentes que se hallan en el puente
Les arranca sonora carcajada
Que Vittorio comparte ingénuamente.

La familia se encuentra allí presente
Del ricacho estanciero. En su contorno
Sentados y apoyados donde quiera
Están los pasajeros de primera
En pintoresco grupo.
Allí Felisa
Se halla también, ahogada por la risa
Que no la deja quieta... ¿ Qué diablura
Con el niñito Pepe y con Vittorio
Y con algunos otros, y el cochero,
Habrá inventado ?
— ¿ Vos te reis, TUCURA ?
¡ Algo estás por hacer ! — dice la gorda
Y plácida estanciera...
— No ¡ señora !
Le contesta Felisa y se retuerce :
Pues no puede sin risa ni aun moverse.

*

Cerca del grupo, el gran napolitano
Que tornó á sus requiebros con la moza,
(Aquel enamorado Don Antonio
Con cuyo torpe requebrar se goza
La ardiente chica de ligera mano)
También está, radiante y soberano.

Haciéndole tragar la cachetada
Y las duras palabras y desdenes,
Tras varios días de arriscado enojo
La niña se sintió como aplacada;
Y en fuerza ya de darle gusto al ojo
Hora tras hora desfrunció su ceño:
Comenzóse á mostrar desenojada
Como ave arisca que á amansarse empieza;
Luego, gustóle el pertinaz empeño
Del maduro galán y su entereza;
Comentó, con las gentes, la constancia
Á prueba de cachete y de ridículo
De su procáz galanteador... y al cabo
Habituándose fué, día por día,
Á decirle las cosas más soeces
Que Don Antonio deleitado oía,
Y que como una gracia repetía

El mismo, á todo el mundo, muchas veces.
De á bordo hasta las criadas se rieron
Cuando el día después del gran fracaso
Dirigió, cual de diario, Don Antonio,
Hacia tercera el arrogante paso...
En su quehacer las gentes se absorbieron
Con temor de que el viejo les hablara:
Y á hurtadillas mirábanle á la cara
Por ver si en ella rastro se advertía
De los dedos rabiosos que la hirieron:
Y hasta las mismas velas se diría
Que por la risa flácidas cayeron.

Ahora, hablando con pulida dama,
Prorrumpe con su bárbaro cinismo
En frase que lo pinta de una pieza:

— Qué le vamos á hacé, Doña Terresa:
Según se duerme como está la cama;
Cuando el hombre se mete en los cuarrenta
Lo más seguro é lo mecor prefiere:
Que al jugador que sabe hacer su cuenta,
Ya tan solo lo juego é las mujere
E tomar bueno vino lo contenta.

La adusta solterona con quien habla

Se pone al escucharlo toda roja;
Y acaso más de celos que de enojos
Porque el Creso á Felisa hiciera ojos
Y ni hablase á las damas, le contesta
Con frases sibilantes:

— Convenido
Eso podrá ser cierto, Don Antonio,
Desde el punto de vista de los hombres;
Pero usted olvidarse no debiera
De que todos, aquí, lo estamos viendo
Prendido como un cusco á la pollera
Y á las chancletas de esa china loca
Que está mil insolencias cometiendo,
Porque usté como un chico la provoca
Sus tonteras, toditas, aplaudiendo!

— ¡Eh! ¡Mecor! ¡Tengo plata! — de repente
Saltaba dando voces, Don Antonio,
Ya muy fuera de sí. — ¡Si no les gusta
Pa qué mirran! Me agrada la mochacha;
E lo que piensen todos no me asusta!
E para eso también no soy casado...
E si la sirvientita me ha gustado
Más que las señoronas...

Al oír esto
Huye la buena dama enrojecida;
Pero no tan ligero que en la huída
No escuche al testarudo que se afana
Por concluír:
— Soy dueño de mi... tiesto...
Y he de hacer dél lo que me déa la gana!

*

Mientras tiene lugar esta disputa
En voz tan destemplada, más abajo
En el poblado puente de tercera
Vittorio, aquel Rovecha tan dispuesto,
El cochero Pascual y el niño Pepe,
Se ponen en camino; y á primera
Suben, puestos de acuerdo con Felisa,
Que, entre risas y guiños, de su puesto
Los llamó.

La comparsa disfrazada
La encabeza Pascual, con una escoba
Como guitarra; el gringo una frazada
Tráe de chiripá, y el niño Pepe
Un peinador de su robusta madre
Puesto como casulla, se adelanta:

Mientras detrás con su acordeón Rovecha
Lanzando acordes de chillantes sones,
Las pamperas — itálicas canciones
Como un chimango enronquecido canta:

— ¡ Soy güen gauchos yo también !
¡ También só cantar milongas !
Y naides me va á corer
Perque golpie en las caronas...

Yo só domar redomones,
Perque siempre ando en baguales :
E si no lo querés creer
¡ Preguntáselo á to madre!

Que el abroco non me estorba,
E non me asustan lo yuyos :
¡ Que yo só cantar milongas
Como lo gaucho más criullo !

*

Les dió permiso el capitán, recorren
Todo el extenso barco: van pidiendo
Donativos de objetos ó dineros
Por imitar lo que en Primera se hizo
En favor de los pobres marineros.
Pasan el puente y cobran mientras cantan
El óbolo á los ricos pasajeros
Que lo dan par la fiesta complacidos;

Y como criolla que es la mayor parte
De los que allí se encuentran reunidos,
Gotean las monedas como en lluvia...
Algunos italianos se levantan
Y se van... Uno que otro hace pié firme
Y como quien se aprieta donde duele
Araña con la mano en el bolsillo,
Y tras un rudo esfuerzo donar suele
Con cara de disgusto, algún cuartillo
Que le cuesta un suspiro; otros bizarros
Hacen que el son levante la moneda
Al caer. La estanciera dadivosa
Les da cien liras; muchos dan cigarros;
Esté un pañuelo; aquél alguna cosa,
Que ser proficua á los marinos pueda;
Mas cuando llega el colosal sombrero
Donde Vittorio va todo juntando,
Delante del ventrudo Don Antonio,
Lo que éste sólo vió, fué el vivo brillo
De aquel brillante del valioso anillo
Que él á Felisa dió... Como una loca
Ésta reía... El Creso furibundo
Se ponía ora verde, ora amarillo,
Y miraba furioso á todo el mundo.
Luego escapó de la escociente escena,
Y de la tarde en la quietud serena

Que invitaba al placer con su bonanza,
Alejado de todos, en su silla,
Se quedó preparando su venganza.
Pensaba deshonrar á la chiquilla;
Y aquel hombre tan bárbaro y arisco
Habituado á vencer, lleno de enojos
Mezclaba en los fulgores de sus ojos
Miradas de gacela y basilisco.
El odio y el amor no son pasiones
Fáciles de auscultar; con ellas pasa
Cual con el fierro en varias ocasiones:
En el frío del Polo el fierro abrasa
Como quema al salir de los fogones.
¿Quién, que vió de la tarde el episodio,
Al mirar del banquero la honda calma
Dijera, ahora, si le ocupa el alma
Con afecto el amor, con furia el odio?

Entre tanto las risas á lo lejos
Proclamaban los goces de la infancia,
Cerrados casi siempre á la arrogancia
De los que el vicio convirtiera en viejos...

---

PARTE SEGUNDA

# LA QUERENCIA

## XI

## ¡TIERRA!

¡Cuán dulce es despertar alegremente
Para el que está habituado á los dolores!
Es otra vida que en el sér se siente:
Otra alma, que en el alma precedente
Cura el pesar con tópicos de flores...
En tanto aquel que disfrutó á menudo
La vida del placer, si se despierta
Frente al dolor, ó triste se levanta,
Imagina que echóle eterno nudo
La desesperación en la garganta...

En su espléndido lecho de primera
En *cámera distinta,* Don Antonio,
Sueña con su rencor ó su capricho.
Más que si en cárcel húmeda estuviera
Es inquieto su sueño.
                                        Sus sentidos
Perturbados están; y así cual suele

El criminal que duerme en la mazmorra,
El ludir de los goznes corroídos
De su puerta que se abre, imaginarse
Cantos alegres y chocar de copas
Y besos de festín (sones oídos
Allá en su juventud libre de enojos)
Así el violento y mísero banquero
Herido en la mejilla y en el alma,
Sueña venganza y dicha; mas severo
Su despertar la realidad le muestra;
Y él, que es hombre brutal, muerde sus dedos
Con furia de mastín: los baña en sangre;
Ahoga su pesar con los dolores
Que se provoca enloquecido y ciego,
Y aquellos ojos que llorar no saben
Sueltan al fin su lágrima de fuego.

Sin poder conciliar de nuevo el sueño
Postrado Don Antonio se levanta
Y á la toldilla va de muy mal ceño:
Anudada la voz en la garganta,
Hosco el semblante y el mirar zahareño.

*

En el redil, en cambio, de tercera

Vittorio abre los ojos, cual si oyera,
Los pájaros cantar.
¿ Mas dónde se halla ?
Dudosa es la visión. La vista apenas
Discierne los objetos...
Ve colgados
Como zarcillos fúlgidos, dispersos
Focos de luz lechosa y mortecina,
Que aquí y allá despiden vacilantes
Hipos de inciertos rayos argentados
Que se hunden en las sombras desmayantes...
Y una cámara ve, muy parecida
Por su grande extensión y hacinamiento
Al secador que de muchacho viera
Cuando estaba en la Fábrica empleado
Que las pastas y *gnocchi* produjera:
Donde la masa del fideo, al viento
En mil altos estantes repartida,
Se oreaba, hasta ser encajonada
Y del puerto de Génova lanzada
Para servir de Italia al bastimento.

Mas no estaba en la fábrica.
En la estiba
Que ocupaba extensísimo el recinto
Del común dormitorio de tercera,

Mozos y viejos, niños y mujeres,
Desde los bajos techos á los suelos
Puestos en apretada estantería,
Mostraban la inconsciencia fatigada
Con que aquella porción desheredada
De la precita humanidad dormía.

Y en el recinto de ondas tenebrosas,
Que se van á los rayos aclarando
De la primera luz, ya la alborada,
Por los espesos vidrios tamizada,
Las redondas lumbreras van volcando.

*

Salta al suelo Vittorio cual si fuera
Un escolar que á recrearse fuera;
Roza, al pasar, los miserables lechos
De los que duermen bajo de él: enfila
Los obscuros pasillos y ligero
Toca el brazo á Rovecha, el inmigrante,
Que soñaba tal vez en ese instante
Que iba adquiriendo colosal fortuna
Y no volvía al mar...
Ya la escalera
Trepa de la escotilla á grandes saltos,

Y, presa del apuro, no repara
Que ni aun someramente, cual lo hiciera
Mil otras veces, se lavó la cara...
Aspirando la luz rosada y limpia
Y el aire sano que alimenta, alcanza
Vittorio un grupo á ver de compañeros
Que se pasean en cubierta.
Avanza;
Les sonríe; saluda; y los primeros
Acentos que le llegan al oído
Nombran la dulce tierra: ¡el bendecido
Nombre que codiciaba en su tristeza
Sentir, al cabo, pronunciar!
Y entonces,
Sin darse cuenta bien de lo que hacía,
Pues la dicha le enciende la cabeza
Con vapores de alcohol: que ya creía
Que aquel viaje feliz, seguir debía
Acaso todo el mes. . . . .
. . . . . . . . Y entre el agrado
De que acabara un viaje comenzado
Con tanto cambio, indecisión y susto,
Y el de llegar al puerto codiciado,
Lleno de azares inquietante gusto,
Al tinglado bajó: gritó los nombres
En aquel cementerio de dormidos,

De sus amigos todos; y corriendo
Salió á saltos de él; subió á cubierta;
Otra vez acercándose á los hombres
Y como ellos los brazos extendiendo,
Fué marcando en las costas Uruguayas
La linea, aun sín color, de las cuchillas;
Que, llegando á la arena de las playas,
Iba en la niebla matinal surgiendo
Con transparencias verdes y amarillas
Y su ancho lomo sobre el mar tendiendo...

---

# XII

## MONTEVIDEO

Oh, coqueta Deidad ¡ Montevideo !
Que bañando tu falda en las espumas
Te muestras cual ondina entre las brumas
De la naciente luz al parpadeo...

El vapor en su blando cabeceo
Se aproxima hacia á tí : tú, que te exhumas
Del manto del celaje, el manto esfumas
Y desnuda te rindes al deseo.

Y se van encendiendo cual brillantes
Á los rayos del sol, de tus ventanas
Los cristales que lucen como espejos.

Y á los pies de tu Cerro, las bramantes
Ondas del verde mar, mezclan sus canas
Á tus hondos y límpidos reflejos...

*

Como cisnes que nadan con delicia
Cruzan tu Rada innúmeros vapores;
Y el sol con sus flamantes resplandores
Su lluvia de oro en tu ovación inicia.

Ya tu Cerro y tus torres acaricia
Haciéndolos cubrirse de rubores;
Ya en tus casas y altivos miradores
Se pinta el rosicler de la caricia...

Ya las altas colinas reverdecen;
Ya se avanza el vapor; ya se aparecen
Los muelles y las casas del Buceo;

Ya multitud de botes se adelantan;
Ya tus campanas á lo lejos cantan
La oración matinal, Montevideo...

*

El bramido al sonar de la sirena
Que repiten los ámbitos parleros,
De todos los inquietos pasajeros
Ya la cubierta del vapor se llena...

En torno del bajel, como colmena
Zumbante del gritar de los boteros,
Los esquifes, ondeantes y ligeros,
Turban del agua la quietud serena.

Cae el ancla; resbala; ya se aferra
Y detiene al vapor; ya se acentúa
La inercia del bajel: ya se desvía.

Vuelve la popa á la vecina tierra,
En tanto que lo aborda la falúa
Que á visitarlo la Nación le envía.

*

Un momento después, el abordaje
Se daba en todo regla. Los barqueros,
Por ser en el negocio los primeros,
Trepaban como monos al cordaje.

Saltaban á cubierta, y al pillaje
Del vivo arrebatar de los viajeros,
Daban cestos de fruta casi enteros
Que cobraba después el equipaje.

Y Vittorio, asombrado, contemplaba,

Esa gran honradez que dá el apuro,
Ó acaso el aire del país; pues era

Punto de honor, pagar si se compraba:
Y el vendedor henchía, bien seguro,
De plata sin contar, la faltriquera.

*

Por aquí por allá, por todos lados,
Duraznos y ciruelas circulaban;
Que del fondo del bote les tiraban
Los hombres á los pobres emigrados.

¡Era para probar! Y alborozados
Devoraban la fruta que les deban
Aquellos que, por pobres, no compraban;
Ó que estaban de todos alejados.

¡País de promisión! ¡Oh, generosa
Tierra de la abundancia! — se decía
Vittorio, saboreando gratis fruta...

En tanto alguna nave silenciosa,
Egoísta, orgullosa, se veía
Sola tomar de Europa la ancha ruta...

*

Y hasta el café y el vino y la medida
Magra alimentación, por duplicado
Se les dió; cual si el barco abarrotado
Quisiera á su almacén buscar salida.

¡ Pobre Vittorio! No gustó en la vida
Hasta entonces, del hambre acogotado,
Un banquete tan rico y tan variado
Cual fué en el buque su postrer comida.

El niño Pepe, con un grande plato
De dulce, le obsequió: le trajo vino
La graciosa Felisa en una copa.

Y tras dormir la digestión un rato,
Despertó de repente el campesino
Amodorrado en la vibrante popa.

*

La nave, despidiéndose, silbaba
Dando en el puerto una espaciosa vuelta;
Y con la clin del humo negro suelta
Del ancho río en la extensión nadaba...

Bajo el pardo crepúsculo marchaba
Brillante, audaz, envanecida, esbelta:
Y por radiante vestimenta envuelta
Como un halo de sol se reflejaba.

Todo el vapor *a giorno* iluminado:
Camarotes, pasillos y salones,
Encendía en el agua mil centellas...

Y en el profundo cielo constelado
Se veían correr exhalaciones
Más brillantes aún que las estrellas.

*

Y Vittorio pensó, mirando á una,
La más vivaz que por allí corría:
— Quiera ayudarme la Madona mía
Y darme la salud con la fortuna.

Que no me envuelva con perfidia alguna
Esta tierra que el cielo me ofrecía
Cuando allí, en la alta Italia, me veía
Mísero y débil la argentada luna.

Y si saco ¡Oh mi Dios! de la pobreza

Á mis padres ancianos y si quedo,
Tras largo trabajar un tanto holgado,

Haz que entregue á esta tierra, en mi simpleza,
El sólo pago que ofrecerla puedo:
De su alto amor mi corazón colmado!

*

Que nunca ingrato, como algunos lo hacen,
Vuelva á mi patria rico y desdeñoso
Maldiciendo del suelo generoso
En que la mente y el vigor renacen.

Que mis cariños, al volver, se casen
¡ Oh, poblacho paterno, silencioso!
Allí en tu calma mísera y reposo,
Con los que aquí en América quedasen...

Y escuche en torno, entre la voz de Padre
Y tu voz melancólica, ¡ oh mi madre!
La voz de mi mujer, y aquel divino

Parlotear de mi prole de chicuelos,
Que mis triunfos recuerden y desvelos
Mezclando el genovés al argentino.

Y que allá en mi vejez, en la Tratoria
Donde las cortas horas de sociego
Pasó mi padre, en inocente juego
Apartando el dolor de la memoria,

Yo, coronado de la honesta gloria
Que alcanza el menestral, cuando su ruego
Escucha Aquél á cuyo amor me entrego,
Recite los percances de mi historia...

Cuente que, á cambio de mi honrada fuerza,
Allí detrás del mar, mi suerte adversa
Troqué por oro y transforméla en grata;

Y feliz al decirlo, sin sonrojos,
Invada el llanto mis ancianos ojos
Con hondo afecto recordando el Plata.

*

Mientras, en otra forma, discurría
Algo por este estilo el inmigrante,
La alborada purísima cundía
Y vida y tono y juventud ponía
En el cóncavo ambiente circunstante...

---

## XIII

### EL PLATA

¡Con qué cariño, oh Plata soberano,
Acoges en las puertas de la patria
Á los navíos que en tus linfas entran,
Y al dejar la inquietud del oceano
Tu franca y noble mansedumbre encuentran!

Nada advierte al viajero tu presencia
Que no exprese afección...
                                        Aves brillantes
Cruzan tu cielo azul sin inquietudes;
Y como éllas, en largas procesiones,
Los navíos de todas las naciones
De las borrascas de la mar triunfantes,
Sobre tu dulce piélago, flotantes,
Aguardan en tu Dique en multitudes
Sitio para abordar.
                              Desde tus llanos
Y los ribazos de tus anchas lomas

Las brisas acarrean los aromas
De los salubres pastos pampeanos;
El perfume compuesto de tus bosques
De asombrosa extensión y el dulce aliento
De tu suelo fecundo, que remoza
Cubriendo de esplendor á quien le habita:
Y sobre tu agua de oro en movimiento,
Y en tu cielo de luz, como un contento
De almas y cosas sin cesar palpita...

*

Esta delicia en que se embriaga el río
También Vittorio advierte. Como todos
Los pasajeros que en el barco vienen
Trae tu grata visión ¡Montevideo!
Y la fiebre que causa la llegada
Con su inquietud, la duda y el deseo
De arribar, tienen su alma fatigada
Más que el cansancio del viaje. Mira
Sin cesar hacia el punto en que la tierra
Debe de estar... Le dicen que es el río
Lo que ahora recorre, y le parece
Que tal afirmación es un engaño...
— ¿Un río, así, sin márgenes? ¡Dios mío!
Un río y no pequeño, es el Bisagno

Que allá en la infancia costeó á menudo;
Y que con un guijarro de su honda
De niño atravesó... — ¿Pero ésto, un río?
¿Este desierto de agua tan extenso?
¡Esto es un mar! Y como un mar, inmenso...

*

Á medida que el sol en lo alto cunde,
Se levanta la bruma, que llevada
Como una gasa, por el viento alzada
En el límpido cielo se difunde...
Allí lejos, muy lejos, débil faja
De tinta gris que sin cesar se entona,
La línea de la tierra, extensa y baja,
Marca el perfil de la argentina zona.
Una nube que crece son los bosques,
Avanzados guardianes del misterio,
Del ancho Paraná; serenas velas
Se hunden tras de ellos cual gaviotas blancas;
Y en festón hacia el frente verdeante,
Va forzando su tono á cada instante
La masa sin perfil de las barrancas...

Un chispazo de sol en una torre
Marca el pueblo estival de San Isidro;

Tras él, la linea de la costa, corre
Campo adentro escapando de las olas,
Y se envuelve en la bruma; más cercano,
Como otro rayo luminoso, apunta
El domo de la iglesia de Belgrano,
Cuyo ancho caserío suburbano
Con la ciudad magnífica se junta.

Mas el vapor, parece se fatiga;
Ó empieza, con una asma que lo hostiga,
Como á querer toser; sufre un espasmo,
Vuelca el agua que el seno le atosiga,
Y alza al cielo un bramido formidable
Que sacude en sus ámbitos la esfera;
Cual si por ese medio bullicioso,
Sin cansancio su aliento poderoso
Tras largo viaje demostrar quisiera...
Y cuando, al fin, hasta el vapor avanza
Un pequeño bajel que el agua agita,
Se oye una voz salir: — Es la visita!
Y todo el mundo al portalón se lanza.

Balizas exteriores, surgidero
Del comercio fluvial del mundo entero,
Es como una estación en medio al río.
Allí quedan los barcos soñolientos

Á merced de las aguas y los vientos
En un perpétuo remover sombrío.

Pero ya alborotadas muchas barcas,
Pesadas y panzonas, se veía
Acercarse entre raudos vaporcitos ;
Y aquel marineraje furibundo,
Que se expresaba con extraños gritos,
Bien á las claras, con su obrar, decía
Que de todos los ángulos del mundo
La humanidad al Plata concurría.

*

Abriendo su ancho seno á la tarea
Alijaba el vapor...
                    Cual, descansadas,
Áun antes que la tierra se entrevea,
Parten las aves que en el mar se acojen
Á la alta arboladura del navío,
Los pasajeros de primera huyeron
En vaporcillos rápidos.
                    Distantes
Están ya... Sobre el Plata que escarcea
Los ven listos huír los inmigrantes
Que, en sus lanchones de equipajes llenos,

Pronto van á partir.

Al embarcarse
Entre aquella balumba de bateles,
Vió Vittorio acercarse una balandra
Que trajo admiración á sus sentidos:
Del trinquete en la verga suspendidos
Los trozos de una vaca sanguinosa
Con el aspecto de recién carneada,
Aparecían con la luz dorada
Llenos de escamas de marfil y rosa.

Y al lado de esos trozos que iban dando
Hambre á los vientos y apetito al río,
Sobre frascos de vino y alimentos
— Que iban al vivo sol refulgurando,
También allí en la verga suspendida,
Canasta enorme de tostados panes
Que daban, sólo con mirarlos, vida!
— ¿ Esos hombres que bogan en la barca
Vendrán para vender las provisiones ? —
Vittorio preguntó.
— ¡No sea niño!
(Con tono paternal de gran cariño)
Le repuso Pascual. — ¡ Qué! ¿ Se imagina
Que estamos sin comer en la Argentina ?

— ¿ Pero, es para los peones todo eso?
— ¿ Y por qué no ha de ser?
— ¡ Corpo di Baco! —
(Exclamó el genovés para sí mismo)
Allá en mi tierra si comemos papas
Y la sopa de pan, ya es un contento,
Y en este gran país, como alimento,
Comen su propia carne hasta las vacas...
¡ Excelente país!
Y el buen muchacho
Transbordóse, en la turba de tercera,
Á la balandra al gran vapor unida;
Á la cual una ráfaga de viento
Impulsó sobre el río en un momento
Como flecha del arco desprendida...

*

Cuando el barco, con viento de bolina,
Comenzó á bordejear, los navegantes
Casi presas de asombro, percibieron
Como floresta que en invierno empina
Los innúmeros troncos deshojados,
Una selva de mástiles pelados
Que á lo lejos formaba una neblina
Corriéndose hacia el sur...

Rovecha dícele
Al genovés, muy vano, cual si fuera
La argentina su patria verdadera:
— Son los miles de buques agrupados
Que llegan al país llenos de gentes
Y de él se vuelven con maíz ó trigo
Hasta la misma borda rebosados.

Y Pascual:
— Míre ché. ¡Linda es la Boca!
Dice á Vittorio: — Encuéntrase en Italia
Usted más bien allí que en la Argentina.
¿Se relame de gusto? Pues confiese
Que va á encontrarse allí en la misma gloria,
Cuando esté del Bisagno en la Tratoria
Hablando, como en Génova, en *genese*.

---

## XIV

## LAS TOSCAS

Navegan, entre tanto, encorralados
¡ Pobres bestias de carga ! en la buceta
Donde cayeron juntos en montones,
Los chiquillos, las mozas, los varones,
Las ancianas; los perros y los viejos:
Y encomiendas y fardos y cajones...

Ocurre que la gente que allí viene
No les da á los boteros más cuidado
Que el deshecho cajón de kerossene
Que á los piés de Vittorio se ha volcado.

Y Vittorio Spacagna, confundido
Viendo torpeza tal, se preguntaba
Si aquel fiero desdén no le mostraba
(El alma nacional simbolizando)
Lo poco que en el Plata se apreciaba
Un hombre ni una cosa.

Sólo el número
Era imperante allí. Sólo la fuerza
De la gran multitud ó de la máquina
De vapor que transforma y no razona,
Era cuanto importaba en su arrogancia,
De la vida sintiéndose en la infancia,
Á ésa del mundo exuberante zona.

— Felizmente... (se dijo el italiano
Mirando tal torpeza) la Liguria,
Que mis potencias fatigaba en vano,
No me las agotó.
Luego, tendiendo
Un catre y un colchón, cuyo alto bulto
Bajo su mole le llevaba oculto,
Sin saber de quién era el envoltorio
Encima se sentó con insolencia,
Cual afirmando, en ímpetu bravío,
Su derecho también á la existencia.

*

Aún hay que transbordar!
De los lanchones
Que ya no encuentran fondo navegable,
La gente pasa á las pequeñas barcas

Que hasta ellos se adelantan.
Todo es risa
Para el viajero experto, y es temores
Para el novicio.
Á gritos los barqueros
Casi en la *lingua* madre, medio informan
Á todos los inquietos compatricios
Lo que deben de hacer:
— Lo pasa qui eros!
Á babore!...
Un momento se pasaba.
— ¡Peso á tribore! El timonel decía;
Y la tripulación, que se inquietaba,
Grandes esfuerzos al moverse hacía
Convencida á que el barco naufragaba.

¡Qué apreturas, por Dios!
Chicos que gritan;
Mozas que se sofocan; sin aliento
Viejos que creen morir...
Mas al momento
Todos á una á soportar se incitan,
Y vuelve al fin el general contento.

Y es que los más intrépidos, con pena
Explicando que todo era de arena

El lecho del estuario en que avanzaban,
Á favor de un bichero que lanzaban
Hasta el fondo, en el limo revolviendo,
Iban, con tal tranquilidad, volviendo
En incierta confianza los temores,
En risa alegre el pálido disgusto,
En sabrosa inquietud los sinsabores,
Y la apretura fastidiosa en gusto.

Se va acentuando la visión y empieza
Suntuosa á relucir como una clámide
Tendida al sol, la extensa Buenos-Aires,
Que se alza sobre el cielo con limpieza,
Envuelta por el nimbo de grandeza
Que lanzan sus pretiles y alboaires
Esmaltados del sol con la crudeza.

Á medida que surge iluminada
Por el egregio sol de medio día
La ciudad junto al río escalonada,
Se afirma en las personas la alegría.
Abren los ojos, manotean, ríen;
Ya felices se creen; se ven pudientes;
Y el agua de oro y las doradas costas,
Y las nubes de plata y las plateadas
Paredes blancas que hacia el puerto miran,

Todo les habla de esplendor!
Creyentes,
Ya en masas por la luz fanatizadas,
Aquellas pobres candorosas gentes,
Pensaban que hallarían las monedas
Como hongos entre el pasto!
En ese entonces
Á su patria lejana no volvieran
Ni aunque á cada sujeto, y en seguida,
La suma de dinero se le diera
Con que lograr de la Miseria fiera
Contener para siempre la embestida...

*

Ya están en frente á la ciudad.
Vittorio
Se ha sacado el sombrero, y á la brisa
Saludable y sutil del río inmenso,
Lanza su ardiente voto...
¿ Mas qué mira ?
¿ Es aquello verdad ?
Frente á la Aduana,
Que en la baja barranca se escalona
Y recuerda á la Arena de Verona
Por su vetusto redondel, de súbito

La buceta ha encallado.

Unas carretas
Por vivaces caballos pequeñuelos
Penosamente por doquier movidas,
Se avanzan en las olas distendidas
Medio flotando.

Con voltear de brazos,
Á voz en cuello los carreros gritan;
Azotan sus jamelgos; los allegan
Entre infierno de voces y traillazos
Y bufar de los brutos que se agitan
Y medio ahogados con las olas bregan,
Hasta las anchas barcas detenidas;
Y, haciéndolos girar, ciñen las riendas
Por que ellos, al cejar, á los vehículos
Hagan dar la culata en las bucetas,
Así quedando á la carena unidos:
Mientras bufan los brutos angustiados
Casi hasta el cuello en la corriente hundidos...

Sólo un instante se les logra quietas;
Y así que salta en su interior la gente,
Empiezan á moverse las carretas
Y á avanzar en las olas gravemente...

Al jadear de bestias angustiante,
Al chasquido del látigo y chirrido
Con que se queja la armazón rodante,
Ya salta entre las toscas y aluviones
Del cangrejal grietoso; se atrabanca;
Y, mezcla de carruaje y de navío,
Se escapa al fin del cenagoso río
Y asciende retemblando en la barranca...

*

Tomábase Vittorio á un compañero
Y reía cual loco.
En cuanto puede
Salta á la tierra firme.
Entra en la Aduana;
Y en medio á los abrazos y los besos
De los felices que parientes tienen
En la tierra argentina, y los excesos
Del gritar y el correr con los baules
Que en manos de peones van y vienen,
Escuchando la cháchara italiana
Revuelta á la española y la argentina,
Bajo la luz de un sol como de gloria,
Se halla de pronto, pálido de asombro,
Con su pobre *linguiera* sobre el hombro

En la plaza febril de la Victoria.

Por cientos los carruajes y los carros
Con un trueno sin fin raudos pasaban
Cual nube de tormenta retemblando...
Caballeros fugaces, cual beduinos,
Entre unos y otros vívidos volaban
El poncho al aire en la carrera ondeando;
Perros que ladran; gentes que vocean;
Y entre tan descompuesta algarabía,
La atmósfera de afán, cuya alegría
Desborda en las triunfales expansiones
De tantas gentes que parecen locas,
Y reventando en frases en las bocas
Enciende con su hervor los corazones...

---

# XV

## INSOMNIO

Don Alberto Almaviva, el estanciero
Esposo de la obesa Doña Julia
Que contrató á Vittorio en el viaje,
Llama á la Capital á su quintero
De « La Revancha », la soberbia hacienda
De frente al Paraná. Y el buen muchacho
Que llegó á la ciudad ayer mañana,
Y ha trazado el jardín, que en todo el fondo
De la gran propiedad calle Bolivar
Proyectó su patrón, mientras se afana
Por conciliar el sueño, allá en su pieza,
Siente que, como enjambre rumoroso,
Sus recuerdos, en vuelo fatigoso,
Le zumban en redor de la cabeza.

¡ Cómo el tiempo volando se desliza !
Cuatro años hace ya que está en América
Y á Felisa trató. Dos años hace

Que no va la familia en el verano
Á la bella Revancha... ¿ No le place,
Ya aquella posesión ? ¿ Ó, por ventura,
El viaje á Europa les quitara el gusto
Por la vida del campo ? No, por suerte
Para los buenos niños ! Aun los padres,
Como los pequeñuelos, idolatran
La hermosa propiedad. Pero el estío
Que sucediera á aquel del viaje á Europa,
Por la hermosa mansión de Don Alberto
Pasó la augustia su cendal sombrío
Dejando en duelos el hogar cubierto.
El pobre niño Pepe, como un junco
Al margen de un arroyo se empinaba
Con asombroso crecimiento... Un día
Más pálido se puso. Sus orejas
Más transparentes á la luz se abrieron,
Y sus finos oídos percibieron
Voces lejanas... Se estiró su boca ;
La nariz, que en la cara le estorbaba,
Se alargó más y más. Los hondos ojos
Miraron desde adentro todo en susto;
Y un medico llegó... Después, abriendo
Sus alas cual lechuza taciturna,
El vigilante y pálido disgusto
Paróse en la mansión como en una urna

Y allí dejóse estar... Bien luego vino
El viaje al Paraguay con sus horrores;
Y aquella retirada en la derrota
De la familia, en el fatal camino
Ya sin retén. Dos meses en las sierras
De Córdoba; otros tantos encerrados
En la grande ciudad, donde la ciencia
Estrellaba el afán de su impotencia
Contra el fallo de Dios!

Luego, angustiados,
Como escapan los pájaros heridos
Por el dolor, juntitos y apretados,
Don Alberto, su esposa y la criada,
Aquella fiel Felisa, idolatrada
Por el buen genovés, á un viaje nuevo,
Seguidos por la ráfaga inclemente,
Á buscar se lanzaron en Europa
La salud codiciada del paciente.

El pobre niño Pepe fué el motivo
De que él, Vittorio, más á la niñera,
Así cual del patrón á la familia
En tanto tiempo de labor, no viera
Como antes los veranos. Compasivo
Recodaba Vittorio, paso á paso

Seguiendo al desdichado muchachuelo,
Hasta el instante aquel en que en su ocaso
El astro de su vida se ponía,
Dejando aquel hogar sin alegría
Cubierto en negro pañolón de duelo.
Y en forma de oración para el chiquillo
Que siempre fué para con él tan bueno,
Y á quien tan á menudo recordaba:
Pues que á Felisa en íntimo consorcio
Sin definidas causas lo acercaba,
Pensaba soñoliento el italiano:
El noble niño Pepe, el argentino
Más digno de tener las arcas llenas,
Cuando quince años alcanzaba apenas
No bailó más el Gato Correntino;
Y allí en el cementerio campesino
Bajo las altas hayas de Aguas-Buenas,
Duerme sólo, infeliz...

*

Allá en el barco
La familia se halló con Don Antonio
Algo cambiado aunque en el fondo el mismo;
Que, en dos años de vida sin afectos
Hundidos de la usura en el abismo,
Aquel violento amor hacia Felisa

Sintió crecer con caprichosa furia
De cuarentón: que en raptos de lujuria
Y de célico amor, la persiguiera
Hasta en el Paraguay; y en este viaje
(Como en aquel á la Asunción lo hiciera)
Propone emocionado á la niñera
Desposarse con ella... Y ella misma
Contóle, en un momento de confianza
Al quintero Vittorio, la respuesta
Que le dió riendo por salir del paso
Y que al Banquero pareció esperanza:
— Busqueme en Buenos-Aires, que si acaso
Yo le puedo querer, nos casaremos:
Y muera bien, si nunca más nos vemos!

En medio al duelo, la propuesta aquella,
Más disgusto le causa á la doncella
Que nunca le causó... No es que por viejo
No pueda darle sus encantos ella
Al ardiente y vivaz napolitano
Que la ama con calor, ni que su holgura
Asuste ó dé inquietudes á Felisa;
Que, aunque desdeña como criolla el oro,
Tiene para vestirse con decoro
Y hasta para vivir, cuánto precisa:
Pero sea afección á los patrones,

Sea otra pasión, ello es que un velo
Cubre su corazón que Amor no pasa
Con su ardiente vibrar de exhalaciones.
¿Ese velo de virgen, ese velo,
Quién lo va á descorrer ?...

*

Y el buen Vittorio,
En el instante en que pensaba en esto,
Siente que atruena la adormida casa
El tronante rodar de un carruaje
Que invade el corredor. ¡Pascual, triunfante,
Rastrallando su fusta en el pescante,
Como en medio de un himno penetraba!
Al quintero feliz, que caminaba
Por un jardín de flores rozagante,
Una tormenta rápida de celos
Deshojóselas todas y en sus vuelos
Las sembró por doquier en un instante;
Cual pétalos dejando y en montones
Desparcidas sus dulces ilusiones...

Tierna avecilla que mojó el invierno
Y que perdió el auxilio del volido,
Ya su esperanza se cayó del nido
Y pía en torno del nidal materno.

Pronto se le hace su dolor eterno
Y desfallece al fin... se siente helada
Y comienza á morir... Mas ya reacciona
Y entrevé la ilusión... Débil cadena
De luz á la existencia la eslabona...
Y retorna á la vida...
Así en el alma
La esperanza aletea ó agoniza
Del infeliz Vittorio. Su Felisa
Con las reacciones de su sér extraño,
Que desahucia y alienta á un tiempo mismo,
Ni aun en el ansia de su amor repara
Y resbalar le deja de su pena
Solo y callado en el silente abismo.
Entrando á veces en su sér huraño
Como agudo puñal que lo horadara
Y en la carne royera de la herida,
Siente la convicción de que él olvido
De Felisa en el alma distraída,
Vendrá, para él, con el Jardín concluído
En la hora fatal de la partida!

¡Oh, calma soñolencia del pasado
Con que su sér se aclimató en América!
Ayer en « La Revancha », rodeado
De su ilusión, en soledad campestre,

Aun á pesar del temporal constante
En que mil veces se encontró sumido,
Hallábase de aparición castísima
En su quieto vivir acompañado.
Mas si vuelve á la Estancia, considera,
Ya el mismo no será... Que su alma austera
Hoy ya por siempre, deshojada y triste
Se ha de agostar sobre el caduco encanto...
Y á pesar de la ardiente primavera
Que al campo á esta hora y á las islas viste,
Ha de encontrar el Bajo transformado
Con su mortaja cenicienta y parda,
En saucedal de invierno deshojado;
Que, como un cementerio abandonado,
Sólo el cadáver de su ensueño aguarda...

Mas sufre el infeliz y no se queja.
Que, aunque la calma de otra vez no alcanza,
Hasta bendice, casi, sus pesares:
¿ Llora, acaso, su amargo sufrimiento
La verde rama que quebranta el viento
Y las ondas arrastran de los mares ?
Si al menos una frase, una tan sólo,
Ya que no de esperanza, de consuelo,
De los labios del sér á quien amaba

La valiera su afecto, que él guardaba
En sus entrañas, con mortal desvelo
De religiosa devoción... entonces
Como sueñan los místicos ilusos
Que una eternal ventura les espera,
Ambicionando ser correspondido
Con qué ansia sus labores concluyera,
Y á esperar el momento apetecido
Á la distante Estancia se volviera!
¡Cuánta su dicha y su entusiasmo fuera
Si, allí, al secar la sudorosa frente,
Pensara que la dulce compañera
Iba pronto á enjugarla amantemente...

*

Felisa es una Reina, es una Diosa,
Que vive en otro ambiente que los hombres.
Ni sueña, el triste, conquistar su imperio;
Mas ¡ay! la servidumbre es más odiosa
Cuanto más arrollante y desdeñosa
Es la opresión que impone el cautiverio...
Felisa ve su afán... Mas lo desdeña
Como al de tantos seres que rechaza...
Él, Vittorio, en su amor, en vano sueña:
Que más se asusta, cuanto más se empeña
En esa lucha que su mente abraza!
¿Cómo decirla su pasión creciente,

Este anhelo, hasta ayer manso y discreto,
Modesta, clara, juguetona fuente,
Que hoy, á la vista del amado objeto,
Se ha transformado en bramador torrente?
¡Ay, si el torrente en socavar eterno
Trastumba el dique que encauzóle en calma!
¡Ay, si en el llano juvenil del alma
Reina el talante ventarrón de invierno!
Esa ambición que alimentó altanero
De amor y de fortuna, conseguida
Realización de su ideal primero,
Como una flor de cardo que el Pampero
Arrancó de su tallo, desprendida
Vá por las anchas pampas de la vida
Perdiéndo hasta su pétalo postrero...

Y al punto que esto, para sí decía,
Vittorio, á quien Cupido desvelaba,
Sintió que la ciudad se despertaba;
Que los vahos del sueño sacudía,
Y que en su cuarto, con la luz, entraba
Vago el rumor anunciador del día.

---

# XVI

## LOS JILGUEROS

Cual si tuviera envidia á los jilgueros,
Farautes de la luz de la mañana,
Que del jardín sobre los altos árboles
En pregones continuos y parleros
Alzan una triunfante algarabía,
El desvelado genovés se afana
Á pesar de la noche fatigosa,
Por desertar al fin la cama ociosa
Y dar comienzo á la labor del día.

Salta del lecho, lávase la cara;
Con ruda y varonil coquetería
Peina el cabello de su cráneo hermoso;
Luego el collar del pañolón repara;
La camiseta arregla presuroso;
Ajusta con la faja los calzones;
Y en descompuesta actividad de acciones
Cual si un urgente tren se le escapara,

De la casa, hasta entonces silenciosa,
Cruza el patio, absorbiendo el aire vivo
Con íntima fruición...

Bien pronto activo
Se halla en el centro de la fresca quinta
Y en mirar su trabajo se recrea,
Mientras la aurora la mansión franjea
Con sonrosada y vagarosa cinta.

Pero el hombre, inclinada la cabeza
Hacia el cantero que su esfuerzo aguarda,
No ha reparado en la auroral belleza,
Y mira como en rapto de terneza
Á la honda tierra humedecida y parda.

Tal rinde á la labor sus atenciones
El resuelto peón con diario empeño
Por hacer que le aplaudan los patrones;
La traza del jardín así adelanta
Horas robando á la quietud y al sueño...

*

Todo en contorno el sitio se transforma;
Pero observa el labriego, cada día,
Que la ocasión de su partida avanza;

Cuando él por siempre allí se quedaría,
Y á través de Felisa sorbería
La vida, como un sorbo de alegría
Vivífico de aliento y esperanza!
¿ Qué importa que ella, indiferente y fiera,
Ni aun la violencia de su afecto viera
Si hasta morirse así fuera un encanto
¡Ay! para aquél que la adoraba tanto?
En que él, junto á ella, acorta su estadía
Al trabajar sin tregua el día entero,
Y hasta á veces de noche, ni aun repara:
Trabaja sin malicia; es el primero
Que salta de su lecho en cuanto aclara,
Y aun antes, muchas veces...

Ora llega
Al punto en que el descuaje, ya de noche,
Ayer dejó; se escupe en ambas manos
Para que aquello que tomó no escape;
Con viveza nerviosa las restriega;
Coge del mango la torcida azada;
Vuélvela presto; su cortante allega;
Con el grueso botín la tierra saca
Que la acerada hoja enroñecía,
Y se pone á cavar... mientras suave
Locuaz jilguero, anunciador del día,

Con un trinar de melopea grave
Mil regocijos de ave le decía :
Regocijos de un goce indeficiente
Que, aunque el pobre peón dificilmente
Con su rudo parlar traduciría,
Como aletear vibrante de alegría
Allá en el fondo de su alma siente...

*

— Puedo ganarle al sol, que es un panzudo...
Y, como rico, se levanta tarde
(Reflexionó el mensual mirando al cielo
De do caía el sonrosado velo
Que en las húmedas copas de los árboles
Daba oriente á las perlas del rocío)
Pero no he de ganarle á los jilgueros
Á quienes la alba sorprender no pudo;
Pues son madrugadores ¡ es al ñudo !
Los revoltosos, mientras yo me hallaba
Allá en mi catre sin dormir, tendido,
Daban los trinos de su voz á vuelo;
Y hasta dejaban limpiadito el nido
Que ensució por la noche el pichonzuelo.
Y el compás de la azada dando en tierra,
Y el sonar del terrón, casi molido

Al seco golpe del tacón ferrado,
Hicieron como acorde acompasado
Del jilguero á los cantos insolentes;
Que, vibrantes, sonaban en los árboles
Como un himno de aliento hacia las gentes.

Más tal vez de una hora, en su trabajo
Máquina que se alzaba y descendía,
Vittorio se pasó sin fatigarse
Dando cien azadadas á destajo
Y apartando las piedras y el cascajo
Que en el muy gordo suelo se encontraban;
Y que, al impulso de su brazo fuerte
Hacia el montón relumbrador rodaban...

Veíasele á veces inclinarse
Y de larvas de tierra, y de gusanos
Que aprisionaba en socavado puesto,
Una tras otra, ambas enormes manos,
Con infantil satisfacción llenarse.
Iba á depositar, luego, en el tiesto
Que sobre un banco del jardín se hallaba
De antemano al objeto aquél dispuesto,
Su palpitante carga bullidora
Que mil destellos con la luz mandaba.

Y entonces la calandria previsora
Que en el boscaje del jardín vivía,
Lanzando la pitada llamadora
Con que á su hembra y su prole prevenía,
Llegándose hasta el balde triunfadora
El fuerte pico en lo interior hundía;
Mientras que, alado chaparrón viviente,
Desde los altos árboles caía
La nube de gorriones de repente...

*

Á observar la familia de calandrias
Y la nube, después, de los gorriones
Se detuvo Vittorio; el sano gozo
En sus ojos lució: la bondadosa
Sonrisa de su boca voluptuosa
Del todo el rostro distendió del mozo;
Que, los brazos en jarra, se reía
Del saqueo del balde y lo aplaudía...

Mas, acaso fugaz presentimiento,
Le dijo que esa escena encantadora
Del padre que á sus hijos dá alimento,
Nunca en el seno de su hogar vería;
Pues su semblante se enturbió al momento,

E inclinóse á la tierra redentora
Solemne confidente que á toda hora
Sus calladas angustias compartía...

En actitud caída y silenciosa,
El pecho al aire, abierta la camisa,
Mientras todo en redor se despertaba,
Vittorio, que de nuevo trabajaba,
La voz oyó de pronto de Felisa;
Quien en el fondo del callado Tambo,
De las vacas establo primitivo
Cuyo interior la sombra aun envolvía,
Á la muy mansa Tusca regañaba;
En tanto que el crujido se sentía
De la crasosa leche que chorreaba
De la mano que activa la ordeñaba.

La niñera tal vez cruzando el patio
Entróse en el galpón por la otra puerta,
Pues hasta entonces el viváz quintero
No la supuso allí. Pronto entonaba,
Con nasílocuo acento y aire patrio
Una extraña canción de gorgoritos,
Imitando al jilguero que gorjeaba
Tiples pitidos y silbados gritos
De la grande cochera frente al atrio.

Acercándose entonces á la puerta
Del obscuro galpón, que estaba abierta,
Vittorio se quedó viendo extasiado
En bucólico cuadro realizado
Á la moza ordeñar.

Ella, el rayado
Vestido de percal y el albicante
Delantal sujetados en las piernas,
Puesta en cuclillas, de un tazón delante,
Un jarro en la una mano y en la otra
Largo el pezón de aquellas ubres tiernas,
Exprimía los senos de la vaca:
Mientras ésta, torcido el duro cuerpo
Sujeto á soga á la infrangible estaca,
Volviendo la cabeza poderosa
De expresión resignada aunque severa,
Parecía decirle á la niñera:
¡Vamos á ver si terminás, cargosa!

Y aquel hilo de leche blanca y gorda
Que, devanándose, limpio corría
Y una corona de esplendor ponía
En la jarra que queda pronto llena,
Pasa al gran balde, y con cadencia sorda
Mientras en él crugiente se almacena,

Como hace el agua al fuego en el caldero,
Canta el himno en salud de su hervidero;
En tantó que la niña continúa,
Imitando con frases que acentúa
Los gorjeos vibrantes del jilguero:

*

Que bendito sea, sí!
Sea, sea, sea, sea, el rico suelo:
Rico suelo, rico suelo en que nací.
Porque, aquí, nadie á mí,
Nadie á mí,
Nadie á mí me ataja el vuelo.

Jilguerita, es para tí,
Es todita, toditita, toditita para tí,
La semilla que levanto:
Y entretanto
Que tú la comas aquí,
Yo destrenzaré mi canto.
¡Oh, mi encanto!
Ven y pica, ven y pica, ven y pica junto á mí.

Hay semillas en el suelo...
¿No las ves?
Mira, hay muchas; mira, hay muchas... ¡qué alegría!
Tiende el vuelo,
Tiende el vuelo amada mía
Y otra vez,
De mis trinos la embriaguez
Te extasíe, te extasíe, te extasíe en su armonía.

Los jilgueritos aquí
Pican, pican... pican, pican... pican, piçan semillitas.
Ven á juntarlas así...
Por aquí, por allí,
Sacudiendo, sacudiendo, sacudiendo las alitas...

Los pichones te han ganado,
Bien amado.
Ven á mirarlos de aquí
Cómo van en parejitas,
Cómo pican y aletean,
Cómo esponjan sus plumitas,
Junto á mí:
Cómo saltan y hurguetean,
Cómo trinan y gorjean,
Estudiando y ensayando y entonando el tritritrí.

Semillitas dondequiera
En invierno y primavera,
Encontramos en las plazas y en las quintas por aquí;
Y así unidos siempre vamos
Con mi dulce, con mi linda con mi tierna compañera.
Y con mútuo frenesi
Largamente nos amamos:
Y juntitos, siempre así,
Cada vez que ambos volamos,
Dondequiera dondequiera, dondequiera, mi jilguera
Candorosos, cariñosos, amorosos nos besamos.

Que bendito sea, sí!
Sea, sea, sea, sea el rico suelo,
Rico suelo, rico suelo en que naci:
Que en el no ví
Nunca duelo;

Y en su puro y claro cielo
¡ Compañera !
Nadie á tí, nadie á mí,
Ni á mis hijos, ni á mis hijos corta el vuelo,
¡ Mi jilguera !

Lindo, lindo, lindo suelo, lindo suelo en que nací,
Para amarte, para amarte, para amarte siempre así !

*

Ni aun tiempo tuvo de esquivar el bulto,
Vittorio, para hacerse el encontrado ;
Pues apenas el canto terminado,
Del establo en la puerta apareciendo
Felisa, con el balde de la leche
Cuyo peso le hinchaba el brazo fresco
Y la hacía inclinarse hacia un costado,
— ¡ No crea que fuí yo ! — dijo sonriendo ;
Y continuó con aire reservado
Y cómica actitud : Ese jilguero
Es un lindo gauchito enamorado
Que canta siempre así... Yo lo sentía
Y también sus requiebros traducía
En tanto que ordeñaba. ¡ Es el jilguero !
No crea que soy yo... dijo ya ahogada,
Sin poder contener la carcajada
Y mirando á los ojos de Vittorio

Que la observaba con amor. — ¿ Lo duda ?
Y se rió otra vez... ¡ Es el jilguero !
¿ No vé cómo se ensaya el muy ocioso
Arreglando sus plumas vanidoso ?
Ahora dice lo mismo, despacito...

— El jilguero no canta tan bonito !
Ni así... (torciendo sus robustos dedos
Vittorio respondió medio cortado)
Y era usté quien hacía esos remedos.
¿ Qué, me quiere engañar ? Usté ha cantado...
Y bajó la mirada muy contrito
Cual si le hubiera herido la evidencia
De que había soltado una insolencia.

Pero ya la muchacha jubilosa
Habiendo reposado un momentito,
Gorjeando al reir como el jilguero
Y como él aleteando presurosa,
Entraba con el balde en la cocina,
Alegre más que el ave y bulliciosa.
Y la miró esconderse, el buen quintero,
Como se esconde el ala matutina
De luz rosada que de oriente sube,
Si se interpone ante ella alguna nube
Que ocupa el cielo...

*

Á descuajar, callado,
El peón se inclinó. ¿ Qué poesía
Primitiva y brutal, llenaba su alma,
Mientras el sol en la extensión subía
Y en vapor el aljófar se volvía
El fresco ambiente humedeciendo en calma ?

Ello fué que una especie de gorjeo
Empezó como á hervir en su garganta,
Y su semblante se llenó de luces,
Como el de aquel que en su interior y á solas
Reflorecido por la dicha, canta.

Si es bello ver de frutos sazonados
Los gajos de los árboles cargados,
Más bello es ver la criatura humana
De su vida esplendente en la mañana
Al levantarse el sol, darse al trabajo !
La tierra, que le anima como á Anteo,
Se entrega á su violencia y su deseo
Y él la parte y rotúrala á destajo.
Negros y húmedos panes ya desprende
El filo retajante de la azada ;
Y, como maza de un titán volteada,
La fulgente herramienta que desciende

Dando un destello de la luz dorada,
Los terrones humeantes pulveriza...
Luego se vuelve á alzar, luego se abate;
La estuosa tierra enardecida muerde,
Mientras, noble el sudor del laborante
Que nunca el suelo agradecido pierde,
Vivifica, chorreando á cada instante,
La verde franja de la zanja verde.

Cuelga el sol en los árboles sus joyas
En tanto que trabaja el inmigrante:
Dá rico fuego al nocturnal rocío,
Topacio y serpentino son las hojas
De los gajos verdosos ó amarillos:
Se mezcla la esmeralda á la amatista,
Y lastimada por los agrios brillos
Se halla como ebria de color la vista.

*

En bandada de pájaros cantores
Los niños, ya vestidos, bulliciosos
Se aproximan á ver lo que hace el gringo:
Unos van hasta el patio y presurosos
Vuelven con sus azadas diminutas;
Otras van hasta el balde, y se chasquean

Pues él creyeron que encerraba frutas,
Y, haciendo alarde de su error, bromean...
Luego pasa Pascual, de sus caballos
Llevando el pasto que les hizo cama;
Y después, tras los niños, la niñera;
Y en busca de los lienzos, que dejara
Blanquearse al relente, la mucama;
Y, como completando aquella fiesta,
Para hacer apetito al desayuno,
Aparecen también los dos señores:
Él, con su gravedad acostumbrada,
Dando ella la argentina carcajada
Que repiten los vastos corredores.
Que aquella buena gente acostumbrada
Á madrugar, como en su Estancia se hace,
Aunque una vida en Buenos-Aires lleva
De la vida del campo bien distinta,
Gusta tomar al fresco de la quinta
El rico mate que Felisa ceba;
Y, á los señores, contemplar les place
(Á trueque de dejar de madrugada
La cama tantas veces codiciada)
Más que en el campo en la ciudad, si pinta
La luz del primo albor entre las hojas;
Si nublada apuntó la luz febea,
Ó si el rocío, al elevarse, humea

Del gran galpón sobre las tejas rojas;
Y les place también como alimento
Aspirar el ambiente matutino
Que les pone en el ser aquel divino
Soplo de fuerza y matinal contento...

En mirar aquel grupo se extasía
El noble corazón, y se comprende
Viendo á tal gente, sana en su alegría,
Que este placer que el alma les enciende,
Les alcance á durar todito el día.

Movido por tan dulces emociones
Es fraternal el hombre en sus acciones;
Así que alguna vez, el mismo mate
Que los labios tocó de los patrones,
En un rapto vivaz del estanciero
También tocó los labios temblorosos
Del acortado y montaraz quintero
Á quien él se lo dió. Luego la dama
Amorosa y dispuesta para todo
Corría á preparar á los chiquillos.
Ó á ayudar á efectuarlo á la mucama.
Y cuando aquellos al Colegio se iban
En grupo á un tiempo remolón y presto,
Llevados por Pascual, quien los caballos

Muy temprano lavaba, y que dispuesto
El coche en uso para atar dejaba,
La patrona, en los patios, jugueteaba
Con los más chiquitines y Felisa,
Hasta que la hora de almorzar llegaba.
Y la misma campana plañidera
Que llamaba al almuerzo á los señores,
Nuncio á los criados de su almuerzo era:
Los que olvidando un punto sus labores
Entraban en tropel en la cocina
Más alegres que pájaros cantores
Y el alma como fuente cristalina.

Las horas matinales se pasaban;
Y después del almuerzo, en que alternaban
Las fuertes viandas del sin par ganado
Que poblaba del Plata las llanuras;
Con aquellas magníficas verduras
Que sacaba Vittorio, de la quinta,
Pasaba el día... y el vivaz contento
Que las labores tras de sí dejaban,
Era del noble hogar el elemento
Que todos los pulmones respiraban...
Con la segura paga, la alegría
De los peones el ánimo invadía
Cual quien sabe su esfuerzo avalorado;

Y así la vida toda se corría;
Y esa conciencia de algún bien logrado,
Con que termina en la Argentina el día
Llenaba el corazón del empleado...
Y el Domingo, en la Boca ó en Barracas,
El partido de bochas, ó el de morra,
En que apenas si se abren las petacas:
Pues, el sobrio labriego, que del Lacio
Dejara el suelo y se fijó en el Plata,
Va, en gastar su dinero, muy despacio,
Y la media que ató nunca desata.

*

El día se corrió como otros muchos:
Mas Vittorio sintió, durante el día,
Esa voz del jilguero que decía
El placer del hogar americano:
El canto que en su sér se entristecía;
El canto ¡ay Dios! que él recordaba en vano
Y que, en su sombra y orfandad, no oía
Sino como un tañido muy lejano...

---

# XVII

## EL CONVITE

Era muy tarde ya para Vittorio,
Que, en su constante vida de trabajo
Se acostaba á la par con las gallinas
Allá en el campo... En la Ciudad, ahora,
Con el sueño ahuyentado por la fiebre
De una inquietud de nervios roedora,
No podía dormir...
Y recordaba
Cual se recuerda un viaje, su pasado:
Joven y fuerte, aüdaz, ilusionado,
Llegando á Buenos-Aires se encontraba;
Meses después, llevando se veía
Á guardar en el Banco los ahorros
Que constante labor le permitía:
Pues censato Vittorio, sus dineros
No dilapida cual Pascual los suyos,
Cosa que al sobrio genovés irrita
Y de él le aparta, pues los malos yuyos

Acaban por ahogar la buena hierba
Y ganarse el jardín. Él sí, que es serio;
Y su excelente sueldo y privaciones
Y de sus amos los contínuos dones,
Así cual los regalos de los chicos,
Le dieron varios miles con sus picos;
Y hasta allí, en el doblez de los colchones,
Para sus gastos diarios le dejaron
Bastantes pesos sueltos; y de alafia
La estimación de todos, y el querido
Ensueño tan ansiado de ventura
Que ora ¡por suerte! casi ve cumplido:
El viejo padre, ya restablecido,
Anúnciale á Vittorio que se viene
Á trabajar con él, y su alma pura
Pone en sus letras, grandes como gotas
De llanto, cuando escribe que á su hijo
Debe su redención. La santa madre
Viene también...
Echando á la Miseria
En la paterna casa entró el contento
Cabestreando al trabajo apetecido
Que acompaña á vivir. Movió Mammuccia
Con resultado su telar mohoso
Y vendió las tricotas á buen precio...
Desde acá, desde América, el dichoso

Vittorio, que los colma de regalos,
Les remitió, por fin, aquel pasaje
Tan esperado y que aprovechan hora:
Pues que emprendieron el ansiado viaje
La semana anterior. El hijo aguarda
En casa del patrón hora tras hora
Á que lleguen de Génova... ¡Cuán tarda
En su marcha es la Dicha! Algo le augura
Que será muy feliz la travesía
De sus amados padres á Vittorio...
Vienen ya conchavados ¡qué ventura!
Cocinera y peón... ¡Lo que él quería!
Su buena estrella tanta luz fulgura,
Que le parece, aquella pieza obscura,
Iluminada por la luz del día...

*

Pensado así, Vittorio, oyó sonaba
La puerta de su cuarto que dá al patio,
Al discreto picar de unos nudillos.
— ¿Quién es? Pregunta al punto sobre el catre
Incorporándose.
— Yo soy ¡ché gringo!
No te vayas á crér que sea Felisa...
Dijo Pascual con insolente risa,

Más insolente que la frase aquella
Que avergonzó al quintero. — Qué pelada
De frente... ¡ No es verdá ? Pero hermanito
Cómo ha de ser ! No siempre cae clavada...
Ni cada vez se ha de besar bonito...
Vittorio, que arreglábase en silencio
Del catre al recrugir, no abrió la puerta
Porque en aquella noche, como siempre,
En aquel tiempo y en honesta casa,
Ella quedaba sin peligro abierta ;
Pero al punto exclamó :
— ¿ Qué es lo que pasa ?
El cochero responde : — Me he tentado,
Porque la noche está más que lindísima,
Á salir á farrear ; y me he alegrado
De que estés vos aquí... para que juntos
Vamos á divertirnos al Paseo
De Julio, á recorrer las Academias...
Hay una donde hay chinas muy bonitas,
Que tienen pa bailar más zandungueo...
Y está abierta hasta tarde. Levantate ;
Pa mí, no te has de hacer hombre seriazo ;
Metete unos pesotes al bolsillo ;
Agarrá este talero ¡ por si acaso !...
Y vení...
— ¿ Te parece tan sencillo ?

Levantarse y salir, decando al suerño
Con hambre de dormir? ¡Pues, mucha gracias!
(Vittorio respondió.) Como has estado
Vos todo el día en el cupé sentado,
Por eso me invitás; pero querido,
En el ahugado sitio donde estuve
Cavando mi jornada entre cascote
Como en un horno, habea un calurcillo
Que, gracia á la Madona, no me hay dado
Para irme al otro mundo un tabardillo...
Como no soy al pueblo acostumbrado,
Desde que estoy de la Revancha huído
Ni siquiera unas horas he dormido...
Por eso no puedo ir...

— ¡ Jesús, el nene !
¡ No seas tan delicao para la vida !
(Pascual le contestó) Ni hijo de Mitre
Que jueras vos! ¡Veníte! Hay tres muchachas
Que bailan como ángeles...

— No puedo.
Quiero dormir...
— ¡Ah, gringo! ¡No seas chico!
¿ Decí si á las mujeres tenés miedo,
Ó si vas á la escuela ? ¿ Ya está abrida ?

Esperáte á pasar las vacaciones...
¿Vení... querés ?
— ¡Es tarde!
— ¡No seas pavo!
Aprovechá una vez y acampañáme
Esta noche á farrear hasta la una...
¡Vení! ¡Verás qué mozas!
— Pues, al cabo,
Si no voy á dormir... dijo Vittorio,
Con este mangangá dentro la oreja...

Y vistiéndose rápido y calzado,
La puerta emparejó del dormitorio
Y al corredor salio, más destemplado
Que si fuese á la fuerza á algún velorio.

---

# XVIII

## LLAMAS DE HIELO

Negra y angosta, asaz mal nivelada,
La calle de Bolívar como un antro
Húmedo y sucio su garganta abría.

Con desiguales piedras afirmada
Y entre sus dos aceras trompicosas,
La piel de una serpiente parecía
Por sus ciénagas negras y escamosas:
Donde escasos faroles, desde lejos,
Afilaban sus pálidos reflejos.

Las casas retaconas, ya cerradas,
Ostentaban sus rejas de prisiones:
Las cornisas en lo alto recortadas
En altibajos ásperos corrían,
Y el cielo azul, de estrellas constelado,
De la calle hacia el uno y otro lado
Con dentellados ángulos rompían.

Eran las once ya.
Los dos mensuales
Hablando á gritos en la calle, alzaban
En continuos chasquidos desiguales
El són de sus botines claveteados,
Que por el duro caminar meneados
En las ásperas piedras rechinaban.

De la luz dirigiéndose hacia el foco,
Tal cual falenas por la luz llamadas,
Hacia el núcleo de aceras alumbradas
Se acercaban sus formas poco á poco...

De cuando en cuando, en su marchar ligero
Retardado encontraban un viandante
Envuelto en las tinieblas de la noche,
Ó alguno que otro derrengado coche
Que huía en las piedras tropezante...

Al llegar á la Plaza de Victoria,
En áureas y lucientes bocanadas
Vieron de los Cafés las grandes puertas,
De par en par al aire fresco abiertas
Por macizos de gente flanqueadas.

Encandilado aún de las desiertas

Y negras calles que pasó, Vittorio
Con más asombro cada vez, veía
Circular la revuelta muchedumbre
Cual si fuese aquella hora el mediodía.
Y en mirar, al pasar, se embebecía
Un Restaurante aquí, un Teatro en frente
Y á su lado un Café, y arriba, ardiendo
Con las luces del gas, la cabrionera
De un diario matinal llena de gente.
Y entre el silbar de vigilantes pitos
Cien carruajes con damas y señores,
Y en ellos cien cocheros compadritos
Que por ganarse el turno vociferan;
Y un tronar de cornetas de tranvía
Para avisar al cliente retardado
Que, de la Boca ó Flores, el pesado
Último coche ya por fin salía.

Vittorio se asombraba. En cuatro años
Qué gran transformación!
Y recordaron
Con Pascual, la aventura que pasaron
Allá en el « Cafetín de ña Colasa »
Que no existía ya; de donde fueron
(Porque Pascual callarse no quería,
Con aquel vigilante que insultaron),

Á caer en la misma Policía.

Ya en la calle de Mayo, desde lejos
Pudieron presentir las Academias
Al oír el chillar de los flautines,
La variedad de turbulentos gritos,
El maullar raspador de los violines
Y el gruír de los agrios organitos.

*

— ¡ Entrá, mamón!
Y la quemante mano
Que se apoyó en el hombro de Vittorio
Le empujó hacia adelante.

El italiano
Quedó un momento encandilado. Luego
Sintió como una turbia ola de fuego
Que el pecho le anegó.

Era la pieza
Donde aquella Academia funcionaba
Fea y ahumada. Aunque de techos altos
Con tirantes de palmas, presentaba
Mínimo espacio al humo. Á través de éste

Y del fétido ambiente, se dejaba
Apenas estudiar. Pringosos muros
Blanqueados antes, ora relucientes
Del frote y el sudor de los clientes,
Mostraban cual diseños ostensibles
Trazados al carbón, las formas de estos:
Pues el largo diván do se sentaban
Guardando siempre los tomados puestos,
Convertía los muros en respaldo
En que todas las grasas se impregnaban;
Y, así, por sus siluetas conocibles,
Se podía saber quiénes faltaban
De aquellos parroquianos, que ocupaban
De noche los asientos...

En los sórdidos
Rotos cojines al diván unidos,
Mujeres y hombres de diversas menas,
Mezclados y apretados se veían
Entre el humo y los miasmas tan hundidos
Que á descubrirlos se alcanzaba apenas.

En un rincón, como el altar de Baco
Apoyada su base en gran tarima,
El despacho de vinos y tabaco
Que ilumina un candil: de aquél encima,

De vasos y botellas tosco estante
Colmado; y junto á la curiosa venta,
La patrona, mujer facha de furia,
Que, inválida del vino y la lujuria,
En un cajón de kerossén se sienta.

Y otra mujer sebosa que despacha
Las bebidas, temblante de borracha
Sólo de oler alcohol...
                                        En frente de ellas
La orquesta: dos chicuelos con el hambre
Pintada en las escuálidas figuras,
Llenos de desvergüenza los semblantes.
Uno rasguña el arpa, otro en la flauta
Dentellea; una niña escrufulosa
Da vueltas sin cesar al organito,
Y un viejo de facciones repugnantes
Mezcla de presidiario y de bendito
Que es de la orquesta dirección y pauta,
Lude las tripas de un violín maldito.

Más abajo (entre grupos de carreros
De Barracas al Sur y los Corrales,
De compadres del Centro y vendedores
De diarios, changadores y boteros;
Unos porteños, otros orientales,

Italianos los más, de España alguno,)
Las doncellas del arte coreográfico
Que no pasan de cinco...

¡ Qué facciones !
¡ Qué modo de mirar ! Esta, que lleva
El pelo en enredados desgarrones
Sobre la espalda y sopla y lo sacude
Como otra Erinnis, cuyo gran cigarro
Saltando de su boca maldiciente
Entre saliva y expresiones torpes
Chamusca el chaquetón de un asistente,
Es Juanita, la joven correntina
Que áun no tiene quince años.

— ¡ Ché ! ¡ Cochero ! —
Vos que traiste á este saco de lustrina...
(Le ha gritado á Pascual, quien se detiene
Con su moza en un valse, y que imagina
La inquietud de Vittorio). Si es brasero
Decile que el calor no nos conviene...
Y, como él se callara, ella prosigue :
Jesús! qué losa... Contestá, che nene :
¿ Qué, no viene á bailar tu compañero,
Ni á ...pués entonces, pa qué cuernos viene ?
Y los vasos que van de mano en mano

No dejan de escanciar, lujuria líquida,
Aquella ardiente caña enlimonada
Que en tal momento y sin compás tomada
Hace llamear el corazón humano.

*

Y Vittorio, más rojo que amapola,
Consiente al fin; se lanza en el mareo
Arrimado á la china y como loco
Vá sintiéndose ardiente y poco á poco
Sudando á chorreones el deseo...

Y vé los ojos negros luminosos
Sobre los labios tórridos y hermosos ;
Y cuanto más en las quebradas rompe
Contra el cuerpo bestial que ora le inflama,
Cuanto más tuerce el suyo y le blandea,
Cuanto más la pasión le agijonea
Y el deseo en sus venas se derrama;
Un raro no-sé-qué su mente ruda
Viene á enfriar, cual soplo inesperado
Que le hiela de pronto hasta las venas...

Y su irritada compañera suda
É impotente se vé; teje cadenas

De miradas, caricias y palabras
De intenso ardor, y cuando el vivo fuego
Recomienza á chispear, siente en los ojos
Del muchacho, que enjuga su semblante
Bañado de sudor, el casto rayo
Lumbre de la pasión purificante
Del alto amor que le inspiró Felisa,
Ó extrañas repugnancias que en desmayo
Vuelven su turpitud...

La ardiente moza
Á quien tales frialdades ya dilatan
El triunfo que esperaba en corto plazo,
Más ciñe al talle del varón su brazo;
Se apura; se retuerce; y entre enojos
Y lúbricas miradas de sus ojos
Que muerden al besar al abrazado,
Con flexiones lascivas, el taimado
Encantamiento que cumplir quería
Prosigue en sus molicies de Sirena,
Y con arranques de pasión de Arpía
Que en ímpetu carnal se desenfrena...

Entre tanto, Vittorio, enardecido
Y al propio tiempo helado, no sabía
Qué pasaba por él...

Otras parejas
En contorno bailaban: de repente
Entre risas y chanzas de la gente
Pasaban una puerta, allá en el fondo
Del ahumado recinto...
Aparecían
Poco después... mas nunca el compañero
Como él, Vittorio, con la misma dama
Vió proseguir.
Sus ojos se salían
De las órbitas ya.
Como se inflama
De pronto un polvorín, el italiano
Partió con la chinita de la mano
Mientras las gentes en redor reían.

*

— ¡Duro el muchacho!
— ¡Pa la pierna es güeno!
— ¿Di ahónde lo sacastes ché cuquiero?
— De casa de tus primas ¡aparcero!
¡Si te pensaste que yo fuera ajeno
Sabélo pá otra vez!... Rojo de rabia
Esto le contestó con un rugido
De amenaza Pascual, con tal violencia

Que amilanó á aquel criollo de calabria,
Quien se tragó callado la insolencia.

— ¡ Bien haiga ! (dijo un gaucho) entrometido
Y echar después lo que es contrario á suerte...
— ¿ Y entonces á Pascual porqué tanteaba ?
— Dejálo, che, que á los naciones siempre
Se les dá vuelta, sin querer, la taba...
Un pardo terminó.

Los extranjeros
Rieron para pasar el mal instante,
Temiendo de que hicieran los carreros
El enojo pasar más adelante...
Á Pascual otros muchos aplaudían
Para aplacar las gentes peleadoras
Que hacía largo rato pretendían
Motivo de trifulca...

Apacigüada
La gresca terminó ; y al fin cansada
La musiqueta atroz calló un momento
Y las parejas reposaron...
Todos
Los vasos se llenaban sin descanso,
Y empinados después hasta los codos

Llenábanse otra vez...
Bien pronto luego
Volvió á prender de la charanga el fuego
Y Vittorio salió.

*

Junto á la puerta
Que daba hacia la calle, un grupo espeso
Vió Vittorio, al salir, de varias gentes
Que la atención llamóle.
¿ Discutían ?
Tal vez un duelo, bárbaro, á cuchillo
Se había entre carreros efectuado;
Y las gentes, los trances referían
Del combate brutal...
¡ Una revuelta
Acaso en las Provincias estallara
Y en la extensa República llevara
Su roja enseña la Discordia, suelta !
¿ Allá, en la pátria, en la lejana Europa,
Sonaba, por ventura, en roncos truenos
El antíguo rencor... y estaban llenos
Los Apeninos, del rumor de tropa
Y de guerra, otra vez?
Á los presentes

Iba Vittorio á preguntar : — ¿ Qué es eso ?
Cuando viniendo pálido se acerca
Pascual hasta su amigo.

— Ché, Vittorio...
Le dice pretendiendo vanamente
Tranquilizar la voz... Cómo era el nombre
Del buque en que dijistes que venían
Á América tus padres ?

Vivamente
Mirándole á los ojos y en contorno
Indagando después con la mirada,
Con frase de emoción entrecortada :
— ¿ Mas, por qué lo preguntas ? ¡ En EL NORTE !
Contestóle Vittorio.

— Pues « El Norte »
Prorrumpe un genovés se hundió en Las Palmas.
— ¿ Quién se lo ha dicho ? — Grita horrorizado
El quintero.

— El muchacho que ha pasado
Vendiendo El Boletín...

— ¡ Sagrada corte !

¡ Virgen de Carignano y de las almas !
Vittorio exclama ; y mientras sigue el baile
Á la calle veloz se precipita,
En tanto, un pardo que lo escucha, grita :

— ¡ Miren que á tiempo nos ha caido un Fraile !
Alcanzále, Juaquin, la agua bendita...

---

## XIX

## EL BOLETÍN

Al dejar la Academia apresurado
Y pasar del calor y el mal ambiente
Del recinto asfixiante, al aire puro,
Sintió Vittorio todo el cuerpo helado
Y con la mano se apretó la frente...

Un silencio augustioso, hondo silencio,
De la calle estrellada solamente
De uno que otro farol, reinaba en torno.
Allá lejos cual luces que se apagan,
Más sordos cada vez se percibían
Entre las sombras los huyentes gritos
Que ¡Boletín de La Nación! decían
Cada vez más distantes; y se oían
Próximos estampidos que sonaban
En la imprenta del diario y que anunciaban
Que estaba lista la impresión.

Jadeante
En la calle de Cuyo entró Vittorio...
Corrió dos cuadras de Pascual seguido:
Y al llegar á la esquina oyó el rüido
De los muchachos que esperaban turno
En muchedumbre sin cesar crecida,
Para comprar el Boletín, que luego
Irían á vender por dondequiera
En la inmensa ciudad recién dormida.

Uno de éstos, pasaba á la carrera
Con paquetes de impresos en las manos
Y lo detuvo el genovés.
Apenas
Le arrebatara el boletín, Vittorio,
Del farol de la esquina ante el destello
Á instalarse corrió.
Tres italianos
Llamando al chiquitín á voz en cuello,
De tremenda inquietud las almas llenas,
Cuando comprado hubieron la hoja ansiada
Pusiéronse á leer...

— ¡ Cinco centavos !
El pilluelo cobró con el descoco
De vendedor de diarios á Spacagna

Que aun no le pagó; pero observando
Que Vittorio leía sollozando,
Seguramente le tomó por loco:
Pues, como es regular, él no sabía
Todo el dolor que en su papel vendía...
Al chiquitín, que se alejó trotando
Cuanto cobró, Pascual le dió el billete;
Y á Spacagna volvió, mientras voceando
Se perdía en las sombras el pillete...
Y así con dulce voz fué preguntando:

— ¡Pero á ver de una vez! ¡Á ver! ¿Qué dice
La noticia del diario? ¿Trae los nombres
De los ahogados?

Mas la angustia fiera
De Vittorio, rompió de entre el mutismo
Que la ocultaba, cual la trompa de agua
Que del dique rompiendo la barrera
Saca sus voces de su impulso mismo!

Con jadeante sollozar de fragua
Tras del escape de un rasgado grito,
El genovés en la barrosa acera
Dejándose caer:

— ¡Santa Madona!

Decía en su dolor... sono perduto!
La madre, el padre, la esperanza... tutto
Se ha llevado la Muerte... y me perdona!
¡ Mís padres ! ¡ Yo soy muerto! ¡ Y yo quería
Arrancarlos ay, Dios! de la miseria...
Por éllos trabajar!

Ansiosamente
(Sin ponerse á atender lo que decía
Vittorio en su dolor), Pascual echóse
Á descifrar lo publicado.

Hallóse
Con un despacho recibido hacía
Menos de una hora, por la misma casa
Que servía el vapor: — En esa tarde
Cuando el « Norte » llenó su carbonera
Y en el extenso puerto de Las Palmas
Iba á levar el ancla, un transatlántico,
El « Liverpool », llevólo por delante
Y le hizo zozobrar, con bienes y almas
Perdiéndose el vapor en un instante.

— Contenéte Vittorio (le decía
Una vez acabada su lectura
Al quintero, Pascual) — ¿ No vés que dice

El papel que hay algunos pasajeros
Que han podido salvarse, por ventura;
Y que dará más tarde con sus nombres
Nuevas noticias?

— ¡Pobre, mamma mía!
Empapando de llanto su amargura
Clamaba el triste sin hallar consuelo
Ni quererse engañar...
Desesperado
Lastimaba su labio ensangrentado
Y se mesaba fieramente el pelo!

*

Ya, buscando los datos en la fuente,
Llegaban con apuro los curiosos,
En su parte mayor gente extranjera:
Españoles, franceses, italianos,
Y alguno que otro criollo indiferente
Que, el boletín llevando entre las manos,
Detenido un instante allá en la acera
Del grupo espeso y angustiado en frente,
Decía al alejarse:
— Pobres tanos!

Un romañolo gigantón, á gritos
Daba sus opiniones: — ¡ Son mentiras
Para sacar centavos solamente!
¡ No sean zonzos! ¡ No compren papelitos!
¡ No hay tal desgracia!
Y de ira casi beodo
El delgado papel redujo á tiras;
Y escupido arrojándolo, en el lodo
Fuélo á patadas con furor hundiendo:
Contra Dios, contra el hombre y contra todo
En sangrientas blasfémias prorrumpiéndo...

*

— Á ver pues si se van... ¡ Ó los arreo!
Exclamó un vigilante de parada
En esa esquina, que juzgó prudente
Hacerle comprender á la gringada
Que: — « Aquél á quién lo araña la Pelada
Á de dirse á quejar lejo e la gente! »

— Vení, Pascual, (gritaba otro cochero
De Vittorio al amigo), traete al hombre
Al baile... ¿ Qué ha de hacer? Allí esperamos
Que salga otro papel y lo compramos:
Que puede ser que todo sea equivoco.

Pascual, del brazo de Vittorio, iba
Consolándolo al pobre poco á poco.

*

También á un grande milanés del grupo
Tocaba la desgracia: que su hermano
En el vapor que naufragó venía...
Iba, en la sombra y su dolor envuelto,
Dirigiéndose lánguido hacia el río
Con la turba infeliz, que hablaba en vano,
El hombre aquél á quien hirió la suerte.

Y su austera figura, el silencioso
Lúgubre andar de su portante esbelto,
Su encauzado dolor, opuesto al suelto
Quejarse de Vittorio, más sombrío
Hacían su exterior y más hermoso
Su inablandable corazón bravío.

Poco dijo, al oír que sólo algunos
Viajeros se salvaron.
Sus palabras
Bastaron sin embargo á que se viera
Su natural enérgico y rebelde,
Mezcla de mártir y de extraña fiera:

— « Al fin y al cabo... entre morir ahogado
Ó morir de trabajo... Mas quisiera
Poder apostar algo á que los ricos
Que venían á bordo se han salvado. »
Y á hablar ya no volvió.

Como las vacas
Se agrupan en las horas de tormenta
Por resistir al ventarrón, y ocultan
Con murallas de cuerpos á las flacas
Ó aun inválidas crías, agrupados
Aquellos infelices en contorno
Del milanés y de Vittorio, andaban
Mirándoles al rostro contristados.

Quién se informaba de la edad del padre
Y la edad de la madre de Vittorio;
Quién, al otro, del pobre que venía
Lleno de alientos que cortó el naufragio
Preguntaba la edad; éste sus nombres
Ó la ciudad natal; aquél, si había
Hecho ya su servicio.

Y esos hombres
Que de tal modo se ligaban, eran
Aun no hacía dos horas uno al otro
Al menos si no hostil indiferente:

Que nada liga más á extraña gente
Ni hace prestar más eficaz auxilio
Que ese terror que invade al compatriota,
Cuando la Muerte sobre el alma flota
Del pobre hermano que encontró en su exilio.

Caso fué de atención y de conciencia
Una vez en el baile, de las copas
Aceptar el obsequio.
Era, Vittorio,
Muy sensible al alcohol: temió el mareo
Y el exceso rehuyó. Pero asaltado
Por la sed de la fiebre y la tristura,
Con voluntad su falta de deseo
Supliendo, y á aturdirse resignado,
Se dejó arrebatar de la locura,
Que á favor de las copas excitantes
Envolvióle en sus gases hilarantes
Y empapó con alcohol su desventura.

*

En el reloj cercano del Cabildo
Dos campanadas dan.
Se cierra el baile;
Y en la avenida desplayada y negra

Del Paseo de Julio, óyese en tanto
Del ágrio acordeón de los boteros
El jadeo sin fín, y de la dulce
Guitarra nacional de los carreros
El contenido y melodioso canto...

Y... allá van... Allá van...
De tarde en tarde
Entre coplas villanas y entre risas
Y soeces y torpes carcajadas,
Apenas las botellas donde arde
De la caña el licor vense vaciadas,
Se las siente caer y hacerse trizas
Contra las negras piedras estrelladas...

---

## XX

## ¿INSOLACIÓN?

Cual pasión de mujer arrebatada
En todos sus afectos repentina,
El sol de la Republica Argentina
Sabe besar el labio tibiamente
Con su invernal caricia regalada,
Ó abrir en dos la enardecida frente
Lanzando, en la canícula, fulgente
Destello más filoso que una espada.

En las siestas estuosas del verano
Nada aplaca su luz: absorbe el aire
Cual de frescor sediento allá en la altura;
Y desde el punto en que vibrante asoma
Como llameante oleaje, hasta que el vuelo
Va en occidente á reposar, del cielo
En bochorno implacable se desploma.

Más feliz que el peón de las ciudades,

El labriego rural, se enjuga el pecho
En donde humea el sol, y sus pulmones
Aspiran en las vastas soledades
Del aura las escasas vibraciones.
Pero aquél que encerrado por el muro
Del jardinillo urbano, abre la tierra
Cargada de detritus y de miasmas,
Busca en balde en el aire cual pescado
Retirado del mar, un soplo puro
Con que aplacar su pecho sofocado...
Tal se ahoga Vittorio. En la tarea
Buscando olvido á su dolor, no quiso
La licencia aceptar de los patrones
Para dejar de roturar en tanto
Le llegaba el consuelo.
Fué preciso
Obligarle á comer, como á un chicuelo;
Y Pascual y Felisa, en ocasiones
Enjugaron las gotas de su llanto
Con el antiguo americano encanto
De sus simples é ingenuos corazones...

Hasta la gran patrona, los chiquillos
Y el adusto señor, benevolentes,
Fueron á cada instante hasta la pieza
Del peón infeliz: todos á una

Le colmaron de afectos y presentes,
Cual si en su antigua patriarcal llaneza
Se propusieran con vivaz cariño,
El influjo anular de la infortuna
En su excelente corazón de niño.

*

Todo vino á servir á distraerle
Y á mitigar en su alma la honda huella
De su dolor. Hervía en ese entonces,
Feral revolución que se incubaba
Como un incendio en el país: aquella
Desesperante racha de locura
Que sobre el ras de la Nación pasaba
Y tomó por pretexto la torpeza
De negar que se hiciera á Buenos-Aires
Capital del Estado: esa anarquía
De la cual la Nación con entereza
Logró elevarse, más que nunca grande,
Mostrando que si el cuerpo iba hasta el Ande
Quedaba junto al Plata su cabeza.

Pascual, de los primeros, se enrolaba
Cuando el hervor político empezaba,
En aquél batallón de los Morales

Que el gremio de cocheros prefería;
Porque de antiguo, al Nacional Gobierno,
Por sus contiendas cien electorales
Detestaba con odio sempiterno.
Y casi heróica oposición le hacía.

Siervo hasta allí de influjos provinciales,
El Poder Nacional agonizaba.
Tal inquietud en la ciudad bullente,
Bien pudo distraerle de sus duelos
Al infeliz Vittorio: que el peligro
De un nuevo daño, al ánima doliente
Distrae del pesar; pero á ocasiones
Para ser eficientes los consuelos
Tienen que ser de la quietud venidos,
Pues si ellos son de la inquietud nacidos
Los pesares aumentan con desvelos.

De la próxima guerra entre la insidia,
En que ya estaba el pueblo casi en lidia,
La familia miraba con contento
Que poco á poco el peón se consolaba
De su pesar tan crudo é inhumano:
Y en lugar del profundo sentimiento
Con que á sus padres el garzón lloraba,
Ora una especie de terror villano

A la guerra civil en su alma entraba;
Y entre inquietud y pena compartida
Trabajando pasábase la vida
En el ágrio jardín.

*

Mas como diera,
Una mañana bochornosa y fiera
De San Francisco en el reloj cercano
Sin qué Vittorio al comedor viniera
El mediodía, entre la buena gente
Doméstica que al hombre ya extrañaba,
De su horfandad se removió el asunto;
Y Pascual, el cochero, que almorzaba
A la puerta del patio casi junto,
Le quiso ir á llamar; más no tan presto
Que ya al llegar al corredor, Felisa
No lo dejara atrás, muerta de risa
Chuleándolo por lerdo.

En vista de esto
Al comedor volvióse cejijunto
Y en él entróse el mozo de mal gesto.

La graciosa muchacha en aquel punto

Dejaba atrás la larga balaustrada
Que separaba el patio de la quinta
Donde estaba el jardín. Le revolaba,
Como paloma blanca en aleteo
Del trapo que ajustóse en la cabeza
Formando contra el sol holgada toca
Mientras corría, la flotante punta ;
Y las otras, sujetas en su boca,
No dejaban que el trapo resbalara
Ni que al garzón, que la trató de loca,
La niña el rostro en el correr mostrara...
Ella, volviendo alguna vez la cara
En tanto que reía del cochero
Prevenía á Vittorio á grito herido
Que estaba el caldo en su tazón servido
Y que empezaba á enfriarsele el puchero.

Y así que se asomara en el cantero
Donde humeaba el sol, desde el reparo
Del dintel de la puerta :
— Don Vittorio!
¿ Que está durmiendo, acaso al sol, la siesta
(Palmoteando gritó) como una iguana ?
¿ Ó ha dejado su almuerzo pa mañana,
Por economizar?
La mano, entonces

Alzó y libró los ojos del gran fuego
Que del cielo caía.
Por respuesta,
Vittorio, medio cuerpo entre la zanja,
El torso enderezó; saltando de ella
Fuera salió: llevóse entrambas manos
Á la cabeza; se paró un instante;
Intentó sonreir á la sirvienta;
Recorrió algunos pasos tambaleante;
Y extendiendo los brazos como ciego,
Cual buscando un apoyo imaginario
En los vapores del jardín caldeante,
Un corto trecho adelantóse luego.

— Vaya, (se dijo disgustada en lo hondo,
La graciosa Felisa) — ¡Qué desgracia!
¡Cómo son estos pobres italianos!
Se emborrachan por todo: si padecen
Toman vino demás; si están contentos
Se pasan en las copas... no parecen,
Cuando se hallan así, seres humanos.

¿Quién no hubiera pensado, al contemplarla
Mirando al hombre, que en aquel instante
La muchacha enjugándose el semblante
Restañaba sus lágrimas?

Acaso
Eso hiciera, también: pero lo cierto
Fué que quedóse helada de repente
Á pesar del calor, viendo á Vittorio
Descompuesto el semblante como un muerto,
Venir hasta su lado lentamente
Con un hondo jadeo de agonía,
Y ya al momento de apoyarse en ella,
Exclamando :
— Me muero... ¡ Mamma mía !
Como herido caer por la centella.

---

# XXI

## HORAS DE FIEBRE

Grande es la habitación donde el paciente
Contra la hórrida Parca se debate
Envuelto en sombras: que el boquear continuo
Con que el pabilo de la vela late
Puesto por precaución por manos buenas
En una palangana allá en el piso
Del cuarto en un rincón, alcanza apenas
Con la luz de su rayo macilento
Á entreclarear la sombra encapotada
Que convierte en sepulcro el aposento.

No muy distante del rincón vislumbra
Un baúl pequeñuelo la mirada;
Y aun más allá, perdido en la penumbra,
Está un lavabo simple cual de pobres;
Una silla de paja vagamente
Entrevése á favor de algún reflejo
Con que vuelve la luz, y frente á frente

De la puerta que se abre para el patio,
Entre paños de sombra se columbra
Un catre donde se oye del enfermo
En jadeante estertor acompasado
El ansioso anhelar.

Del otro lado
Junto á puerta interior, en las tinieblas,
Se discierne un sillón, donde sentado
Se halla algún sér que duerme con soplidos
Duros é inquietos.

El enfermo habla
Con esa voz sin eco del muriente
Que el son postrero de la vida encierra,
Y que suele escuchar el asistente
Como el póstumo adiós hacia la tierra.
Él, ha hablado, es verdad... ¿ pero qué dijo
En su feble anhelar ? Nada en contorno
Que haya quien vele al desdichado expresa;
Nada que de su angustia la crudeza
Percibieran algunos cariñosos
Ó asistentes oídos...

Sobre el catre
Los jadeos creçiendo estertorosos

Cambianse en ayes. Cesan los ronquidos
Que se alzan del sillón: tal vez despierta
De su conciencia el grito acriminante
De pronto al cuidador... Pero al instante
Vuelve el hombre á roncar. Mientras que, lento,
Por remover sus miembros doloridos
Vittorio á quien rindiera el movimiento,
Dando ahogados y flébiles quejidos
Turba de nuevo el fúnebre aposento
Con su hondo delirar...

Solemne, entonces,
Una puerta ludió. Era esa puerta
Delante de la cual al sér roncaba
Y que perdida en la penumbra incierta
Un cuadrado sepulcro semejaba
Con su lápida blanca lisa y yerta...
Y un fantasma salió alto y esbelto
Del seno de la tumba que se abría;
Y sin rumor, que ingrávido era acaso,
Resbalando más bien que paso á paso
Al catre se allegó.

Mas el paciente
En su disnea cruel ya respiraba
Con calma relativa.

La figura,
De aquella misteriosa criatura
Que una imágen devota parecía
Y ni ruido ni sombra producía,
Sobre el enfermo doblegó el regazo;
Movió con lentitud el leve brazo;
Puso su mano en la caldeada frente
Del infeliz que con la fiebre ardía
Y la sacó cual si tocara fuego
Cubierta de sudor; secóla, luego;
Miró el reloj que en la mesita estaba,
Y vuelto el rostro al hombre delirante
Enderezóse: atravesando al punto,
En medio del silencio en que marchaba
La zona iluminada, deslizóse
Por junto al sér que en el sillón dormía
Y sin cambiar de posición seguía
Arrebujado en un chalón; parose
Ante él, de recordarlo vacilante;
Y ligera después, como flotante,
Tras de la blanca lápida escondióse...

*

Apagados los ojos por la fiebre
Y casi sin moverse de la almohada

Parecía, el enfermo, con la vista
Haber seguido la brillante arista
Que, desde la otra pieza iluminada,
Vino al abrirse y al ludir la puerta.
Y una vez que el fantasma disolvióse
Perdido entre la sombra, el pobre enfermo,
De su ahogo de nuevo en el martirio,
Comenzó en los rezongos del delirio
Mil nombres á mezclar: inteligibles
Apenas en su labio estrapajoso;
Y después de esos sones indecibles
Que lanza quien batalla con la fiebre,
Se quedó, con respiro fatigoso,
Cual plegando al furor de su enemigo;
En tanto que una linea sonrosada
Pintaba desde afuera la alborada
Señalando las formas del postigo.

En el sillón perdido entre las sombras
Y al rechinar la puerta, que á su espalda
De nuevo se entreabrió con gran cuidado,
Pascual se despertó: llevó á los ojos
Las manos; restrególos; y embotado,
Vuelto hacia atrás y con torpor diciendo:
— No te acostás Felisa en todavía?
Retirando el sillón en que durmiera

Dejó cómodo paso á quién abría.

Felisa contestó que dormiría
Á la siguiente noche; y que ya era
Tiempo de relevarlo; y acercóse,
Después de haber abierto la vidriera
Por donde el primo albor precipitóse,
Al catre del enfermo.

— ¡ Don Vittorio!
(La buena niña dulcemente dijo
Con un hablar como de madre á su hijo)
Tome el remedio!

El mísero muriente
No alcanzó á comprender lo que le hablara
Su enfermera gentil.

Con la cuchara
Casi abriendo sus labios á la fuerza,
Felisa le vertió rápidamente
La pócima en la boca.

En la mesita
Que estaba junto al catre, la doncella,
Del empleado remedio la botella

Con la cuchara colocó... Empeñóse
Para que algo dijera el buen doliente
Callado á la sazón; ¡esfuerzos vanos!
Pues nada consiguió.

Después, salióse
Del cuarto; con la pava y el brasero,
Que traía encendido entre las manos,
Apareció al instante; acomodólos
Ante el sillón donde Pascual durmiera
Y que éste, al simple dicho de la moza,
Con gusto desertó, yendo á acostarse;
Y fresca allí como recién venida
Á cumplir con su encargo de enfermera,
Comenzó á trasegar mate tras mate
Callada, melancólica y severa;
Cual quien, á expensas de su alma, en fiera
Lid con sus presunciones se debate.

*

Entretanto en lo alto, sobre el muro,
Como un dosel del catre de Vittorio,
Una pluma de sol, del sol más puro,
Por los vidrios entrando desde afuera
Fijóse en la pared del dormitorio...

Luego empezó á bajar y á desplegarse ;
Y aérea colgadura de oro, lisa,
En apacible sucesión subiendo,
Llegó por los ladrillos á posarse
En las faldas y el hombro de Felisa,
Y en un nimbo de luz la fué envolviendo...

*

Cuando, al viejo galeno precediendo,
Entraba la patrona esa mañana
Á visitar al infeliz Vittorio,
La conoció el enfermo fácilmente ;
Pues por una reacción bien sorprendente
El mozo iba mejor.

Ya muchos días
Se corrieron después de la semana
En que « el gringo » entre vivo y entre muerto
Se defendiera de la fiebre. Apenas
Si en las más clareantes mejorías
Lograba conocer á las personas
Que le cuidaban. Siempre su delirio
Fué de muerte y amor cosas mezcladas
En imposible asociación.

Felisa
Y Pascual, le asistían como hermanos
Turnándose los dos constantemente;
Mas la señora reprendió á la criada;
Así como el galeno hubo salido,
En aquella ocasión, muy seriamente,
Con enojo diciendo reprimido
Aquéstas frases:

— Ya Pascual, quejoso
Otra vez con razón, esta mañana,
Que, por cuidar al genovés, me ha dicho,
Ya vos ni te acostás! Si caes enferma
Has de ir á dar al Hospital, taimada!
¿Á qué te viene ahora este capricho
De descuidarte así?

Mas por fortuna
Para la pobre moza reprendida,
(Que de pie y por la angustia enmudecida
Firme aguantaba chaparrón tan fuerte),
La patrona, al retarla, sólo atenta
Al enfermo, en su enojo destemplada,
Volvía el rostro hacia el mezquino lecho;
Pues de otro modo, de seguro, advierte
Que la faz de Felisa, demacrada,

Se iba cubriendo de palor de muerte;
Que sus dientes entraban en su labio
Cerrando el paso al grito de la pena;
Que sus ojos buscaban en la sombra
Donde verter el llanto de que estaba
Cual de onda amarga su garganta llena;
Y en todo aquel dolor que desbordaba
De su expresión por lo habitual serena,
De fijo que la dama descubría
Lo que en el seno juvenil pasaba;
Cuanto á la niña ya mujer la hiciera;
Lo que cambiar su natural la hacía
Y de aniñada y rápida cual era,
En moza melancólica y austera
De concentrado meditar, volvía.

---

# XXII

## EL JARDÍN DE LA CASONA

Sentado en un cajón, mientras descansa,
Vittorio está.
La brisa vespertina
Mueve de tarde en tarde suavemente
El sedoso cabello de su frente
Y al sol la expone, pálida y cetrina.
Un gran sombrero blando, hacia la nuca
Echado con descuido; amplia camisa
Que muestra el fuerte pecho enflaquecido
Ceñida por la faja color sangre
Que ajusta el pantalón á la cintura;
Y unos botines fuertes y amarillos,
Componen la sencilla vestimenta
Que avalora su lánguida hermosura.

Apoyado ambas manos en la azada
Y en las manos la barba, de su asiento
Hace pasear en torno la mirada

Examinando su trabajo...
¡ Oh, cuánto,
Cuánto dolor, en sólo un mes corrido
Resistiera su alma !
Hace ya días
Pudo dejar el catre, y lentamente,
Hoy quince metros, veintidos mañana,
Fué volviéndo las tierras labrantías
Del agreste jardín.

La ardua tarea
Dilata en su memoria la inhumana
Renovación constante de sus duelos:
Y por pagar á su patrón se afana,
De la noble familia que salvólo
Con sus rudos esfuerzos, los desvelos.

Ora ya los caminos aplanados,
Sus curvas diseñadas con acierto,
Los árboles frutales aporcados
Y en espaldar en la pared del huerto,
Los canteros preñados de semilla,
Se ven doquiera que la vista vaga:
Sólo faltan los últimos detalles
Para entregar á aquel que ha de cuidarlo
El rehecho jardín.

Este en sus calles
Luce el fino pedrisco, y la conchilla
Que, al chispear como aljófar que el sol bruñe,
Con resplandores diamantinos brilla.

*

Allá por junto al patio de la casa
Preséntase Felisa. Un blanco lienzo
Púsose de mantilla en la cabeza.
El floreado vestido de zaraza
Ciñe su esbelto talle, y con simpleza
Sus formas perfectísimas dibuja.
Es en sus movimientos tan graciosa
Cuando las flores á juntar se agacha,
Que un poeta advirtiera en la muchacha
Movimientos de ninfa y mariposa.

Junta violetas... ¿ Para quién las junta?
El amante mancebo se pregunta...
— No será, claro está, para Vittorio...
Piensa él mismo, mirando con deleite
Mezclado de respeto á la niñera
Que tanto le cuidó. — Todas sus risas,
Sus gracias todas, su bondad entera,
Y sus diarias confianzas, el cochero

Viene á gozar... Para él, para el quintero,
La reserva amistosa, esas sonrisas
Que ocultan siempre un algo misterioso,
Como trasunto de temor severo
Ó compasivo afecto cariñoso...

Acaso no le ha visto... ¿ Ó como siempre
Ni se preocupa de él ?
Á *sotto voce*
Viene cantando :

*

Palomita mía
¡ Vidalitay !
De pecho blanco.
¿ Dónde te has ido ?

Yo te quería
¡ Mi viditay !
Vos me has dejado
En hondo olvido...

Como no te veo,
¡ Vidalitay !
Ya tu jaulita
Me da tristeza.

Y en sueños creo
Ay mi vidita !

Verte heladita
Sobre la tierra...

Palomita mía
¡ Vidalitay !
Fuiste mi calma,
Fuiste mi encanto.

Tu jaula fría
¡ Mi viditay !
Quedó en mi alma
Mojada en llanto.

Como no te veo
¡ Vidalitay !
Ya no soy niña,
Ya más no rio;

Y morirme creo
¡ Ay mi vidita !
Mi palomita,
Junto á tu nido.

Palomita mía
¡ Vidalitay !
Mi dulce encanto,
¿ Dónde te has ido ?

Dáme mi alegría,
¡ Mi viditay !
Llevá mi llanto
Volvé á tu nido...

*

Levantóse Vittorio arrebatado
Por ese impulso que al amante ofusca
Cuando despierta de su amante al lado;
Dejó caer la azada; adelantóse,
Como aquel que no sabe lo que busca,
Dos pasos hacia el punto en que Felisa
Inclinando su cuerpo en el cantero
Cogía las violetas, y asustado
De aquel impulso de su amor primero,
La azada á recoger precipitóse
Y se puso á extender el pedregullo;
En tanto que Felisa, que observara
Su amante indecisión, con dulce orgullo
Sus pensamientos puestos en la cara
Y la cara á la luz:
— ¡Qué Don Vittorio!
¿Decirme alguna cosa usté quería?
Exclamó medio vuelta hacia el quintero
Radiante de infantil coquetería,
Con un besarle de ojos que decía:
—¿Que no estás viendo que también te quiero?
— Yo... dijo el mozo, y la miró á los ojos
Sin comprender lo que estos declaraban
Aunque medio velados fulgurantes;

Y, al sentir que sus rayos lo quemaban,
Los suyos entornó... La azada, vuelta
Y revuelta en sus manos vacilantes,
Parecía observar; y aquellos ojos
Que en torno de los suyos revolaban
Era cuanto, sin ver, miraba ciego
Y aturdido y febril...

— ¡Qué Don Vittorio!
Volvió á decir la niña, con vibrantes
Sílabas de cristal, que el buen labriego
Creyó que eran de sátira:

— ¿Venía
Á hablarme usté?

Rascóse la cabeza
El tímido garzón; tornó á mirarla
Aun con más desconfianza que terneza,
Y cuando la muchacha, que volvía
Un ramo de violetas en las manos,
Llegó hasta él, temblando respondióla:

— Mire, Doña Felisa, qué bonito
Que me queda el jardín!

— ¿Y éso era todo?

La niña preguntó, con un poquito
De despecho en la voz... el alma bella
Descubriéndose al fin.
                                        Como centella
Su afecto vió relampaguear el joven
Al ser interrogado de aquel modo,
Y la sangre le hirvió... Mas recordando
Lo burlón del carácter de la moza,
Y en Don Antonio y en Pascual pensando
Que por ella pusiéronse en ridículo,
Pues á ambos, rechazados y dolientes
Él mismo vió, sintiendo como un chucho
Que el ardoroso ser le removiera,
Dejó escapar un:
                                — ¿Me cuidó Usté mucho?
Que el labio apenas moduló temblando.

— ¡Vaya un resuello! — respondió la niña;
Y, cual si al caso indiferente fuera,
Sentándose en el banco, en que estuviera
Sentado antes Vittorio, el bello ramo
Comenzó á preparar. — ¿Pues le parece
Que se lo dije poco? — Y continuaba
Atando los pedúnculos.
                                        El hombre
Embrutecido, absorto, la miraba

Sin poder comprender aquel concepto
Que de su labio hermoso se emanaba,
Ni aun alcanzar á interpretar siquiera
Su resuelta actitud...
Ella, de pronto
Levantando la vista contemplóle
Cara á cara, alma á alma, afecto á afecto;
Mostróle abierta su conciencia entera
Y el alma con los ojos amansóle
Cual si palmearle el corazón quisiera.

Era la tarde calma y se ponía
Como gozoso el sol: sobre la tierra
Una contenta brisa discurría,
Y la sebe de añosos eucaliptus
Que rodeaba al jardín, no permitía
Ver las casas cercanas.
El lejano
Rodar de los carruajes no turbaba
Tal placidez.
En derredor callaba,
Cual exhalando arrobador cariño,
Íntimas sus veredas y desiertas
El reciente jardín. Y como un niño
El inquieto Vittorio se moría
Sin poderlo decir. Y deseaba

Arrojarse á llorar... y se reía
Sintiéndose tan triste.

Un punto... incierto
La palabra en sus labios balbuceaba;
Iba á expresarse al fín...
Como un torrente
De aquel opreso corazón ardiente
La frase iba á brotar:
— ¡ Felisa ! — dijo...
Felisa lo miró.
— Felisa, ¿ es cierto ?...

El grande patio, que calló hasta entonces,
Con insólito ruído y algazara
De chicos se llenó...

Y en el desierto
Jardín, que hasta ese instante convidara
Á amarse, entraron cual bandada loca
De atrevidos gorriones cuatro niños,
Que al aya y al quintero se acercaron
Y á sus cuellos y faldas se apretaron
Anhelosos de hacerles mil cariños.

---

# XXIII

## LA VISITA

En el día siguiente al de la escena
Que cortó tan á tiempo la bandada
De infantes en el patio desatada,
Cuando el sol en la cúpula serena
Empezaba á inclinarse al occidente,
En la casa, callada en ese instante,
El vibrátil carruaje retemblante
Entró con sus fragores de torrente;
Y el cochero Pascual con dejo criollo
Así gritó de lo alto del pescante
Viendo á Felisa :
                — ¡ Caminá, Felisa !
¡ Y andá á mudarte ! ¡ Que tenés un pollo
Que á visitarte viene !

                La muchacha
Á pesar de su genio chacotero
No se hallaba esa tarde para bromas :

Mas no queriendo descubrir la hilacha
Y habituada á las chanzas del cochero,
Como vayas agrestes de orillero
No siempre de buen gusto ni oportunas;
Y sabiendo además por experiencia
Que él con deleite en sus fugaces lunas
Más que nunca mordaz se las hacía
Si lograba enojarla, indiferente
Por no darle placer y el rostro enjuto
De fingida atención, aunque realmente
Por la agria desazón que la roía,
Volvió la espalda hacia el porteño astuto;
Y ocultando el formal desabrimiento,
Se entregó á la labor en el asiento
Donde á la sombra del parral cosía.

Rápidamente comprendió el buen mozo
Lo que esa evolución significaba;
Sin dudar que la niña pretendiera
Que el bromista, que tanto la cargaba,
De su iniciada chanza desistiera.

Mas Pascual prosiguió:
— ¡ Jesús, qué viento
Tan malo es el del norte!
Y silencioso

Un punto se quedó; dejó el pescante
Y empezó á desatar los dos caballos
Que el asfaltado suelo resonante
Rasguñaban nerviosos con sus callos.
Mas poco tiempo contenerse pudo
El apuesto garzón:
— Si no es mentira...
(Agregó sonriendo con fiereza)
Lo que yo le decía á la princesa
Que ya á los pobres ni siquiera mira!
Y reaccionando luego, cual llamado
Al cumplimiento del deber, muy serio
Á decir comenzó:
— Mirá, Felisa,
Ahí está Don Alberto que te ha traido
De La Bolsa al Banquero Don Antonio,
Que viene al parecer medio alicaido
Pues de casorio hablarte ha resolvido;
Y yo, que siempre cuido á la princesa
Como que soy buen pobre, no he querido
(Porque ella no me crea resentido)
Que naide, antes que yo venga á avisarte...
¡Pero... muchacha sucia... andá á mudarte
Y á ver si te ponés un buen vestido!

Y el garrido garzón al decir esto

Fingía unas sonrisas tan extrañas,
Que más bien se creyera al ver su gesto
Que, perseguido de los perros, presto
Un peludo cavaba en sus entrañas!
— Pero es cierto, Pascual ? dijo la moza
Dudando aun.
— Por esta cruz, Felisa !
La respondió el cochero y diose un beso
Sobre el pulgar y el índice doblado.

*

— ¡ Felisa ! La señora te precisa !
Gritó entonce una voz del otro lado
Del patio principal de la casona.
— ¡ Vení, ligero !
Pálida, callada,
La niña recogió muy lentamente
Sus lanas y costuras.
— ¡ Muchas gracias !
Pascual... por el aviso.
De repente
Murmuró levantándose avispada :
Dió un revuelo de pájaro, y mirando
Al fondo del cochero, por sus ojos
Húmedos de tristeza, y comprendiendo

El estado de su alma lacerada,
— ¡ Hasta luego ! (le dijo entre sonrojos)
¿ Ya estás loco otra vez ?

— ¿ Yo ? ¡ Desalmada !
¡ Qué más quisieras vos que lo estuviera !
(Pascual la contestó) — ¡ Te estás guasquiando
Sola, como si el chancho te corriera...
Afiláte que me has de ver muriendo !

Y, soltando estruendosa carcajada,
— Guachinanga engreida y entonada...
¿ Á mí ? ¡ Con la uña !... Prosiguió, acentuando
Con un fiero erguimiento de cabeza,
La réplica brutal... — Ha de ser pieza
La que haiga de ir con mi querer jugando !
Tal réplica al oír, Felisa, viendo
Que le salió la criada respondona,
— ¡ Voy á ver lo que quiere mi patrona !
Prorrumpió, y como guacha regalona
Hacia las piezas se alejó corriendo...

*

En la puerta del cuarto de costura,
Casi enojada ya por su tardanza

Esperaba á la moza la señora,
Y al verla la gritó:

— ¡ Ché, date prisa!
Y arregláte ese pelo, que te buscan;
Vení y mudáte... ¡ No tardes una hora!

— ¿ Para eso, Doña Justa, me llamaba?
Dijo con firme entonación Felisa.
— Para éso ? Y para qué ? No te lo han dicho?
Don Antonio te busca. ¡ No seas zonza!
Déjate de emperrarte en un capricho...
¿ Qué más querés ? Te estima. Bien lo muestra.
Es un buen hombre. Si aspirás á un Príncipe...

— Mire señora Justa... interrumpióla
Con violencia argentina la niñera,
Mande no más decir al vejestorio
Que, no por miedo de él, más bien por lástima,
Es que no quiero dir al escritorio.
Que se vaya, no más, como ha venido...
Y también el patrón !... (dijo ya trémula
De altiva indignación) ¿ Quién le ha encargado
Que me saque de apuros de marido ?
¡ Ni que yo se lo andase mendigando !
Y allá en su lagrimal enrojecido

La indignación cristalizó temblando.

— ¡Ah... cerril! ¡Bien se vé tu mal carácter!
Pues insolente lastimás á todos!
(La patrona exclamó) ¡Parece cuento!
De puro pobre se te ven los codos
Y no querés á un rico... Pues si al cabo
Encontráras mejor... Buen escarmiento
Sufrirás de esta vez... De todos modos
Las manos yo en esta ocasión me lavo:
Es preciso que vayas al momento:
Vos le dirás lo que te dé la gana.
¡Dios te ayúde! Desoyes mí consejo...
¡Ya has de venirte á lamentar mañana!

— ¡Si es por eso... allá voy! le dijo ufana
La muchachuela ya repuesta... El viejo
No ha de esperar pa dirse hasta mañana!

Y sucia, y desgreñada, pero hermosa,
Tal como estaba, en su furor mas bella,
Los labios rojos, la expresión llorosa,
Medio ahogada de cólera y despecho,
Corrió como si fuera una centella
Y en el estudio en que el patrón se hallaba
Con la visita, se coló derecho.

*

Por tal desgarbo lastimado en lo hondo
De su calmoso genio de hacendado,
Don Alberto advirtió que la criada
Iba furiosa.
Conociendo á fondo
Su carácter vivaz, no dijo nada;
Y del cuarto salió por la otra puerta...
Mas el pobre italiano, en el momento
Con actitud resuelta, á la muchacha
De este modo le habló:
— Vengo, Felisa,
Hoy por úrtima vez! Me voy pa Nápoles
E si me quierre ostéz nos casaremo...
É será rica, por que tengo plata;
E yo me la he ganao...
— Señor Antonio
Que le haga su caudal muy buen provecho
(La muchacha cortándole el discurso,
Con emoción que le salió del pecho,
Vivamente exclamó) mas ya le he dicho
Que á mí no se me compra como á un traje...
Y después, en un ímpetu salvaje:
— Váyase con su plata y su capricho
Á la!... y no dijo más... Mordióse el labio;

Con ello acaso descargó su agravio,
Pues así continuó: — Vaya, le digo,
Á golpiar á otra parte...
                                        Abotagado
El hombrachón, en el sillón echado,
Dejaba en su semblante la honda angustia
Poco á poco asomar.
                                        Junto á la puerta
De pié, Felisa, sin querer sentarse,
De enrojecida de furor que estuvo
Pronto empalideció como una muerta;
Y tuvo en una silla que apoyarse.
Mas la fogosa rectitud de su alma
Pronto, á su ser le devolvió el aplomo,
Y echóle al rostro la resuelta calma.

Cual si llevara al corazón la mano,
Con el blando moverse de un felino,
Del bolsillo interior de la levita
Sacó galantemente el italiano
Un rico estuche: abriólo; un aderezo
Era de nobles perlas y brillantes,
Que al recibir la luz desperdigola
Y en cabrilleos rápidos lanzola
En haces de destellos palpitantes...
Más absorta la niña que indignada

Miraba al hombre.
— ¡ Es para Usté, Felisa ! —
Este, con voz por la emoción velada,
Balbuceando exclamó.
Los arrogantes
Ojos de la muchacha con descaro
Miraron á la joya...
— ¡ Es muy bonita !
Y á quien la haya e llevar seguro asienta.
(Dijo después) ; mas yo se la agradezco :
Porque lo que es á mí no me hace cuenta...
Es regalo, señor, pa mí muy caro !
Aguánteme que le haga este reparo :
¿ Como quiere que lo use ?... Una sirvienta
Que... barre el... comedor.

— Yo se lo ofrezco
De todo corazón... Para que rica
Sea Usté de una vez.
— Pues aborrezco
(La muchacha exclamó con repugnancia)
Las joyas de valor ! El italiano,
Entonces acortando la distancia,
La mano la tomó.
Pero esa mano
De indignación cargada y de arrogancia,

Cual si las fuerzas de un Titán tuviera,
Le aplicó un empujón desaforado
Que en una silla lo arrojó sentado.
— Si no lo quiero á usté; si más que un bicho
Tal me repugna usté: más que un roñoso
(Replicó al separarse de su lado
Más bella la mujer cuánto más fiera)
¡Como voy á quererlo por esposo
Si ni lo puedo ver!... ¿Qué más espera
Para curarse ya de su capricho
Y al fin dejarme en paz?

*

El desairado
Vejancón, sepultándose en la silla
Al rechazo brutal, se sofocaba;
Y al dar curso á su amargo desconsuelo,
El estuche radiante de las joyas
Que en la nerviosa mano le temblaba,
De ella escurrióse y se volcó en el suelo.
Entonce el infeliz bajó el semblante;
Hundiólo entre las palmas de las manos
Y se puso á llorar...
Entre sollozos
— E que voy á morirme... ¡E que no puedo

Vivir hace ya tiempo! E que me fundo
De día en día...
Murmuraba el triste
Con un acento de dolor profundo.

Tan sólo entonces advirtió Felisa
Cuán distinto era aquél al Don Antonio
Que viera la última ocasión, ya hacía
Más de seis meses, cuando á hablarla vino
Como ahora otra vez.

Sintió tristeza
En frente al hombre aquel que antes reía
De sus desdenes, ora enflaquecido,
Por el ingrato amor tan consumido
Que ya su mismo padre parecía.
Vióle al Dolor, con su minar callado,
Como á crónica fiebre abandonado,
Que se cebaba en él.

Tal vez pensaba,
La niña, al contemplar tan gran derrumbe,
Cuánto también su corazón de virgen
Ora en el casto seno la pesaba!
¡Cuánto, también se había transformado
Su alma de mujer! Cuánta tristura

Iba dejando en póso acumulado
El vivir, que ya hinchaba alborotado
Su pecho, codicioso de ternura...

Pensando de este modo, la doncella,
Y sin saber porqué: parte por ella,
Parte por el buen hombre, á quien hacía
Sufrir sin malquerencia, lentamente
Dejándo á Don Antonio en la tristeza
De su gran desaliento, de la pieza
Al patio se escurrió; y allí, apoyada
En el amigo tronco del naranjo
Que daba sombra á la marmórea fuente,
Se sintió por la pena arrebatada
Y comenzó á llorar copiosamente...

*

Sonaba la oración cuando partía,
Bajo su duelo y de la noche obscura
De casa de Almaviva, Don Antonio,
Dejando como un rastro de tristura
En la mansión que el ansia entristecía.
Sólo Pascual de todo se reía
Con su valiente risa de conejo,
Y acosaba á Felisa á dicharachos;

Quien por no oír sus bromas con el viejo
Veloz de la cocina se salía
Yendo á olvidar, rodeada de muchachos,
El extraño amargor que la roía.

Los patrones, callados y severos,
La noche de aquel día tan movido
No hablaron más del escociente caso.
Se hizo el silencio en torno á lo ocurrido;
Fué el hablar con la criada muy escaso:
Felisa conocía á sus patrones
Y al dar contra ellos tan violento paso
Debiera de decirles sus razones.

Mas la muchacha, adusta y reservada
Como lo suelen ser nuestras criollitas,
Nada dijo. ¿Por qué no dijo nada
Aquella desenvuelta criatura?
¿Esperaba, Felisa, por ventura
Á consultar el caso con la almohada?

---

# XXIV

## FUEGO

Pocas horas después de aquella hora
Nefasta para el mísero Banquero,
Recobraba su calma encantadora
El siempre calmo hogar del estanciero.

Allá en el comedor de los sirvientes
Donde toda la tropa del servicio
Del ricacho Almaviva se amontona,
En medio de las risas y el bullicio
En que comiendo van las buenas gentes,
Se termina la cena.

La persona
Que el regodeo general sazona
Y más le anima, es el mordaz cochero
Pascual, que saca á los demás de quicio;
Y que hoy, ya casi transtornado el juicio,
Como nunca se encuentra de chancero...

Comenta de la tarde la visita
Que acaba de pasar ; del pretendiente,
Al cual con gracia picaresca imita,
Diciendo que le vió perfectamente
Cuando, por la niñera desahuciado,
Perdiendo en la carrera la levita,
Escapaba cual gato que escaldado
Pasa bufando por la acera sola,
Dejando en la carrera abandonado
El chamuscado pelo de la cola.

La mucama (una negra como de ébano
Que gusta del cochero) se ha quedado
Allí, escuchando con la boca abierta
Los dicharachos de él; y ríe á voces
Teniendo la bandeja entre las manos
Donde lleva el café, junto á la puerta
Que da al patio, de pié, como lustrosa
Cariátide de bronce ; y como ríe,
La grande boca abierta voluptuosa
Dirigida á Pascual, éste, el teclado
De marfil de la hermosa dentadura
Mostrándole á Vittorio, dice presto,
Sardónico, ocultando su diablura
Tras la fingida seriedad del gesto :
— Qué boca... ción, que tiene esta Ventura

Para reirse del prójimo gustosa...
¿ Verdá Vittorio ?

Pierde el italiano
La alusión á la boca de la criada,
Y esa pregunta, á la que no responde,
Le deja pensativo; pero viendo
Que los que están en su contorno ríen,
Abre los labios, sin saber en dónde
Está la gracia...

— ¿ Y bo... bo... vos... cayendo
Vittorio estás zon... zo... son... sonriendo ?

Vittorio, que esta vez ha comprendido
Que de bobo y de zonzo le han tratado,
Va á replicar mostrándose ofendido,
Y piensa una respuesta entre la risa
Del alegre concurso, cuando se oyen
En el patio los gritos de Felisa
Que, cual vestida de flameante llama,
Saliendo de la pieza de los niños
Busca el pilón para apagar el fuego
Conque su falda de percal se inflama.

Vittorio, que se hallaba frente al patio

Antes que nadie descubrió la horrible
Visión de llamas.
Aturdido, ciego,
Corriendo en arrebato indescriptible
Cayó sobre Felisa, con tal fuerza
Su cuerpo al cuerpo llameador juntando,
Que dar en tierra á la pareja vióse
Y allá en el polvo revolcarse humeando.

La falda entonces desprendió á tirones
Veloz Vittorio sin cuidar sus manos
Que sufrían horribles chamuscones ;
Y la pobre muchacha, medio ahogada
Por el humo que en torno la envolvía,
En enaguas se halló; mientras ardía
Convertida su falda en llamarada
Por los botines del titán pisada...
¡ Y aquella pobre enagua hecha jirones,
Apenas si mezquina le cubría
La puntilla inferior de los calzones!...

Por eso, entre asustada y ruborosa
Y un sí-es-no-es entre llorante y riente,
Quiso escapar...
Pero ¡ ay! que en apretado
Círculo se reunía ya á su lado

Inquieta la familia y angustiosa:
Los criados, los chillones muchachitos,
Don Alberto, un sobrino y Doña Justa
Que á la niñera trémula abrazaba
Y que nerviosa, en descompuestos gritos,
Si sentía dolor la preguntaba.

— No sé, patrona... Pero no me duele
Nada... ¡ Ni el golpe!
Dice, ya riendo,
Al oír de Pascual las carcajadas
Conque éste embroma al gringo, que las manos
Está entre el agua del pilón metiendo.
— ¿ Pero cómo ha sido ésto? le pregunta
Sintiéndose tal vez más indispuesta
La dama que Felisa, con el susto;
Mientras que corre hacia las piezas ésta.

La hija mayor, con rápida respuesta
Lo dijo todo:
— Por sebar un mate,
Felisa, aproximándose al brasero
En él metió el vestido. Al ver las llamas
Asustada corrió...
— ¡ Qué disparate!
Doña Justa exclamaba alzando al cielo

Los ojos y la voz. Si el caso era
De evitar que llamease la pollera
Ahí no más revolcándose en el suelo!...

*

Todo pasó.
De un lado los señores
Que al comedor volvían : Doña Justa
Con la niña mayor, hacia los cuartos
Donde entró con los chicos la niñera
Cual bandada de tordos peleadores
Que á un carancho cuatrero persiguiera,
Y en otra dirección, comentadores,
Los fámulos que el susto alborotaba
Volviendo á la cocina...
Pronto, afuera,
Bajo, el fresco relente de la noche
Reinó la soledad.
Pascual silbaba
Breve rato después en la cochera
Enganchando el carruaje.
Al poco tiempo
Se extinguieron las luces que el servicio
Tuvo encendidas. Quieta la cocina
Y en silencio quedó. Luego callaron

Ya acostados los niños.
La berlina
Tronó de pronto despertando el patio;
Subieron al asiento los patrones
Y el carruaje partió...

¿Entonces, sólo,
Felisa se acordó en sus reflexiones
De aquella heroicidad del italiano
Que la salvara acaso de la muerte,
O hasta entonce exprofeso, ella se abstuvo
De darle gracias?
Se cambió de traje
Aun sin saber porqué; llegó á las camas
Por ver si los pequeños se movían:
Y cuando, al verlos, convencida estuvo
De que cual lindos ángeles dormían,
Los blandos cuerpecitos sonrosados
Por el cariño de la luz besados,
Volviólos á tapar; llevó la vela,
Metió en la palangana el candelero,
Y ya entonces, con paso más ligero
Y, sin causa mayor, trémula, incierta,
Transpuso y cerró en falso la ancha puerta
Y al patio se lanzó...

La obscura noche
Volvía á la casona aun más desierta
Y más callada aún. Todo en contorno
Dormía ó meditaba. El blanco broche
Abrían allí en lo alto las estrellas
Con extraña inquietud.

El perro Turco
Que en la quietud del corredor dormía,
Se aproximó á Felisa muy contento
Después de hacer un arco con el lomo,
Cuando la vió salir como buscando
Alguna cosa, que el mastín creía
Que su caricia y su coleo blando
Y su compaña, siempre prestigiosa,
Fuera tal vez.

Felisa rechazólo
Con la actitud y el pié. Luego nerviosa
De « Viejo perro estúpido » tratólo.
Volvióse el animal á donde estaba
Cual resignado á fastidiarse solo;
Y después de un instante, rezongando,
Allí en su estera vieja al fin se echaba,
De la extraña aspereza desconfiando
De la niñera.

¿ Mas porqué Felisa
Se ha parado á mirarlo ?
Él se levanta,
Pues rencoroso no es ni vengativo,
Y se acerca otra vez á la graciosa
Muchacha, quien dejando el gesto esquivo
Le acaricia en la frente cariñosa
Diciendo en alta voz :

— ¡ Vamos Turquito !
¡ Vamos á cazar ratas á la quinta !
Y golpeando sus belfos temblorosa
Observa en derredor.

Parten corriendo :
Ella atrás, él delante con las patas
Todas blandeantes y el mimoso cuerpo
Á cada instante y hacia atrás volviendo.

Como un botón de fuego ha relucido
La brasa de un cigaro allá en lo obscuro
De la quinta callada. El bravo Turco
Se lanza hacia ella con audaz gruñido...
Luego no ladra más : vuelve á Felisa
Y salta á su alrredor.

— ¡ Muy buenas noches
Don Vittorio!
— Muy buena ha respondido
Este á Felisa.

Entonces la niñera
Pregunta al acercarse:
— Se ha quemado
Don Vittorio, tal vez, con mi vestido?
Perdóneme si hasta á ahora con el susto
No le he, como debiera, preguntado...
¡Embrutecida estoy con el disgusto!
— Quemarme yo con fuego así? De á dónde!
Replica el mozo, que al hallarse á obscuras
Su desconfianza hacia la criada esconde
Bajo capa de audacia: — Quemaduras
Más dolorosas hace el sol!
— ¡ Mil gracias!
¡Lo dice por bondad! Yo le agradezco
Lo que ha hecho por mí.
— ¿ Me lo agradece
Usted Felisa? Pues estoy contento...
Yo, que nunca tendré agradecimiento
Bastante para usté.
— No lo merezco...
— ¿ Usté? que me cuidó...

— ¡ Vaya ! No empiece
Con exageraciones !
— Con verdades,
Diga más bien... Porque no tengo suerte
Pa poderle pagar, como merece
Usté...
— Pero... ¿ que poco le parece
Salvarme de morir ?
— ¡ No diga eso !
Responde el italiano. Que la Muerte
Tiene oídos de tísica...
— ¿ Y al cabo,
Quién me iba á llorar ?
— Aunque es bien poco
Pa llorar por usté... Tal vez mi llanto...
¡ Perdóneme Felisa, yo estoy loco !
Loco, sino no me atreviera á tanto...

— Perdonarlo, Vittorio ¡ Qué ocurrencia !
¿ Pero, por qué ?
— Por eso ; lo que dije :
Que lloraría por usté ¡ No es broma...
Yo, por usté he llorado ! ¿ Me disculpa ?
— ¿ Y si usté no ha llorado por mi culpa ?
— Por su culpa no sé... por su cariño
Que es imposible para mí, Felisa !

— ¡ Ah, Vittorio! — al oirlo la muchacha
En un arranque de pasión violento,
Encendiéndole el rostro con su aliento,
Balbuceante exclamó:

— ¡ Si usté es un niño!
¡ Si usté me quiere, como yo lo quiero:
Si yo soy para usté; y usté en mi alma
Es el patrón!

— ¿ Qué dice ? ¡ Virgen pura!
Exclamaba, rayano á la locura,
Ahogándose el peón — ¿ Qué es lo que dice ?
¿ Que usté me quiere, como yo la quiero?
¿ Que yo soy su patrón? ¡ Oh, qué ventura!
¡ Por piedad! ¡ piedad! ¡ no martirice
Mi alma con sus burlas! Si es sincero
Su amor... ¡ júremelo! ¡ Dulce Felisa
Diga verdad!

La moza, cual las flores
Que se inclinan al peso del rocío,
Inclinaba al frescor de los amores
El rostro bello; y lo apoyó en el hombro
Del tembloroso brazo del quintero,
Que este, entre impulsos de placer y asombro,
Al talle le ciñó.

Así, un segundo
Permanecieron en silencio.
El hombre
De pronto se soltó, dió atrás un paso:
— ¡Oh, Felisa! (exclamó) ¡Diga en el nombre
De lo que más adore usté en el mundo
Que no me está de lástima engañando!

Felisa entonces hasta él llegando
La mano le tendió:
— Será el testigo,
Dijo la moza contemplando el cielo,
El mismo Dios que nos está mirando!

— ¡Oh, gran felicidad! ¿Que usté me quiere!
¿Pero que no me engaña usté Felisa?
Preguntaba de pronto y acercaba
Su rostro al rostro de la joven bella,
Y lo que:
— ¡Tonto... respondía ella
Si yo lo quiero más!
— ¡Oh, mama mía!
De apasionados ímpetus temblando
El inmigrante extático decía...

*

Es la natura Maga tan discreta
Que con deleites íntimos dispone
Las ocasiones del amor. Había
Un banco en el jardín; una glorieta
Con manto de glicinea lo cubría
Y apartaba del mundo.
En ese banco
Felisa se sentó.
Cayó el mancebo
De la niña á las plantas, con asombro
Del perro Turco: amante acurrucóse
Con la ansia de la dicha jadeando
Mirándola sin verla, y apretando
La tibia mano en las robustas suyas
De la pasión á impulsos sobrehumana,
El hombre á la mujer así le dijo:
— Soy su esclavo por siempre...

La campana
De la vecina iglesia lanzó al aire
Su voz de íntima unción y los bendijo
En el nombre de Dios...

Sobre la frente
Sintió Vittorio la humedad ardiente
De una gota de amor... densa, tranquila,

Que se le entró hasta el alma; y como si ella
Transformándose allí, le arrebatara
Al impulso bestial y le dejara
El noble corazón enloquecido,
Se puso en pié de un salto; echó los brazos
Al cuello de Felisa; mas cual si este
Del más frágil cristal hubiera sido
Y temiera romperlo en mil pedazos,
Los retiró al momento... arrepentido;
Al suelo se arrojó; besó la tierra
Donde el piecito gordo de la joven
Tocaba el pedregullo; desahogóse
En mil frases de amor; y nuevamente
Cuando ya se iba su inquietud pasando,
Con sus raptos de amor casi demente
Frente á la joven se encontró saltando.

— ¡Oh! Pero no sea loco... le decía
En medio de las risas la muchacha;
Que se puede enfermar. Esté tranquilo
Como estoy yo. ¿No vé que me sujeto
Por no hacer como usté?

Y él respondía
Sintiéndose cual levantado en vilo:
— ¡Oh mi Dios! Es que me hallo tan dichoso...

De colmada ventura tan repleto,
Que hasta siento dolor ¡Oh! Tantos años,
Tanto tiempo que guardo silencioso
El ensueño de amor de mi Felisa!
De italiano y dialecto atiborradas,
Las frases le cantaban como pájaros
En la fragosa selva del espíritu;
Y de entre ella al salir como en bandadas,
Le tropezaban en los labios duros;
Cual tordos que, en cardúmenes alados,
Tropiezan en las ramas, alocados
Por tu cálido ardor, ¡oh Primavera!

— En mi vida campestre, proseguía,
En esos días del penar obscuros,
Días en brazos del Dolor pasados,
Yo soñaba en usté cual si estuviera
Toda en sus manos la existencia mía.
¡Oh, parece imposible, Dios del cielo,
El poder soportar tanta ventura!
Yo no osaba decir mi loco anhelo
Ni á mi conciencia misma... ¡Cuántas veces
Sumido en desaliento y desventura
Pensé volverme á Italia, ó entregarme
Al amargo deleite de dejarme
Matar por mi pasión! ¡Si hasta mil veces

Para abreviar la perezosa pena
Hasta pensé con gusto en el suicidio!
Mas ¡ay! que ni él me daba ya esperanza,
Pues mi alma estaba de Felisa llena
Y el alma nunca á exterminarse alcanza...

— Pero loco, romántico ¡ Chicuelo!
¿ Por qué no lo decía ? Preguntaba
La pobre niña de pasión vibrando
Y ya languideciente. — Declararme
Yo á usté ? Jamás! — El muchachón alzando
La voz, clamaba de respeto lleno...
— Usté aceptarme á mí? Usté aceptarme,
Cuando al mismo pudiente Don Antonio,
Que es tan rico y señor tan conocido,
Y al hijo de Don Juan, el estanciero,
Usté los despreció: como al cochero
Que ha tiempo sin cesar la ha pretendido...
— Pero, cállese usted... (y con la mano
La coqueta muchacha le tapaba
La boca en que, torrente soberano
La linfa dulce del placer brotaba)
Pero cállese usted! Y al breve instante
Tornaba á hacerle hablar:
— ¿ Ya no se acuerda,
No se acuerda ya más de la mañana

En que le dí en el « Duca » la manzana?

— ¿Que si ya no me acuerdo? ¡Ya lo creo!
¡Si siempre me acordé!
— Ya lo quería...
Yo, entonce, á usted... (la muchachuela dijo)
Por eso se la dí... Yo no sabía
Que usted era tan malo! Y se reía
Azuzándole así.

Viva, cercana,
La vibración que alzaban los caballos
En el ancho zaguán, cortó el Idilio.
Y apartando á Vittorio con la mano
Felisa, sin decirle ¡Hasta mañana!
Furtiva deslizóse entre las sombras,
Dejando aturdecido al italiano
Que no volvía en sí...
Como una estrella
Errante, que se apaga allá en el cielo,
Del ancho patio en el dormido suelo
Se disolvió entre sombras la doncella...

---

# XXV

## LA PATRULLA

En su atmósfera envuelto de ventura
Vittorio se encontró, cual de un ensueño
Sublime al despertar. Dudó un instante,
Y creyera que todo fuese un sueño
Sino se hallase en las nerviosas manos
Húmedo aun del llanto de su amante,
De su tierna Felisa, aquel pañuelo
Con que él secóse el rostro á su pedido:
Pañuelo que besaba enternecido
En su abstracción mirando el alto cielo...

Vittorio, que escuchaba el carruaje
En las tablas rodar de la cochera
Y de Pascual el rápido ajetreo,
Sintió, por un momento, aquel deseo
Que siente el alma que es feliz: su dicha
Con un amigo corazón quisiera
Comunicar... Un gorjear de pájaros

Desde la oculta intimidad del alma
Le alborotaba el sér... Miró doquiera,
Como florece un campo en primavera,
Florecer todo en sí: siguió unos pasos
Lleno de luz, cual quien la dicha toca;
Y ya la primer sílaba del nombre
De su amigo Pascual, casi cantando
Al borde de sus labios apuntaba,
Cuando la Duda, aparición funesta,
Con mano helada le tapó la boca;
Y su otra garra, la visión enhiesta,
Allá en el fondo de su seno entraba
Y el corazón con ella le oprimía
Á cada instante más... fuerte, muy fuerte!
De tal modo, que el mozo se creía
Que en su alma y en su sér se introducía
Con el disgusto del vivir, la Muerte.

Volcando en su alma suspicaces duelos
Al cínico Pascual oyó cantaba
La Milonga maldita que mil veces
De angustia le llenó, si no de celos:

— Soy ¡ mi negra ! inconstante
Como los tordos :
Dejo empollar mis huevos
Siempre á los otros.

Agachate, morena,
Que arrastro el ala,
Y buscá un venteveo
Que el nido te haga...

Entonces, de una vez, la repelencia,
El temor y el rencor, tomaron forma
Ante sus ojos visionarios; luego
Fundiéronse los tres en un fantasma:
La silente visión de la Prudencia,
Que, el índice en los labios, le llevaba
Del gramoso jardín sobre la alfombra
Adonde envuelto en más espesa sombra
El Dios Secreto guarecido estaba...
Bajo dintel de espléndido follaje,
De jasmín tras un fresco cortinaje,
Hallábase una puerta, enmohecida
Por no usarse jamás: boca de cueva
Allá en la espesa obscuridad perdida,
Que de aquel paredón agrio y salvaje
Á la calle San Juan daba salida.
Y por ella, Vittorio, como huyendo
Cauteloso escapó.
                Negra, desierta,
La angosta calle entonces alumbrada
Por lámparas de aceite, se veía

Turbia de pozanjones y encharcada,
Allí donde el farol con su mirada
Las espesas tinieblas disolvía.
Pero en la misma obscuridad, Vittorio,
Hallaba claridad, al alejarse
De la imágen siniestra del cochero
Que tal le emponzoñó: la luz radiosa
Que comenzaba en su alma á reanimarse,
De su sano pensar de mozo honrado
Que no duda del bien...
— Voy á pasearme.
Con la sucia impresión que me ha asaltado,
No podría dormir; á su alegría
Ya, casi de una vez tranquilizado,
Le dijo reaccionando... Y proseguía
En el columpio del soñar mecido,
Horas después su marcha presurosa
Perdido en la honda calle silenciosa...

Quien al ave no vió, tras la tormenta,
Sus ateridos miembros y sus plumas
Hinchendo al sol; quien á atristado infante
No vió en momento en que de gozo pleno
Realiza la ambición que le atormenta,
No puede del estado darse cuenta
En que iba el hombre de entusiasmos lleno.

Llevado por la fuerza misteriosa
Del Amor, que su sangre alborotada
Refluía en sus venas, por la acera
Obscura, que él hallaba tan clareada
Cual bajo el sol se muestra á la mirada
Un campo reventante en primavera,
Iba el mozo radiante de contento
Dando en frases de dicha inmoduladas
Á la noche el placer de sus miradas,
Y su arrebato jubiloso al viento...
¡Que eran para él las sombras transparentes;
Que allí su propia irradiación veía;
Halo de amor que le alumbraba el suelo:
Miriada de ilusiones refulgentes,
Cual si lloviese aljófares lucientes
De llanto de astros el azul del cielo;
Ó, cual si hechos luciérnagas, el vuelo
Alzaran los ensueños de su mente...

*

Sintió, de pronto, pasos á lo lejos
Adentro de la sombra. Eran de un grupo
De hombres callados que hacia él venían,
Y el tranco en orden y á compás movían...

Vittorio en su deliquio, ni aun fijara
En ello la atención, si los reflejos
Que una luz arrancara á los fusiles,
De temor é inquietud no le llenara
Y de ansia de correr. Mas no era tiempo
De pasar sin ser visto: ni escapara
De seguro corriendo.
— ¡ Á ver, amigo!
Dijo un hombre del grupo, que á Vittorio
Con viveza llegó:
— ¡ La papeleta!

Casi sin comprender:
— Soy italiano...
El joven contestó.
— ¡ Pero, le digo
Que muestre de una vez la papeleta!

Con el apuro bolsiqueaba en vano
Asustado Vittorio y le decía
Que pronto lo iba á ver: que él probaría
Como lo dijo ya, que era italiano.

— ¡ Qué italiano, ni qué!... ¡ Gringo trompeta!
Con torpeza gritó y echóle mano,
El Cabo, al chaquetón:

— ¡ Su papeleta!
¡ Ó marche de una vez!
No desconfiaba
Vittorio, aún, que en las desiertas calles
De la ciudad, corriérase peligro.
En casa del patrón ya le dijeron
Que si algún mal encuentro le llegaba
Á ocurrir, presentase la libreta
Que en la oficina Consular le dieron
Y que él consigo sin cesar llevaba.

Al fin, ya más calmado, en sus bolsillos
Dió con lo que buscaba.
Lo rodearon
Los hombres del rondín. Sacó, Vittorio,
Dos sobres con dos cartas : un librito
Y el pliego de papel, que desdoblaron
Debajo de un farol los soldadotes,
Cual si chancearan.
— ¡ El papel es viejo
Y aquí no hay luz pa comprender lo escrito!
Dijo un pardo, frunciendo el entrecejo,
Descubriendo sus malas intenciones
En la mirada de través.
— ¡ Canejo!
¿ Si usté no sabe leer, Cabo Rejones

(Gruñó el Sargento con su voz cascada)
Cómo quié que haya luz? Y con zarpada
De un aguará bien propia, el documento
De pronto arrebató.
— ¡ Ah ! Hermanito...
¡ Se me rompió el papel ! (dijo contento
Haciendo mil pedazos de Vittorio
La papeleta, que arrojó al momento
Y pisoteó entre el barro).
Dando un grito
De indignación, echóse casi loco
Vittorio contra el bárbaro, y vengara
De seguro la afrenta y salvajismo
Del soldadote audaz, si cuatro brazos
Sobre él, veloces, juntos no cayeran
Y sus pobres espaldas no sintieran
El ardor de tundentes cintarazos.

*

Cuatro cuadras de allí, para escarmiento,
Ya estaba á su pesar el inmigrante,
(Tal, al menos, jurábalo el sargento)
Del *latón nacional* con el ungüento
Sobadito y curtido como un guante.

Ocho ó diez veces más volvió la escena
Con poca variación á repetirse

Durante aquella marcha escandalosa,
Que la noche, indignada, parecía
Cubrir por el derecho y la hidalguía
Con su estrellada capa misteriosa.

Si preguntaba y con razón, Vittorio:
— ¿ Por qué rompió el papel ?
— ¡ No rompió nada !
Callate, carcamán; porque es al ñudo...
Contestaba el sayón de la mirada
De asesino. — ¿ Sabés ? Aquí no hay consul,
Ni manda aquí más naides que el Sargento
Que te ha planchao !... Y ya sabés, si acaso,
Que esta lata mohosa, es el ungüento
Que te viá untar pa que marqués el paso !

Un tan rajante y bárbaro argumento
Hizo helar á Vittorio. Hombre ninguno
Jamás le castigó. Mordióse el labio
Hasta sacarse sangre, y el agravio
De la inicua expresión, más lastimóle
Que lo hicieron los vivos cintarazos
Que con el sable aquel sayón pególe.
El Sargento, riendo como á hachazos,
La ronca al escuchar de su segundo,
De este modo exclamó : — Cabo Rejones,

Mejor ha hablao que Don Adoofo Alsina!
Si toda esta cascarria se imagina
Que aquí se van á estar de señorones
Mientras nos vamos á cuerear por ellos...
Mirá... ¡ sarnoso! Caminá callado...
Y dá gracias á Dios no te degüello
Pa que vas á quejarte al Consulado!

— Callesé, (dijo hablando en el oído
Del inmigrante, un alto compatriota
Que iba también marchando hacia adelante
De aquel grupo soez) no se exaspere...
Más bien hay que tomarlo á la chacota :
¿Como pelear con lo imposible quiere?

¡ Es que aquello era atroz! ¡ Pobre Vittorio!
Íbanlo á hacer matar, cuando su vida
Se hallaba de ilusión y encantos llena.
¿ Y matarlo, por qué? ¿ No era extranjero?
¿ Qué le importaba la contienda ajena?
¿ Cómo el cielo, al mirar tal injusticia,
No mandaba sus rayos á la tierra?
¿ Cómo Nación tan noble, cómo encierra,
Tal ejemplo de infamia y de sevicia?

En tan gran pesadumbre, toda el alma

Del buen Vittorio se llenó de pena
Y derrumbóse, casi, su ventura
Con cruel desgarramiento... Allí en la calma
De la desierta calle misteriosa,
Entre un hondo manchón de sombra obscura
Se levantó una voz:
— ¡ Alto ! ¿ Quién vive ?
— ¡ Buenos-Aires! Repuso el gran Sargento
Que maltrató á Vittorio.
— ¡ Avance el Jefe !
La sombra contestó, con un acento
Inquieto aún... Dos voces se escucharon:
Luego, confusamente, en la tiniebla
La marcha se siguió... Los que avanzaron
Pudieron percibir en media calle
Dos carretas de bueyes, que, volcadas,
Estaban de trincheras preparadas;
Y un pelotón de gentes con fusiles
Tras ellas agrupado. En un momento
En el cuartel, el grupo en movimiento
Ya entonces se encontró.
Todos pasaron
(Cuando dieron razón á otro: ¡ Quién vive !)
Por la franqueada puerta, y se encontraron
De un corralón en la desierta cancha
Que entre un silencio de temor cruzaron...

Precedidos de un tropa, la puerta ancha
Del inmenso galpón abrir hicieron;
Y á la luz de un fogón, en torno vieron
Varios cientos de hombres que dormían
Entre el polvo tirados. Sus fusiles
Apoyados al muro se veían;
Y en el alero, un grupo silencioso
Como de gentes á morir dispuestas,
Tomaba mate...
Entonces:
— ¡ Cabo cuarto !
¡ Recibamé estos hombres! Dijo á gritos
Un seco Capitán.
Y al poco rato
Entre otros, que dormían cual benditos,
Arrumbado, Vittorio, allí en el suelo
Sobre un mandil de pestilente lona,
Encomendaba su alma y su persona
Á toditos los ángeles del cielo...

---

# XXVI

## ¡ VIVA BUENOS-AIRES !

¿ Aquello cómo fué ? ¡ Nunca, Vittorio,
Lo pudo precisar!
                                        Cual si soñara
Su escena recordaba allí en la quinta
Con Felisa, que el alma le regara
De relente de amor. Luego el paseo,
Aquel largo paseo á la ventura
Por las calles en sombra encapotadas ;
Y después el rondín y el vapuleo
Que por colmo sufrió de desventura ;
Y el ejercicio, luego, en las jornadas
Que siguieron á aquél : la vida dura
Al lado de Pascual que era Sargento
Del mismo batallón, y que reía
Cuando Vittorio, con furor, le hacía
De su rasgada papeleta el cuento.
Más tarde, en una noche muy obscura,
Envuelto el batallón en sombra y viento

Lo sacaron al campo. En una casa
Aislada, formidable fortaleza
En relación á las que vió en la villa,
Los hicieron entrar. Desde la altura
De la azotea, la profunda noche
Con su cielo de nubes encubierto,
Parecía apretarse en la llanura
Cual si estuviese arrebujando á un muerto!
Y tras el alto muro guarecida
Y en el siniestro monte agazapada,
Tigre que espera en espantoso acecho,
La gran mansión, cual si tuviera vida,
Por ruidos de armas y sonar de gritos
Y estruendo de carreras agitada,
Exhalaba el aliento de su pecho
En el rumor de tropa alborotada
Que espera ansiosamente la embestida;
Y hervía, cual si en ella atrincherada
Se hallase la Discordia.

Extraño augurio,
Todo en las noches de batalla toma
Sonidos de inquietud y voz de alarma:
Que hasta el viento en el pasto de la loma
Finge el lejano rastrillar de una arma...

Los lechuzones que en la sombra vuelan
Dan de sus garzos ojos relucientes,
Que el ansia de cazar y el hambre aguzan,
Esos rayos de luz fosforescentes
Con que á veces las armas relucientes,
La angosta zona iluminada cruzan...
Y sus alas traposas, agitadas
Como un andrajo que en el aire flota,
Rápidas fingen la argentina nota
Con que suelen cruzarse las espadas.

Así en vagar siniestro, en la dormida
Chapa del campo raso que cruzara
Esa tarde la gente perseguida,
Los caballos, que inútiles, la tropa
Soltó al atrincherarse, despertaban
Inquietud en los fieros derrotados;
Que al creerlos enemigos que venían
Á asaltar el reducto, con graneados
Disparos al azar los recibían...
Y entonces las tropillas que corrían
Al silbo de las balas asustadas,
Ó que las balas en la sombra herían,
Al huir por doquiera desbandadas
Fingían con el casco redoblante
Rudo tropel de carga en las praderas;

É imitaban con agrias clarínadas
Del relinchar de sus gargantas fieras,
Los toques de ¡Á degüello! cuyo grito
El eco desdoblaba allá distante
En la cuenca del lóbrego infinito...
Y aun no apagado el son de las descargas
Que en la azotea súbito rompieron,
Un extraño vocear ¡oh cuán distinto
De aquel que elevan al bregar las gentes!
El ámbito atronaba del recinto.

Gritos desesperados y acrecientes
De seres que padecen y que gozan;
Carreras y chasquidos de chicotes
Cuyas lonjas frenéticas destrozan
Cartílagos humanos; risotadas;
Aplausos; atronantes carcajadas
Y sollozos continuos... Los azotes
En la desnuda carne, que crujía,
Alaridos feroces arrancaban,
Á seres cuya voz solo decía
Cosas incomprensibles...
Se creyera
Que aquella algarabía indescriptible
La de un motín en los Infiernos fuera!

*

— Corramos todos, corramos. ¡ Aua !
Que no nos maten...
Ja... Ja... Ja... Qué gracioso. ¡ Caramba !
No nos alcancen...

¡ Guau ! Serenito cielo contento
De lo que pasa...
Ja... ja... ja... Cocodrilo. ¡ Qué bueno !
Llueve con lágrimas...

Corràmos todos corramos. ¡ Hicho !
Corramos pronto :
Que el azote de látigo duele lo mísmo
En el lomo del cuerdo que en el del loco...

Pa... pa... pan ! Hua. Ea...
Tiemblan los muros :
Los muertos se pelean
Con los difuntos.

Corramos todos. ¡ Hicho ! Corramos :
Que ya nos comen...
No hieden las carroñas de los caballos
Peor que, lo que podridos, hieden los hombres.

Pa... pa... pan ! Hua. Ea.
Son los soldados.
Ja... ja... ja ! Pobres bestias :
Pagan el pato...

Corramos todos, corramos. Aia. ¡ Hicho !
Brucutun... bumba.
Que la herida del cuerpo sangra lo mismo

En aquel que la esquiva que en quien la busca...

¡ Guau ! Serenito cielo contento...
Zumban las balas.
Ja... ja... ja ! Que delicia. Volemos
Que nos alcanzan...

Corramos todos corramos. ¡ Aua !
Las viejas madres...
Ja... ja... ja ! Que gracioso. ¡ Caramba !
Que no nos maten.

*

Era aquella mansión la Residencia :
Y era aquella frenética algarada
El gritar inconsciente de los locos
Guardados hasta entonce en asistencia
Encerrados allí ; que, con la entrada
De la deshecha tropa sublevada
Contra el patrio Gobierno, de repente
Sintiendo la mansión tan conmovida,
Dejaban en tropel sus dormitorios
En donde el ruido los sacó del sueño ;
Y en turbamulta aun más enloquecida,
Por el motín frenético azuzados,
Luchaban con los recios celadores
Que en vano contenerlos pretendían,
Y en las sábanas blancas arropados

Cuando no desvestidos por completo;
Este, como un gran trasgo de esqueleto,
Aquél, cual un fantasma en su sudario,
Corrían de los vastos corredores
Por el húmedo claustro funerario,
Acompañando el canto estrafalario
De gemir y reír desgarradores.....
Aquelarre sabático en que hervía
El horror más extraño; horror que hacía
De tan rara mansión algo tremendo:
Algo á cuyo misterio se acordaba
De la lluvia el sonar y el rudo estruendo
Que en la mansión aspillerada alzaba
Aquella desigual fusilería
Que, en racha intermitente, respondiendo
Al ventarrón sudeste que gruñía
Como un eco del cielo, parecía
Ir en el llano su fragor volviendo...

*

Luego, al pintar de una mañana mustia
Y lenta... la visión llena de angustia
De las chacras desiertas. Más distante
En hoscosa inquietud despierto el llano;
Y la nube de polvo, que crecía,
Con una decisión amenazante

Avanzando sin tregua... Era el ejército
De la Nación, que á penetrar venía
En la ciudad.
                                Callábase Vittorio
Viendo en redor centenas de semblantes
Como de mozos ebrios de pelea,
Que sólo se mostraban anhelantes
De que estuviera, al cabo, el enemigo
Á tiro de fusil.
                                En la azotea,
Las cornisas, balaustres y balcones,
Llenos de adolescentes que agitaban
Las armas cual sedientos de esgrimirlas;
Y allá más lejos, en el negro puente,
El grupo esperador de los cañones:
Núcleo tremendo de callada gente,
Cuya honda expectativa solamente
Bastaba á amilanar los corazones.

Y Vittorio, la nube que subía
Al cielo, vió crecer. Era el momento
En que yendo á tomar un regimiento
Al fiero pelotón de artillería
Que estaba atrincherado tras el Puente,
Se encendía de lleno la batalla...

Del pelotón cargado, la metralla,
Que recibió la audaz caballería,
Una manga de piedra parecía
Que el trigo erguido por la planta dalla.
Como el trigo á la luz resplandeciente
El Regimiento heróico relucía,
Y el humo como en bandas lo envolvía
Al capricho del soplo intermitente...
Mas cuando el humo y polvo ya barridos
Dejaban ver á las revueltas filas,
Las carabinas rápidas alzaron
Su voz de reventantes estampidos,
Que por la vez segunda redoblaron...
Á un tiempo, entonces, todos despertaron,
Lanzaron ronco grito los cañones
Y á la tropa volante deshicieron;
Mas, solo al parecer... Pues en montones
Ó en desflocadas cintas se volvieron
Los jinetes, dejando como manchas
Del verde campo, los murientes restos
De hombres y caballos...
— ¡ Viva! ¡ Viva!
¡ Huyen los asaltantes desbandados !
¡ Hurra, valientes ! ¡ Hurra !
Mas de pronto...
¡ Horror! ¡ Inmenso horror! Tal como el ámbito

Sus ponderosas masas convirtiendo
En cordilleras, entre si chocantes,
Al dictado de Dios enfurecido
Se destroza entre sí, todo en pedazos,
En explosión de rayos y tronidos
Un tronante rodar de cañonazos
La Pampa aturdeció! Los diez cañones
Que, detrás de las gentes de montura
Avanzaran cubiertos frente al puente
En que estaban los otros emplazados,
Para afianzar las fuertes posiciones
Desparramaban mortandad... Sus bocas
Derramando metrallas á raudales,
Barrieron los aproches provinciales
Como el Pampero á la maleza!
Entonces,
Las Fusileras huestes, que cubrían
Los puntos estratégicos en torno
Del castigado Puente, desgranaron
Sus fuegos por doquier; luego, doblaron
Ante la fuerza la cerviz, y huyentes,
En dispersas guerrillas replegaron
Su arrasada falange de valientes...

---

## XXVII

## LA DERROTA

Es triste, ¡oh campo de verduras lleno!
Que fuiste por Dios mismo bendecido,
Que eres del paria, cielo prometido,
Y del hambriento, alimenticio seno;
Es triste, á tí que con la lumbre brillas
De tu cielo magnífico y sin sombras,
É invierno y primavera, de gramillas
Ó de trebol de olor rico te alfombras;
Es triste verte de yuyal cubierto,
Bañado en sangre, túrbido, humeante,
Arrasado y sin gente, amenazante,
Cual la azarosa estepa de un desierto!

Del ascendiente sol la estuosa llama
Al dar en los arneses y cadáveres
Que en el campo tendidos se veían,
El antes sonriente panorama
Venía á entristecer...

La Parca adusta
De la Tragedia Fraternal, dijérase
Que en el turbado ambiente resbalaba ;
Y entre el polvo y el humo derramaba
Su filtro de crueldad y desconsuelo
Sobre la Pampa, que tornaba en mustia
Región toda de muerte; y en su vuelo,
Por prado y bosque y asordado cielo,
Confiaba al eco su clangor de angustia...

Vittorio, entonces, vió de la azotea
Ese instante cruél de la pelea
En que cierne sus alas la derrota;
Y miró derramarse, como flota
La bruma matinal en el estío,
Una niebla de sangre, que envolvía
La ondeante tropa....

Rápida venía
Por el pesado ejercito diezmada,
La casi inierme hueste reclutada
En el vecino sur.
Se guarecían
Tras el negro cantón sus pobres gentes
De uno que otro fusil tan solo armadas.
Y sus tijeras viejas de esquileo

En las tacuaras cañas enchufadas,
Chocando unas con otras, á ocasiones
De la huida en el rápido ajetreo,
Sonaban, como suena en el rodeo
El choque de astas de la inquieta tropa,
Cuando ésta, al vocear de los peones,
Se aprieta y vuelve y se apeñusca y topa...

Las huestes vencedoras persiguiéndola
De cerca con feroz ensañamiento,
Por fin llegaron de fusil á tiro
Del cantón de Vittorio. En un momento
La mansión de los locos rompió entonces
En fuego de fusil, vivo, graneado,
Por el tronar á medias sofocado
Que al eco daban los rodantes bronces.
Á los gritos de ¡ Viva Buenos-Aires!
Se deshacía en tiros la azotea;
Y Pascual, más alegre en la pelea
Que lo estaba de diario, mil donaires
Decía, comparando con maiz frito
Que se hace pororó, del tiroteo
El trueno redoblante...

— Esta pedrea,
Ché Vittorio, no vá ni á los jarrones

De aquella en que peleamos, de mamones,
Los pillos de Palermo, á la florcita
De estudiantes, allá en La Chacarita.
Nos tiran al tuntún, sin apuntarnos.
¡Bala! ¡Muchachos! Se juirán ahorita
Los maulas de una vez.

Y entre la grita
El ciclón de descargas desgranadas
Que lanzaban las tropas combatientes
Volaba por el campo en chaparrones...
Y las compactas gentes del Gobierno
Nacional, que á los tiros respondían
Con rasantes descargas horrorosas,
En derrumbe contínuo demolían
Azoteas, balaustres y balcones,
Que en el suburbio aquel y á inmediaciones
Vueltos en polvo y con fragor caían...

Calentado el fusil como el espíritu
Y la sangre como éste, ardió Vittorio
En odio al invasor.
¿Porqué apuntaba
Con tal furia al milico?
Él no sabía
Qué ansiaba aquella turba que venía

Persiguiendo á los suyos, mas ya el miedo
Del crudo instante en que empezó la escena
En su alma pasó, y en cambio, vino
Á llenarle el espíritu una pena
Clareada de entusiasmo.
Allá á su lado,
De donde con más ímpetu salía
El crepitar del fuego graneado,
Dió de pronto una bomba en la azotea ;
Y Pascual, con la muerte en el semblante,
Á Buenos-Aires siempre victoreante,
Destrozado rodó...
Muchos cayeron
Arrebatados por la horrible tromba
Á su lado mordiendo los ladrillos
En crispaciones de dolor ; los menos
Dejáronse caer de puro susto ;
Otros se alzaron de coraje llenos,
Al borde del pretil se tambalearon,
Y tras del friso que arrancó la bomba
Echando á tierra su acrotera esbelta,
Al hondo callejón se despeñaron
Dando en el aire una espantosa vuelta...

*

Aun fué más dura sobre el otro puente
Ya dentro la ciudad, la resistencia
En lucha encarnizada.
Á treinta metros
Hacía el hombre á su enemigo fuego.
Un momento después, ni veinte varas
Al milico apartaban del paisano:
Los que, llevados de arrebato ciego,
Se destrozaron con febril demencia
En cuerpo á cuerpo furibundo luego.

De los bravos entonce en los semblantes
Chocaron como llamas viboreantes
Las lenguas de cercanos fogonazos:
En tanto que las huestes se mezclaban
Y agudas bayonetas desmontaban
La selva humana que clareó á balazos.

Vittorio, en la trinchera, (guarnecido
Punto de conversión de dos callejas
Adonde el batallon se retirara),
Escuchaba pasar los proyectiles
Cuyo siniestro, asustador silbido,
Movía un cosquilleo en sus orejas...

Y agitado en la lucha percibía

Frente al puente fatal cuyos pretiles
De reparo á la tropa le servía,
Desbordarse de un coche de tranvía
Un montón de muchachos con fusiles;
Que, en alas de su heroico ensañamiento,
Llegando hasta las filas enemigas
Caía... cual la caña y las espigas
Del maíz que tumba tempestuoso el viento!

Y en aquella carrera hacia la muerte
Digna de las Termópilas, se alzaba
Una voz que Vittorio distinguía:
— ¡Que viva Buenos-Aires! exclamaba.
Y claro entre el sonante tiroteo,
El eco: — ¡Buenos-Aires! repetía...

Un momento escondido tras un muro,
Vittorio hallóse aislado en la refriega
Y el fusil arrojó como con asco
Y otro muro saltó.
Con ansia ciega
Por escapar del angustioso apuro,
Hacia una calle angosta entre las balas
Como un gamo corrió.
Si fué milagro
Que escapara con vida, lo dirían

Las paredes cribadas dondequiera;
Las puertas astilladas en la acera
Donde mismo pasó; las masas ralas
En que cayeron todas hechas trizas,
Balaustradas, molduras y cornisas,
Á la arrasante lluvia de las balas.

*

Tres individuos más también huyendo
Corrían con Vittorio.
                    Dos rodaron
Á poco andar, como los sacos ruedan
Cargados de maíz junto á la estiba
Que se derrumba.
                    — ¡Oh, Dio! iba diciendo
El que á unos pasos de Vittorio iba
Corriendo desalado.

                    Mas apenas
Pisada la primera bocacalle,
Á que ambos hombres rápidos llegaron,
Y en ella garantidos se encontraron,
Puesto que así evitaban de la calle
La peligrosa dirección, barrida
Por el agria cellisca de las balas

En chaparrón sobre ella desprendida;
Cuando el hombre, cansado, echóse en tierra
Tendido de barriga.
— ¡Compañero!
Gritó á Vittorio, que cayó á su lado
Exhausto casi, á medias sofocado,
Como falta de fuerzas una flecha
Párase al fin y cae. — ¿Osté está herido?
— No... ¿Y usté?
— Yo tampoco! De esta hecha
Con el lazo escapé... ¿Se ha desertado
Osté del batallón?

Volvió ligero
Al percibir su acento de extranjero,
Vittorio al hombre el rostro, y vió traía
Amen del casacón que lo ceñía,
Machete al cinto y colosal sombrero
De una ala alzada y otra que caía
Envuelta en plumas verdes.
— Bersagliere
Soy yo... ¿Y osté, qué ha sido?
— ¡Un prisionero
Obligado á pelear! — dijo Vittorio
Mal humorado, y escurriendo el bulto
De nuevo echó á correr...

Siguiólo el òtro,
Y haciéndose su amigo, le decía :
Cómo él entrara, más de un mes hacía,
En la legión compuesta de italianos
Á la que esa mañana deshicieron
Las tropas de Levalle, que cayeron
Del Puente Alsina sobre aquellas gentes
Que coronaban las pequeñas lomas
Del sur de la Ciudad, como cayera
Nube de gavilanes que embistiera
Á una bandada inerme de palomas.

Sin parar un instante en la carrera
Vittorio preguntóle:
— ¿Entró por gusto
Ustéd á pelear?
— Y si no fuera
Por gusto y por porteño, non sirviera!
Porque el Gubierno Nacional no es justo...
E lo vamo á embromar! — El bersagliere
Respondía corriendo y resollando,
Como un acordeón, en que alguien toca
Un valse muy ligero.
Iban pasando
Calle tras calle en la carrera loca
Y el quintero pensó:

— ¡Por la Madona!
¿Á qué meterse en lo que no le atañe
Más que á los argentinos, la persona
Que no ha nacido aquí?
Mas ya cercana
La puerta distinguió de la casona;
Y sin decirle ¡adiós! al compañero
Hacia ella enderezó, con nuevo empuje
De afanado correr...
Hondo, severo,
Retronaba el cañón, adelantando
Cada vez más y más; y el redoblante
Picotear del crudo tiroteo
Con descargas graneadas contestando,
Agitaba el ambiente, á cada instante
En conmoción contínua resonando...

*

Cuando llamó Vittorio, Don Alberto
Saliendo al corredor dijo: — ¿Quién llama?
Al través de la puerta resistente;
— Soy yo ¡patrón! — le contestó Vittorio.
— ¿Vos, aquí? ¿Cómo estás? ¿Dónde estuviste?
Y la puerta se abrió; y entró, riente
Más de nervioso que de estar contento,

El buen muchacho. Al cabo de un momento
Alborotada la familia toda
De la casa en el patio le acogía;
Y vino hasta él Felisa, con los ojos
Hinchados de llorar... Interrogólo,
El patrón, por saber lo que ocurría.
Y cuando conmovido, el buen Vittorio,
Dijo el fin de Pascual, sólo un lamento
Unísono salió de tantas bocas:
Lamento que trocárase en sollozo,
Si la inquietud inmensa que pesaba
Sobre la gran ciudad ensordecida
Por hondo cañoneo, no aumentase
Con un tropel de hueste que pasaba;
Y el temor que á las gentes dominaba
En pánico, al tropel, no se cambiase.
Mucho rato después, aun veía
La familia al través de los cristales
De las ventanas del salón, la escena:
Aquella triste escena, lamentable,
En que la tropa rota se volvía,
Mientras que allá, más lejos, implacable
El hondo trueno del cañón seguía...

---

# XXVIII

## EN BALANDRA

Con ese alegre despertar del día
Con que sigue en la tierra americana
El tiempo dulce á la estación lluviosa,
Pasada la borrasca de pasiones
Que á la Nación con su furor batía,
Vino la calma de la paz radiosa
Que realizó radiantes ilusiones:
Y el sol primaveral de la alegría
Calentó por doquier los corazones.

Selva esplendente que vegeta y vive,
Y dá cantos al aire, á la mirada
Tonos sin fin, y á la llanura flores,
El país, despertado en primavera,
Rompiendo en floración desenfrenada,
Derramó en derredor sus esplendores.

Fácil la tierra su fecundo seno

Al arado entregó.
                    Cual si regada
Por la sangre común, se desbordase
En frutos y riqueza inopinada,
Desquite de sus épocas luctuosas,
Cayó sobre la patria transformada
Un maná de cosechas portentosas.
La gran reproducción de las haciendas;
La seriedad del pueblo, aleccionado
Por ese golpe de dolor severo,
Dieron confianza nueva al extranjero;
Y atrayendo á la Pampa, por millones,
Gentes ansiosas de ganar dinero,
Con esa rapidez de las reacciones
Que opéranse en las jovenes naciones,
Cambiábase en el Plata, en solo un día,
El siniestro rugir de los cañones
Por el cantante son de la Alegría.

Los estampidos, fueron, del champaña
Los únicos que el ámbito movieron
Del extenso país...
                    Una ola extraña
De capital, viniendo desde Europa,
Convertía las ondas del gran río
En linfas de metal.

Colmada copa
De salud desbordante y de riqueza
Volcada ante el oceano profundo,
Buenos-Aires, prestóse con nobleza,
Á iniciar aquel ciclo sin segundo
En que fué la Argentina, puesta mesa
Donde vino á efectuarse, en hora santa,
El gran banquete de labor del mundo,
Que ora tan alto á la Nación levanta!

*

Poco tiempo después de aquel horrible
Año de maldición para la Patria
En que la sangre la regó, Vittorio
Dueño ya de una holgada y sana hacienda,
Realizaba sus sueños encantados
Llegando hasta el altar enamorados
Él y Felisa, de constancia en prenda.
El hecho, aunque se hallaba ya anunciado,
Se produjo en momento inesperado:
Cada vez más contento del quintero
Un día le llamó de Buenos-Aires
El antiguo patrón; y como quiera
Que su venida al pueblo coincidiera
Con la fecha fijada poco antes

Por él y por Felisa en sus misivas,
Para ir á la Iglesia como amantes
Y salir de su seno desposados,
Si más dueños de sí, no más unidos
Ni más intensamente enamorados;
La obligación con su patrón cumplida,
Anunció que empezaba ya en América,
En plena dicha, á paladear su vida;
Y tras diez días de ideal vividos,
Allí en el mismo techo que su amada,
Tomadas las medidas consiguientes,
Celebróse la dulce ceremónia
Con el apláuso de las buenas gentes...

Fué la escena patética y hermosa;
Llena de simbolismo americano:
Del que de todo ser hace un hermano
Y en nivelar, sin rebajar, se goza.

Ni les faltó un recuerdo dolorido
Para el pobre Pascual ¡tan sin objeto
Allá en la guerra criminal caído!...
Á los buenos señores; y al lanzarse
Fuera del patio aquel de la casona
Los coches, que á la gente conducían
Hacia la Iglesia, la locuaz patrona

Que, cual los ricos de otra edad lo hacían
No desdeñaba amadrinar á pobres,
— Siento... (con voz de conmovida brusca,
Les dijo de repente á las personas
Que iban con ella en el landó) tan solo
Que el cochero Pascual no nos conduzca.
¡El pobre era muy bueno!... ¡Qué embromarla
Ya entonces á Felisa con el gringo!
¿Quién lo iba á decir?
Y en esa charla
Junto al atrio marmóreo se encontraron
Que tiene ante el portal Santo Domingo.

Y fué de ver entonces, á Vittorio,
Que ocho años antes, con temor de bestia
Temblaba de las gentes y agobiado
Por la miseria y el cansancio, huía,
No digo ya de las lujosas damas
Hasta de todo ser acomodado,
Bajar de la victoria en que venía
Correcto con su traje de etiqueta;
Dar el brazo, riendo, á la señora;
Y dominando la emoción secreta
Y dejando á Felisa adelantarse
Del brazo del patrón, con gran soltura
Penetrar en el Templo, iluminado

Más que del sol por el cimborio entrado,
Por el rayo auroral de su ventura.

*

Un momento sintió como un vahído
Arrebatarle el alma, el buen Vittorio,
Y de todo dudó; mas fué un momento:
Que aplomado bien pronto su sentido
Palpó la realidad... Alzó los ojos
Y miró en derredor de su persona
Un grupo sencillísimo de gentes
Afortunadas; á su lado mismo
Y en su brazo apoyada, á su patrona
Tan encumbrada y rica; y radiantes
Matronas; y señores potentados
Que se alegraban de ayudar á un pobre;
Y vió después los labios palpitantes
Del ángel de su amor, de su Felisa;
Y en su velo de bodas, engarzadas,
Como en esmalte blanco dos brillantes,
Aquellas dos pupilas luminosas
Que el alma le besaban, con miradas
Más seductoras cuanto más nerviosas.

Y el pobre paria, el sér que en otros días

Buscaba atravesando el oceano
Tumba donde morir, suelo liviano,
Ayuda á la opresión de la miseria,
Con arranque de inmensas alegrías
Sintiendo su alma de estallar á punto
De la muchacha al oprimir la mano
Pálido se quedó como un difunto
Y el *sí* en su labio tropezaba en vano...
Hasta que, al fin, como el regato salta
Amontonando fuerzas, la barrera,
La palabra saltó de entre sus labios
Cual si cascada torrentosa fuera,
Y al modular las notas de su canto
Bajóle al corazón por los oídos,
Desatando en sus ojos conmovidos
La fuente mansa de su dulce llanto.

*

Y más tarde, aquel lánguido alborozo
De hallarse al fin con su ideal Felisa,
En el cuarto en que un día combatiera
Ella su enfermedad...
¡Íntimo gozo
Que quedas como aroma de la vida
Perfumándola siempre: placentera

Inolvidable rendición del alma
Domada por el alma: hondo deliquio
Con que el amor en nuestro pecho anida:
Hora primera del querer primero
Llena de idealidad: límpida fuente
Cuyo raudal de afecto transparente
Basta á endulzar el corazón entero;
Benditos seais!
La gentil pareja
Es digna de sentir vuestros encantos...

Como planta soberbia que refleja
Su joven ramazón en la laguna,
Aquel hogar, apenas consagrado,
Ve en esta iniciación bien augurado
El bello porvenir de su fortuna.

Y fué Felisa, con locuaz viveza
Mostrando á su consorte los regalos
Que sus patrones, y la gente toda
Que conoció su empeño y gentileza,
La quisieron hacer.
Aquella boda
Era para ambos bendición del cielo.

Encargado Vittorio del gran parque

De « La Revancha », donde halló consuelo
Á la desdicha en que se vió sumido,
Años hacía que en derrota grave
Atravesaba el mar de la existencia,
Siempre en rumbo hacia el puerto prometido
De su dichoso porvenir, la nave...

Felisa, rica ya, pues que tenía
En su modesta posición holgada
Varios miles de pesos en el Banco,
No requería continuar empleada:
Mas cada vez que su patrona fuese
Á pasar temporadas en la Estancia,
Los niños, como en antes, cuidaría;
Y el mismo sueldo y bienestar tendría
Que á su lado gozó desde la infancia.
Además... los terrenos que dejóla
El padre de Felisa, en las afueras
Del siempre progresante Buenos-Aires,
Como única herencia, poco á poco
Valorándose irían, y..... más luego
Pudiera ser que aquello mejorara,
Y sirvieran de dote... para...

Un loco
Estallido de risa de Felisa

Cortó la inspiración de su consorte;
Que, casi padre ya, con fantaseos
Armaba, cual de naipes un castillo,
El ideal de un porvenir sencillo
Y sano, como lo eran sus deseos.

*

Iban así pensando, ó recordando,
Ó comentando con alegres voces
Y con miradas expresivas, ellos,
Una tarde de Abril, en que, cortando
Del Paraná la lámina azulada,
La balandra escurríase, cargada
De ñandubays casi hasta el mismo tope;
Oprimida del lindo posterío
Que Almaviva mandó para su Estancia,
Donde abiertos los hoyos aguardaban
Los postes de alambrar.
Con arrogancia
Iba la barca como arando el río,
Sendas melgas dejando hacia ambos lados;
Entre tanto que el sol, con sus destellos,
Doraba de Felisa los cabellos
Por los soplos del viento desflocados...
En el tambor de proa acurrucada,

Cual lo hiciera una tórtola asustada
Que se estrecha al palomo junto al nido,
Se apretaba Felisa á su marido
Bajo el ala de amor de su mirada...

Aspiración hoy mismo realizada,
Sueño hasta ayer por su ambición querido,
Volver así á la Estancia, tras sus bodas,
Aun á pesar de las molestias todas
Ambos al tren habían preferido.

Si más largo y difícil fuera el viaje,
Aun más lo codiciaran... que el cariño,
Hace del tierno corazón, un niño
Luchador, caprichoso hasta salvaje;
Que solo al duro bien rinde homenaje,
Pues en coger la fruta de la dicha
Hincándose los dedos se recrea,
Y que en volver más ardua su tarea
Por cumplirla arrogante se encapricha!

¡Cuán del viaje venían satisfechos!
Y aun más que satisfechos, encantados,
Confundiendo el aliento de sus pechos
Y en delíquios de amores embriagados.

Volábanles las almas por la altura
La sociedad buscando de las nubes
Y el éter puro...
El corazón hablábales
La lengua sin afán de los querubes:
La mano entre las manos se ponía,
El beso de sus labios que encantábales
En un arrullo de alas prorrumpía,
Y al reino de la célica armonía
Entre las brumas del amor llevábales...
Luego, volviendo en sí de sus desvelos,
Contemplaban los claros saucedales
De las islas cruzadas de arroyuelos;
Donde, al ponerse el sol en occidente,
Penetraban los rayos que á raudales
Del río ensangrentaban la corriente.

Ó el ancho escudo de oro de los bancos
De fina arena donde el sol palpita,
Ó la línea fugaz de los barrancos,
Donde á veces pintaba una casita
El blanco cubo de sus muros blancos.
Ó el camalote, soñador sin rumbo,
Siempre en descenso, cual la vida humana,
Que no sabe en qué suelo ni en qué clima
Ha de ir á dar el postrimero tumbo

Ó ha de encontrar la postrimera sima
Donde su escoria yacerá mañana.

Ya el islote, que se hunde como al peso
Del tupido alisal, do ostenta el brillo
De su guirnalda de oro el espinillo;
Ya la mancha azulada de otras islas,
Y de otras, y otras más y más lejanas;
Y esas brumas de cuerpos macilentos
Que, con formas de mártires cristianas
De pinturas murales de Conventos,
Sobre el Río, flotantes y livianas,
Se suelen encontrar por las mañanas
Resbalando en los brazos de los vientos...

*

Cual mirador gracioso, sostenido
Sobre basa de postes apilados
Bajo la vela que al sudeste late,
Una vieja casilla, que comprara
El patrón, de una quinta en el remate,
Y junto con valioso cargamento
Para adornar su propiedad mandara,
Á los cónyuges, grata, les servía
En el barco que todo conducía

De cámara de honor y de aposento.
Y del cóncavo de ella se escurría
Por dondequiera que el bajel pasaba
Embalsamando el aire de contento,
De tu robusta y cándida alegría
¡ Oh, puro Amor ! el encantado acento.
Aspirando el frescor desde la puerta
Con sutil velo nada más cerrada,
Cada vez que en el río amanecía,
Al primo albor radiante aparecía
La dichosa pareja alborozada:
Y en la voz, en la risa, en la mirada,
Dar gracias al Eterno parecía.

¡ Quién pudiera esos cantos de las almas
Desvestidos de acento, rítmo y nombre,
Como se oyen los cantos de los pájaros,
En lo íntimo escuchar! Unciones calmas
Que alzais á Dios el corazón del hombre,
Quedad, más bien, para el mortal ignotas;
No mezcleis al tumulto de la tierra
El celeste ideal de vuestras notas:
Soplo de Dios que en nuestro sér se entierra.

¿ Por ventura Vittorio y su consorte
Anhelan conòcer frase por frase

Esa voz que en sus senos se levanta,
Cuando otro día á sus afectos nace
Y la calandria sus deleites canta?
No! Que el íntimo ensueño les complace;
Y el callado sentir indefinido
Sus intelectos simples satisface.

Del Paraná en la larga travesía,
Su amor, á la pareja placentera,
Con el agua y el cielo y la ribera
En permanente comunión ponía:
Vivir las horas de la dicha era
De aquel modo un encanto...

*

Cada tarde
Cuando su última luz, rojo amarilla,
Que toma el tono del chilcal cuando arde,
Desde la tierra firme el sol mandaba,
El lento barco, á la boscosa orilla
Cual si fuera dormido se acercaba...
Contra un muñón de tierra se apretaba
Esquivando del cauce lo más hondo,
Y luego á la labor se dispertaba:
Lanzaba el ancla, que mordía el fondo

Del ancho río; sus torcidos cables
Se ataban á algún sauce centenario,
Al tronco de umbelífera palmera,
Al haz fulgurador de cortadera,
Del aliso al renuevo apañuscado,
Ó al corpachón de prominente seibo
Que, de sus flores mil ensangrentado,
Extendía sus brazos, cual si fuera
Á zambullir en las tendidas olas:
Después, quedaba el barco silencioso
Bajo del quieto ambiente, y como á solas
En la infinita calma del estuario;
El cual, como un espejo sin segundo,
Reflejaba en su piélago profundo
Con serena conciencia el escenario...

Saltaba la pareja por la amarra
Hasta la húmeda tierra, muy ligera;
Y después de comer en la ribera
El rico asado que adobó el barquero,
Huyendo á la humedad si no á las víboras,
Volvía á recogerse al placentero
Nido de amor; y junto de él sentada,
Teniendo á la guitarra acomodada
Sobre las faldas, cual á amado infante,
Felisa, de contento revibrante

Como el mismo instrumento, enamoraba
Más el profundo amor de su marido,
Con el ingénuo acento no aprendido
Lanzando en el espacio silencioso
La porteña canción, que modulaba
Arrullando las dichas de su esposo.

*
* *

Te quiero tanto ¡ mi niño !
Te doy talmente el querer,
Que cuasi empiezo á temer
Hallarme al fin sin cariño.
Mas siempre á abrazos te ciño
Mi patroncito, ¡ mi Dios !
Y mientras me quede voz
Ó corra sangre en mis venas,
Remacharé estas cadenas
Que nos dan vida á los dos.

Mas si marchito mi sér
Que todo en vos se vivía,
Se hace chiquita algún día
La llama de mi querer :
Si siento desfallecer
El ardor que cuido tanto ;
Si no te dice mi canto
Este amar con que te quiero ;
Será porque ya me muero,
Negrito y te oculto el llanto.

Quisiera comerte á besos

Y no te quiero besar,
Por el temor de gastar
Mi amor con tantos excesos:
Dende mi alma hasta mis huesos
Tuito, lleno está de tí:
Tanto, que apartar en mí
Con claridad no consigo,
Lo que naciera contigo
De aquello conque nací.

Ah malhaya uno solito
Fueran nuestros corazones.
Que ansí sus palpitaciones
Se besaran despacito;
Y ansí tu sangre, gringuito,
Dentro mis venas corriera...
¡Entonces que lindo fuera
Sentir para siempre unidas
En la vida nuestras vidas
Y nuestra alma en dondequiera!

Más que pensamiento y vida
La pasión nos acollara:
Tal que si alguno rumbiara
Para la eterna partida,
Nuestra alma está tan unida
Que, del Destino á despecho,
Al dejar el seno estrecho
De aquel que á morirse juera,
Ó en la otra alma se fundiera
Ó ambas salieran del pecho.

Si yo nací al conocerte,
Vos al tratarme naciste:

Cada uno campiaba triste
Al otro; pero la suerte
Nos ató en su ñudo fuerte:
Y hoy nos hace tan dichosos
Que podemos silenciosos
Pasar del mundo los ruidos
Sólo oyendonos, mimosos,
Del corazón los latidos.

Cuando te tengo en mis brazos
Me parece que me muero;
Y dejarme estar prefiero
Muriéndome en tus abrazos...
Tiemblo si siento los pasos
De quien á turbarnos viene;
Y mi mente se entretiene,
Cuando estoy con vos en calma,
En dejar que tuita el alma
Con tu encanto se me llene.

Si me perdés el amor
No dejés que yo lo vea:
Más bien matáme, y que sea
Mi suerte la de la flor
Cuando el Pampero la arrea;
Que hasta cuando alcés el brazo
Pa echarme á la vida oscura,
De vos estoy tan segura
Que el cuchillo bese acaso
Creyendo que es mi ventura...

Pero ni ya he de morir,
Ni ha de fallar tu cariño;
Porque no puedo, mi niño,

Sin tu cariño vivir:
Juera más fácil sentir
Alegría con la pena,
Que soportar la condena
De contemplarte á mi lado
Y hallar tu amor apagado
Dél teniendo el alma llena.

¡Ah malhaya gringo amado
Nunca este instante pasara,
Y la Muerte nos hallara
Uno al otro consagrado:
Ah malhaya que el sagrado
Afeto que nos da vida,
Eterna lumbre encendida
En el altar del Amor,
Hasta el seno del Señor
Nos alumbre en la partida!

*

El acorde en el agua se estiraba,
En el eco doblábase el sonido,
Y en el fondo del bosque ensombrecido
La palabra espirante se apagaba...
Hasta que alguna garza pescadora
Cual si volviera en sí con el ruído
Que elevaba otra barca bogadora,
Resbalaba en los vientos pasajera
Dando al eco la queja asustadora

De su injusta inquietud...
Y el embeleso
De la escena de idilio, interrumpida
Con el grito del ave plañidera
Que era á un tiempo asustante y asustada,
Tornaba á la pareja enamorada
De la dormida tarde bajo el peso,
Con la celeste vibración de un beso
Por sus labios amantes despertada...

Y era entonces la dicha sin medida
En sociedad con Dios: en la natura,
Que arrullaba en silencio al alma pura
Con materna bondad.....

Fraternamente
El Paraná, ondivago, con su huída,
Ayudaba á hamacar en su corriente
Los ensueños de amor.....

Todo callaba;
La brisa misma, al pajonal entrando,
Desmayábase en él.....
Todo dormía
En sueño de abstracción.

Entre celáge,
Como una aparición paradisíaca,
Hilando hilos de argento, y el paisaje
Enfriándo con su luz, triste, plateada,
La soñolienta luna aparecía,
Y el alma y los islotes envolvía
Con su abrazo de virgen extasiada.....

Después, la hora apacible, tan profícua
Al milagro de amor: el ministerio
Del ser que funda y crea; y la serena
Conjunción de la esencia permanente
Que está en la vida universal latente
Y el orbe, augusta y magestuosa, llena...
. . . . . . . . . . . . . . . . .

---

## XXIX

### « LA REVANCHA »

Gozando de los soplos de los vientos
Que refrescanle el rostro con sus alas,
Bajo el espeso dombo de verdura
De un bosque centenario de altos talas
Que franjea con troncos corpulentos
De una barranca la honda quebradura ;
Tendido entre la grama y silencioso,
Mirando al Paraná, que se desliza
Cual los años del hombre, para siempre,
Y escuchando la voz de la floresta
Que dice tanto... el buen Vittorio pasa
Alejado del ruido de la casa
Las fatigantes horas de la siesta.

¡ Cuán transformado está !
                                        No bien cumplidos
Dos lustros, de transcurso reposado,
Corrieron desde el día en que, asombrado

Entró como inmigrante en Buenos-Aires
Con el alma aleteante de ilusiones;
Y ya su rostro triste, su pendiente
Labio de sufridor y sus facciones
Bellas y resignadas, se han trocado
En facciones de joven que á la vida
No le guarda rencor.
La hermosa frente
El beso de la luz muestra tostada:
Y se ostenta, en su cuerpo todo entero
Que en gozar de la calma se extasía,
El beso dulce que de día en día
Allá en el corazón, noble y severo,
Deposita la luz de la alegría.

*

Plano inmenso, se extiende ante sus ojos
El fecundo bañado que su empeño
Transformó en un jardín.
Seibos más rojos
De flores que mejillas de quince años
La sangre á flor de piel, cual aledaños
Marcan el curso de las aguas quieto;
Cuyos regatos, de sinuosos cauces,
Entre bosques de alisos y de sauces

Copian el cielo azul como en secreto...
Á izquierda y á derecha la barranca
Antes inculta, que la luz del día
Reflejando, en hoguera convertía
El combo espejo de su falda blanca,
Hoy transformada en olivar valioso
Á cuyos pies el gramillal verdea:
Y más allá el pinar, rico de aromas,
Que, escalonado por las verdes lomas,
El pecho ensancha y la visión recrea.

En el ansa de tosca que los vientos
No visitan jamás, donde sus rayos
Retempla el sol al resquebrar la piedra,
De naranjos la franja y limoneros
Con sus puros tocados de azahares,
Bordea serpenteante los senderos
Dejándolos de aromas perfumados;
Y entre túneles frescos de verdura
Lleva á los paseantes extasiados
De aquel dédalo agreste en la espesura...

Y aun más allá, la capa interminable
De la viña ardorosa, cuyo zumo
Codicia la comarca y el comercio
De los alrrededores; luego el monte

Que la defiende del sudeste instable;
Allí el bosque tallar, cual nube de humo
Que intercepta hacia Oriente el horizonte;
Y la cinta, después, de vagos tonos
Que circunscribe la heredad... y luego
La Pampa estuosa, de maizales llena,
Donde el sol, cual hirviendo sobre arena,
Hace humear la brillazón de fuego;
Y las casas doquier de los colonos
Que roturan el llano, antes inculto
Y poblado de haciendas no domadas,
Que ora se hallaran en remotos campos
Con carretas y gauchos relegadas...

. . . . . . . . . . . . . . . .

Todo, así, con los ojos, lo percibe
Ó con el pensamiento, el buen Vittorio;
Que, al pie tendido de nudoso tala,
Mientras el sol en el cenit resbala
Lanzando al llano el chaparrón de fuego,
Ya sompesa la parte que le cupo
En tal transformación...

*

También recibe,
Cual aquellas barrancas que su pala

Transformó en feracísimos ribazos,
Su espíritu el cultivo: en esas noches
Largas y tristes de chubasco eterno
Conque ablanda las Pampas el invierno,
Muchos libros leyó.

Cuando cansado
De la diaria labor ganaba el lecho,
Un nuevo fundo del cerebro estrecho
Casi de diario se dejó rozado.

Ya sentía el encanto de los libros,
Esa expansión lujosa de la mente
Tan extraña en las gentes jornaleras,
Llenarle el sér, con un vigor creciente;
Y en veladas tranquilas y severas,
Sin saber la razón exacta de ello,
Notaba que la vida, lentamente
Con su alta austeridad, ora un destello
Mañana un otro, el corazón le henchía;
Y en el alma afinada se le entraba
Un respeto al vivir, que lo elevaba
Á cierta natural filosofía...

Cumplidor del trabajo irreprochable,
Á su deber como en contínua ofrenda,

Era dulce á las faltas de los peones
Que en aquella regencia codiciable
Él dirigía... La agria reprimenda,
En la ruda labor inevitable,
Es más dura á los blandos corazones
Que la habrán de infligir, y es más odiosa
Si la evitaron sin cesar. Vittorio
Llevaba la doctrina de su ejemplo
Aun mucho más allá que sus palabras,
Mostrando en su existencia laboriosa
La concentrada austeridad de un templo.

Ya casi rico (que eran reducidas
En el volar sus simples ambiciones,
Cual siempre son las de las nobles vidas)
Con la pasión ardiente de su esposa,
Que él pagaba en un culto de afecciones,
Y el ver crecer la propiedad suntuosa
De su patrón, por su labor formada,
Sentía que su vida, bien empleada,
Ajena á los cuidados y emociones
Que en el inquieto azar suelen roerla,
Le invitaba á gozar y á recorrerla,
Como ahora, á pasear en la frescura
De sus perdidos meandros tentadores,
Le invitaba la senda que, á su frente,

Bajo tapiz flotante de verdura,
Llenó la Primavera de esplendores
Y refrescó al pasar la brisa huyente...

Esa vereda que, cruzando el soto,
Llevaba á los honestos labradores
Hasta aquellas piecitas cariñosas
Donde estaba Felisa, en su ventura,
Entre cosas queridas y entre flores,
Aun más bella de amor que de hermosura...

*

Sólo un objeto á su ambición faltaba...
Como el árbol en vicio, su cariño
En magníficas pompas desbordaba ;
Pero ¡ ay! que un año y otro se pasaba
Sin que encantara su vivienda un niño.

Felisa, con el alma bondadosa
De todas las paisanas, no tenía
Tiempo para pensar en otra cosa
Que en su marido y en la casa.

Al menos,
Los grandes ojos de cariño llenos

Sin ni aun querer que se tratase en broma,
Tal así, la muchacha lo decía
Á Vittorio, cuando éste, melancólico
Como en la quinta alguna vez lo hacía,
La mostraba amoroso el pichoncito
Que, del nido al caer de la paloma
Á la madre, que en torno se movía,
Temblante el ala y con agudo grito,
El alimento maternal pedía...

Como si de esta evocación, la moza
Acudiera al reclamo, en la vereda
Que trazaba ziszas en la barranca
Desierta hasta ese entonce y silenciosa,
Apareció, llamando á su « gringuito »
Con dulce voz.
Se enderezó Vittorio
Para verla venir...
¡Oh! ¡Cuán graciosa
Y bella estaba, con su blusa blanca
Y con su falda de percal!
Venía
Como un ave canora bulliciosa
Hablando desde lejos al marido
En un desborde de afección...
— ¡Sabía

Dónde te iba á encontrar! ¡Aquí te traigo
Carta de los patrones!... He querido
Traerme también la paba y darte un mate
Mientras llegan las dos. ¿No te parece
Que está mejor el monte que las casas?
Pero... ¡gran sinvergüenza! levantate...

Mirábala Vittorio largamente,
Destacarse hasta el talle la veía
En la pampa de plata del gran río
Y la cabeza en el sereno cielo;
Y, sin saber muy bien por qué reía,
Reíase al mirarla cual chicuelo...
Y quedaba arrostrando sus enojos
Tendido y extasiado sobre el pasto,
Como embriagado en un ensueño casto
Palpándole las formas con los ojos.

*

— ¿Qué hacés, mirón, que no mirás la carta?
Díjole ella, sentándose en el suelo
Con la mimosa dejadez de un ave,
Y empezando á romper una ramita
Para hacer un fogón.
— ¡Verdá... mi hijita!

El hombre respondió, quedando grave
Á la voz del deber.

El sobre, luego,
Rompió despácio; desdoblado el pliego
Unas lineas leyó; después, con suave
Modulación, en su íntimo contento,
Manifestóse así:

— ¡Chée! Los patrones
Vienen el jueves! Si esta vez no es cuento
Que se quede en veremos, todavía...
Y siguió recorriendo los renglones.

Felisa, entonces, con alegre acento
— ¡Oh! ¡Qué suerte! ¡Qué suerte! repetía,
De los hombros al hombre zamarreaba;
Y, como una muchacha en vacaciones,
Con destemplados gestos palmeaba...

Después... de pronto... se quedó suspensa;
Y al marido miró.

— ¿No traen mucama?
Preguntó casi inquieta.

— No. Me dicen

Que han contado con vos... Pero... ! Ché, china !
¿ Qué tenés ? ¿ Qué te ocurre ? Si te vieras
Que seria estás...

— No zonzo... No te asustes...
Es que... ¿ Lo que es por mí ? Si vos quisieras...
No me puede hacer mal.....

Cual si una espina
El corazón le hincase, el buen Vittorio
Atribuyendo á orgullo de su esposa
El no querer servir, quedó callado
Como el que está perplejo, y que discurre
Lo que conviene hacer.

— ¡ Miren si atina
En lo que al cabo á su mujer le ocurre !
Enternecida prosiguió la moza :
Que, sin saberlo, se apretó á su amado,
Poniéndose al decirlo colorada :
Más acortada cuanto más nerviosa,
Y más nerviosa cuanto más cortada.

— Pero... Vamos á ver... lleno de asombro
Buscando la verdad, clamó el marido...
¿ Qué es lo que pasa ?

La cabeza esbelta
Cuya sedosa cabellera suelta
Cayó cual largo fleco desprendido,
La dulce esposa le apoyó en el hombro,
Y así le murmuró, junto al oído:

— Como vos no querés que yo me agite
Cuando...

Y no dijo más... Bajó los ojos;
Hizo como que un dedo le dolía;
Miróselo; se lo apretó en la punta;
Luego, se lo mordió...

Tomóla, el mozo,
El dedo aquel, que á tiempo la dolía,
Y formulando suave la pregunta
Hablando á la sordina, á flor de labios,
Con el temor de adivinar la causa
Que inquietaba á la esposa, así la dijo:

— Es verdad que muy malo me parece
Que ande á salto de mata mi señora;
Y que ella á mis preceptos obedece
Como debe de hacerlo... Pero ahora,

Ó me equivoco mucho, ó no hay motivo
Que justifique su quietud.

— ¡Perverso
Hoy, más que nunca!... respondió Felisa
Con un arranque de rubor esquivo,
Llorando de placer.

— ¡Oh, trampeadora!
Saltó el garzón, sus brazos apretando
Al torso de la moza con anhelo.
¿Porqué no lo dijiste? ¿Desde cuándo...
Desde cuándo, me ocultas el consuelo
De la ansiada noticia arrobadora?

— Desde el día de Reyes...

— ¡Santo cielo!
¡Qué borrico que soy! Si me abochorno...

Ella tán sólo murmuró:
— ¡Chicuelo!
Y en sus brazos cayó.

Luego la risa
De los consortes, aleteando en torno,

Despertó en el recinto de la selva,
Que engalanaba Abril con su sonrisa,
El palpitar de un íntimo contento;
Que, entre sones de besos cariñosos,
Pasaba en los meandros nemorosos
Cual canto de aves que llevase el viento...

---

# XXX

## HIMNO DEL PAN CRIOLLO

Es un vasto local do casi á obscuras
Se agitan en la fiebre del trabajo
Varias personas...

Pasan sus figuras
Como sombras extrañas ante el foco
De una humeante lámpara: á sus rayos
Se disciernen las formas vagarosas
De los obreros, y lucir desnudos
Se ven sus torsos recios y membrudos
Pero flexibles; cúbrenles las piernas
Cayendo en taparrabos blancos lienzos;
Y los rostros, potentes y agitados,
Se ensangrientan y muestran expresiones
De empeñosa labor, en los momentos
En que los rojos haces macilentos
Se quiebran un instante en sus facciones...
Los obreros son cinco.

Casi no hablan.
Ya á emprender se disponen un trabajo
De más agitación.
Este, ha encendido
Larga vela de sebo, que en seguro
Puesto ha pegado sujetada al muro,
Allí donde el pabilo ennegrecido
El revoque dejára. Aquel conduce,
Envuelta en tela muy frisuda y basta,
Ya espesa y tibia la crujiente pasta
De la masa empezada; y el tercero
Siguiendole veloz y á pocos pasos,
Con otro igual montón entre los brazos
Que al ser herido por la luz fulgura,
Viene á echarlo, también como el segundo,
En un blanco depósito profundo
Que parece una ejipcia sepultura.

Son el Jefe y los peones panaderos,
Que, del noble trabajo envanecidos,
Cumplen callados la labor severos...
La tarea manual, que galardona
Al simple obrero con fortuna y vida,
Como siempre comienza ha comenzado
Hace ya muchas horas.
Extendida

En las mesas la harina, como en cráteres,
Se puso en sus rebordes la corona
De la untuosa y grietante levadura;
Con el agua la pasta humedecida
Luego fué y con medido movimiento
Batida ya, se presentó el momento
De dar la cosistencia al amasado:
Que se arrancó de las pesadas mesas
Y, en fin, á la labor de las artesas
Se empezó á disponer.

Entonce el Jefe
Dió de mando la orden:
— Apuráte
Pastor; y vos Jacinto, descalzáte
Y entrá á pisar... Y se alejó llamado
Por el cuidado de atender el horno
Que estaba adentro.
Al oír, el designado
Para pisar, las órdenes fraternas,
Pronto estuvo desnudo, y agachado
Sobre un barreño donde suena el agua,
Lavó sus pies y sus hermosas piernas.
Poco después, solevantando el cuerpo,
Casi hasta el talle, en el recinto obscuro
De la enorme batea, desparece;

Y á la luz de la vela sobre el muro
Su forma amengua, se bifurca ó creçe...
Es que, en la masa elástica pisando,
Ora se queda quieto, ora pasea:
La pasta de marfil se vá espesando
Y el pié, bien pronto, amasador moldea...

Empiezan á sonar las explosiones
De la pasta que cuaja poco á poco
Y adherida á los pies, en ocasiones
Se arranca como en mantas ó á pedazos
Del hondo recipiente: donde á veces
Hunde, el trabajador, cual espolones
Los dos arietes de sus férreos brazos.
Que ya en sus pantorrillas se hizo rollo
La pasta y quiso desprenderla al punto
Porque, si no, se atrasa el amasijo.

Como piedra ha de ser para el pan criollo
La masa del Platense panadero:
Que el duro pan que de la Pampa es hijo
Y es la salud de la comarca, debe
Mucho alimento dar en poco espacio;
Que quien á hincar el diente en él se atreve
No creció en las molicies de un palacio.
Ni pan será cual torta de chambones

De grumos llena y blandos pelotones:
Que en su imperfecta pasta se vería
Que, quien pisado el amasijo había,
Ni aun siquiera se alzó los pantalones
Por andar más ligero...

*

Y entre tanto
Que el juvenil obrero se sofoca
Con un afán que en lo abnegado toca
Para seguir el amasijo en duro,
Enciende el otro, aproximado al muro
En que están las bateas adosadas,
Otras dos luces más...

Á sus fulgores
Se descubre de pronto, á las miradas
Reluciendo cual cuerpo luminoso
Amarfilado, espléndido y hermoso,
El dorso juvenil del panadero
Limpio como patena, y apoyadas
Sus manos en la artesa un breve instante
Vésele descansar...

Es un muchacho

De atesado semblante; ojos de fuego;
Gran cabellera lácia y renegrida;
Labios sensuales; frente deprimida;
Y el torso erguido de un Adonis griego.
El bozo apenas en su lábio apunta;
Saltado el pecho, su vigor descubre;
Y un no sé qué de alegre y de severo,
Al mismo tiempo, en su exterior despunta
Cual de su alma el fulgor...

Mas ya, ligero,
Se le observa repuesto enderezarse
En el centro del hondo recipiente;
Y con ímpetu nuevo, de repente,
Comenzar en la masa á pasearse...

Poco después bufaba de fatiga
Cantando como cantan las cigarras
Al bochorno estival; y son cual mezcla
De grandeza y extraño salvajismo
Sus cántigas puebleras, que contienen
Las inquietudes de su pueblo mismo
Á más de aquellas, negras como abismo,
Que con los pobres desde Europa vienen.

*

Bajo el sol refucilante
El trigo ya maduró,
Y el franchutis lo llevó
Pa hacerlo polvo al instante:
Allí en la rueda gigante
Que con el agua camina,
Su grano se vuelve harina
Que en el mundo se derrama,
Amontañando la fama
De nuestra tierra argentina.

Tamién al sol el paisano
Nació y vivió como el trigo,
Y fué de un tiempo testigo
Que hoy va quedando lejano;
Pero llegó el italiano
Y como es él el mejor
Comerciante y labrador;
Porque es hombre de provecho,
Al criollo como desecho
Lo relegan pa pastor.

Tan bien como pastorear
Yo sé menearle al trabajo:
Que á la vida la abarajo
Como pa poder tallar.
No me voy à amilanar
Anque se usen pantalones
Y andemos con los calzones
Maneaos y sin movimiento:
Porque aprender es el cuento
Que han de saber los varones.

Si al grano no lo rompieran

No saldría el polvo blanco;
No se cubriera el barranco
De espigas si no lo abrieran;
Si al llano no lo partieran
No diera tanto alimento:
Pues el mesmo pensamiento
Se me ocurre del paisano:
Cultivando el mejor grano
Se otiene más rendimiento.

Yo no lo digo por mí
Que me contento con todo:
Y que vivo de igual modo
En los desiertos que aquí;
Pero asiguro que si
Sin preferir extranjeros
Nos empleasen los primeros
En todo cuanto aprendimos,
Vieran luego si nacimos
Con uñas pa guitarreros...

Pero al cuete despresean
Lo que es de la mesma casa,
Hallando dura la masa
Que otros muchos codicean...
¡Malhaya los que desean
Que todos jueramos gringos,
(Pensando como tilingos
Que es todo extranjis Profeta),
Tuvieran que hacer jareta
Con tanos montaos en pingos!

¡La pucha! ¡Cómo me riera!
Ya veo esos monos sabios

Hacer muecas con los labios
Y agarrarse dondequiera:
Echar mano á la bajera
Como arañando los bastos,
Y alzar en la otra los trastos
Que al correr enrieda el potro,
Y rodando uno tras de otro
Dejar pringosos los pastos!

Es como si yo quisiese
Andar lustrando botines,
Y sebo de chinchulines
Y pella, en ellos, pusiese;
Ó como si un criollo viese
Salir corriendo á un nación,
Y sintiendo la afición
De perniar como él dispara,
Ahí no más se disocara
El pobre gaucho lerdón.

Me gusta á mí Don Vittorio
Como gringo muy honrado,
Por eso me he conchabado
Con él en el Panatorio;
Pero yo también me glorio
De saber lo que se pasa
Aquí, adentro de esta casa
Que llamamos Argentina,
Donde la gente se inclina
Ante otra que aun ni hace basa.

Yo bien sé que mi patrón
Ha amontonao patacones;
Y que tiene dos naciones

Que su mesma patria son ;
Pero me da indinación
Que estemos tan atrasados :
De la mano abandonados
De Dios que atiende á los otros,
Y nos deja como á potros
Que ni están redomoniados.

Vengan uno, vengan dos,
Vengan diez, vengan cincuenta,
De esos hombres que el adiós
Le dan al pais donde atroz
Apretura los revienta ;
Porque aquí nos hacen cuenta
Pa los campos sin ganados...
¡ Dios quiera que, en nuestras costas,
De Uropa caigan vaciados
Los gringos como langostas !

Sirvan para lo que puedan
Y no quieran desbancar
Á las gentes que se quedan
Cuando sus caballos ruedan
Como horcón de asigurar.
Si gringos han de ocupar
No crean los compatriotas
Que, por ser de otras naciones,
Han de enfrenar redomones
Sólo con ponerles botas.

He visto gringo chimango
Querer dirigir Estancia
Con esas modas de Francia
Que todo lo hacen fandango.

Pero al probecito el tango
Se le volvía cancanes;
Y olvidando los refranes
Que traiba desde allá lejos,
Despidió á los carcamanes
Y al fin tomó gauchos viejos.

Y he visto otros más corsarios
Hinchados de pretensiones,
Querer domar redomones
Palmeándolos como á otarios...
Ya los creiban voluntarios
Y los iban á montar,
Y ahí no más, sin bellaquear
Ni moverse de ande estaban,
Los caballos los largaban
Como á pellón sin cinchar...

Y he visto otros que queriban
Hacer gringos los potrillos
Poniendo ingleses padrillos
Para que en la Pampa vivan;
Las manadas se moriban
Como heridas por la peste:
Pero cueste lo que cueste
Todos querían cambiar,
Y hoy no se halla ni quien preste
Caballos pa galopiar.

Y los ingleses ladinos
Como quien no dice nada
Nos llevan cada barcada
De caballos argentinos,
Que hacen temblar los caminos

De la islucha ennegrecida,
Mientras la Pampa se olvida
Del relincho de sus potros:
Lo que tiramos nosotros
Para otros pueblos es vida.

En tan ciego extranjerismo
Pasa á los hombres lo mismo
Que les pasa á los caballos:
Los gringos se sacan callos
Ó se rompen el bautismo
Por cumplir la obligación
Que hacemos sin atención,
Como es adiestrar un flete:
Que al que nace barrigón
Que lo fajen es al cuete!

Y Dios da panes á todos,
Pero á todos no da dientes;
Y unos los comen calientes
Y otros de distintos modos:
Hay quien se pela los codos
Cuanto comienza á amasar;
Pero de tanto cantar
Se me ha secao el garguero
Y dar un consejo quiero
Porque voy á terminar:

Que á los hijos les enseñen
Los padres, economía;
Y que ya naide se ría
De los que en guardar se empeñen;
Que sólo los locos sueñen
Con tirar el oro al barro,

Y cada cual el cigarro
Fume que más le convenga:
Ande en coche quien lo tenga,
Y el pobre, no ande ni en carro.

Que en saberse conformar
Está la ley de la tierra:
Y ha de bregar mucha guerra
Quien no se sepa agachar;
Al ñudo se han de secar
De tanto hablar los hocicos,
Que con jarabe de picos
No hemos de igualar los cobres:
De un lado estarán los pobres
Y de otro, siempre, los ricos.

Mil veces bendita sea
Esta tierra en que nacimos;
Y en que todos nos sentimos
De la mesmita ralea;
Pero en que naide pelea
Por quitar lo del vecino,
Porque es holgado el camino
Playito pa caminar:
Que quien sabe trabajar
Ya redomonió al Destino.

*
* *

— Calláte, hermano, que te vá á oir el Jefe...

Le dice de repente al que improvisa

El otro panadero que, volviendo
La faz hacia la sombra, está queriendo
De su alma criolla contener la risa.
Y á su aviso, el cantor desfachatado,
Alzando más la voz como exprofeso,
Exclamó:

— ¡ Don Miguel, ya estuvo el queso!
Casi cacacareando me ha agarrado...

---

# XXXI

## EL PATRÓN

Pero no es Don Miguel quien ha pillado
Cantando á su peón; pues es el mismo
Dueño del Panaficio, Don Vittorio:
Vittorio, el inmigrante, muy cambiado,
Y con aires de rico de villorrio
Aunque sencillo y dulce algo estirado.

Cinco años hace que dejó la Estancia
Del Señor Almaviva, y con Felisa
Y aquel gracioso chiquitín, que dióles
Pródigo el cielo, al pueblecillo vino;
Y al dar cabal empleo á sus ahorros
(Disponiendo también, pues lo quería
La esposa así, de parte de la dote
Que ella ingresó en la sociedad), fundaba
Aquella popular Panadería,
Que cada vez más alto, y día á día,
Iba poniéndo su fortuna á flote:

Triunfos que daban á su cuerpo erguido
El garbo aquél de ricachón cumplido.

Era de verlo, en las mañanas frescas,
De su caballo malacara al trote
Y al rodar de la lista jardinera,
Recorrer el villorrio vivamente,
En cada casa haciendo que crujiera
El látigo, al pasar, como en reclamo
Que anunciaba el pan fresco y el bizcocho
Templado aún; y cómo, conciliante,
Contentaba sin réplica al marchante
Que salía al encuentro del birlocho!

En toda fiesta patria ó de la Iglesia
Era rumbo para él imprescriptible
Regalar esas tortas con azúcar
Quemada por encima; en cada casa
De sus viejos marchantes.

Y, más tarde,
Cuando ya el chiquitín tuvo siete años,
Hacerlas descender con el pequeño:
Que, al marchar con la torta entre las manos,
De los otros chiquillos aldeanos
Era la envidia y el sabroso sueño.

Y entonces sonreíase, Vittorio,
Pensando casi extático en las veces
Que tentado se halló de (realizando
Ya sus valores y ganancias todas)
Volverse á Italia: viaje al que Felisa
No se opuso jamás.

— Si estás deseando
Á tu tierra volver, vámonos luego...
La chinita riendo le decía
Mirándole con su mirar de fuego;
Y con voz como un beso proseguía:
— Que lo mismo es aquí, que dondequiera,
Para que hagas un hombre de Felito
Y motivos me des pa que te quiera.

Á lo que él contestaba, callandito
Para que sólo su pasión lo oyera:
— Si para mí la tierra es toda una;
Aquí te conseguí; tuve aquí un hijo;
Y la Virgen, que tanto me bendijo,
Aquí me dió la dicha y la fortuna!

*

Y después, cuando él mismo se encontraba

Al trazar con el lápiz despuntado
Sus asientos del día en el librote
Más crasoso que un trapo de cocina,
Con que á un marchante, compatriota, daba
Casi debalde el pan... ensimismado
En el silencio de la prima noche,
Se decía Vittorio:
— Ó yo he cambiado
Ó el mismo ya no soy. ¿Quién me dijera
Allá en las horas de la infancia mía,
Que casi por favor trabajaría
Y que por gusto mi trabajo diera
Al hombre que hasta ayer no conocía?
¿Pero qué se ha de hacer? El buen muchacho
Ya más de sí no da... reflexionaba,
Y no se ha de morir; ni ha de faltarle
El pan para sus hijos, si Felito
Se lo quiere llevar.
Y era el asunto
Que más al chico Féliz encantaba,
El llevarles bizcocho pan ó tortas
Á sus amigos pequeñuelos.
Junto
Con su porción, el chiquitín tomaba
Al salir de mañana unos bizcochos,
Y en el umbral sentado de la puerta

Á sus buenos amigos esperando,
Iba, entre frescas risas, saludando
Á caballeros cien que transitaban
Por la asoleada calle galopando...

Á veces, viendo á un viejo, le decía:
— ¡ Adiós, Don Juan!
Y el hombre, saludando,
— ¡ Adiós... gringuito güeno! — respondía.

El viandante dejaba allá á su espalda
Una nube de polvo calcinado
Que el pingo sacudía en su galope,
Hasta que por el aire enardecido
Disuelta ya la nube, se esfumaba:
Y el muchacho de nuevo saludaba
Á algún otro jinete conocido
Que al vivo trote del corcel pasaba.

— ¡ Saca el mismo carácter de Felisa!
Decíase Vittorio, jubiloso;
Que, comentando la bondad del chico,
Le contemplaba desde adentro — á este
No hay que arrancarle el hueso del hocico;
Ni hay que darle en el codo. Es tan rumboso
Que lo dá todo, cueste lo que cueste:

Tal, que si alguna tarde se le deja
Su salud, la del padre y de la madre,
Como tiene ese pan entre las manos,
Y se la pide un chico ó una vieja,
Todita se las dá: fuera la vida
Se las daría igual.
— ¡Vení, Felito!
Le gritaba después al muchachito
Ocultando su afán... ¿Qué estás haciendo?
— Nada, papá...
— ¿Tirando pan, sin duda?...
Ó dándolo á quien nada nos importa,
Ni tenés por qué darle!
— No, papaito.
Hoy no dí ni un bizcocho...
— ¿Que no has dado?
¡Pues has hecho muy mal! Lo habrás tirado:
Y eso sí que ya casi es un delito!
¿Dónde están los glotones de tu fiesta?
Qué te ha pasao, que no tenés escorta?
¿Se han cabao tus amigos, no hay hambrientos?
Pero andate ahora mismo y esta torta
Llevale de mi parte á Don Benito
El viejo avaluador: que la respuesta
Decile que la apronte pa la siesta
Porque voy á pedirle un matecito.

Y esta lección que súbito alentaba
En el chiquillo el generoso impulso,
Muy amenudo el bonachón le daba...

*

Mucho más que todo esto, y otras cosas,
Que poníanle el alma en primavera
Discurría, entre voces de Felito,
Vittorio; quien con frases cariñosas,
Al acercarse, paso tras de paso
Haciendo parlotear al muchachito,
Al galpón de su gran Panadería,
Ver á su gente trabajar quería.
Y cuando el ancha puerta hubo pasado,
Como un saludo lleno de afecciones
Al entrar en las cuadras penumbrosas
Llegáronle al oído, las canciones
Dejativas, valientes, candorosas,
Del más enredador de sus peones.
Sonaron fraternales á Vittorio
Las estrofas olientes á gramilla
Del jamás agotado repertorio
Del peón inspirado: los acentos
Con que modula el ánima sencilla
Esa Décima criolla, que ha nacido

Al calor de los dulces sentimientos,
Para ir de campo en campo en el tendido
Llano que barren los pamperos vientos...
Y sintiendo una racha de cariño
Hacia el noble país, donde naciera
Flor de su amor, su idolatrado niño
Y que fortuna y biénestar le diera,
Por festejar un otro nacimiento:
(El más grande de todos, el que fuera
Gloria y ejemplo, asombro sin segundo,
Celeste aurora y redención del Mundo)
Vibrando, el buen Vittorio, de contento,
Y alzando así la voz, dijo: — ¡Muchachos!
¡Hoy no me sale nadie de la casa
Sin pasar á las tres por el Oficio!...
¿El año ha de acabar como entre presos?
¡No puede ser! Cada uno, veinte pesos
Tiene, además del sueldo que le toca...
¡Yo también quiero despuntar el vicio!
Y vos, que andás como borrega loca,
Á ver, Maciél, si trabajás con juicio.

---

# XXXII

## PRIMAVERA DE ALMAS

En frente de la plaza de la Aldea
Que limitan los altos paraísos,
Bajo cuyo ramaje recortado
En las tardes, con paso mesurado,
El cura amodorrido se pasea ;
Al lado de la gran Panadería
Á cuyo fondo el corralón se extiende
Como otra plaza que abrillanta el día,
El hogar se levanta de Spacagna :
Que es, en aquel poblacho y su campaña,
La más grata mansión de la Alegría...

Chato y robusto cuerpo de edificio
Con tres ventanas hacia la ancha calle,
Que dan luz á las tres habitaciones,
Compone la vivienda ; cuyo patio,
De tierra opresa con pisón, reparan
De los rayos del sol y sus molestias

Los añosos naranjos que separan
El huerto del solar.
Allí, los peones,
Acomodan de noche en los galpones
Los arreos, los carros y las bestias.

Vense en las cuadras, por doquier colgadas,
Aquellas guarniciones mestizadas
Que, del antigüo arreo en su simpleza,
Juntan los caractéres argentinos
Al de la prenda en nuestro tiempo en uso:
La guasca cruda, que el servicio puso
Más blanda que la cinta de un vestido;
La cuerda, ese producto que de Europa
Llegó; el torzal de un arreador de tropa,
En sobado cabestro convertido;
La pechera de pasto empelotado,
Junto á aquella amarilla y reluciente
Que allí, en la Capital, mañosamente,
Algún talabartero ha trabajado;
Las riendas de cordel con las de lonja;
Los estribos ingleses y el talero:
La ancha bajera de chupar de esponja
Sobre la funda de luciente cuero...
Todos esos auxilios del carrero
En encumbrado sitio, garantidos

Del diente roedor de los ratones,
Lucen al sol, si se abren los galpones,
Como ricos joyeles suspendidos.

Y allá junto á las puertas, enfilados,
De cedro y ñandubay los carretones
Ociosos hoy, cual fuertes botalones
Los dos brazos al cielo levantados;
Los carros, que en la trilla se acaparan
Los marlos del maíz, conque sustenta
El horno las fogatas de su lecho,
Que bajo aquel hospitalario techo
Á tantas buenas gentes alimenta!

Y, la paciente allí, vaca lechera,
Casi segunda madre de Felito
Que el buen patrón á su ex-quintero diera,
También se ve; á su lado el ternerito,
Rumiante siempre y siempre de mal gesto;
Nostálgico, el muy pobre, de La Estancia,
De la que husmea, acaso, á gran distancia
La fresca hierba y el amigo Puesto.

Y, espaldada al galpón, la palizada
Que sirve de corral; y la enramada
Que atempera los rayos del estío,

Bajo cuyo amplio pabellón de sombra
Se ve el pesebre; en éste, acomodados
Á la moda de Europa, sobre alfombra
De seco pasto, piafadores, bellos,
Contínua envidia del patrón vecino
Y admiración del criollo campesino,
Los febriles caballos animosos
De finos remos y saltado pecho,
Que, cargados del trigo del barbecho
Lo llevan al molino; y del molino,
De donde sale en sacos polvorosos,
Al vetusto almacén del Panadero
Que está de sus estibas rebosando.
De aquí escapan los sacos bien ligero;
Y allí, en las mesas de amasar, nevando
Blancos manteles con su polvo forman;
Y en los brazos de obreros diligentes,
En bizcochos sabrosos y crujientes
Ó en suculentos panes se transforman...

Y por aquí y allí, y en todas partes,
Cual si la misma tierra las brotara,
Más que las otras bestias matutinas,
Escarbando las huellas, afanosas,
En compañías, vense, populosas
Las pintadas y rápidas gallinas.

*

Promedia ya la siesta y brilla ahora
Una luz polvorosa y quemadora
De cruel reverberar...
Cállase el pueblo
Como deshabitado allí en contorno...
Nadie en sus calles sofocantes pasa;
Y en él dormita, entre calores de horno,
Del buen Vittorio la apacible casa.

Sus ventanas abiertas, dan deseos
De allí matar las horas del bochorno
Entrando á descansar.
Pero es domingo
Y de seguro que en la casa hierve
Un enjambre de chicos y personas
Que se han venido á visitar el gringo.

Mas ni un alma, siquiera, se descubre
En aquel comedor que hace de sala
Y de escritorio de Spacagna; en donde
Una mesa de pino, sin carpeta,
Que la pobreza y la vejez encubre
Con tabla reluciente de limpieza,
Cuatro sillas de paja patizambas,

Un reloj de pared, y el escritorio,
Obra de intonso artista carpintero
De la localidad, llenan la pieza
Dándole aquel aspecto de simpleza
Que ostenta siempre el bienestar campero.

En el cuarto contiguo una ancha cama
De caoba, maciza, cuyos altos
Piés se levantan en columnas, llama
La atención con su mole que se afirma
En el vetusto piso de ladrillos :
Sobre el que corre, cual reguero de oro,
El sol, que por la puerta se introduce
Pintando las aristas con sus brillos
Y en charcos de oro derretido luce.

La cuja de Felito al otro extremo;
Como de una ave blanca el limpio nido,
Siempre cuidada con amor supremo;
Y al lado de ésta, con sus lozas blancas
Un viejo lavatorio, construído
Al igual de la cama; dos arcones,
Uno de ellos de Génova venido
Cual lo reza el papel del equipaje
Que aun se conserva en su panel pegado;
Clavos en las paredes, de que cuelgan

Entre faldas, chaquetas y calzones,
Otras piezas de ropa ; la Madona
En marco de dorado varillaje,
Con Jesús en los brazos ; la escopeta
Allá en la cabecera del gran lecho,
De la mano al alcance ; y una silla,
De asiento en otro tiempo de esterilla,
Hoy por Vittorio recubierta en lona :
Es cuanto vese en el recinto estrecho
De aquel honesto y simple dormitorio,
Cuyos fuertes tirantes, la azotea
Sustentan, en que á veces se recrea
Tomando el fresco del terral, Vittorio.

*

Ni tampoco se encuentra en la cocina
Hecha de material, cuyos fogones
Aun guardan humeantes los tizones
Que hicieron el almuerzo, la familia.
¿ En dónde podrá estar ?
Allá en el patio
Al pié de los naranjos, no se advierte
Ni una sola persona, y la vivienda
Se arropa en un silencio cual de muerte.

Pero ¡no!
Tras la tapia que separa
La mansión, de la gran Panadería,
Se eleva de repente bullanguera
Una alegre y vibrante gritería
Cual si de un pueblo en regocijo fuera.

Para ver los causantes, es preciso
Transponer esa tapia: entonces vese
Del corralón en la ancha plazoleta,
Hacia un ángulo, el alto paraíso
Que es sombrío y congreso.

Cobijados
De su amplia ramazón por la glorieta,
De los rayos del sol, de un sol de Enero,
Se agrupan en montón los convidados
En las sillas y bancos hacinados
Chirriar oyendo un costillar con cuero.

Un anciano profeta de la Pampas,
Sabio en la amarga ciencia de la vida,
De luenga barba de espumosos flecos
Sinceros lábios y nariz hebrea
Y agudos ojos de bondad radiantes,
Sin descuidar ni un punto su tarea

Azuza el fuego con los gajos secos
De sauce en su alredor apercibidos;
Mientras un otro pintoresco anciano
Rápsoda antiguo del vergel pampeano,
Sus dedos demacrados, casi entecos,
Por la guitarra mágica pasea
Brotar haciendo lánguidos rajidos:
Que multiplican sin cesar los ecos
De los galpones cóncavos venidos...

En torno de él, están los ayudantes
Junto al acervo de los huesos blancos
Que irá á engruesar la colosal fogata;
Cuyas rojizas llamas, lengüeteantes,
Sazonan y soasan, con chirridos,
Del costillar los suculentos flancos.

¡ Oh consistentes carnes argentinas
Que, saciando á la Gula y sus antojos,
Con la llama al jugar sanguinolentes,
Aun antes de caer entre los dientes
Haceis que se os devore con los ojos;
Que llorais aureas lágrimas de grasa,
El ámbito dejando saturado
Del perfume pampero del asado
Vida y vigor de la argentina casa;

Plázcale á Dios que cuando el Bardo errante
Torne ya anciano hacia su patria un día,
Pueda, oh resumen del vivir pasado,
Sentir, cual niño con fruición sentía
En un sencillo rápto de alegría,
Tu intenso olor de cuero chamuscado!

*

Ya comienza á estar listo el rico asado;
Ya sólo en brasas la fogata arde;
Ya, de incitante olor, todo se llena;
Ya la siesta del burro ha comenzado
Y su velo de luz, la ardiente tarde,
Tiende vibrante sobre la ancha escena...

En el ángulo opuesto, las mujeres
Cual duras perchas de vistosas ropas,
Cubiertas por la sombra de dos talas
Que unen en una sus nutridas copas,
Se pasan, sin cesar, mate tras mate;
Hablan de asuntos nímios con tiesura;
En inocente orgullo pavonean
Sus cuellos desairados; y coquetas
Hacen crujir la enagua almidonada,
Que produce, en las piernas apretada,

Un lejano rezongo de carretas...

El aire azul valora las siluetas
De aquel vistoso grupo reposado;
Y entre cintas y telas de colores
Que hierven con destellos de alegría,
Lo convierte en jardín abrillantado
Por el sereno resplandor del día.

¿Mas los mozos por qué, descomedidos,
De las niñas y damas retraídos
Aun se mantienen á lo lejos juntos?

Si aquel día se aburre lindamente
La femenina y veleidosa gente,
Es que los mocetones preocupados,
Al parecer hoscosos, cejijuntos
Están todos, tratando los asuntos
De política actual...

Nunca tan grande
Fué la separación de los dos sexos
En villorrio argentino; aunque es costumbre
Ver á mozos y mozas separados,
Como con miedo de caer caldeados
Por la luz de sus ojos, que es más lumbre

Que aquella que retuesta los asados.

Es que, como el dolor que de repente
Nos hiere inesperado, un accidente
Entre los fieros mozos afiliados
Al Carnicero (el Jefe del Partido)
Ha, inoportuno, allí sobrevenido
Que á muchos de ellos los dejó alelados.

Un grupo grande, que favores debe
Al gringo Don Vittorio, le ha sacado
Candidato á la próxima Intendencia
Hace ya mucho tiempo.

El Comisario,
Haciendo comprender su omnipotencia,
Negó su asentimiento. Amenazante
Luego se presentó.

Cuatro estancieros,
Entre ellos Almaviva, prestigiaban
Al candidato popular; y aquella
Tarde, en mitad del festival, entrando
El fiero Comisario cual centella
En la barraca de Vittorio, á gritos
Clamó: ¡Que estaba hastiado de garitos!

¡Que allí se hallaban al choclón jugando!
Miró las mesas; registró á los hombres;
Quitó las tabas: é insultando á todos,
Les fué imputando, con atroces modos,
— Que eran unos roñosos agringados
Que andaban oponiéndose al Gobierno
Y convirtiendo el pueblo en un infierno...
¡Que aquello era inmoral! ¡Que era insufrible!
Que dejaran no más! Que por ladiados
Y que por revoltosos y entonados
Él ya los iba á componer de fijo!
Les iba á revolver el amasijo
Á rebenque y á bala!

Otras torpezas,
Como mascando las palabras, dijo;
Y entre ellas, con insultos y empujones,
Tan sólo por que así le dió la gana
Ó dando acaso á sus rencores curso,
Arrojó hasta la calle despedidos
Á cuatro ó cinco mozos del concurso,
Y á la puerta salió... Paróse un rato;
Viósele indecisión en lo que haría;
Al fín se desahogó, mal que le plugo,
Y contra los reunidos profiriendo
Mil amenazas, de furor temblando,

Los iracundos ojos revolviendo
Y sapos y culebras masticando,
Veloz se dirigió á la Policía,
Al son del sable, que en sus piernas dando,
Un fiero estruendo de Mazhorca hacía...

*

Esto dejó los animos dolidos
De aquella noble gente, tan ajena
Á los torpes manejos de partidos
Siempre de rectos pensamientos llena.

¡Gringos roñosos! ¡Muertos de hambre! ¡Chanchos!
¡Carne pa los chimangos y caranchos!
¡Carroñas de epidemia de vacuno!
Á todos en montón y á cada uno
Llamólos con furor.

Como chasquidos,
Tan hirientes dicterios, les volvían
Á la memoria sin cesar; y en vano
Por distraer su displicencia hacían;
Porque el rebenque audaz del Comisario,
Pendiente como espada de Damocles,
Les chasqueaba sin tregua en la memoria;

Y sólo alguno que otro peón de estancia,
De palabra insolente y desenvuelta,
Con la expresión recóndita y resuelta
De quien dice verdades sin jactancia,
Exclamaba, soberbio en su arrogancia:
— « Si me viene á pegar... ¡ verá qué tajo!
Pué que lo ande buscando la Pelada...
¡ Por esta Cruz, que de una puñalada
En el mesmito corazón, lo rajo! »

Á lo que un viejo, experto de la vida,
Atajándole el pasmo y el resuello
Respondía con frases sentenciosas
Y voz de convicción:
— Capaz sós de éllo
Porque sós hombre de cumplir las cosas!
Pero... calláte y no largués partida;
Que atropellan mejor los que se quedan
Serenitos y aguardan la embestida.
¿ Ó no sabés que las palabras ruedan
Como moneda que se cae?

Con aire
Rencoroso alejábase el muchacho
Paseando su ronca y su donaire;
Tal cual varón á quien no asusta el Cuco

Oteaba en torno, á pelear dispuesto;
Y al fin á un grupo se acercaba presto
También á echar su partidita al truco.
Alguno, allí al mirar el ágrio gesto
Que llevaba el garzón, á quien oyera
Bravatear, con sorna le decía
Entre la risa y broma consiguientes:
— No te vas á per... der, que es porquería
Venir ansina á molestar las gentes!

*

Luego, como él, con susto ó fastidiados
Del gran politiqueo y su debate,
Se aproximan los mozos distanciados
Á las mujeres, y al calor del mate
Se van quedando por allí sentados...

Y la guitarra de sentidas voces
Que milongas y estilos solamente
Cantó hasta ahora, los intensos tristes
Comienza á modular; y en el ambiente
Vagan cadencias largas de tristeza,
Cuya embriaguez á penetrar empieza
El alma silenciosa de la gente.

Y adquiere la expresión de los paisanos
Austera gravedad: que el genio se hace
Crepuscular en los solemnes llanos.

Aplacado el hablar de las mujeres,
Ellas, sus ojos, sus punzantes ojos,
Van dejando apagar: brazos y manos
Mueven en cambio, en la bullente Morra,
Los firmes chacareros italianos
Que arman, jugando, colosal camorra.

Concéntranse también las muchachitas,
Ahiladas, peripuestas y bonitas;
Que, en estudiados grupos pretenciosos,
Disfrutaron momentos deliciosos
En el juego infantil de las Visitas.

Y por aquí, y allí, y en todas partes,
Á desgranarse empieza fatigado
El cardúmen de chicos bulliciosos;
Que, festejando el santo de Felito,
Miran con ansias á la res con cuero
Que allá en el centro del concurso se asa,
Pues ya la hora de almorzar se acerca;
Ó sigue, por los patios de la casa,
Al chiquitín del santo, que ligero,

Jinete sobre indómito ternero
Como un ciclón atropellante pasa...

Á sus gritos las gentes se amontonan
Hacia el lado en que va, como un centauro,
Riëndo á toda risa el muchachuelo ;
Porque su potro enfurecióse tanto,
Que adelanta, ora caigo ora levanto,
Cual si estuviese enjabonado el suelo...

Es Felito un chiquillo de ocho años
De hermosas formas y expresión despierta,
Que el predominio á enmascarar no acierta
Con que vino á la vida; y en palabras
Como en actos, magnífico revela
Tal generosidad y tal imperio,
Que tiene en agradable cautiverio
Á todos los pegotes de la Escuela.
No hay un solo dolor que no consuele;
Una sola injusticia que no evite;
Una sola maldad que no debele;
Ni ejemplo de que llore ó de que grite
Aunque, tremendo vapuleo á coces,
Darle motivo de llorar á voces,
Sin conseguirlo, muchas veces suele.

Felisa, una matrona muy esbelta,
Le mira con orgullo y alegría
Pasar, como un relámpago, entre gritos:
Al viento la ancha camiseta suelta
Que va sus carnes á la luz dejando,
Ebrio con la amistosa algarabía
Que levantan tras él sus amiguitos,
El polvo en nubes á su paso alzando...

Y después, porque un chico, el más grandote,
Ha cogido la cola del ternero
Y ayudado en seguida de otros muchos
Consiguió derribar con la montura
Al jinete, éste, airado se levanta
Del suelo como un rayo, y al primero
De los culpables, cachetón certero
Que le ensangrienta las narices planta.
Y como otros, entonces, conspirados
Se descuelguen sobre él, á puño limpio
Devuelve los moquetes desatados
Como un chubasco; raudo se separa,
Toma del brazo al que su sangre enjuga,
Y hacia el pilón, que junto al pozo vese,
Para mojarse los chichones fuga...
Ni dá más importancia á la molienda:
Y ansiando que la sangre se restañe

Porque nadie conozca la contienda
Ni haya quien los encierre ó los regañe,
Grita que todo enojo se ha acabado:
Y va, con el sangriento compañero,
De nuevo á enhorquetarse en el ternero
Que ya rumia en el quincho descuidado.

*

Mas es éste el instante en que las copas
De cerveza ó refresco están alzadas;
Y la sabrosa carne del con cuero
Y las crujientes tortas confitadas
Han hecho que los labios y los dientes
Trabajen por doquier...
Hasta el concurso
Se aproxima Felito y su discurso
Vierte de un chorro á las atentas gentes.

Y es allí la de aplausos y de besos,
Y suaves cachetines campechanos,
Y de abrazos también, y de apretones
Dados en sucesión al buen chiquillo,
Por aquellos enérgicos varones
De ejercitadas fuerzas giganteas
Que la Pampa brutal, con sus tareas,

Convirtió en sanguinarios é inhumanos
Al mismo tiempo que en sensibles. Ríe
Con afecciones tantas complacido,
El gran muchacho. Pónenle contento,
Á pesar de que déjanle molido,
Aquellos efusivos sacudones
Que dan, en descompuesto movimiento,
De placer estrechándole las manos,
Los enormes labriegos italianos
Con largas risas chicoteando el viento.

*

Vino el baile, después, muy respetuoso
Como es en los villorrios argentinos :
Donde el garzón, de la mujer celoso,
Cual cuidando la falda almidonada,
Conduce á su pareja majestuoso
Sin rozarla en brillantes remolinos
Como cumpliendo una misión sagrada.

Ni el Gato se bailó, ni del Malambo
Las flexiones alegres se tejieron ;
Ni del precioso Pericón se vieron
Las figuras, más bellas y armoniosas
Que cuanto Europa descubrió en cuadrillas.

Las mazurcas, de duras zancadillas
En cambio, con sus vueltas fastidiosas;
Las polcas, con sus saltos de tucura;
Los valses, como bailes de epilépticos,
Á los mozos y mozas arrastraron;
Y el jadear llorón del organito
Ni un solo instante reposar dejaron;
Hasta que ya, las brumas, comenzaron
Á envolver con la tarde el pueblecito.
Pero antes vino á amenizar la fiesta,
El viejo avaluador, octogenario
Que ni sesenta abriles acusaba;
Quien, cual si muda alzase una protesta,
Á Felisa, nervioso, convidaba;
Y entrando en el corral que se le hacía
Para ver lo que el viejo bailaría,
Entre silencio y rápidas guiñadas
Del montón de agrupados asistentes,
Al sonar el compás de la vihuela
Que la pampeana idealidad lloraba,
Desatóse en un Gato, que bailaba
Como en el tiempo aquel de la pajuela.

Gato, gato, gatito,... ¡ ay!
Escobillado.
Gato, gato, gatito... ¡ ay!
Que se ha embarrado!

— Métale Don Prudencio, de firme; métale guerra
Como Usté sabe.
— ¡ Ah, criollo !
Y que venga á rayar con el taco y la punta, la tierra,
Otro más toro !

Gato, gato, gatito,
Zapateado.
Con las patas abiertas;
Con las patas cambuetas, ¡ ay mamita !
Con las patas pa arriba vos me has dejado.
Gato, gato, gatito ¡ ay!
Y escobillado...

*

Ocho criollos, después, trenzando manos,
Un Pericón de á diez y seis tejieron;
Y con gracia severa removieron
Los armoniosos pases pampeanos...
Pero el viejo ochentón, rompiendo el cerco,
Le quitó á un bailarín su compañera,
Y, en medio de la risa y los aplausos,
Del Ñandús la figura tan ligera
Sin perder un compás, dejó trenzada;
Arrancando á la gente alborozada
Un fuerte aplauso, que la casa entera
Por largo rato repitió atronáda.

Poco tiempo después, cuando risueño

Se despedía el sol del pueblecito
Dorando de los árboles la cresta,
El brindis del Maestro: un muy cenceño
Ceceoso andaluz de faz rapada,
Humanidad cual rencorosa y hética;
Que, en un discurso con arreglo escrito
De Blanco á la Retórica y Poética,
Dá del futuro la visión profética
Viendo, ya hombre grande, al muchachito
Dejar su rastro en la argentina Historia;
Y, en alas de su arranque visionario,
Termina la oración apologética
Que ha dejado brillante trayectoria,
Con rasgo heróico de inspirado grito,
En que envuelve á los padres de Felito
Del hijo augusto en la radiante gloria!
La aldeaniega elocuencia era adaptada
Á la alta comprensión de una asamblea
Siempre al fácil aplauso arrebatada,
Como es razón que en los villorrios sea...
Y el niño que inspiró tal profecía
Á su maestro, cuyo pico de oro
Iba fluyendo aquel raudal sonoro
Que apenas si el pequeño comprendía,
Levantaba, al oir sus oraciones,
Dos ojos, que el asombro convertía

En un par de fulgentes patacones.

*

Al caer el crepúsculo aquel día,
En apretado grupo se veía
Al rico panadero Don Vittorio,
Á su hermosa mujer, Doña Felisa,
Y al gran Felito, el desenvuelto niño
Que se unía á las faldas maternales
Lleno de mimo y de filial cariño:
Quienes, de la ancha puerta en los umbrales,
Miraban sus postreros convidados
Desvanecerse en el callado ambiente,
Al volver por el campo, lentamente
Á sus distantes puestos, desbandados...
Callabanse los padres y el muchacho;
Solo llegando á columbrar apenas
Entre el recogimiento del poblacho,
Las cosas sin perfiles, más vecinas;
Con las pupilas de ternura llenas,
Y aspirando en un íntimo embeleso
El soplo de las auras campesinas
Que al alma daban cariñoso beso...

Peregrinos adustos del espacio

Cual buscando los póstumos destellos
Del sol, volaban los chajás despacio;
Y listos patos ciriris entre ellos
Pasaban por el aire uno en pos de otro;
La oveja, triste, en el redil balaba;
Lejos mugía el toro; y aguzaba
Las dos orejas, inquietado, el potro...

Un largo espacio transcurrió; extasiado
El ser, todo en suspenso, el tierno grupo
Estuvo en su pensar ensimismado
En la quietud de la hora silenciosa.
Envuelto en esa niebla de la mente
Que deja tras su paso la alegría
En la persona de alma religiosa
Que ante la augusta inmensidad se siente,
Flotaba en esa gran melancolía
Con que gana la sombra el calmo ambiente
Tras del bullicio aturdidor del día...
Después, en lo interior desparecieron...
Y los celajes pardos de la noche
Campo, aldea, y mansión, todo envolvieron...

---

## XXXIII

### LAS CARRERAS

Es un día cruél del seco estío
En que humea candente la cuchilla.

Partiendo el verde manto de gramilla,
El camino, que lleva del villorrio
Á la Estación del tren, cual terso río
Hoy polvoroso y rutilante, brilla
Bajo el fúlgido sol.

Hacia á ambos lados
Corren los desiguales alambrados
Que dos distintos predios circunscriben
Extensos como el mar...

En uno de ellos,
En frente de la casa de azotea
Que apellidan allí la Pulpería,
Muchos hombres reunidos se perciben

En apretado grupo que vocea:
Es que tiran la taba, y se diría
Que disputan ganosos de pelea.

La sombra de la casa, obscuro manto
Al parecer, sobre el concurso flota;
Mientras que juega en la azotea, en tanto,
La banderilla que el ambiente azota.
Entregada á los vientos noche y día
Para que el gaucho de doquier la vea
Sobre el profundo cielo pampeano,
Su trapo encarna, en sus jirones viejos,
Todo el cariño de la amiga mano
Que llama á los amigos desde lejos.

En un limpio del campo, más distante,
Otro montón de gentes, llamativas
Con el brillar de ponchos y caballos,
Dándoles riendas á sus bestias vivas,
Ó en carritos, ó en coche, hasta en carreta,
Se agitan en redor de un campesino
Que, vestido de la amplia camiseta
Y el chiripá muy negro de merino,
Seguido de otros dos que van al lado
Tranquea, con sus botas cual trabado,
Midiendo las largadas del camino.

— Abran cancha! Señores! No me apriete
Amigo; por favor! (observa á alguno
El que marcha adelante: de moruno
Rostro y de aspecto colosal).

— Al cuete
Me quiere hacer parir! Saque su flete
Y ladéese, pues!
Dice el segundo
Á un vasco que atropella á todo el mundo
Hablando sin cesar... Mientras suave
El tercero, y con aire compungido
Clama:
— Á ver si se apartan, cabayeros,
Que ni tirar el cobre hemos podido...
¡ Mire que están cargosos los puebleros!

Y con gritos los gritos dominando,
Los tres peatones que el camino miden,
— ¡Cancha! ¡Señores! por doquiera piden
Y adonde están los Jueces van llegando.

Enfílanse á los lados de la pista
Donde tendrá lugar la gran carrera
En sus mejores pingos jineteando,
Cual si arabesca fantasía fuera,

Los paisanos del pago y los colonos
Del municipio aquél.

Lanzando chispas
Que aumentan brillo á los brillantes tonos,
Pasan los coches por doquier rodando,
Con un redoble zumbador de avispas
Mejores puntos sin cesar buscando...

Sus mezquinas apuestas valorando
Gritan los extranjeros de sus puestos,
Como sabiendo ganarán... Ocurre
Que leyeran el libro del Destino:
Es que á exponer sus bolsas mal dispuestos
Van casi todos, con mentido empeño
Pretendiendo asustar al adversario,
Para correrlo así con la parada.
Van otros un caudal en la jugada
Exponiendo sin tino... El aborigen
Para las puestas muy tranquilo; luego
Las del contrario indiferente copa;
Y prende el entusiasmo, como el fuego
Cuando hace presa en fardelón de estopa...
Y al oir las disputas y carreras
Y el gran barullo, que ni el ansia calma
De ver quien lleva del « partir » la palma,

Se diría que el sol de las praderas,
Con sus ondas vivíficas y fieras
Ha emborrachado de la gente el alma.

*

Todos están cual locos en el pago;
Chicos y grandes, de inquietudes llenos.
El caso no es tampoco para menos:
Que, amén del sol y del contínuo trago
De la candente caña y limonada
Que más que el mismo sol los enloquece,
Sobre todo el saber los enardece
Que el Trombetta, el potrillo de Vittorio
Compuesto con afán durante un año
(Por lo que fino está como una caña),
Va á correr y ganar, segun parece,
En la Polla llamada « De los Güenos ».
Y lo más inquietante y más extraño
Para aquellos sencillos campesinos,
Es que han dejado la primera lista
Por creerse derrotados de antemano
El Matón, El Choncaco, El Asistente;
Y hoy sólo quedan á pisar la pista
Uno al lado del otro, frente á frente,
« El Tombetta », el potrillo de Vittorio

Y aquel reputadísimo « Corsario »
Que al lado de su mismo dormitorio
Compone día y noche el Comisario.

De multitud de amigos rodeado
Vittorio está, sentado con Felito
Sobre su bien cuidada jardinera;
En cuyas varas vese aprisionado
(Lo que lo hace bufar como una fiera)
Un nervioso alazán de rica cruza
De piernas fuertes aunque muy derechas,
Cuyas finas orejas como flechas
El entusiasmo del correr aguza.

Y á Vittorio lo embriaga, poco á poco,
Del néctar de aquel triunfo presentido
El deleite brutal; y está más bello
Allá en la altura del birlocho erguido,
Mientras pule su rostro rebruñido
Del sol de Marzo el chispeador destello.

Allí lejos, en grupo luminoso
Porque reluce el sol sobre las armas
Y se quiebra en algunos tiradores
Cubiertos de monedas, con su Estado
Mayor de Vigilantes y señores

De la localidad, el Comisario,
Monta un caballo zaino-malacara
Que el pasto apenas con los vasos toca,
Padrino de variadas del « Corsario »,
Que al descuido más mínimo dispara
Y que es, para mejor, duro de boca.

En la pista, en lo liso del Camino,
Donde se va á correr la gran carrera,
El pingo como luz del Panadero
Ya se abalanza por salir primero,
Regido por un joven argentino
Que, hablándole á la oreja dulcemente,
Palmea sus paletas y su cuello
Y la clin le separa de la frente.
La fina clin, que del mirar ardiente
Como una gasa le veló el destello,
Cae de las orejas á ambos lados;
Y los ojos girando, ensangrentados,
Entonces con resuelto movimiento
Parece que dijera el buen Trombetta
Mirando á su contrario muy contento:
— Denme rienda y verán si en un momento
No le hago comer cola á este sotreta!

*

Se oyen « cantar » doquiera las paradas:
— ¡Voy cincuenta al del gringo!
— ¡Yo voy bainte!
Pesos á la Josticia!
— Al mesmo pingo
Tamién le juego yo!
— ¡Yo se lo tomo;
Y le corro con éste á su cebruno.

— ¿Quién ma da tres á dos? Pregunta alguno
Á grito herido.
— ¡Yo le voy parejo,
Si lo quiere tomar, al Comisario!
— Al Comisario ¡no! Pero al « Corsario »,
Le apuesto veinte latas.
Dice un viejo
Que las echa de chusco.
— Chée, Patricio,
La parada es pa mí: la cazo al vuelo.
Y al quererla doblar, responde el otro:
¿De adónde yerba? Si ya me he ido en vicio,
Porque he jugao hasta la reiz del pelo.

— Contra cien pesos yo le paro el potro.
— ¡Sta güeno!
— ¡Cayó! ¡Mordió el anzuelo¡

— Amigo, no le arriendo el beneficio
Y de esta vez...

*

De pronto una carrera
Seguida de un silencio, se ha escuchado;
Y alguién dijo: ¡ Largó !...
Mas, no; solo era
Una de aquellas rápidas partidas
Que hacen eternas las carreras criollas
En que todo son idas y venidas.

— Ché Manuél (dice un tape, á un paraguayo
Que exclamó: — ¡ Vaite-copa ! al acercarse
Con dengue de chicuelo, y que traía
El raído uniforme de Sargento
De la tan inquietante Policía)
¿ Es cierto que ha jugao el Comisario
Lo menos cuatro mil ?

— ¡ Malhaya sea !
(Gruñe el interpelado). ¡ Y que reviente
Bien pronto, de una vez! Hombre más rudo...
Amigo, nunca he visto. Si es al ñudo
El quererle correr al extranjero:

Y más... con un matungo cascarriudo
Que bueno no es ni pa sacarle el cuero.

— ¿ No lo vió á Don Vittorio ? Preguntaba
El Sargento, después.
— Velaylo... enfrente :
Allisito no más...

Rápidamente
El Sargento partió...

Pocos minutos
Después, se le veía ya apeado
Del redomón, que el lomo sacudía,
Hablar al panadero despacito ;
Quien del lujoso volantín bajado,
Para evitar acaso que Felito
Escuchara el mensaje reservado,
Se sacaba mentiras inconsciente
Clavando en el Sargento sus miradas ;
Mientras su bello rostro se ponía
Ora pálido y ora colorado
Á medida que el hombre impresionado
Que el misterioso aviso transmitía,
Con las riendas del potro entre los dedos
Y á la muñeca el arriador colgado,

Retorciendo las lonjas ensebadas
Sin un punto apartar del Comisario
La ínquietud de sus rápidas miradas,
Mostraba, en el temor con que iba hablando,
Que se hallaba, incorrecto, en aquel punto,
Á una consigna superior faltando.

Entre tanto, Felisa, en otro coche
Con la mujer del Preceptor, venía
Á buscar al marido: pues corría
En el pueblo, la voz que el Comisario,
Por la buena ó la mala, en su contrario
Iba á influenciar hasta ganar la apuesta;
Y que, como era el hombre vengativo
Y ya entre ceja y ceja le tenía
Al gringo Panadero, aquella siesta
De seguro que ya aprovecharía
Para romperle, con cualquier motivo,
De un rebencazo á su rival « la cresta ».

Felisa, que jamás los galanteos
Quiso aceptar del policial empleado,
Ni dejó sus miradas de deseos
Sin un respingue de desdén, sabía
Que era su rostro hermoso y delicado;
La casta luz de sus vivaces ojos;

Su andar de criolla, lento, acompasado;
Sus rojos lábios, de un color más puro
Que el carmesímburucuyá maduro,
Y sus formas graciosas é incitantes,
(Que ella, tan solo, enamorada y seria
Cedió á su esposo en alma y en materia),
Eso, de tiempo atrás había advertido,
Que era lo que atraía á su marido,
Más que nada, el furor del Comisario:
De aquel, por sus viarazas imperantes,
Señor de horca y cuchilla en el Partido,
Casi dueño de haciendas y habitantes;
Más esquivado cuanto más tenido.

Ello, al par del poder de la fortuna,
Que alzaba allí á Spacagna hasta la luna;
Y hasta el raudo correr del parejero
De Vittorio, que siempre fué el primero
En variadas de ensayo y en largadas;
Y aun el ser candidato á la Intendencia
Contra el duro mandón y sus antojos,
Á Spacagna atraía los enojos
Del aturdido militar; que echaba
Bravatas contra el noble Panadero:
Quién, sintiendo tranquila la conciencia,
Sus furores injustos arrostraba

Con cierta casi estóica indiferencia.
Pero en el mismo instante en que la joven
Llegó junto al marido entre las gentes
Para de allí mirar la gran carrera
Que ya se iba á largar, en el camino
Entre dos filas densas de asistentes,
Cual dos alas, compactas y derechas,
Los dos caballos á la vez partían
Y alzando el polvo tras de sí, corrían
Con la fijeza rauda de dos flechas...

Y tras ellos el mundo de jinetes
Y de coches y carros se lanzaba
Para llegar á tiempo hasta la meta
Donde la noble prueba terminaba
Y observar su final; y era un torrente
Como en derrota colosal... Y el mundo
Aquel de gentes á una voz gritaba
Y corría sin tino...

*

En el infierno
De aquel caos frenético y profundo
Perdido de las bestias el gobierno,
Iban, coches caballos y carretas,

Unos con otros con violencia dando;
Y asustadas las gentes, que esquivando
El choque, hacían describir gambetas
Á sus fletes, al fin arrebatadas
Por la atracción de la locura fiera,
También lanzaban al azar sus vidas
Azuzando las bestias aturdidas
Cual si en correr la salvación les fuera.

Y en tiempo en que ya todos se paraban
Y que los hondos gritos de ¡Trombetta!
¡Trombetta es ganador! doquier volaban,
El coche de Vittorio, con la rueda
Aun en movimiento, roza el anca
Del redomón que monta el Comisario;
Quien furioso cual tigre de repente,
Con sorda indignación del auditorio,
Alcanzaba á cruzar vociferante
De un rebencazo el rostro de Vittorio.

Y Vittorio al sentirse maltratado
Tan sin razón, de ira casi ciego,
Dando de rábia un espantoso grito,
Iba á saltar á tierra del carrito
Para vengar su afrenta arrebatado,
Cuando el caballo, que el rendal tenía

Contra su ansia de rienda sofrenado,
Sintiéndose de pronto libre á gusto,
Como si vuelo le prestara el susto
Se arrebató en frenética carrera
Cual si pasar en su correr quisiera
La sabana sin fin del llano augusto.
Y el redomón del Comisario, fiero,
Siguiendo al alazán del Panadero
Que volando llevábase el carrito
Entre tanto braceo y tanto grito
Disparando sin tino, como loco
Del susto aguijoneado en la carrera
Á través de las gentes y los coches,
Despapado pasaba por doquiera...
Cuanto hàlla al paso su pechada tumba:
Rompe, atropella... y luego se derrumba
Arrastrando en su vértigo al jinete;
Que, una vez en el suelo, furibundo
Puesto de pié con prodigioso salto,
Increpaba furioso á todo el mundo
El fuerte cabo del rebenque en alto!

Y Felisa llegaba en ese instante
En su coche también, y aquel concurso
Rápida vió que en torno del voceante
Desaforado, la asustada gente,

Hacía ya indecisa y vacilante.
Pero ella más que el fiero Comisario
Vió la visión huyente del vehículo
Que arrastraba á la muerte á su consorte
Cruzar cual rayo la tendida pista
De polvo alzando fugitiva nube
Con grandes barquinazos del carrito
Donde iba manoteando el Panadero
Por contener al potro desbocado,
Y más que al potro, al chico, que á su lado
Le gritaba:
— ¡Me caigo! Papaito...
Y ansioso se agarraba, el pobrecito,
Á la débil baranda horrorizado.

---

## XXXIV

### VÍSPERAS DE ELECCIONES

— Escribile, Vittorio, á Don Alberto
Que no querés seguir de candidato...
Que mande otro á cargar el perro muerto!
Algo nos va á pasar... Ve... Dondequiera
Cuentan que vos vas á pagar el pato.
Me dicen que las gentes del Gobierno
Te van á asesinar.
Casi no vivo.
El pueblo para mí ya es un infierno,
Del que quiero salir...

— Pero, valiente!
(Respondía el esposo con ternura),
Felisa... qué decís? Como si fuera
Cosa tan fácil el matar la gente!
No te dequés ganar por la locura...

— Será exageración; pero este eterno

Bochinche en que pasamos la existencia,
(La esposa respondía con vehemencia),
Me quita la alegría. ¡ Quién me diese
Esperar como en antes el invierno,
Y aquellas dulces horas de la Estancia
Con su vida, sin sombras, me volviese !
¡ Quisiera estar del Pueblo á gran distancia !
Dejáte de políticas, Vittorio,
Que una vez que se está bajo su imperio
Vívese en honda angústia...

— ¡ Qué importancia
Le das vos, mi negrita, á lo más mínimo!
— Y vos, Vittorio, mismo á lo más serio
No se la querés dar!
— Vos exageras...
— Y vos, carcamancito, ya con nada
Te querés convencer ! Ya en las carreras
Pasamos un disgusto. De ese modo
Yo tengo que vivir siempre asustada
Viendo un peligro, una amenaza en todo...
Somos bastante ricos... Donde quieras,
Vámonos, mi Vittorio muy prontito :
Que aquí, de miedo, ni á la calle salgo,
Por vos, por mí, por nuestro buen Felito :
Á quien de miedo que me le hagan algo

Ya no abandono ni en la Escuela, solo...
¡Vamonos, mi Vittorio! En Buenos-Aires
Podemos vivir bien; y si te empeñas
Podrás poner allí Panadería,
Ó algún otro negocio.

— Si vos sueñas,
Felisa, con desgracias. ¿Qué diría,
Si yo hiciera tu gusto, mi partido?
¡Que el gringo se asustó! Que he disparado
De miedo al Comisario, que en la frente
Barato me marcó... ¡Si no es posible!
Para eso, tantos años, no he sufrido
Ser un Don Naide, aquí. Si me ha llegado
El momento en que me hagan Intendente,
Que lo desaproveche es imposible;
Y tu miedo es un miedo incomprensible
En quien tiene el cariño de la gente
Y cumple su deber.

— Bueno, Vittorio;
Pero no adviertes vos las inquietudes
¡Y sabe Dios si aumento en lo que digo!
Que sufro así..? Malhaya que ligero
Pase esto de una vez: porque si sigo
En esta angustia sólo un mes, me muero.

— Pero no, mi chinita; no exageres!
No seas como todas las mujeres,
Ni te deas cuerda de ese modo.

Y ella:

— Si te van á matar. (Le respondía)
Y al matarte, me matan... Y á Felito...
¡Yo conozco á estos bárbaros!

Y entonces
Conmovida hasta lo íntimo, Felisa,
Medio escondiendo el rostro apesarado,
Vencida de dolor bajó la frente:
Y cual hacen las ánimas sencillas,
Apenas conteniendo los sollozos
Se enjugaba nerviosa las mejillas;
Donde el llanto, al correr copiosamente,
Formaba esos regatos luminosos
Que, sin que sufra la inocencia agravios,
Es tan dulce al amante diligente
Secar con la caricia de sus labios!

*

Iba Vittorio á consolarla al punto,
Como lo hacía en tales circunstancias
Acabándose en mimos el asunto

Cual terminaban sus disputas, cuando
Un golpe se escuchó, dado en la puerta
De la casa, que hueco resonando,
Rebotó de eco en eco despertando
Son de inquietud en la mansión, desierta
Al parecer hasta ese entonces.

— ¡Chino!
¡Dios mío! ¡Qué será!
Clamó Felisa
Por un presentimiento pavoroso
Agitada de pronto... Y levantándose,
Á la ventana, con afán nervioso
Para observar llegóse; entró en la pieza
Contigua al comedor, donde dormía
Su adorado Felito; hasta la cama
Llegó donde él se hallaba; con presteza
Acercó el rostro al de él; luego, tornándose,
Cual de una nueva agitación llamada,
Corrió al zaguán: en tanto que Vittorio,
Con la vela en la mano, levantada
Á una altura mayor que la cabeza
Porque alumbrara así más amplio espacio,
Y seguido ya entonces de su esposa,
Se acercaba á la puerta muy despacio
Preguntando: ¿Quién es?

— ¡ Es Don Palacio !
(Dijo una voz que semejaba á un grito
De pato cirirí) Qué tempranito
Que se gana las plumas... Se conoce
Que tiene quien lo cuide...

— ¿ Don Benito
Qué lo trae por aquí, la noche entrada ?
Gritó Spacagna ; y luego, vivamente,
La puerta abrió. Por ella diligente
Colóse, así como la vió franqueada,
Riendo á mordiscos el vivaz paisano ;
Que palmeando en el hombro de Vittorio
Con un íntimo afecto campechano
Y diciendo á Felisa : — ¡ Buenas noches
Patrona !... y apretándole la mano
Con la ancha prensa de la suya enorme,
Entró en el comedor.

— Tome un asiento...
Al gaucho, dijo la mujer, conforme
Lo saludó ; en sazón en que, Vittorio,
Tras de cerrar la puerta apresurado,
Entró sonriente y se sentó á su lado
Volviéndole á decir :
— ¿ Qué pasa, amigo,

Que se tentó á salir de nochecita?
¿Es que va á peludear?
Y ya contento
Hizo uso, al hablar á la visita,
De su más franco y cariñoso acento.

— He querido agarrarlo sin testigo
Y aproveché la noche por lo escura...
Respondió, dirigiéndo con dulzura
Los ojos, en disculpa, hacia la joven
Que á retirarse iba...

— Don Benito,
(Exclamó el panadero con sonrisa
De justa vanagloria), puede hablarme
Fuerte si se le antoja ó despacito
Lo que quiera, delante de Felisa:
Casualmente, hace sólo un momentito,
La muy perversa estaba por retarme,
Y vino de ocasión para salvarme
La llamada de Usted.

— ¡El embustero!
(La mujer replicó, con frase lista)
No crea, Don Benito, una palabra.
Este se echa pa atrás, como la cabra,

Para, en seguida, topetear más fiero...
Al fin se va á volver más enredista
Por hacerse, también, politiquero...

— ¡Óiganle!... ¡Déle duro! ¡No le afloje!
Me alegro yo también, Doña Felisa,
Que pialemos los dos del mesmo modo
Y Usté lo trate así. Para eso vengo
Aunque mi buen amigo se me enoje
Á convencerlo de esta vez del todo;
Y, aparcero Vittorio, de esta hecha,
Me parece que queda satisfecha
Su buena mujercita, le prevengo!
¡Vea, qué notición! ¡Y de qué suerte
Se aprecia mi servicio!

Y desdoblando,
Mientras todo esto sin rencor decía,
Una nota plegada que traía
En las manos, sonriente pero inquieto,
Fué el noblote paisano silabeando
El contenido del papel.

*

Rezaba

La nota del Gobierno, « que cesaba
El viejo Avaluador su cometido,
Porque el Jefe de Impuestos encontraba
Que, al señor Don Benito del Palacio,
El saber para el puesto requerido
Y en concordancia con la Ley faltaba »

— Ya ve Usté (dijo el viejo) yo he servido
Treinta años á mi pais y ahora descubren
Que soy un animal. ¡ Vaya unos linces!
¡ Cómo les ha costao ! Si al cabo fuera
Tan fácil encontrar en dondequiera
Un animal honrao!...

Luego el sentido
Arranque que á Vittorio impresionaba
Terminó, biografiando al protegido
Que para reemplazarle se nombraba :
« El que jamás estuvo en el Partido
Y en él como en la China se encontraba! »

— ¿ Y porqué es ésto? Preguntó angustiado
El sano candidato á la Intendencia
Cuando el viejo, acabando su lectura,
Sin poder ocultar la displicencia,
La nota le pasó.

— ¡Nada! (repuso
El depuesto, con calma y compostura),
Que el Comisario al fin me descompuso;
Y que un nuevo instrumento se procura
En el flamante avaluador... ¡Me alegro
Al fin y al cabo! Me cansaba en vano
Por predicarles la honradez: sufrían
Mis vaquitas: mis yeguas se aburrían
Sin su viejo patrón. Ahora, callado,
Como vine, me voy. Verá, el domingo,
Que tiene otro disgusto, Don Vittorio...
Escuche mi consejo: — No se meta
Más hondo en todavía en el barranco.
Yo, ya Usté sabe, soy un viejo franco:
Y el viejo sin pepita es un profeta.
Deje hacer á los otros sus desmanes
Cometiendo como antes mil excesos;
Yo, que Usté, no salía de mis panes,
Y seguía poniendo mis afanes
En que aumentaran los ganados pesos
Hasta que todo cambie.

*

— Justamente
Tal le aconsejo yo desde hace tiempo...

Iba á apoyar Felisa, cuando un golpe
Dado con un rebenque de martillo
En la puerta, sonando de repente
Su frase interrumpió...

Tras él oyeron
Voces de gentes en la acera hablando,
Y ruidos de pisadas se sintieron
Al punto ensordecidas...

Al pasillo
Muy prestamente se acercó Vittorio,
Y al alzar de la puerta el gran pestillo
Preguntaba ¿ Quién es ? cuando cayeron
Con formidable estruendo, hechos pedazos
Como en una explosión, de la ventana
Todos los vidrios, á la furia insana
De un fiero chaparrón de bastonazos.

Luego en la acera rápidos huyeron
De inquieta turba atropellados pasos
Que doblaron la esquina: allí, seguidos
De gritos y de risas, como voces
Que también insultaran, los veloces
De un revolver violentos estampidos;
Á los que, del villorrio, respondieron

Los perros con frenéticos ladridos.

Felisa estaba pálida cual muerta
Crispada en el asiento.
Sin moverse
Del suyo, el gran paisano, la ancha barba
Cuya punta en la boca se metía,
Como de plata hilada retorcía
En actitud cual de persona incierta
De lo que habrá de hacer; mientras Vittorio,
Haciendo destacarse su figura
Del zaguán en la parte más obscura,
Teniendo el candelero entre las manos
Que tomó para abrir, junto á la puerta
Inmóvil un segundo y sorprendido,
Mostraba la reacción que lo invadía,
En un rapto de cólera llameante
Que, como ola de fuego, su semblante,
De sangre y tinta en ignición teñía.

Sintiendo la impulsión de sus pasiones,
El fiero genovés, en ese instante,
Corrió hacia el cuarto; más cerróle el paso
Felisa, con la angustia en las facciones;
Felisa, que al momento comprendiendo,
Madre y esposa de dolor transida,

Cuanto el hombre iba á hacer:
— ¡ Quedá tranquilo
Por Dios, Vittorio y no expongás la vida!
¡Vittorio! Por favor...
Clamó, gimiendo
De intensa angustia.

— ¿ Qué vá á hacer... amigo?
Preguntó la visita.
— ¡Defenderme!
¡Agarrar la escopeta y á la esquina
Salir á ver quién es!

— ¿ Qué? ¿ No imagina
Quién puede ser? ¡ Valiente, Don Vittorio!
¿ Quién va á andar á balazos y rompiendo
Vidrios para asustar? Mire, sería
El mayor disparate el que Usté hiciera,
Si, como dice pretender, saliera
Nuevo Fierro á pelear la Policía!

Miró Vittorio, entonces, los hermosos
Ojos de su mujer, tan valerosos
En ocasiones mil, y en sus destellos
Debió de leer un espantoso augurio
Al través de la lágrima luciente;

Pues que fijando la mirada en ellos
Por su honda pena se sintió turbado;
Inclinó el rostro audaz, congestionado,
Con ambas manos se oprimió la frente
Que cubrían revueltos sus cabellos,
Y en el sillón se derrumbó callado...

— Nada por suerte despertó á Felito...
La mujer exclamó; luego acercóse
Al hombre emocionado callandito:
Sobre él con mimo lánguida inclinóse,
Y el hombro le oprimó, como queriendo
Tornillarle al sillón... Luego, arrimando
Una silla hasta él, junto á él sentóse;
Y en sus ojos los ojos anidando
Con ansiedad, medrosas avecillas,
Comenzaba á dejar en sus mejillas
La sangre colorear, cuando de nuevo
Palideció...

De súbito otro ruido
En la calle se oyó; pero este golpe
Nada tuvo de insólito.

— ¡ Spacagna !!
Gritaba una alta voz, cuando extinguido

El fragor de unos vivos puñetazos
Contra el tablero dados de la puerta,
Todo calló...

— ¿Quién es?
Dijo Vittorio
Saltando del sillón y en breves pasos
Llegando hasta la puerta precedido
De su mujer y del paisano.
— Gente
Que no lo quiere mal!
Le respondieron
De afuera con hablar tranquilizante.
¿No conoce la voz?

*

Corrió el pestillo,
Conociendo Vittorio á quien hablaba,
Y avanzaron seis bultos misteriosos;
Que, de la vela luego al débil brillo,
Como siniestra procesión se vieron
Entrar en el zaguán...

Eran seis gauchos
De suelto chiripá, de amplio chambergo

Que ocultaba soberbia la melena
Y la expresión de valentía llena.
La mano unos á otros se tendieron
Los que estaban allí con los que entraron;
Después al comedor pasando fueron,
Y en torno de la mesa se pusieron
Y unos junto á los otros se arrimaron...

— Buenas noches Don Juan! (dijo Vittorio;
Y agregó con calor) : Ya habrán oído
Cómo se rein de mí! Mordióse el labio,
Crispó los puños; luego contenido
El furor del recuerdo del agravio,
Sus saludos siguió: — Buenas, Don Diego!
Buenas, Don Pedro; Don Daniél; Don Lucas;
Buenas noches, Don Lucio...
Igual, Felisa
Contestaba también, á los saludos
De todas las visitas.
Estas, luego
De saludar al viejo Don Benito,
Que, como buen paisano, en su llaneza
Apenas si movióse en el asiento
Cuando más inclinando la cabeza
Al tenderles la mano cariñoso,
Se quedaron calladas un momento...

Y uno aquí y otro allá, mudos y graves,
Como hacen todo siempre los camperos,
Quién en un banco, quién en una silla,
Vióseles á merced de los suaves
Destellos de la ahumada lamparilla
Irse sentando en su mudez severos...

Don Diego, el más adusto, el carnicero
De la localidad, el asociado
Del ricacho Almaviva, fué el primero
Que del asunto habló:

— Sólo han tirado
(Creyendo así asustar á gentes léales)!
Tiros al nudo. ¡Pa romper cristales
Son guapos, los mandaos! Y el cajetilla
El sarnoso; el pulguiento oficialito
Que pa hacer su deber no vale un pito...
¡Ya verá si le canto la cartilla
Cuando vaya á pedirme un asadito!
¡Que se meta no más!... Oiga, compadre,
Y no tema que pueda hallarse solo,
(Mientras nosotros en el pueblo estemos)
En la mala ocasión: si hemos de darle
Juego al revólver, á pelear toquemos!
Ya tiene el Comisario quien coparle

Ha de poder el paro que nos pone...
Que juego á juego á responderse empiece.
Pero... yo soy muy franco... Me parece
Que si en esta ocasión no nos paramos,
Ya en la carrera muy torcidos vamos
Y hemos de caer parados con el lomo...
Pues si tan sólo pa triunfar contamos
Con la plata, olvidándonos del plomo,
Con Don Alberto y Don Florencio, estamos
Lucidos esta vez...

— ¿ Por qué lo dice?
Preguntóle Vittorio presuroso...

— Porque el Patrón me encarga que le avise
Que se va para Europa; y Don Florencio,
Que se olvidó del Pago, le ha vendido
Su campo á un señorón que es un contrario,
Y que manda sus piones á que laman
Como cuscos los piés del Comisario!

Y otro agregó, la enunciación siguiendo
Del carnicero del poblacho:

— Y diga
Que Don Luis, á quien lo andan persiguiendo,
Se ha echado atrás!

— Y Pepe Saldumbaires
(Otro añadió después), ya está cansado
De hacerse lastimar en Eleiciones:
No quiere compromisos pa sus piones
Ahura que ni hay caudillo en Buenos-Aires...

— Pues yo solo he de dir, aunque me maten
Como á un hambriento vizcachón de seca
(Un mocito exclamó, lanzando chispas
Por los ojos recónditos... y hueca
La voz, por el furor, siguió): Los ricos
Siempre lo han hecho así: sólo son bravos
Con eso con que pican las avispas...
Si son, para peliar, como los pavos:
Puro hinchar de alas y sonar de picos...

— Ya está lista mi gente, Don Vittorio,
Ganosa de pelear! Bramó un moreno
De ojos de brasa y pronunciar de trueno;
Pero si ha de ganarse la demanda
Ahura ha de ser, empleando nuestros brazos
En hacernos temer de esos locazos,
Y degollándoles al que los manda!

— Y, más, con esa arriada de la gente
Que está haciendo á su gusto, cada día,

El Comisario... Murmuró un valiente
Que quería también, á faconazos,
Imponerse á la misma Policía...

Y otro agregó:
— Si andamos á balazos
La chusma de cuartel dispararía...
Pero si desarmados y revueltos
Dentramos á votar...

— Derramar sangre,
Aunque es medio que encanta á los resueltos
Y digno de admirarse, no és el mío!
(Dijo Vittorio con palabra firme)
Mas, si ustedes lo quieren, pelearemos!
Luego agregó con ademán bravío.

Entonces el moreno camorrista
Que afirmaba tener su gente lista,
Acercóse á Vittorio, y reservado
En el oído hablándole en secreto,
Del grupo inquieto lo apartó hacia un lado.

*

Mientras todos debaten la manera

De dar el golpe en firme, de Vittorio
Se oye la voz, contradiciendo al hombre
Que habla con él: parece que quisiera
Disuadirle un proyecto que el moreno
Jura va á ejecutar...

— Todas las noches,
No bien las once dan, el Comisario
Se va solito á casa de la Truco;
Yo le salgo del sitio que la enfrenta,
Y antes mesmo que el hombre se dé cuenta,
Le hago el cráneo volar con mi trabuco.

— ¡ Oh, no! ¡ Jamás! — El panadero dijo
Hablando casi en alto, horrorizado.
¡ Oh no! ¡ Jamás! (con indignado apuro
Dos veces repitió) yo lo diría!
¡ Yo mismo, Salvatierra, de seguro
Ese crimen bestial denunciaría!

Felisa, que escuchar nada podía
Desde el vecino cuarto en que se hallaba,
Á cada instante al comedor entraba
Donde el raro congreso discutía;
Mas con esa intuición de toda madre,
Honda adivinación de la natura,

Llegando á la acostada criatura
Pensó que algo espantoso se tramaba
Allí en el comedor... y como viera
Que con el ruido, acaso, de la gente
Si no con el sonar de los cristales
Y el de los varios fuertes estampidos,
El chiquitín despierto se moviera,
Sobre él se inclinó, con maternales
Mimos por la emergencia conmovidos,
Tal como el muchachito se encontraba
Desnudo y con la simple camisita
— Andá (le dijo) y pa dormir, pedile
La bendición de nuevo á tu tatita.

Cuando el niño, del padre, saltó al cuello
Echando la inocencia de su encanto
En la lucha interior de las pasiones
Que al panadero le agitaba tanto,
Este sintió cual celestial destello
Que hasta el último anhelo de venganza
Del alma le arrancó... La odiosa afrenta
Que el Comisario le infringió, cruzando
De un rebencazo su honorable rostro;
La vil persecución de que fué víctima
Durante más de un año; la cruenta
Sevicia que empleó con su partido

Tan noble aspiración hostilizando;
El torpe galanteo á su consorte
Que tanto la amargó; y el desmedido
Insulto de esa noche, que en su casa,
Como en su cuerpo mismo, se cebara,
Y que, al día siguiente, el Pueblo todo
Con cien exornaciones comentara,
Su figura política arrastrando,
Como una efigie indigna, por el lodo:
Todo lo puso en la balanza el « gringo »,
Todo lo fué en su mente sompesando,
Con justo juicio.
Huérfanos y viudas
Y el pueblo como un campo de Agramante
De venganzas y crímenes teatro,
De pronto vió. Miró, por otra parte,
Cual contrapeso á sus humanas dudas,
El rencor momentáneo del Partido
Que él desertaba... y luego... la honda calma
En que duermen los pueblos, como el alma,
El sueño soporoso del olvido...
Y, resignado; y abnegado; y grande;
En aras del Señor que lo inspiraba,
Sacrificóse al fin... Besó á su hijo
Sin poder casi contener el llanto;
Y mientras él la mano le besaba,

Puesta la mente en lo alto, lo bendijo.

Cual del cielo inspirado en su arrogancia
Luego, de pronto, el panadero dijo
Revolviéndose erguido al auditorio
Y empujando al chiquillo hacia la estancia:
— En fin, amigos, si matar debemos
Que no sea por fútiles asuntos;
La lucha ya municipal dejemos...
Quiero que á discreción nos entreguemos
Más bien de que se aumenten los difuntos.
Nadie tiene interés en la campaña,
¿ Verdá Don Diego ?

— ¡ Justo, Don Vittorio:
(Gruñó Don Diego) por total, resúmen,
Parece que es mejor que Usté se abstenga.
Mas... si quiere pelear... éstos, presentes,
Iremos con Usté como valientes:
Y que venga, después, lo que nos venga!
¿ Verdá, muchachos ?

— Con Usté, Don Diego,
(Dijeron muchos á la vez y á gritos)
Y Don Vittorio, aunque nos dejen fritos
Pues no hemos de ir!

Los ojos como fuego
De afecto y de pasión, vanagloriado
Y al par con gran desilusión, Vittorio,
Silencioso entre tanto que esto oía,
De la mesa en un ángulo sentado
Una estatua viviente parecía.

*

Mientras pasión tan honda se agitaba
De aquella gente libre entre las venas
Que imposición, ó cárcel, ó cadenas,
Ya á soportar deshabituada estaba,
Felisa á la alacena se acercaba
Pálida cual fantasma transparente;
De allí tornaba, con las manos llenas
De retiñientes copas, que ponía
Una por una de cada hombre en frente;
Retornaba al armario; de él sacaba
Tres botellas que, lista descorchaba;
Y volviendo otra vez junto á las copas,
De espumosa cerveza opalescente
Una tras otra todas las colmaba
Sin desbordar ninguna...

Contemplándola,

Vittorio, meditaba silencioso...
Sentía como en ímpetu angustioso
Por el turbión el alma sacudida;
Sin mirarlo, Felisa, le observaba
Hasta el fondo del sér y del espíritu
Las intenciones todas.

De repente,
El hombre, con palabra decidida
Y al fin cual transformado, sonriente,
Sin amargura ni placer mentido,
Por gran resolución embellecido,
Levantóse, teniendo entre las manos
Cual para un brindis la dorada copa,
Y acercando su rostro á la pantalla
Con el vaso al trincar del carnicero,
Dijo:

— Señores, pa mudar de ropa
Lo mejor es poder... No habrá batalla:
Que Vittorio también se va pa Uropa.

---

PARTE TERCERA

# LA CONQUISTA

# XXXV

## EL JARDÍN

Han corrido tres años desde el día
En que dejó Vittorio para siempre,
Con la tierra que un tiempo fué su patria
El filón de su gran Panadería.

La explotación en que labró fortuna
Vendió, con sus enseres y existencias,
Á un pulpero gallego que era amigo
Y al decir de las gentes, asociado
Del mismo Comisario desalmado
Que persiguióle tanto...

Aquel gallego
Al genovés, radiante de ventura
Sin regatear y sin dudar, pagóle
En crujientes billetes de contado,
El precio convenido en la escritura ;
Y aun hasta viaje muy feliz deseóle

¡Tanto el negocio le dejó encantado!

Para Felisa, loca de contenta,
Fué la del mar alegre travesía:
Más joven que Felito parecía
Y de sus años olvidó la cuenta
Cuando se vió en la tierra en que otro día,
En alas de un afán desconocido,
El buen Vittorio descifraba el viento
Que sus sanos consejos le imbuía.

Era aquella otra Europa que á su espíritu
Con un nuevo color se revelaba...
Realización de una ambición intensa,
Dulce quietud, que en su ánima suspensa
De incertidumbre antigua penetraba...

Allá cerca de Génova, en la aldea
Donde Vittorio trabajó de adulto,
Por descansar del viaje, reposaron
Varias semanas.

Luego recorrieron
Parte de Italia, por placer tan sólo,
Y por rendirle á la Natura culto;
Y al fin aquí, en Monate, se instalaron

Cual quien su dicha en el retiro basa,
En la sencilla quinta que compraron,
Y á la que el nombre de El Jardín pusieron;
En recuerdo tal vez del de la casa
Donde el primer amor se declararon
Y el primer voto de su amor se hicieron.

De la colina dulce en la pendiente,
En la orilla del lago de Monate,
La quinta está que mira hacia el naciente;
Así bebe del sol las primas lumbres
Cuando al aparecer, con sus vislumbres,
Tíñese el campo de matices vagos;
Y las postreras, cuando ya muriente
Se hunde al caer tras las alpestres cumbres
Con sesga lumbre ensangrentando el lago.

*

Tendido en el ribazo de la vega
De multitud de quintas circundado,
Del rústico Jardín se ve el labrado
Bien repartido y abonado predio
De más de seis hectáreas; al que riega
La vertiente que pasa por en medio
De la risueña propiedad.

Á un lado,
(No tan distante que no llegue el ruido
Del raudal, que, con eco acompasado
Va á arrojarse en el lago, á sus balcones)
Está el campestre y encantado nido
Compuesto de las cinco habitaciones
Que Felisa en un cielo ha convertido.

Desconchado zaguán, donde entra el coche,
Y cuya enorme puerta enmohecida
Se ajusta con cerrojo cada noche,
Divide el Comedor de la Despensa:
Un á modo de sótano, sombrío
Desván, frutero y cava, juntamente;
El que igual que en otoño, en el verano,
De ricas frutas y toneles lleno
Siempre está, abierto y del sediento á mano.
Da, la cocina, hacia el zaguán; y al frente,
Clareada por ventana abierta á oriente,
La escalera de roble centenario
Que ni aun los clavos del calzado rallan,
Lleva hasta el primer piso. En éste se hallan,
Flanqueadas de otros dos departamentos,
Las dos enormes piezas, que les sirven
Á los padres y al hijo de aposentos;
Y sobre estas se extiende la buardilla;

Coronando á la cual, blanda á los vientos,
En el cielo de luz de la alta Italia
La gran veleta empavonada brilla.

*

Un reducido y lánguido viñedo
Rodea la heredad, con sus vetustas
Filas de ancianas cepas jorobadas;
Á las que hace espaldar el negro olmedo
Las tristes copas de crespón colgadas.

Grandes troncos de bétula, agujereados
El agua llevan de la limpia fuente;
Y en arabescos, por el sol plateados,
La prodigan al fin por todos lados
Haciéndola correr copiosamente...

Canta el agua el misterio de las cosas
En sentidas endechas rumorosas;
Y á la tibia humedad que se desprende
Del suelo donde el sol se reverbera,
Brotes y hojas y enfermizas flores,
Para el hombre, mezquina en sus primores,
Va colgando, al llegar, la Primavera.

Y cuando el labrador, que la fatiga
Siente caer cual maldición de lo alto,
Tiene que echarse entre la tierra amiga
De fé, de fuerza y resistencia falto,
Y contempla el espacio inmensurable
Que, indiferente al bienestar y al duelo,
Deja que se revuelque el miserable
En esa servidumbre de la vida
De que es el proletario irrescatable
Víctima humana á la ambición servida;
Cuando él increpa al despiadado cielo
Pidiéndole, de lo que sobra al rico,
La parvedad con que cebar el pico
En el nidal sin paz, á su familia;
Mira elevarse en apacible vuelo
Las lujosas fogatas de Vittorio
Que echar no quiere el Paraná en olvido:
Pues sin guardar las ramas para leña,
Con su ceniza en engordar se empeña
El guijarroso suelo empobrecido.

Y en la alta noche, cuando el viento juega
Alzar haciendo canturreo de hojas
En el manto frondal de los nogales,
El retardado labrador, que llega
Al través de los bosques al villorrio,

Ve, entre las hojas que el rocío riega,
Las luces de la casa de Vittorio;
De donde se alza dulce, en ocasiones,
De la guitarra criolla acompañado,
El correntino Triste enamorado
Con que amansa Felisa sus pasiones...

Y se oye, muchas veces, con acento
Que revela que canta un italiano,
Una canción, en español, que el viento
Se lleva como exótico concento
De predio en predio hasta el confín cercano...
Es Vittorio, que canta en la tristura
De aquellas muertas noches de campaña
Que adormecen al hombre en su tersura,
Esas canciones que en la tierra extraña
Con el contento entráronse en su oído,
Y cuyo eco guardaba agradecido
En la región más noble de su entraña.

Contrasta, así, de día cual de noche,
Con el callar cansado de en contorno,
Aquel placer que del Jardín se emana;
Lo que una gran curiosidad despierta
En quien habita en torno de la huerta
De la rica familia americana.

*

Al otro extremo del jardín se eleva
Con su mole maciza la Alquería,
Donde están los peones y el ganado
Que rompe aquella tierra, en que se cría
Á fuerza de labores y de abono
En intenso cultivo, la cebolla;
Junto á aquellas espléndidas manzanas
Ya tan famosas en la bella zona,
Que hacen que, en la estación en que maduran,
Las vayan á buscar para el mercado
Rebozando con ellas sus tartanas,
Las gentes de Bardello y Travedona,
Y hasta Varesse mismo han alcanzado.

Un cercado de piedra, encierra el todo;
Oponiendo su cresta de afilados
Vidrios, que amenazantes resplandecen,
Á la gula infantil y á los cansados
Viandantes, que siguiendo el gran camino,
Miran desde él, de pomas que dan hambre,
Los achacosos árboles cargados.

Más allá, cual si fueran retardadas
Huestes, que al ir trepando en las quebradas

Se reposaran un momento quietas,
Una aquí y otra allí, vanse tendiendo
Al ojo de quien mira desde lejos,
De las casas las nítidas siluetas;
Cuyas tintas derrámanse discretas
Del lago cabrilleante en los reflejos.

Y á su frente el suburbio de Monate
Con sus sórdidas casas, habitadas
Cual lo son las repletas gazaperas,
Por aquellas famélicas miriadas
Con que el Destino aumenta en oleadas
Las prolíficas víctimas obreras.

Y el núcleo allí del pueblo con sus fábricas;
En medio de las cuales se levanta
La Iglesia adusta, cuya torre, deja
Caer la voz de su campana vieja
Que de tristeza resignada canta...

*

Matinal más que nadie, el buen Vittorio,
Sale de diario al campo en sus labores
Aspirando los húmedos vapores
De aquellas madrugadas cristalinas,

Mientras vienen, de allende las colinas,
De la aurora los albos resplandores;
Que, cual lluvia de pétalos de rosa,
En las valladas trémulos cayendo,
Van campo y lago súbito envolviendo
En cierta transparencia vagarosa...

Y al escuchar la voz de la campana,
Que hacia la altura sube lentemente
Como el calor con que la vida humea,
En la azada quedándose apoyado
Interpreta el acento acongojado
Que lanza en torno al despertar la Aldea.
Y no halla, impresionado de repente,
Ni pájaros que canten en el prado;
Ni tonos que sonrían en el cielo:
Aquí el calor del suelo fatigado;
Allí, si no la rigidez del duelo,
Un grisáceo cendal, como angustiado.

Y el alto cielo azul de la alta Italia
Empero ve, Vittorio, que reluce
Como campo de añil... Ni es más intenso
El cielo de la Pampa... mas de pronto,
Otra nube que pasa lo intercepta,
Y el mismo tono de tristor produce...

Entonces ya los ojos del espíritu
Abre, Vittorio, al ancho panorama
De la existencia, que en contorno suyo
Sus ondas mustias de vivir derrama.

Como el soldado que á la muerte corre
Mira correr los hombres á la fábrica;
Las mujeres al campo empobrecido,
Los niños al taller...
La vieja torre
Vuelca su són de muerte y són de olvido...
Se evapora el rocío de la loma;
Todo, su aspecto de combate toma
Al crecer de la luz... Sube la queja
Que es jadeo del hombre y de la vida;
Muerde á la tierra la chispeante reja
Y á entrar al cuerpo en su frescor convida...

Cundiendo entonces resignada calma
Un ímpetu apostólico del alma
De Vittorio de pronto se desprende:
Quisiera el bien que su existencia enciende
En torno derramar; clamar doquiera
La voz de una Cruzada redentora:
Decir cuán pronto su fortuna hiciera
Allí donde la tierra no es madrastra

Y no al débil garzón, pena tras pena,
Remacha cada día la cadena
Y virgen áun de sus impulsos castra.
Donde el ser, como aquí, no se desflora
Sin un alivio conseguir siquiera:
Dar su receta de éxito quisiera
Que le dió el esplendor que goza ahora;
Mas cual si en ello mal patriota fuera,
Casi, al pensarlo, de tristeza llora...

¡Oh madre tierra! Tu destino es triste
También como el del hombre que labora
Tu seno con afán...
La primavera
Ya no de galas en sazón te viste
Cuando el cansancio ó la vejez te asaltan;
Si mustia es sólo ya tu sementera,
Para alcanzar la actividad primera
Su sangre, al viejo, y su vigor le faltan!
Tú reposas al sol, mas no reaccionas
Cual no reacciona el fatigado anciano
Que allá en la puerta de su lar, en vano
La fuerza invoca; y tal como él, sintiendo
Falso vigor, si al sol vuelve los ojos
Porque pasó una joven á su lado
Que recordó su amor, así tu prado

Que toma el sol, ¡oh sórdida natura!
Cuando anuncia Pomona sus antojos,
Brota solo los rústicos abrojos
Vestigios hoy del esplendor pasado:
Vacuo chupón que á la vejez madura...

Más feliz eres tú, mil y mil veces,
Mezquina tierra que en malezas tornas
Los jugos de tu ser, que el impotente
Que á nada alcanza á transmitir la vida!
Más feliz eres tú! La forma ondeante
De tu esencia, en mil seres repartida
Procrea sin cesar; y hasta entre guijos
Prestas savia á tu muérdago punzante,
Y haces que broten mota amarilleante
Del jaramago los ardientes hijos!

Mientras esto medita resignado
Vuelve á aporcar Vittorio su plantío:
Pues ha visto, de pronto consolado
Por la visión de un porvenir hermoso,
Ya casi un hombre, á su hijo, que afanoso
Poda un manzano que astillara el viento:
Mientras que allá en la casa, en movimiento,
Desde el fogón que preparó Felisa,
Del techo se levanta, se precisa,

Se hincha, se extiende y se remonta al cielo,
El humo, en tenue y esflocado velo,
Cual de contento mágica divisa
Que del hogar defiende los caudales:
Díctamo santo á los terrestres males.

---

# XXXVI

## NOSTALGIA

Tomó Vittorio, por tener recreo
En que ocupar sus horas de rentista,
Aquella explotación que rinde poco,
Mas que colma ampliamente su deseo;
Puesto que, á más de la encantada vista,
Del muy salubre asiento y de la calma,
Le trae obligaciones que entretienen
Su inquieta voluntad y dan empleo
Á los vivaces ímpetus de su alma.
Que al hombre aquél que hasta su tierra vino
Traído por las fuerzas del destino
Que arrancólo del lar por él formado,
Desterrado en su patria y extranjero,
Y en ella más que un extranjero aislado,
Hasta que su alma inquieta se serene
Cual con tópico blando le conviene
(Pues vuelve rico á su peñón nativo),
Las indolencias del poblacho austero

Galvanizar con el trabajo activo.

¡Desterrado! ¡Es verdad! El buen Vittorio
Joven y sano y lleno de fortuna,
Se encuentra desplazado aquí en su tierra.

Su caudal y su afecto trata en vano,
Contra sí mismo y su destino en guerra,
De interesar en la nativa cuna
Hace ya tiempo...
La mujer, el hijo
En donde todo su pensar encierra,
Y el trabajo constante, no consiguen
Su inquietud contener... Pues sus pulmones
Tras tantos años de liviana vida
Hechos ya al aire ensanchador del Plata,
Que á estar alegre y á triunfar convida,
Necesitados del ambiente puro
De aquellas tan vivíficas campañas
Que carga el pastizal de emanaciones
Y al derramar la fuerza en las entrañas
Despiertan al amor los corazones,
Se ahogan entre cumbres de montañas,
Do el humo de las fábricas se envuelve
En pesados y densos nubarrones.
Sus ojos buscan en el valle el llano

Con más largo mirar: y le parecen
Aquellas cimas á su vista extrañas,
Pues ya no las comprende. El italiano
Ha perdido la fé, perdió el cariño
Que pone encanto en el solar desierto
Y que hace ver como fecundo huerto
El ágrio erial do se vivió de niño.

Sin esa venda del amor, tan pura,
La realidad desnuda le atosiga,
Y todas sus pasadas privaciones
Y el penar de sus padres y aflicciones
En aquel suelo á recordar le obliga.
Mezcladas de cariño y repelencia
En ímpetus y ráptos sin mesura,
Sus pasiones violentas se desfogan
En el secreto hogar de su conciencia
Donde á acallar sus ansias se apresura.

Sabe que en esas lomas que le cercan
No hay piedad en las cosas... y que el hombre
Es sordo á la piedad... Que él era infante
Débil y sin maldad, limpio á la vida,
La voluntad y el corazón amante
Dados solo á querer, cuando espantosa
Vió á la Miseria, de rigor vestida,

Entrar en su mansión... Faltó el trabajo,
Y á su padre y su madre cariñosa
Miró caer en bárbara caída
De miseria en miseria cuesta abajo.

Y esas colinas ve, que odiar no puede,
De lujosas viviendas tachonadas;
Y enfrente de ellas, tristes y agrupadas
Como la planta que entre guijos crece,
Las aldehuelas do se sufre tanto;
Á las cuales sombrea y entristece
Con sus cruces sin fin el Campo Santo.

Si él supiera á sus padres reposantes
Bajo alguna de aquellas, no vería
Con más dolor sus cruces...
Donde quiera
Aunque halle lejanías verdegueantes
Desde la cima de enredor más alta,
La argentina lomada palpitante
Con su grandiosa brillazón llameante
Aquí en su patria al buen ligur le falta.

Fáltale el sol, que en la alta mar de tierra
Como una roja bala se sepulta;
Y fáltale el brillar de los luceros

Que vuelcan en la Pampa placenteros
Su polen de astros cuando el sol se oculta.

Fáltale todo: la triunfal grandeza
De su antiguo anhelar allí se ahoga,
Cual si á su mente le apagara el canto
La sórdida y cruel naturaleza
Contra la cual, febril, se desahoga
La vida en torno con oculto llanto.

Para acallar el hondo sentimiento
Que como incendio en campo se propaga
En el campo sin fin del pensamiento,
Cual quien abre del río una compuerta
El genovés alguna vez acierta
Y el gran dolor con la fatiga apaga.
Hunde, Vittorio, el afilado acero
En ocasiones todo un día entero
Entre la fofa tierra y el cascajo;
Mas ¡ ay ! que al otro día sin motivo,
Arroja el fierro, y con disgusto vivo
Abandona la quinta y el trabajo.

Como el ambiente en que su pueblo ardía
Todo de miasmas, de infecciones todo,
Que sus pulmones sanos invadía,

El vivir miserable y la pobreza
Con que se está codeando cada día,
Ahogan los pulmones de su alma
Vertiendo en ellos la letal tristeza.

Ni hacer el bien, sus desazónes calma:
Que, en esta población en donde habita
La aspereza casada al desaliento,
El rico panadero necesita,
Si ha de gozar de dicha algún momento,
Poder sembrar el bienestar en torno
Con fortuna y salud: y pues no puede
Tanto bien derramar, como prodiga
La Suerte ciega, de la holganza amiga,
En constante esplendor... se desespera
Y, endurecer su corazón quisiera
Ó al Destino vencer. Solo por eso
Vive aquí de la pena bajo el peso,
Y se le anubla siempre la alegría.
Por recobrar la antigua indiferencia
Con que á la lucha entró de la existencia,
Con cuánto gusto su caudal daría!
Quién le diera de niño el egoísmo
Que al hundirse del hambre en el abismo
Del desaliento cruél le defendía!

Porque, mirado bien, ¿ qué le importaba

(Puesto que á remediarlo era impotente)
La estrechez enfermiza que encontraba
Adondequiera que en redor llevaba
El resto de su genio sonriente ?

Felisa, al oirle hablar desencantado
Porque al querer hacer tanta limosna
Con villana actitud se vió pagado,
Le solía decir:
— Metéte á Cristo
Si es que querés morir crucificado.

Furioso del empeño que le asalta
Y á recordar miserias le provoca,
No hay hora, no hay momento en que no vea
Que él no puede proveer lo que hace falta,
Al pauperismo aquel que le rodea ;
Y en la inquietud de abnegación tan loca,
Do el patriotismo y la querencia casa,
Al borde ya del desaliento toca.
Cuando el triste dá más, más se desea ;
Y pronto ya ni una semana pasa
Sin que aumente la pena que le aflige,
Ó que llegue, velada en el anónimo,
Hasta su hogar piadoso la amenaza,
Con que una inícua donación se exige...

Una vez encontró, junto al cantero
En el cual trabajaba, cerca al muro
Que contrafuerte á la mansión formaba,
Una suerte de bomba que humeaba,
Cuya mecha extinguió con grande apuro.

Por que lo ignoren su mujer y el hijo,
Que á su vez le ocultaban sus angustias,
Él oculta su afán! Por cortos meses
Su patria le encantó... Pero la vida,
Llena para él de fáciles halagos,
En cuanto echó á correr en onda mansa,
Quedó de aquella nube ensombrecida.
La Nostalgia logró pasar delante
De todo sentimiento de bonanza,
Inundó el corazón del reimpatriado,
Y esto sentó al Dolor junto á su lado.
Sintió la oposición enardecida
De aquel vivir de angustia y de su holgura;
Y abriósele al recuerdo, como herida
Irrestañable, su vivir pasado.
Sin tregua reveía el desdichado
La existencia, (opulenta en su ventura
Á pesar de lo simple y restringida),
De los sanos labriegos argentinos
En prados de cosecha auriverdeante

Abiertos cual las manos de los pródigos
Á toda aspiración y en todo instante.

Aquel gran Río recordó gigante
Que tiende el seno con sin par decoro
Yendo á buscar con su raudal sonoro
El barco amigo hasta la mar de Atlante.
Recordó aquella Pampa gigantea
Donde el viento salubre se pasea
Al esfuerzo los éxitos juntando
Sobre el mar de cereales de ondas de oro,
Que crece sin cesar cual la marea,
Cruzado por estelas de caminos;
En los que, al son de su bullicio eterno,
El Esplendor sus frutos acarrea
Al rodar de convoyes, que recrea,
La oreja amiga con cantar materno.

Suspira el genovés por esos campos
Donde quisiera ver establecidos
Á todos su paisanos labradores.
Y al verlos miserables y oprimidos
Recuerda el rico suelo rioplatense
Que dá fortuna y vida á aquel que vence
Del largo extrañamiento los rigores.
Y suspira por ello sin quererlo

Confesar en contorno al vecindario.
Goza de dicha pasajeros soplos,
Pues en aquel destierro voluntario
Que ora se impone de su nueva patria,
Siente como si hubiese hecho dos cunas
Á su buen corazón.

Á comprenderlo
Ni casi á ver aquel misterio alcanza,
Que, sin infiel á su nación hacerlo,
Hacia la patria universal le avanza.

Y no quiere cejar... y bebe el aire
Que sus anchos pulmones envenena;
Y se avergüenza de su cambio extraño,
Se llama ingrato, y sin querer se apena.

Condenado que entrando en la capilla
Besa el pavés del sórdido santuario
Por ver si así detiene la condena;
Y evocando hasta su última esperanza,
La intervención implora milagrosa
Que al punto ya de despedir la vida
Traiga á su suerte la reacción piadosa:
Único aliento que en su alma anida.
Aquí ó allí tras de la mar salada

Pide á Dios un sillar benevolente,
Donde apoyar la fatigada frente
Cuando se rinda á la vejez cansada.

¡Pobre desarraigada criatura!
¿Cómo no vió que tan atroz calvario
Él mismo se buscó?
Contra natura
Crimen de deserción ha cometido,
De enrolamiento eterno y voluntario
Y de eterna querencia!

*

Ya mezquinos
Y repelentes ya por lo pequeños,
Se le hacen en redor los caractéres...
De la primera edad todos sus sueños
Matan los desencantos asesinos...
Parécele el villorrio húmedo osario
Donde sólo yacieran los despojos
De otra edad y otro mundo. Ven sus ojos
Á los hombres, los niños, las mujeres,
Todos con cara de hambre ó de avaricia:
Todos como si fuera una injusticia
Su bien ganada holgura, le persiguen

Con mirar de rencor. Hasta en el lecho
Ve los rostros hambrientos y las manos
Dirigirse hacia él. Garfios agudos
Crispados de dolor se hacen los dedos ;
Puñales filosísimos los ojos
Que ahondan en su carne y su bolsillo;
Son ponzoña mortal las intenciones
Que descubre doquier... Todos le miran
Como á bicho extranjero, que tomara
Aire y luz, donde se hallan de ello faltos;
Todo amargo es para él aunque dulzuras
Le mientan en contorno : sólo aspiran
Los que así se producen á explotarlo,
Ó quieren con falacias engañarlo
Para herirle á mansalva...

Su chicuelo
Participa también de su amargura
Y también su mujer.

Libres respiran
Y experimentan un fugaz consuelo
Cuando van á algún punto en que la gente
No les conoce...

Corren cual chiquillos

Lejos del ojo adusto del maestro
Con alegre aletear de pajarillos
Y con vivo cantar... Rejuvenecen:
Vuelven á ser la cándida familia
Que, entre el trabajo y los honestos goces,
Pasaba en bienestar las temporadas
Como honrando el hogar. Su vida entonces
Corre como un torrente más calmado
Por algún tiempo tras de aquél paseo:
Pero... ¡ ay !... que nunca su vivir alcanza
Aquella placidez que en su ventura,
El alma libre en la feraz llanura
Surcaba ebria de efluvios de esperanza.

*

Suele Felito, cual su misma madre
Y como el « renegado » que es su padre,
Ser juguete de raptos generosos.
Á veces por sus ímpetus nerviosos,
Se deja arrebatar como impulsivo;
De la patria paterna dice horrores
Y al ápice al llegar de sus furores
Dá un golpe con el pié firme en el suelo;
Y en un himno á la tierra en que naciera
Parte en túmidas frases, cual si diera

El campanario de su mente á vuelo.

Hirióle al niño con mayor violencia
La reacción que á Vittorio lastimara.
Él sintióse, primero, complacido
Cual si se hallase más civilizado
Con el extraño cambio. En su inconciencia,
Dando su pueblo rápido al olvido,
Aclimatóse pronto.

En el Colegio
Recompensas sacó; sintió el reposo
Forzado del país envejecido,
Y aprendió educación, sin darse cuenta
De tal aprendizaje. Hasta orgulloso
Vanaglorióse, acaso, del progreso
En que entraba su espíritu... De pronto
El encanto partió, y en el exceso
De radical reacción como furioso,
Avaricia llamó á la economía;
Vileza á la prudencia; fanatismo
Á la alma devoción; al silencioso
Carácter lo creyó gazmoñería;
La ley, esclavitud; á la templanza
Villana timidez; y todo aquello,
Emanación del pueblo laborioso

Que al pueblo suyo recordar le hacía,
Le apareció con el mezquino sello
Que impone siempre la agria desconfianza:
¡Puesta de un sol de ensueño en lontananza
Que al alma no mandaba ni un destello!

Triste es la tarde, la vejez es triste;
En toda cosa que declina hay llanto...
¡Ah!... pero nada de dolor se viste
Cual la hora crüel del desencanto!
Para el tierno carácter, esa hora
En que se aspira tan letal dolencia,
Es cual muerte á la muerte precursora,
Larga desesperanza röedora
Que ni aun deja entrever á la conciencia
La total extinción consoladora...
Por suerte para el pobre muchachuelo,
Crónico no era su mortal desvelo:
Enérgica y en marcha la natura
Vegetaba en su sér...

*

Años más tarde
Aquella ensombrecida criatura
Era un soberbio horcón: lindo muchacho

Sano de cuerpo y en salud el alma,
Aunque un tanto nostálgico.

Á su padre
Reemplazaba á menudo en la tarea
De dirigir la explotación; más todo
Lo hacía en esa forma y de ese modo
Que revelan al siervo de una idea.

Cuando acabado el mes iba á Varesse,
Siempre solo en aquellas ocasiones,
Á retirar del Banco las monedas
Para pagar jornales de peones,
Y hablaba con las gentes que venían
De su tierra natal, ó se volvían
Á su nido de ensueños Buenos-Aires,
Á pié y muy lentamente regresaba
Al pueblo de Monate desdeñando
El coche diligencia; ó si llevaba
El volantín del padre, al muchachuelo
Que de cochero siempre le servía,
Con el coche mandaba se volviera;
Y él de regreso en marcha se ponía,
Dando suelta en la larga carretera
Á su honda y tenaz melancolía...

Las muchachas, entonces, que pasaban
Del pueblo de Monate y sus contornos
Y al joven Spacagna saludaban,
Deteniendo entre el polvo sus carritos
Le invitaban con gestos y con gritos
Á subir á su lado; y el muchacho,
Cual si novia en América tuviera
Ó si su patria su adorada fuera
Y se sintiera infiel sólo aceptando
Puesto junto á una moza, agradecía
Á cada invitación, mas no subía;
Y callada y tranquila y dulcemente,
Pesada con los sueños la ancha frente,
Entre la tarde y la quietud se hundía...

Y al toque de oración, de la campana
Escuchando la voz, como un suspiro
Le llegaba hasta el alma; y muchas veces
Junto á sebes de espino y mayorana
Tendiéndose á soñar, llorado hubiera,
Si una especie de fé dulce y calmante,
De su sér hasta el fondo, en ese instante
Desde el límpido cielo no cayera.

*

Felisa, que adoraba en su muchacho,
Se inquietaba por él. Á no ser ello
Corriera dulce su serena vida
De una estrella feliz bajo el destello.
Fluía su existencia de igual modo
Lo mismo que en su tierra en la alta Italia;
Que igual para ella era en el mundo todo
Excepto su marido y su chicuelo:
Quienes, doquiera que vivir la hacían,
Para su sér alegre, convertían
La plenitud de la existencia en cielo.

Mas tal pasividad al egoismo
Del hombre luchador no le complace;
Y ansioso de triunfar fuera dél mismo
Ya no el tranquilo hogar le satisface...

Cinco años resistió, casi seis años,
Felisa, de Vittorio y de su hijo
Las ansias de volverse para América...
Pues mil presentimientos, ora extraños
Á su plácida vida, como huraños
Pájaros de tormenta, por su espíritu
Cruzaban dando voces agòreras;
Que, desde la hora aquella, en el villorrio
Del asalto á su hogar, no respiraba

Paz cual la paz bendita que llenaba
Ahora su vivir... ¡Ay! que temía
Que allá en el Plata yá otra vez su esposo,
Las atracciones al dejar, caseras,
Del escondido hogar en que vivía,
Arrastrado del vértigo espantoso
De los negocios, ó la cruel política,
Fatigara su vida con excesos;
Y no encontrara allá, como en Monate,
Sus solas distracciones y embelesos
En florecerla el alma con sus besos...
Mas por fin consintió.

Como un chiquillo
Vittorio y á la par de su muchacho
Saltó, cantó, cuando con voz muy baja
Porque la dicha sin huír lo oyera,
— ¡Si querés, vámonos! ¿Quién nos ataja?
Vos sós el que mandás... dijo Felisa
Con dengoso arrullar.

Cual selva austera
Dormida en largos sueños invernales,
Que tu savia vital ¡oh Primavera!
Con caracteres ora ecuatoriales
Hiciera despertar, aquella casa

Que escarcharon frialdades conventuales,
De prontó se animó.

Por dondequiera
Risas y cantos á la par se oyeron;
Y un vegetar vibrante de alegría
Que ensanchaba sus yemas, colorando
Todo en redor, vegetación sagrada,
Al anunciar las pompas del estío,
Cambió el hogar, de un tiempo ya sombrío,
En una selva virgen encantada.

*
* *

Dijérase que todo cantaba la alegria
Con los alegres cantos que pueblan el sauzal:
Con esos dulces cantos que el inmigrante un día
Oyera allá en las horas que su alma se expandía
En frente de las islas del ancho Paraná...

Dijérase que el lago tomaba los acentos
Que se alzan del bañado cuando lo besa el sol:
Y que en las mansas alas tendidas de los vientos
Pasaban esas suaves caricias y contentos
Que alientan en las Pampas la fiebre del amor.

Dijérase que aquellos jadeos de la aldea
Que alzábanse mezclados á gritos de sufrir,
Cambiábanse en el Himno que el alma nos recrea
Cual ráfaga de dicha que en torno se pasea

Del Plata generoso por la región feliz.

Gran Himno que compónese de acentos de alegría
De hirvientes multitudes que triunfan sin cesar,
Y que al Progreso elevan, como la selva al día,
De los contentos pechos la mágica armonía
Que el desdoblante océano levanta en la alta mar.

Dijérase que un punto el sol, que se acostaba
Sobre la azul montaña bajo el espacio azul,
Su luz como promesa meridional mandaba;
Y, como allá en la Pampa, tan sólo se ocultaba
Por dar á las estrellas la gloria de dar luz.

Dijérase que todo: colores y sonidos,
El alma de los llanos hacía florecer;
Y que de fuerza y éxito los himnos tan queridos
La pródiga familia sentía en sus oídos
Á la arpa americana con afección tañer.

Del lago dijeron las tétricas olas
Mil cosas dichosas extrañas allí:
Rumores de salvajes y ardientes barcarolas
Que empinan en los pechos, allá en las pampas solas,
Pasiones gigantes y alientos sin fin...

En grupo se unieron los tres expatriados:
El uno, en la patria que Dios le dió;
Los otros, de las costas nativas alejados,
Oyendo allá en sus almas, recónditos, alzados,
Promesas de dicha y ensueños de amor.

Del alta Italia entre la acuosa gasa
Que trae la noche, ensordeció la casa

El éco de un insólito festín...
El padre al hijo se abrazó riendo,
Y á los dos en sus brazos envolviéndo
Aun más, Felisa, se sintió feliz.

Y cubrieron las magas de le noche
La flor de tan sutil felicidad,
Porque el relente, su temprano broche,
No fuera con sus lloros á empañar.

Y, la mañana al apuntar, se vieron
Alegres cual aves que dejan el nido cantando,
Los tres expatriados felices, que al cabo sintieron
Que emplumadas un día, potentes, sus alas crecieron
Y hacia la selva virgen se volvieron
Con ansia loca el ancho mar cruzando...

---

## XXXVII

## TRANSFORMACIÓN

Ya están cerca. ¡Oh, placer! Las blancas torres
De la ciudad, que ante la nave crecen,
Cortan el cielo azul con sus perfiles;
Y en dormidas bandadas aparecen
Junto á tus bordes, magestuoso Plata,
Los navíos por cientos y por miles
Que tu ancha linfa con amor retrata.

Todo es asombro, admiración, orgullo,
Grandiosa Capital de Sud-América,
Para quién vuelve á tí! Tu hirviente puerto,
Donde el Río sin fin alza su arrullo
Por la ráfaga atlántica despierto,
Ayer mezquino, cual terreno de isla
Que acrece el aluvión, muelle tras muelle
Llevó hasta el mar. Su amarradero abierto
Alcanza ya más lejos que la vista;
Y que no tiene fin, casi se piensa,

Al ver perderse en perspectiva inmensa
Los diques tras los diques... y la arista
De la selva de mástiles brillantes
Que acaban por fundirse, palpitantes,
Allá en el horizonte...

Al puerto entrando,
Gigantes cisnes que las ondas parten,
Los pesados vapores se aproximan;
Y, apenas deteniendo su carrera,
Hasta el mismo cordón de la ribera
El seno airoso, acorazado, arriman...
Como en un mundo, en tu ciudad enorme,
En oleadas las gentes, más espesas
Que las espesas ondas del gran Plata,
Bramante inundación que se desata
Cunden doquier...

Retruenan los espacios
Al grito del vapor: tiembla la tierra
Bajo el peso del tren; y los palacios
De la inquieta ciudad, vuelven el ruido
Con sus senos lujosos...

Que por miles
Cruzan también, con baladral tronido,

Por la altura, chispeando en sus carriles,
Entre cornisas ménsulas y ataires,
Á la carrera rápidas lanzadas,
Las máquinas, veloces como espadas
Que despiden destellos por los aires...
Téjense con las redes telefónicas
De la electricidad los cables negros:
Gruesas venas de sangre iluminante,
Por las que corre luz, fuerza, alegría,
En una como diástole gigante
Que desbordarse del país ansía
Enseñoreando el Mundo en un instante!
Movidos por sus rápidos impulsos
Ora lanzando fulgurantes chispas
Ora como fantasmas entre un velo,
Wagones cien, que se adelantan raudos
En un contínuo trepidar convulsos,
Arrebatados por extraño vuelo
Pasan doquiera; y por doquiera bulle
Cual vivo enjambre zumbador de avispas,
El torrente de coches retemblantes
Que, en el asfalto liso, alzan vibrantes
El mujir de su hervor... mientras las gentes
Entre ellos van en muchedumbres locas;
Y de la gran carrera jadeantes,
Enjúganse las manos y las frentes

Y abren con gritos las nerviosas bocas
Que pregonan la varia mercancía.
Todos hablan en himnos triunfadores
Aquí y allá con aire de entusiasmo
Unidos jornaleros y señores:
Todos, de la ganancia á la conquista
Como en una invasión. Y mientras tanto
No sólo con el sol, con sus vivientes,
La opulenta ciudad, se echa, á la vista
De quien se para á contemplar su encanto,
De palpitante regocijo un manto;
Pues más brillante que la luz del día,
Sus señores, sus damas, sus chicuelos,
Expanden por los aires la alegría:
Que al parecer el éxito se alía
Al gran contento de los altos cielos...

*

El viejo Don Ruperto, apoderado
De la noble familia de Almaviva,
Administra los bienes que Vittorio
Dejara en Buenos-Aires y la herencia
Que le cupo á Felisa: esos terrenos
Un tiempo la paterna residencia
Y que en pleito hasta ayer, tan sólo gastos

Causaron y disgustos.

Don Ruperto,
Á los tres propietarios aturdidos,
Conduce en un carruaje descubierto
De que tiran dos potros renegridos
De ojos como carbones encendidos
Que ayer, no más, dejaron el Desierto;
Y al través de las calles bulliciosas
Vánse asombrando los recién venidos
(Más que los mismos potros retriscantes),
Y se sienten mareados en la tierra
Al vaivén de las turbas atronantes...

Es que indicó al cochero, Don Ruperto,
La dirección de un centro populoso;
Y éste los lleva al barrio ya despierto
En ajetreo vívido...

Siete años
Bastaron para el cambio portentoso.
Eran ayer bañado cenagoso,
Lagunas, los terrenos heredados
(Porque sirvieron de hornos de baldosas).
Y hoy, de esbeltas mansiones suntuosas
Y de elegantes parques rodeados,

Se ven como en un álveo de riqueza
En lujosas mansiones engarzados...

— ¡Oh, qué transformación!... Vittorio clama
Dejando ver en los radiantes ojos
Del entusiasmo la ferviente llama...

— ¡Este sí que es País! Grita Felito
Con patriótico amor... Y al dar el grito
Hirviendo de entusiasmo, con la diestra
Rígida y temblorosa, marca el sitio
Girándola en redor...

Calla, Felisa,
Absorta ante el progreso que le muestra
Su honrado regidor...

Este, prosigue:
— Como les dije ya por varias cartas,
Con ésto sólo son Ustedes ricos.

Y, tal diciendo, con placer indica
El viejo paredón enjalbegado
Que circunscribe la heredad. — Si quieren
Lo venderán mañana; ó si prefieren
Pueden edificarlo; que es simpleza

Este filón tener abandonado
Cuando puede dar renta crecidísima,
Porque está entre el riñón de la riqueza :
Ya hablaremos después...

— Mirá, che Augusto,
(Dice, volviendo luego la cabeza
Para dar una órden al cochero)
Á la calle Bolívar ligerito
Á casa de Almaviva!

*

La patrona
Antígua, de Felisa y de Vittorio,
Que cual segunda madre de Felito
Y ama afectuosa de su buen quintero
Se portó siempre, palmoteó de gusto
Llevada de su impulso chacotero,
Cuando vió convertida en señorona
Rica y compuesta, y siempre agradecida,
Á la que fuera un día su sirvienta :
Á la que mucho más que una parienta,
Al irse, por sus chicos fué sentida :
Á aquella más amiga que niñera
Que de su hija menor guió los pasos,

Y que fué su constante compañera
Más en los malos que en los buenos casos.

Y por eso, de pronto arrebatada,
Inclinóse enjugando los ojazos,
Una vez que Felisa, impresionada,
Cayó en los que la echaba alborozada
Regordetones y acogientes brazos;
Y uno tras otro y sin tomar aliento
Este en la boca, aquel en la mejilla,
Dos besos le estampó tan resonantes,
Que cruzaron los ámbitos vibrantes
Con chasquidos de fusta de trailla...
— ¡Pero muchacha!... ¡Qué mejor te has puesto
Lo que entraste en edad! ¿Y usted, Vittorio,
Siempre contento está con su chinita?
— ¿Y cómo no, señora?

— Por supuesto...
¿Él, qué más va á alegar, delante gente?
Dice la moza, que se enjuga el llanto
Entre la risa.

— ¡Vení acá Felito!
Pero, qué enorme hombrón. Me dá vergüenza
Besar tan grande á quien besé chiquito...

(Murmura el ama cual alzando un canto
Que se termina por un fuerte grito
De risa y de afección). Me dá vergüenza
Besar á tal jastial! Aquí ...en la frente
Ó entre el cabello, el beso de una madre
Mal visto no será... ¿Verdá, muchacho?

— ¡Mire que cosas la patrona piensa!
Dice Vittorio que no vió en sus ojos
La chanza de la dama; y como el niño,
Ya casi un hombre, se quedase serio
Indeciso entre el gusto y los sonrojos;
Tomándole la mano con cariño
La señora prosigue en son de broma
Para que toda cortedad se acabe:
— Verdad señor? Y con qué aspecto grave
De gran viajero, que el señor lo toma!...
¡Perdón, señor!!

Y con alegres risas
Todos los asistentes cariñosos
La cortedad festejan del muchacho:
Quien, si antes era audaz y vivaracho,
Como hombre ya que se maneja solo,
Sintiéndose delante de otra clase
De personas que aquellas que él frecuenta,

De rubor encendido y silencioso,
Viéndose libre al fin de las miradas,
Caminando de lado, vá y se sienta
De la silla en el borde; y muy nervioso,
Tuerce sus grandes manos enguantadas
Y el fino pelo de su frente asienta...

*

Todos vanse despues á la casita
Que para ellos tomó el apoderado
En la calle de Europa.
Ya la habita
El servicio, que estaba preparado
Para los tres viajeros: una moza
Española que hará de cocinera,
Y un pobre y vejancón napolitano
Que servirá la mesa; al cual, Vittorio
Con sencilla bondad, tiende la mano.

Muy simple es la casita. Dos ventanas
Tiene en su frente y en balcón dispuestas,
De la sala á la calle; junto á estas,
Que se bañan de sol por las mañanas,
El gran zaguán de acceso: luego, el patio
Lleno de luz, con el aljibe en medio;

Y la hilera después, de las persianas
Verdes y altas, que las piezas cierran
En el estío, al formidable asedio
Del calor y la luz; una, defiende
El cuarto convertido en escritorio
Ó despacho futuro de Vittorio,
Que servirá á la vez como salita;
Y contigüo se encuentra el dormitorio
De la pareja, unido á la piecita
Alcoba de vestir; á cuyo lado
Se extiende el dormitorio de Felito
Más que para una novia perfilado,
Más que para una novia arregladitō;
Y luego el comedor, como avanzado
Cuerpo que cuadra el patio; un descubierto
Corredor, que los árboles vecinos
Pretenden cobijar desde su huerto,
Sobre él tendiendo ramas invasoras;
Y otro cuarto después, y la cocina,
Y una piecita más; luego el sencillo
Jardín, con su magnifico ciruelo
Que á las paredes la extensión disputa;
Y como es la estación, ora se inclina
Bajo el peso excesivo de la fruta
Que doblega sus gajos hasta el suelo,
Cubriéndolos de veste alabastrina.

Después el paredón que de el vecino
Separa la mansión; y allá en la altura
El cielo profundísimo argentino,
Urna gradiosa en cuyo azul marino
Un sol contento de su luz fulgura...

---

## XXXVIII

### EN LA RUEDA

Es aquel pandemonio... estrafalario
Vórtice del incauto, y precipicio
En que si no es por ambición, por vicio,
Suele el hombre caer... y que se llama
Bolsa de Buenos-Aires, lo que tiene
Aun más carácter, en el cambio diario
De la gran población...

París pequeño
Es el mundo sutil de los salones
Del emporio magnífico porteño :
Triunfa Inglaterra de la antígua Estancia,
Y sus razas derrama y sus costumbres
En la Pampa sin fin, cual triunfa Francia
En todo aquello que elegancia evoca ;
La noble Italia, que del criollo toca
El corazón con el caliente suyo,
Ni se impone ni cambia prontamente ;

Pero fundida al fin en el ambiente,
Se aquerencia en el Plata con orgullo;
Mas como allí, en el seno de la Bolsa,
Cediendo al aborigen, lentamente,
Hace del punto en que su luz domina,
La faceta que menos se transforma
En relación al cambio que hace norma
En el modo de ser de la Argentina
Patria en ebullición.

Pues es la Bolsa,
Centro en que reina el gérmen italiano,
La que resiste al ancho río humano
Con éxito mayor...

Allí se acoje,
Y triunfa allí, ó á reventarse viene,
Como el viento Pampero en las montañas
Cuando encajado en las quebradas grita,
Con la turba nativa, y las extrañas,
La inquietud del vivir cosmopolita...

Allí, restos sangrientos del naufragio
De navíos otrora poderosos
De marinas distantes de otros mundos,
Van á encallar en el albur del agio

Dando suelta á su fiebre de pasiones,
Los grandes traficantes de ilusiones
Que agonizan del juego en el contagio.

Si recobran la holgura en que estuvieron
Antes de que escurrieran veleidosos
De sus manos inquietas los millones,
Reconfortados vuélvense, gozosos,
Al lejano país de do partieron,
Donde caen de nuevo, ó se aseguran;
Y, para aquellos que triunfar les vieron
De este lado del mar, desaparecen
Cual se esfuman los trasgos vagarosos
Que, el sueño al acabar, se desvanecen...

Otros, en cambio, para siempre ruedan
Y se dejan vivir... Apariciones
Sobre las ruinas, cual trasuntos, quedan,
De los vaivenes de sus propias suertes,
Y, falenas en torno de la lumbre,
Giran allá en las faldas de la cumbre
Donde irrádian los faros de los fuertes.

Estos se gastan; la riqueza misma
Con su agrio resplandor pronto les ciega;
El cuerpo, siempre en fiebre, se destruye;

El alma en la idiotez se les abisma;
Y el hombre aquel, que un solio se elevaba,
De la locura en el caos cayendo
Hasta el confín de las dolencias llega,
Y en la flor de la edad, cual se derrumba
Un peñón que el ventisco desagrega,
Con caída brutal rueda á la tumba...

*

En aquel centro de inquietud y espanto
Que con gritos de risa oculta el llanto,
Vittorio está, metido en una silla...

Apartado se encuentra de la Rueda:
Ese local, do vivo como ardilla,
Su sutil hijo Feliz, acoplado
Á un viejo corredor afortunado,
Por su honda audicia y sus aciertos brilla.

Sólo en cinco años triplicó el muchacho
El capital del padre; y hoy le llaman
« Feliz el peje », « El ya curao de empacho »
« El Príncipe de el Oro »... Como aclaman
Á su socio de « El Rey », hasta la luna
Alzan los adulones al chiquillo

Que los desdeña...

El cambio de fortuna
No consiguió alterar al buen Vittorio
Ni á su consorte.

La tranquila casa
Y el aire de la tierra y la prolífica
Agua del Plata, retoñar hicieron
La planta del amor, que tras quince años
De no dar frutos, obsequió á Felisa
Con una hermosa mujercita; luego
Vino un varón; después otro chiquillo:
Y hoy el gordo Vittorio se parece
Á su amigo el Banquero, que arraigado
Del todo en el país, cumple cual bueno:
Pues casóse también y hoy acrecienta
(Á pesar de que raya en los sesenta)
Su hogar feliz, que de chiquillos lleno
Cual nido de zorzales rebosado
En vivas pompas de inquietud revienta...

Helo aquí. Como un pato, el gordo Lanza,
Siempre triunfante entre la gente avanza
Risueño.

Con afecto á recibirlo

Vittorio muy vivaz se ha levantado,
Y al tenderle la mano le pregunta
— ¿ Tomasa cómo va ?

— ¡ Bien ! le responde
El viejo señorón. — ¿ E su Felisa ?
¿ Se mecoró ?

— Qué tiempo ! No le duran
Muchos días los males á mi esposa;
Hoy, ya otra vez, los chicos y los pobres
El día entero á mi mujer apuran...

— ¿ E Felitos, va bien ?
— Aun no ha pisado
Hoy en la Rueda... asuntos muy difíciles
Lo tienen como loco hace ya tiempo...
Su vida se hace ya tan fatigosa,
Que me hallo cada vez más disgustado
Al verlo así...

— ¡ Qué coven más avispa !
Dequeló que se mueva... ¡ Es como chispa !
Y esto diciendo, Don Antonio, al lado
De Vittorio sentóse muy contento,
En el que éste le había reservado

De paja y roble resistente asiento,
Que á su peso crujió.

*

Después, en grave
Conversación lanzáronse... y hablaban
Del oro en ascensión y de la fiebre
Que este ascenso causaba: del peligro
De la guerra con Chile, complicado
Con otro aún mayor para el futuro:
La mezquina cosecha y la langosta;
El país por su deuda anonadado;
Y, nube obscura en horizonte obscuro,
Vergonzoso el descrédito presente
De presunciones lúgubres cargado,
Que iba invadiendo con mortal premura
El círculo siniestro del ambiente...

— Con éso é mucho más, (dijo el Banquero),
No podemo quecarno...

— Eso me digo
Yo también muchas veces...

— Vea, amigo,

No hay suelo como éste. Allá en l'Uropa
Están lo compatriota come locos
De impuestos y miserias... ¡ Pura tropa !
E los navío, sin cesar costruidos,
Parecen aun pa la defensa pocos
Y cuestan á los pobre... los sentidos.

— Yo mi quinta vendí; (dijo Vittorio)
Monate se despuebla. No me daba
Ni siquiera el valor que yo pagaba
Año por año, de creciente impuesto
Territorial...

Y Lanza : — ¡ Per supuesto !
(Braceando contestó). ¿ Pues quién entierra
Dinero allí ? Los capitales huyen
De la Muerte... En Italia, ni un centavo
Se obtiene de interés, si non e usura ;
E las casa per viecas se concluyen ;
Que, sin un incuilino, se destruyen.
No per patriota ha de ser uno pavo...
Ne per ser ricos s'ha d'hacer locura...
¡ Basta de Cristos !

— ¿ Cómo está, Rovecha ?
Se interrumpió diciendo Don Antonio

Apretando la mano al que llegaba;
Quién con íntimo afecto palmeóle
En el hombro y después en la barriga,
Y saludó á Vittorio... El gran Banquero
Prosiguió de este modo:

— El hombre potra!
E cuesto que aquí está (¡ Deque lo diga!)
El hombre más suertudo que se alaba
De ésere amigo de esta tierra, amiga
Para el gringo... ¿ E verda? Mire Spacagna,
(Volviéndose á Vittorio proseguía)
Esto hombre q'aquí vé, cuarquiera día,
Con su suerte é con Feli, poco á poco
Se va tragá la Amérrica!...

Ríóse
Vittorio un punto y le trató de loco,
Mientras le dió la mano indiferente
Al aludido farfantón.

Radiante,
Vestido como un rico negociante,
La voz por el contento campanuda
Aun parecida á aquella que cantaba
Sus curiosas milongas de inmigrante;

« Son güen gauchos yo también,
También so cantá milongas... »
Rovecha se expresaba en castellano
De exótico color.

Muy poco había
El hombre aquel cambiado con la suerte;
Excepto el traje, más lujoso ahora,
Con su vieja insolencia chispeadora
Su hablar, como antes, y su acción vestía,
Como rasgo genial.

Al breve instante
De sus viejos amigos despidióse;
Y el corredor de fincas retiróse
Yéndose á sus negocios jadeante...

*

— Este Rovecha, (murmuró Vittorio
Muy quedo á Don Antonio), ya ha quebrado
Tres veces y se mete todavía
En especulaciones... Su escritorio
Siempre está solo si no está cerrado.
Lo que es yo, por mi parte, no le aflojo
Ni firma, ni dinero; y ya le he dicho

Á mi hijo, que no fíe en este bicho:
Que le cuide la vuelta y que abra el ojo!

— Osté no es custo, (replicó el Banquero)
Con el pobre Rovechas... L'otro día
S'a ganao cien mil peso, ne la venta
De lo terreno de Kierssón. Lo quiero
Perque este trucha é pácaro de cuenta...
— ¡ Pero no se descuide con el pese!
Dijo Vittorio.
— ¡ Es cierto! No parece
Bueno l'hombre, como és. ¿ No se visitan?
— No, mi mujer no gusta de la suya;
Yo lo encuentro, también, desfachatado;
Y además, es un hombre atropellado
De esos que á frecuentarlos no me incitan;
Féliz tuvo con él ciertos asuntos...

— ¿ Si? Pué mírelos pronto, Don Vittorio,
¡Vea que amigos se relinchan cuntos!...
(Dijo el Banquero con burlón acento
Dando en golpe de gracia este argumento):
Caballerro Spacagna, osté se hay hecho
Muy más que delicao; pa mí, la hombría
De bien, consiste en caminar derrecho
Que no tenga que ver la Pulicía...

*

Entre tanto, corriendo como locos
Y aumentando al llegar, la gritería,
Entraban á la casa dando gritos
Llevando á todo el mundo por delante,
Los hombres de negocio; otros salían
Con rollos de dinero ó papelitos
Puestos bajo del brazo, y en las manos
Montones de monedas, que lucían
Á los rayos del sol...

Bajo la nave
Del centro del recinto, en que hormigueaban
Los hombres en miriada, una barrera
De quita y pon alzaron los ujieres.
Un grupo empezó adentro sus quehaceres,
Y en contorno con voces que atronaban,
Como de una trifulca de galeones,
Dió principio á sus giros la gran rueda
En un inquieto arder de transacciones...

El voceo contínuo no dejaba
Las posturas oír. En un tablero
Negro, en guarismos blancos, de esteatita,
Que seguía con ojos de usurero

La gente toda que en contorno estaba,
Iba un señor trazando muy ligero
Las transacciones...

Los movibles brazos
De todos los inquietos corredores
Voltejeaban cual alas de molinos,
Y en extraño sonar cosmopolita
Se unía de los « gringos » á la grita,
El grito de los labios argentinos...

— Á doscientos cincuenta...
— ¿ Y cuarto ? ¡ Tomo ¡
— Se lu dago al cuntado...
— Con un pase,
Vá, para fin de mes !
— Á la botica
Vaya á buscar quién se lo dé á ese precio !
— ¿ Cuarrenta y nueve y medio ?
— ¡ Venga ! ¿ Cómo
Lo iba á dejar ?... ¿ Quiere otros veinte ?
— Se los voy á tomar, por el aplomo...
— ¡ Hágalos apuntar !

Y el canto recio
Contínuo del que dicta : ¡ Cien mil oro

Á cincunta! ¡Doscientos, al contado!
¡Veinte, con medio, para el mes que anota!
Á tanto grito le formaba coro:
Cual eco en tunel, que el peñón rebota!
Mientras siguiendo el gutural dictado,
Aquel que apunta en el tablero, alzado
Sobre el largo tumulto y el debate,
Repitiendo el guarismo ya apuntado
Para ver si está bien, entre el voceo
Con que ese oceano de ambiciones late,
Parece una ave extraña y zahareña,
Que se lamenta en empinada peña
Contra la que alza el mar su clamoreo...

*

Féliz, de pronto, apareció corriendo;
Pasó junto á su padre y Don Antonio.
Ni siquiera los vió... Punto tras punto
Los guarismos fatídicos subiendo
Crecían sin cesar...
— ¡Féliz! ¡Felito!
Gritó, y corriendo le alcanzó, Vittorio;
Y algo al oído le avisó... El muchacho
Sacó de su bolsillo un papelito
É hizo en él un apunte.

En movimiento
Se ponía otra vez, cuando imprudente,
Sin ver la agitación de aquel instante
— ¡Féliz!... gritó el Banquero de su asiento,
Sin siquiera moverse...
Raudamente
El joven se volvió, ya con desgano;
Y como aquel que un punto vacilante
Súbitamente se resuelve á todo,
Al sentirse llamado de aquel modo
En dos ó tres zancadas, muy liviano,
Al grotesco Nabab aproximóse;
Nerviosamente le tendió la mano,
Y agitando su diestra carnazuda
Contra el enorme abdómen apretóse;
Con sonrisa de apuro sonrióse
Poniendo en la sonrisa contrahecha
Alguna intimidad.

— Mirre, Felito,
(Díjole el gordo, como hablando en duda),
Cuesta mañana... me encargó Lolita,
Que á osted le diga que no va á ir al tiatro:
Que dispués le dirá la que li pasa,
Que se vaya á comer, si acaso puede;
Ó que esta noche lo esperamo in casa...

Oyendo tal, un punto sonrojóse
Y más bello se puso, colorado,
De Féliz el semblante. Transformada,
Bien pronto su expresión, iluminose
Con destellos de amor... y apresurado
Como aquel que realiza un gran deseo,
Respondió con palabra alborozada:
— ¿ Si quiero que me espere? ¡ Ya lo creo!
Mas no puedo á comer. Iré más tarde.
Salude Usté por mí á Doña Tomasa,
Y dígale á Lolita, que me aguarde;
Que, como es fin de mes, vuelo de apuro;
Más que si en un quehacer de última hora
Mi voluntad de pronto no se estrella,
Hoy le gano á las Damas, de seguro,
Pues á las ocho me hallaré con ella...
Y después, á su padre sonriendo;
Y á su futuro suegro saludando,
Entre islotes de gente culebreando
Listo cual gamo se alejó corriendo...

---

## XXXI

## EL RECIBO DEL BANQUERO

Casi estaba en retardo, aquella noche,
El Príncipe del oro.

Rato hacía
Que el profesor de piano Calderara
Acompañando á la señora Storti,
La « Stella confidente » principiara,
Cuando Féliz entró.

De la salita
Donde á su amante, inquieta ya, esperara,
El coche al oir rodar, salió Lolita
Y se fué al corredor á recibirlo.
Iba la niña en busca de su amado
Trémula, sin saber si era de enojo
Por el retardo del galán, ó si era
Por la inquietud que en la alma le moviera
La llegada de aquél. Mas sin decirlo

Tan bien su afán manifestó al culpable,
Que, con voz de descargo, aquel buen mozo
Clamó : — ¡ Qué día aturdidor, Lolita !
Crea que es mi retardo perdonable...
¡ Cuánto que hacer ! ¡ Que pase estoy deseando
La buena racha que me está soplando !

Y extático un instante por el gozo,
La mano de la fiel criaturita
Entre las suyas apretó temblando...

Pero hay seres que nunca, donde se hallan,
Dejan luzca otro sér. Desde la sala
La « Stella del mio cuore » interrumpiendo,
Y cual antes miraba al cielo raso
Dirigiendo su vista á la antesala,
Con ojos de cordero que se ahoga,
La primadona Storti (una morena
De sangre y carne y grasitudes llena,
Que un medio siglo de vivir contaba
Ya de existencia y algo más, acaso,
Mas que aun de hallar esposo no dudaba)
Invitó al « Profesore » á detenerse
De la « Romanza » en medio ; y casi paso,
Dirigiéndose á Féliz con llaneza,
Cual queriendo animarle con los ojos :

— ¡Entre, no más!... le dijo alentadora;
Echando sobre el hombro la cabeza,
Con esa melancólica terneza
Con que se engulle á un sapo con limpieza
La distinguida garza pescadora.

Un mohín de fastidio, casi fiero,
Hizo Lolita á la indiscreta dama,
Como diciéndola : — ¡Cara de torta,
Espantajo del Diablo, quién la llama
Á que se meta en lo que no le importa!
Pero el muchacho, con valor tomando
Aquella interrupción intempestiva
Que encima echóle la atención de todos,
De la antesala hasta el salón pasando,
Adelantóse al punto á la chicuela,
Y á todos dió la mano de uno en uno,
Con esa especie de hinchazón sencilla
Que toma el preferido del Destino :
La que al hijo del gringo campesino
Le sentaba, por cierto, á maravilla.

Después, de los afectos muy contento
Que allí le prodigaba todo el mundo,
Listo volvió: sentóse en la antesala
En un sofá. Su novia, aun esquiva,

Púsose al lado de él; y entre el profundo
Silencio, reanudado ese momento
Más por curiosidad de expectativa
Que de atención á la cantora, alzóse
De nuevo la « Romanza » interrumpida,
Que pronto, entre la cháchara encendida,
Como una hoja entre un remanso hundióse...

*

Era la sala grande, enjalbegada,
Con recuadros azules en los ángulos,
De pinturas mal hechas recargada,
Y de cortinas de chillantes tonos
Cual de plumas de loro pinturreada...

Bajo chocante profusión de luces
Que reflectaban multitud de espejos,
Frente á los cuales seres de mal gusto
Presos de la inquietud de verse expuestos
Á la crítica ajena, con mil gestos,
Disimulaban el interno susto,
Un cantar, un hablar, un revolverse,
Un lucir, un chocar de luz y tono,
De tan cruél diapasón, se percibía,
Que, aquella feria extraña, parecía

El realizado ensueño de algún mono.

Chispeaban las alhajas costosísimas,
De aquellos recargados circunstantes;
Y los trajes, que daban grima al ojo,
Ajustando las carnes rebosantes
De matronas rosadas y gordísimas,
De puños formidables y de acciones
Más temibles aún que sus muñecas,
Crujían y brillaban...

Una linda
Muchachuela, elegante y delicada,
De ojos de cuentas y de tez de guinda
La sangre á flor de carne, muy callada,
Mas con mirar que su inquietud decía,
Acaso como nadie percibía
Aquel churriguerismo de la fiesta :
Que tantos movimientos rebuscados,
Y tantos relumbrones y dorados,
Tanto empeño de hacerse distinguidas
En las damas sin tino allí reunidas,
De tal manera aquel salón llenaban
De gritos y de acciones descompuestas,
De chillidos de luz por todos lados,
Que, hasta acordando con la extraña escena,

Ni chocaban los gallos que, serena,
Largaba la cantora desplumados
De su garganta de falsetes llena!

Al concluir « La Stella » cuyo andante
Satirizó, imitando á la cantora,
La Señora Rovecha con sus guiños,
Todo el mundo rió de la cantante
Sin que ésta lo advirtiese.

Con las manos
Formaba una mampara á su semblante
Cada señora, y hasta aquellas mismas
Que allá en su casa á la cantora oyeron
Muy deleitadas, sus chilladas quejas,
Por que así de buen tono lo creyeron,
Como los más sardónicos lo hicieron
Se taparon con fuerza las orejas.

La chiquilla de carne sonrosada,
Que de auditorio acaso y criticada
Para su propio sayo estaba riendo
Con tan justa razón, mordió sus labios;
Luchó contra la risa unos instantes;
Y en la sabrosa tentación caída
Ya la iba á soltar, cuando advertida

Su madre, que á su lado se encontraba,
Algo la dijo á media voz furiosa,
Revolviendo los ojos fulgurantes.
La niña, entonces, forcejeando en vano
Cual se hace con un caño de agua roto,
Con ambos puños se apretó la boca.
La madre, de vergüenza casi loca,
El rostro en congestión, tendió la mano;
De la graciosa niña tomó el brazo
Y al aplicarla el pellizcón tremendo,
La apenas contenida carcajada,
Al dolor de pellizco desatada
Saltóse de los labios con estruendo...

Un momento luchó en la linda cara
La risa con el llanto.
La señora
Rovecha se acercó consoladora
Á la angustiada chica, y con su mole
Del concurso cruél que la mirara
Cual un telón los ojos apartóle;
Y en las lindas mejillas permitióle
Que sus reídas lágrimas secara.

Cual todos los que triunfan en el mundo
Interior de sus propios argumentos,

No escuchó la cantora otros acentos
Que aplausos por doquier... y en el profundo
Éxtasis de su triunfo reluciente,
Juntando flores al sofá se vino...
Cual se adelanta un Rey!

Con muy buen tino
Por ocultar la escena, sonriente
Le dió su parabién Doña Felisa
Spacagna, que hablaba con la gorda
Dueña de la mansión; la que galante,
Próximo al suyo, la brindaba el puesto
De otra graciosa niña pizpireta,
Que revelaba en sus facciones pálidas
Abuso de vinagre, y que cedía
Á pájaro de formas tan escuálidas,
De grado su lugar « entre las viejas »,
Donde ella lindamente se aburría.

En tanto la cantante, como sorda,
— ¡ No estoy bien esta noche! — repetía
Sin escuchar las voces que á su lado,
Y en torno y por doquier, los labios todos
Dejaban escapar, de varios modos
Aplaudiendo su voz y lo cantado;
Y aun más, para sí mismas, aplaudiendo

Que hubiese aquella urraca terminado
Y los dejase ya de estar moliendo...

*

— No he saludado aún á Don Antonio
Que me encargó vender algunos títulos...
(Con ese acento del amor discreto
Con que se hablan los novios en secreto,
Aun sin razón para ello, Feliz dijo
Á la graciosa Lola) — voy volando.

— ¿ Vuelve pronto, verdá ? La niña, en suave
Tono le preguntó como aleteando
En el fondo de su alma, con los ojos
Llenos de afecto.

— Vuelvo ya en seguida.
(Repuso el mozo, cariñoso y grave)
Y — ¡ Hasta luego ! agregó.
Mohín gracioso
Hizo Lolita y en arrullo blando
Mimosamente contestó :

— ¡ Hasta ahora !
Pero puesta, de súbito, encendida,

Con esa cortedad encantadora
De la niña que en sí siente á la vida
Transformarla en mujer, nerviosamente
Dejó que se rozaran con sus dedos
Aquellos fuertes dedos de muchacho,
Con que Feliz le daba el abanico
Que le tomó al entrar...

Féliz, triunfante,
Toda en los ojos de su amor la llama,
Miróla transportado un breve instante...
Y después suspiró.

Luego, pasando
Al dormitorio de los Lanza, lleno
De abrigos y sombreros, que cambiaban
El lecho en catafalco y los asientos
De ropas en montón, se fué acercando
Al comedor; de donde fuertes gritos
De placer, carcajadas de contentos
Visitantes y firmes puñetazos,
Dados sobre la mesa, se elevaban,
Y con ruido de fichas y de vasos,
Hasta la sala en confusión llegaban.

Y de aquella mansión aturdidora

Á medida que en torno, con la hora
El silencio en el barrio se imponía,
Iba escapando y sin cesar creciendo
Una tan formidable algarabía,
Que casa y patio y barrio conmoviendo,
Una invasión de Indios parecía...

Allí en el comedor, sudando á gotas
Á modo de tejados cuando llueve,
Bebían sin cejar los compatriotas
Del millonario Don Antonio Lanza.
Unos, del Truco el paro proclamando;
Otros, al serio Dominó jugando:
Estos leyendo; conversando aquellos;
Todos: los mates, vinos y masitas
Y los cigarros del locuaz Banquero
En medio á la jarana aprovechando:
Como si aquella mina abierta fuera
De todo aquel que la catear quisiera.

Feliz no había al Comedor entrado
Cuando ya un visitante apresurado
Su llegada anunció:

— ¡ Alto! ¡ Señores!
¡ El Principe está aquí! Muy placentero

Haciendo coro á quien lo vió primero
Gritó Rovecha...

— ¡ El Principe de palo !
Clamó, por embromarle, Don Vittorio,
Mostrándole adulón, con voz de pillo ;
Y otro agregó, más serio que chancero :
— ¿ De palo ? ¡ Si ! Gulpeéle er bursillo,
E verrá si es de palo ó si es de oro
Segundo cume suena...

— Buenas noches
Señores... dijo el joven desenvuelto ;
Y Don Antonio, en mangas de camisa
Allá en la cabecera de la mesa :
— ¡ Ah, Don Felito ! ¿ Osté ya estaba suelto ?
(Díjole, refiriéndose de su hija
Al contínuo estar junto con su novio.)
Non lo vamo á guardare, non se aflija !
Y le apretó la mano, entre la broma
De cuantos escucharon la simpleza,
Que él creyó de buen gusto...

Tras el rápido
Saludo, reanudóse la algazara,
Recrudeció el barullo con presteza,

Y corrió, como fuente que manara,
Botella tras botella la cerveza.

*

Jóvenes unos, otros ya maduros,
Del grupo de asistentes escapando,
Rodearon á Felito, en un instante,
Diez comensales que hacia él corrían
Como las moscas al panal...
— ¡ Qué apuros
Qué estará Usted pasando, Don Felito !
Rovecha preguntó, muy insinuante.
— ¿ Por qué, Rovecha ?
Contestó el muchacho
Sinceramente.
— Porque el oro sube ..
— ¡ Pero ya ha de bajar !
— ¿ Verdad ? ¿ No embroma ?
— ¿ Por qué voy á embromar ?... Tras de la nube
Hemos de ver el sol.
Y un asistente :
Que el diálogo á hurtadillas escuchaba,
Para su sayo así reflexionaba :
Cuando éste dice así, tan sueltamente,
Que el oro ha de bajar, de fijo sube ;

Y al otro día aquel metal compraba
Que de Felito el gurupy vendía:
Y el infeliz, de cierto, se arruinaba
Porque el oro, de golpe, descendía.

Otra vez, algún otro, en su torpeza
— ¿ Dígame ? Don Felito... ¿ Compro oro ?
Preguntaba al muchacho de repente.
— Yo no sé... (contestaba con rudeza
El corredor, como era consiguiente);
Si lo supiese yo, de fijo, un día
Á la Bolsa ya más no volvería...

Mas creyendo reserva su franqueza
Y suspicacia su lealtad, alguno
Agregaba con frase zalamera :
— Yo lo sigo, Don Félix, dondequiera,
Si Usté me hace acertar, esta semana.

Y Félix, fastidiado, respondía :
— Haga, señor, lo que le dé la gana.
¿ Cómo decirle, sin errar, podría
Qué ha de ocurrirnos, á los dos, mañana ?

Y era injusto pensar que él poseyera
La clave del enigma : que su acierto

Contínuo asombro para el joven era.
¡ Como cambiaba su alma de concierto
Al oscilar del oro! En su organismo
Vibrátil al metal, como el cabello
Al estado higrométrico, de pronto
Sin seguro estar nunca de sí mismo,
Felix el oro sin contar compraba;
Y sin otra razón, tal le vendía:
Pues sólo por su instinto se guíaba
Aquel gran jugador! Mas era el caso
Que, cuando otro adquiría á firme precio
En descubierto él, ó con deprecio,
Sin tasa alguna ya, venderlo hacía;
Y cuando otro ceñía él aflojaba...
Que siempre en sus manejos acertaba
Y de excitos la suerte le cubría...

— ¿ Quién va á crér á Don Felix ? Importuno,
Ó resentido, murmuraba alguno.

— Señores... Yo no soy lo que imaginan;
(Respondía sonriendo el muchachuelo
Con falsa suficiencia). ¡ Si le digo
La más pura verdad! ¿ Qué quiere, amigo,
(Con el que estaba al lado proseguía)
Que yo lo sepa todo? Ni Gobierno

Que fuera yo. Ni Tornquist es tan ducho,
Para no errar jamás... Y sonreía;
En tanto que, un incrédulo, decía
Á otro amigo, imitándolo: — Escucháme
Á este nenito, Máximo, y llevâme
El apunte, y contáselo á serrucho;
Y si de esta hecha te perdés, chiflame...

*

Tal se oye en torno de la falsa Esfinge
Que no sabe ella misma su secreto...
En sazón que, entre el ruido de la sala,
La diserta señora de Rovecha,
Que á sus frases las risas intercala,
Y la señora Storti, casi á voces,
Dialogaban así:
— ¿Cuándo es la fecha?
— Bien fijo no lo se... pero lejano
El día no ha de estar.
Mientras el piano,
Con trémulos y escalas infinitos,
Sus musicales frases insinúa:
Que se oyen como se oye la garúa,
Del agria concurrencia entre los gritos.
Y luego, la primera, continúa:

— ¿ Cuándo es el día ?

Y mira á la muchacha
Dolores, que al oir su casamiento
Debatido en voz alta, se compone
El pecho, y roja ya cual remolacha,
Sin más poderse contener, se pone.
Desde allí, desde el fondo de su asiento,
Alzando el vozarrón :
— El año próximo...
La interpelada al punto le contesta.
— La felicito Lola...
— ¡ Muchas gracias !
Apenas dijo entre sus labios ésta.
— Se lleva Usté una alhaja.
— La alhajita
La lleva Félix... (del sofá, responde
Felisa, con bondad).

Un visitante
Corta, con gran contento de Lolita
La plática angustiosa, y al instante
Se va la chica al comedor; de donde
Con un dengue gracioso, al tomar agua,
Y una seña también, como al descuido,
Que hondo reproche y amenaza esconde,

Se atrae á su galán; y poco á poco,
Cual discutiendo un punto extraordinario,
Se lo lleva charlando á la antesala;
Donde, en un sofacito solitario
En que ellos á menudo hacen su nido
Para arrullarse en soledad, lo instala;
Castamente, arrimando su vestido
Contra el objeto de su amor querido,
Cual la paloma al macho arríma el ala...
Se apretó la muchacha, de ansia llena.
Y ya en corriente límpida y serena
El coro de las horas, que resbala
Dormido en torno de él, pasa callado
Sobre el Idilio casto... Hasta el instante,
(Amargo instante que al Amor apena),
En que la esquila de la iglesia próxima,
Como un augurio de desdichas, suena
Las doce de la noche; y el reposo
Entra á la enorme casa revibrante
Hasta ese entonces de rumores plena,
Como un extraño pájaro zahareño,
De aquellos que en su corte misteriosa
Trae la Maga, que al hombre, bondadosa
Escancia el zumo de la flor del sueño...

---

## XL

## NUEVA INQUIETUD

Crisis también de desarrollo tienen,
Como las tiene el mecanismo humano,
Los pueblos en su infancia. El argentino
Hecho á luchar con la feraz natura
Y á conseguirlo todo por su mano,
Iba amansando al potro del Destino,
Corriendo del Progreso en el camino
Cual corre un gaucho con su potro el llano...
Campo abierto, la pampa del progreso
Se abría á su ambición; pero el que sube
Dejando abajo hasta á la misma nube,
Despierta emulación; tal vez por eso
Envidioso el hermano transandino
(Cuyo pleito de límites había
Llegado á su plenario) fomentaba
De su pueblo de « rotos » las pasiones
Y en el pueblo argentino despertaba
Desvelante inquietud; que en armamentos

Desbordando y navales bastimentos
Malgastando sus fuerzas, detenía
Su noble desarrollo, y se envolvía
En una lucha de gastar á rodos
Que, si en verdad á su rival hundía
En espantoso apuro y en miseria,
Á él, á Chile, angustiado le tenía
En atraso servil, en ansia seria
De pueblo peleador, que siente en torno
Del gran volcán en que se asienta, el horno
Hervir cada vez más.
El argentino
Solo anhelaba gentes de trabajo
Que hicieran un jardín de la ancha Pampa
Donde aun el potro libre el callo estampa,
Hasta la cumbre del peñón andino
Donde dormita el cóndor... Pero ansioso
El chileno miraba de año en año
Desarrollarse al pueblo valeroso
Que le dió libertad; y augurio extraño
De un secundario porvenir el alma
De pronto le llenó. De sus cañones
Quiso elevar la voz en el concurso
De alta labor... El Genio de la guerra
Ardiendo en ira sacudió las clines,
Voló sobre los Andes, y un momento

La sombra de sus alas taciturnas
Casi del todo ensombreció la tierra:
Llegando de la patria á los confines,
Hacia los cuatro vientos dió sus gritos
Y el relincho brutal de los clarines
Desdoblóse en los antros infínitos...

Más que los trenes que doquiera cruzan
El fecundo país; más que las naves
Que, rebosando de cereales, graves
La huyente calle de sus ríos hienden;
Más que el noble esplendor de la natura
Que riquezas derrama á la ventura;
Más que la voz de las potentes fábricas
Que todo hace vibrar; más que el torrente
De cueros y de lanas que en Europa
Viértese ya, cual de inexhausta fuente,
Que de la virgen tierra americana
Comercio y vida, juvenil, provoca;
Más que el éxodo inmenso de inmigrantes
Cuyas voces se elevan resonantes
Desde el pampero carmen á que surte;
Se escuchaban las voces inquietantes
Del eco antiguo del rencor profundo;
Que, cual rebota arrollador un lurte,
De la América austral llenaba el mundo...

Las hermanas Repúblicas más fuertes
Ibanse á exterminar... los negros cuervos
Olfatearon las sangres y las muertes;
Y en su instinto, con gritos de mil suertes,
Revelaron sus ímpetus protervos.
Y vióse entonces la actitud valiente
Del extranjero que en el Plata habita:
La transfusión de espíritu pampeano
En el ánima extraña, la potente
Intromisión de América en la gente
Que en ella sus potencias ejercita;
El dominio que ejerce en el humano
La llanura argentina, la bendita
Región que cambia al hombre en cuidadano;
Y hoy pone en su alma la afección fraterna
Mañana es madre que en su sangre grita
Y sus impulsos con amor gobierna.

No una, fueron varias las legiones
De italianos que al punto se formaron,
Anhelando pelear... verter su sangre
Al pié de la bandera y los cañones
Que templa el sol de Mayo... Se abrazaron
Como hermano al hermano con los hijos
Del inmenso país... y la pujanza
De sus brazos de obreros; sus fortunas

Ganadas con honor: todo, lo echaron
En el platillo aquel de la balanza
En donde al peso del cañón juntaron
Aquél que sólo la Justicia alcanza.
Cada cual puso un tanto en la partida
Que en entusiasmo crecedor vibraba:
Este, el de su hijo, aquél su brazo daba;
Quién su fortuna; quién hasta la vida,
Pues que en agitación tan desmedida,
Alguna insolación se lo llevaba
Arrancando al morir la misma nota
Que acompaña á la tumba al gran patriota.
Los mismos cuya edad por lo avanzada
Pudo exceptuar, se armaron cual muchachos:
Éste el fusil alzando, aquél la espada,
Corrieron al cuartel como al incendio
Corre el bombero. El mismo Don Antonio
Sintiendo por doquiera las llamadas
Que se hacían, en torno, al patriotismo,
Por conveniencia, más que por civismo,
Inició un batallón. El buen Vittorio
Empleaba sus rentas en soldadas,
Fusiles y vestuarios y cartuchos;
Y fué esto tan común, que hasta aquel mismo
Abusador y suspicaz Rovecha,
Valiente se alistó y hasta muy muchos

Cientos de pesos, de su bolsa estrecha,
En favor de las gentes enroladas
Hizo correr...

No sólo en las ciudades,
En todas las colonias se veía
Crecer el noble impulso : se diría
Un incendio en las vastas soledades
De las praderas vírgenes...

*

Un punto
Como á una sola voz y en un momento,
El millón de italianos que alimentan
Las márgenes del Plata, se alistaron;
En bellos batallones se formaron,
Y del gran Garibaldi llevó el viento
El himno arrastrador... cual si el escudo
Cruzado de cruz blanca un enemigo
Viniese á golpear! ¡Eran las fieles
Voces del Lacio al sacrificio prestas
Que la primicia de la acción pedían!
Era que dando naves y cañones
Y montando la guardia en los cuarteles
En los hijos de Augusto se encendían,

Llamaradas de sangre en explosiones,
Aquellos arrogantes corazones
Que como un arrollante remolino
Miróse un tiempo dominar la esfera
Llevando sus penates por doquiera
Al seco golpe del timbal latino:
Era el resucitar de las Legiones
Que, hoy en la patria de adopción, querían
Repetir las hazañas de Escipiones
En ejemplos de esfuerzo sin segundo:
Y el antíguo triunfar renovarían
Allá en las cumbres del Pampeano mundo.
Como retumba un grito en una gruta
Que se ensancha y difunde y finalmente
Acaba por llenar todo el espacio,
Así de guerra el retumbar creciente
Acabó por llenar el Continente
Y allá en las charcas se apagó del Lacio,
En honda vibración... El Rey sin tacha
Que marcó el rumbo del país romano:
El Rey altivamente ciudadano,
Á quien mató el puñal de un asesino,
Dándole vida en el martirio humano,
Alzó su voz por cima el oceano
Y el movimiento itálico-argentino
Inquieto reprobó. Fué la hora entonces

Del arranque final, en que se alzaron
Las dos pasiones fieras que chocaron
Cual proyectiles de tronantes bronces:
De la Italia Europea el egoismo
Y de la Italia joven argentina
La arrogancia magnánima y genuina
Que arrebatos prestóle de heroismo...
Como nunca se vió...

— « ¡Corpo di Baco!
¿No somos hombres libres? ¡Nada importa
Que no les guste allá! » dijo Vittorio
Y se lanzó á la Bolsa donde hervía
Ese pronunciamiento que se hacía
Tan lejos del país; y que estallando
Á tres mil leguas de él, llenaba el Reino
De honda inquietud. Así como agitada
Se ve la población del hormiguero
Cuyo tunel derrumba la pisada
Del potro errante en el vergel pampero,
Volverse y revolverse entre la tierra
Del derrumbe, y tomando precauciones
Doblar su actividad, tal se veía
Á argentinos y á gringos hermanados
Formando multitud de comisiones,
Que tenían millares de millones

Para el luctuoso evento preparados...

En tanto, allá en la férvida llanada,
La prestigiosa juventud que envidia
Por su elegancia y su esplendor despierta
En los pueblos vecinos, y en Europa
Su distinción dejando consagrada
Del suntuoso vivir triunfa en la lidia,
Como por soplo mágico cambiada,
Al agrio grito del clarín de tropa
En ejercicio militar lanzóse
Cual veterana... la región desierta
Dejó doquier por el porteño hollada
Llevando vida á la planicie muerta
Envuelta en soledad : en los relentes
De las húmedas noches, absorbía
Con el crisol de ideas de sus frentes
De juventud instruída, el soplo helado
Que hubiera al habitante de la Pampa
Para enfermar ó aturdecer bastado :
Á aquel que siempre hallara el mediodía
Envuelto en la holapanda de su lecho
De plumas recubierto y de frazadas,
En el llano sin fin se le veía
Descubierto, oponiendo á las rasadas
Del violento Pampero el noble pecho,

Más fuerte que el ombú, que destrozado
Dejaba en pos el ventarrón deshecho.
Veía el cielo, pedregal de estrellas,
Por dosel de su cama, aquel que otrora
El tapiz opulento contemplaba;
Y hacía, del armón entre las huellas,
Con trebol, lodo ó grama mojadora,
El lecho blando en que á sabor roncaba.
Para aquellos sublimes mujeriegos
Por la molicie antigua afeminados
Y que la inercia natural desdora,
Era en el llano suficiente abrigo
Y en aquel punto, de la nieve amigo,
Á falta de galpones ó de tienda,
La manta del recluta; y por merienda,
Después de saborear las golosinas
De una cocina cual de Rey, bastábales
La dura carne de la pobre tumba:
¡ Que tanto esfuerzo el patriotismo dábales!
Hecho ya el brazo á la viril contienda,
Ganosos de bregar los corazones,
Los antes sibaríticos garzones
Con juramentos, cual de triunfo en prenda,
Concitaban los manes de los grandes
Forjadores del sólio americano,
Que, roto el cetro en la sangrienta mano,

Tendieron por encima de los Andes
El invicto pendón republicano.



*

Y la hora viril sonó ¡á las armas!
Y el grito de arrebato llenó el cielo;
Y la inmensa República Argentina
Echó á la espalda el formidable arado
Y tal como una Diosa Campesina
Volvió á los Andes el gran torso airado
Contenta de si mísma... El ancha bóveda
El grito redobló... Como de augusto
Clarín que suena colosal arcángel,
En la hora final del toque adusto,
Desde la yerta boca del Estrecho
Al estuoso humedal del Pilcomayo,
El territorio espléndido argentino
El Delenda solemne del Destino
Tronó á los vientos con la voz del rayo.
Feral el grito despeinó las olas
Del Plata manso; y á la vez es fama
Que los navíos de la patria, fieros,
Por sí propios allá en sus surgideros
Cortaron las amarras; y en las solas
Costas del mar de Patagonia, alzaban

Sus mástiles cual horcas prevenidas;
Y la amenaza por doquier llevaban
Volcando, entre las aguas del oceano,
Ese aplomo profético de vidas
Que dá el Derecho al corazón humano...
El cañoneo recordó á los ecos
En las cuestas enormes de los Andes
El estruendo argentino; las laderas
Otra vez en sus morros y en sus huecos
Se hicieron al pisar de las guerreras
Legiones de la Patria; nuevamente
Los Pasos del Planchón y de Uspallata
Bajaron al ejército la frente;
Y con tronar de hirviente catarata
Ya todos los torrentes argentinos
De los altos peñascos descendiendo,
Fueron el presto triunfo previniendo
Por ribazos y cuencas y caminos...

---

# XLI

## CONTRA SU REY

Reunida en esas horas agitadas
De la agria expectación, en asamblea
Se encontraba « La Lyra » aquella noche;
Y trescientas personas agrupadas
Conteniendo un murmullo de marea,
La voz de un orador febricitante
Oían, como el son clarineante
De un toque de ¡ á la carga! en la pelea.

El hombre hablaba sacudiendo el pelo
De mata enmarañada y espartosa
Cual la melena de un león que asalta;
Y, del diserto hablar en el desvelo,
Apretaba los puños, la bardosa
Barba se espeluznaba, y los vocablos
Que de sus labios con inquieto vuelo
Escapaban como aves asustadas,
Parecían morder á dentelladas

Á aquello á que aludían... Cual relámpagos
Sus miradas chispeaban aguzadas
Por el furor; hablaba en un lenguaje
Genovés al porteño confundido
Que daba al demagogo enardecido
Aspecto aun más siniestro y más salvaje.

— Es un Garibaldino furibundo
De cuya escuela y amistad me glorio...
Dijo queriendo echarlas de discreto
Rovecha como hablándole en secreto
Casi dentro la oreja de Vittorio.

Quien á su vez (con malestar no escaso
Vuelta la espalda en su desdén profundo
Al corredor que tanto le buscaba)
Le decía al buen Lanza casi paso:

— Éste ha de ser un anarquista inmundo
Que viene á envenenarnos con su baba...
¿ Quién le ha dejado hablar ?

— ¡ El Presidente !
Que lo mande callar! Oyóse un grito
Sonar en el recinto de repente,

En el sillón presidencial sentado
Don Antonio al oirse interpelado,
Se movió cual si fuera un elefante:
Alzó los ojos de amenazas llenos
Y exclamando: — ¿ Qué dico l'atorrante?
La mano dirigió á la campanilla
Y la iba á agitar, cuando, serenos
Tras el gran borbollón del exabrupto,
Del orador los términos cual truenos
Corrieron en la atmósfera caldeada,
Imponiendo un silencio de alejada
Marea decreciente...

— Si hay esclavos,
(El orador frenético seguía
Sin que cortaran sus violentas frases
Ni los motes hirientes ni los bravos)
Si hay quien rompa la gleba todavía,
No debe de quedarse entre hombres libres:
Busque la esclavitud de las comarcas
Vergüenza ya de la creación entera
Donde aun marca del hombre la trasera
El puntapié soez de los monarcas!
Lejos de aquí quien rebajarse quiera:
Tienda temblando, como perro, el lomo
Al látigo que cruje en sus matambres;

Yo, más que carne libertades, como!
Las del amplia igúaldad: he ahí mis hambres.

Todo esto, en genovés aporteñado
De un vigor y un carácter inauditos,
Decía el orador... y entre los gritos
Continuó así el discurso arrebatado:
En parte alguna he de bajar la frente
Al dictado de un hombre: al alma invoco
Y escucho sus sentencias solamente:
Pues ellas son la Humanidad. ¡ No es cierto
Que convenga abstenernos si hay batalla!
Ni para creer en ello yo estoy loco,
Ni por quedar muy bien con Don Humberto
(Que después me verá como á un canalla),
Cruzándome de brazos cual testigo
Indiferente, he de dejar mis tierras
De cuartel general del enemigo!
Lo que es, Señores, por mi parte, digo:
Que de ésta y siempre en las futuras guerras,
Mi patria es mi Colonia! Y es mi trigo
Mi sólo Rey! Defiendo mis derechos
Contra todo invasor: fuera italiano
Y contra él pelearía! Si argentino,
Fuego contra el ladrón! Que si es mi hermano
Quien me viene á robar, caiga el hermano

Antes que caiga yo! Si alguno muere
Que sea el agresor...

— ¡Calle el sin patria!
— ¡Que calle el renegado! ¡El condottiere
Vendido por un pan!

— ¡Silencio! Siga
El noble pensador! ¡Bravo! Bien dicho...
— ¡Que no siga!

— Que sí!
Por fin profiere
En un arranque el orador nervioso
Que hasta al contrario más feroz obliga
Á dejarle concluir:

— Salí de Italia
Comiéndome las uñas con el hambre
Y sin un sólo sueldo en el bolsillo.
¡No me vino á ayudar ni un compatriota!
¡Ni he pedido jamás ni un cigarrillo!
Nunca esperé encontrar en mi derrota
Auxilio aquí, ni allí; pero si vivo
Y no tengo hambre, al trabajar lo debo
De estos dos brazos! Y lo que he ganado

Y lo que miras de ganarme llevo,
No lo voy á exponer por zonzerías
De Reyes viejos que á costillas viven
Del desdichado obrero !

— ¡ Ya es bastante!
— ¡ Que calle el lenguaráz!

De nuevo triunfa
La libertad de ideas:
— Mis teorías
(Prosigue el orador con heroismo)
No sé si gustarán; pero con sangre
Yo las sé sostener, y ya lo he hecho,
Primero ante las flechas de los indios;
Ante el balear, después, de los motines
Atravesando el blanco de mi pecho;
Ya montando la guardia en los Fortines
Del chileno ladrón ora en acecho,
Ó en elecciones cien, municipales,
Meneándoles revólver á los criollos
Que querían tratar á nuestras gentes
Del rebenque al crujir, como á animales!

Muchos aplausos por doquiera se oyen
Y algún ¡Muy bien!... Con ello se acentúa

La inspiración del orador, que enérgico,
Con ésta frase ardiente continúa:
— Si volvemos á Italia ¡que lo dudo!
Podremos ser entonces complacientes
Con la alta conveniencia diplomática.
Hoy la defensa propia se nos quita
Lo mismo que á serviles. Los dineros
Que han de darnos el triunfo con las naves
Que hoy nuestra nueva patria necesita,
Ponemos á intereses lisonjeros...
Puesto que está lo mísmo en nuestras manos
Que en manos de los ricos Estancieros
Que nos dan de comer porque nosotros
Les hacemos ganar lo que ellos comen,
El porvenir de la encantada tierra
Donde, la libertad simbolizando,
Hasta ayer, por un llano sin fronteras
Libres volaban los clinudos potros
Cual libre hoy corre el viento murmurando
El himno de las vastas sementeras!
¡Hagamos un esfuerzo, compatriotas
Y así como lo han hecho algunos otros
Demos cuanto podamos!
— ¡Muy bien dicho!
Claman algunos ya por el arranque
Del hombre dominados...

Otros gritan:
— ¡Dice bien! ¡Habla bien!... Nadie se atreve
Á cortarle la frase con acciones;
Ni, su elocuencia á amordazar, se mueve
Nadie, de su lugar.
— Y si nos quitan
La nacionalidad, como amenazan
Hacerlo desde el Tíber los paisanos,
(El hombre continúa enardecido)
Tanto peor para Roma, patria ingrata
Que nos echa de sí!

— ¡Fuera el vendido!
(Braman de nuevo las hostiles voces)
— ¡Ese es un anarquista! ¡No escuchemos
Más tiempo sus insultos!

— ¡Á la calle!
— Que no abra más la boca deshonrada!
— ¡Echémoslo á patadas! ¡Denle coces!
— ¡Le doy, al que se allegue, una estocada!!
Dice un hombre á su lado.

— ¡No! ¡Que siga...
— ¡Al que se acerque á él le encajo un tiro!
¡Que al fin dice verdad!

— ¡ Silencio !

— ¡ Diga !

¡ Que la palabra es libre !

— ¡ Si, señores !

¡ Ya voy á terminar!... (Ruge el nervioso
Orador campesino). Solamente
Es esta mi opinión : — Por hoy, formemos
La legión italiana convenida ;
Y que quiera allá el Rey ó que no quiera,
Que reproche ó aplauda nuestro empeño,
Portémonos cual gente agradecida
Á quien ha tiempo que habituó la vida
Á respirar donde no manda un dueño !

*

— ¡ Señores ! (levantándose Vittorio
Entre gritos y aplausos y entre risas
Queriendo uniformar al auditorio,
Cuando el otro calló, tras breve pausa
Dijo en frases corrientes y precisas
Que mostraban su rápido adelanto)
Mi modo de pensar es ya notorio.
Yo no soy tan violento en mis premisas,
Ni la prima al payar estiro tanto ;

Pero es muy santa nuestra nueva causa
Y hasta creo, en el fondo, como piensa
Mi antecesor en la palabra... Intensa
Es mi afección á ¡Italia! mas me glorio
De ser padre de hijos argentinos
Y ser yo mismo hechura de esta tierra,
Que del facil trabajo es el emporio;
Y si en sus pueblos, calles, y caminos,
Del ancho Plata hasta la Andina sierra,
Sangre latina y cuerpos italianos
(Como á mis hijos que el Destino guarde)
Han de encontrar las Furias de la guerra,
También mi sangre manchará los llanos!
¡Que nunca el que agradece fué cobarde!
Lo que soy, lo que tengo, lo que puedo,
Lo que me hace vivir en alegría,
Lo debo á este país! Antes sería,
El interés y la razón perdidos,
Mal patriota en Italia, que villano
Y mal patriota aquí! ¿Quién, por oídos
Dar al capricho de su padre anciano,
Ha de dejar hundirse en el pantano
Con su mujer los vástagos queridos
Á quienes diera el ser? ¡Fuera inquietudes!
Que nunca teme errar quien las virtudes
Consulta antes de obrar... ¡Venga el navío

Que queremos donar! Basta de miedo!
Corramos en auxilio del hermano,
Que es, todo, al fin, para nosotros mismos;
De nuestro sano hogar para las prendas,
Para las cosas que nos son queridas:
La mujer, la familia, las haciendas
Y el honor, más precioso que las vidas;
Contribuyamos con dinero y greyes
En favor de esta patria; y á los reyes
Dejémoslos que sigan imponiendo
Sus voluntades cual si fueran leyes:
Hoy, vamos todos, otra patria haciendo...
Á defender su territorio vamos
Pese á quién pese ya, y contribuyamos
Á establecer la autoridad de América;
Que si del Lacio por la sangre somos,
Si hemos de ser en realidad latinos,
Nuestros Dioses Penates defendamos
Y, cual nietos de Scévola, sepamos
Por siempre mantenernos argentinos:
Hoy, en la pira de la misma patria,
La mano entre áscuas, sin dudar metamos!
— ¡Bravo! ¡Muy bien! En torno se escuchaba
Sin discrepancia, en aplaudir sincero:
Y la emoción del patriotismo austero
Los fuertes pechos sin doblez llenaba...

*

Cuando Vittorio se sentó, en contorno
Algunos socios y á la vez gritaban :
— ¡Que hable Lanza !
¡Que parle Dum Antonio!
— Que hable el Banquero! Y otros exclamaban :
— ¡ Que diga su opinión lo Presidente!
— ¡ Vamo á vé lo que dice ese valiente!

Se hizo el silencio con bastante pena.
Y, cual si hablase con la boca llena
Por un bocado por demás caliente,
Aquel envanecido Presidente
El siempre invicto Don Antonio Lanza,
Cual rasgado tonel que se vacía,
Echar á gorgoritos parecía
Las palabras que estaban en su panza
En corrosivas bascas :

— Pué... signores...
(Gorgorito primero). Hace ya tiempos...
Que yo stoy en el paise, e me parece...
(Gorgorito segundo y triunfadores
Revoloteos de ojos) que otras vece
Hay dicho il mio pensar... Si l'ordinanza

Regal, viniese hoy mimo pe telegrafo;
(Aquí la mano voladora avanza)
E viese yo, que el Rey me ritiraba
La nacionalitá... cume amenanza
Facherlo sin razón... ¡Me bato á Musa!
¡Nada! ¡Ma lo que es nada! me daría...
¡E yo non tengo que buscare escusa!
¡E estean sicuro de que non me vanto!
Lo mimo fuerra que lo Padre Santo
Creyendomé una oveca de su tropa,
M'amenazara que si no iba á Uropa
En peregrinación de caquetillas,
M'iba á escomunicare! El Rey, lo Papa,
Hoy ya hace rato que m'inquiertan tanto,
Como la vieca é andrajosa capa
Conque allegé á esta tierra... Escumunione
Reliquiosa, lu mimo que pulitica,
Me importan meno que volcar mi copa
De vino cuando manyo allegremente...
¡Que no me importa un pito! Francamente...
Lo uno como lo otro no enfriaría
¡No haiga cuidao! mi suculenta sopa,
Ni de noche dormir me impediría!
Esta son mi opinión particolares:
Yo me filtro en lo Rey y en los Altares...
Non me vengano á mí cun sonserías.

Aquello no fué un trueno: veinte truenos
Á un punto mismo que en el alto espacio
Rompen y estallan, de más ecos llenos
Ni de más vibración no reventaran;
Ni de la rica « Lyra » el gran palacio
Más aturdido en derredor dejaran,
Que el baladro de aplausos y de voces
Que acogieron las frases incendiarias
Del cínico gañán.

Unos por risa;
Por dar contento al potentado, algunos;
Otros como ébrios por el agrio ambiente;
El hecho fué que le aplaudieron todos:
Y, echando panes, bravateando á rodos,
Muchos tomaron parte en el debate;
Y del siguiente día en la mañana,
Otra legión formábase italiana
Y se encargaba un barco de combate.

---

## XLII

### CONTRA SU DAMA

Es la estación en que promedia Octubre
Extendiendo ese estambre luminoso
Que á la ciudad de Buenos-Aires cubre
Y la embriaga de luz, y que la abrasa
En los albores del verano estuoso;
Y, allá en el patio interno de una casa
De un adormido barrio suburbano
Que apenas turba el revibrar lejano
Con que el comercio á la ciudad atruena,
Bajo de un sol, ya á su cenit cercano,
Con seriedad muy cómica se pasa
Esta de infantes militar escena:

Pigmea tropa, armada de fusiles,
Minúsculos como ellos, constituida
Por lindos niños de hasta doce Abriles,
Cuyas caras parecen amapolas
Con vida y expresión, jadeando en torno

Del brocal del aljibe y sus pipones,
Sin descanso ejercita evoluciones
Con ímpetus, ¡oh sol! que ni aun tú arredras,
Entre el espeso vaho del bochorno
De uno de aquellos días como de horno
Que del Plata retuesta hasta á las piedras.

Del más bélico ardor, empero, llena
Está la tropa; el vivo movimiento
No es más preciso nunca, ni violento
Que, cuando allá en la trompa, donde suena
Otro chico mayor, sones de mando
Que un buen señor con su espadón le ordena,
Vibra de pronto el toque de « Á la carga »
Que el infantil arranque desenfrena
Con su armonía arrebatante y larga...

Es de verlos entonces cuál se agitan
Y en el paso gimnástico arrancando
Un fiero grito á Buenos-Aires dando
En la carga feroz se precipitan...
Y ya impulsádos de arrebato terco
Sin escuchar más toques de corneta
En los gigantes álamos del cerco
Van á encajar la aguda bayoneta.

Un momento la austera disciplina
Pierde la tropa que guió el Sargento
Y á los chicos se ve en aquel momento
Cual si estuviesen en verdad peleando,
Sacar astillas de los gruesos troncos
É ir, en su afán, hasta ponerse roncos,
Mil improperios de furor lanzando.

Torna después la tropa, y alineada
Ya se la ve. Como agria clarinada
Suena una voz que dice: Apunten!... Fuego!!
O: En guerrilla! Y los pasos se oyen luego
De isócrono marchar... Ora el piquete
Ejecuta las órdenes que grita
Desde su puesto el hombre barbicano
Lleno de carnes y ya un tanto obeso,
Que, del sudor del rostro los chorreones
Enjuga al sol con la vellosa mano:
Para lo cual, del tiempo se aprovecha
En que, su Compañía de pichones,
Viene á cumplir, con precisión de acciones,
Una audaz contramarcha á la derecha.

¿Mas qué le pasa al instructor ahora,
Que, cual si la inquietud con su acicate
Le hiriera el corazón, con voz sonora

Grita : — Alto ! al pelotón, y el rostro vuelve
Al punto donde empieza el lindo arriate
Que en plinto vegetal se desenvuelve
Formando de glicina verde puerta,
Bajo cuya cornisa aromadora
Que embalsama el jardín con sus olores,
Ni un muchachito á atravesar acierta
Sin que sobre él la enredadera vierta
Cual sobre un triunfador, lluvia de flores ?

¿ Qué ocurre al instructor ? ¿ Por qué se fuera
Dejándole las tropas al Sargento
Hasta el arco triunfal de enredadera ?

Es que llegar ha visto á su señora ;
Es que exclamó de allí : — Pero Spacagna !
(Felisa en alta voz). Mira que es hora
Que descansen los niños !... Y tú mismo !
Es muy fuerte el calor !
Cual se despierta
El ser alucinado de un ensueño,
De su propio excesivo patriotismo
Vittorio despertó ; bajó la mano
En que la espada vieja relucía,
Volvió el rostro á las tropas, muy ufano,
Y á su Sargento, un chiquitín trigueño

Que mucho á su mamá se parecía,
Así le preguntó; queriendo en vano
La risa contener: — Diga, Sargento!
La gente está cansada?
— Qué esperanza!
(Repuso el niño con heróico acento)
La Milicia argentina no se cansa!
— ¿Escucha Usted, Señora?... Con la risa
Que alteraba la frase entre los labios
Tornando hacia la dama en el momento,
Vittorio contestó... — Presenten... ¡armas..!
Mandó después. — Á discreción, descansen!

Y mirando acercarse ya á su esposa,
El reproche luciendo en las pupilas
Y apuntando en su boca temblorosa,
Resuelta á interrumpir un ejercicio
Que en lugar de virtud rayaba en vicio,
Por causa del gran sol, un: ¡Rompan... filas!
Como un trueno lanzó; y apenas hubo
Terminado la frase, los chiquillos
Veloces como alegres cervatillos,
Dejando sus fusiles de juguete
En pabellón armado con destreza
Junto al asiento en que bien pronto el padre
Con todo el cuerpo arrellanado estuvo

Á la sombra fresquita del naranjo
Enjugando su frente y su cabeza,
Corrieron todos á rodear la madre
Que muy seria avanzábase hasta el grupo;
Y Vittorio exclamó: — ¡ Tráiganla presa!
¡ Es una espiona! ¡ Una chilena, es esa,
Que ha pasado los Andes!
Tal llamaba
Al alto veredón que separaba
El primer patio, de la hermosa quinta;
Y que de mármol en graciosa cinta,
Balaustrada elegante sustentaba.

— Déjenme, ¡ vá!
Felisa, con fingido
Enojo les decía jadeando,
Á los muchachos, que en cerrado nudo
Al de ella sus cuerpitos apretando
Tomándola de brazos y vestido,
La arrastraban, cual llevan á empujones
Hasta su cueva á la muriente abeja,
Á veces esos negros hormigones
Bandidos del trigal; y la pandilla
De aquella irresistible mostacilla
Le quitaba la acción...

Con carcajadas
Mandaba que lleváranla « á la reja »
Festejando la escena el italiano,
Y hacía burla á su mujer, que en vano
Resistía á la turba.

Los chicuelos,
Tomada en serio la prisión, tiraban
Tan recio de la madre, enardecidos,
Que casi la tumbaban por los suelos;
Y tan, luchando, en vilo la llevaban
Que á crujir y soltarse desprendidos
Con gusto de los niños comenzaban
Las pretinas de enaguas y vestidos.

— ¡ Á ver ! ¡ Mocosos !... Y la mano alzada
Felisa hacia el mayor : — Si no me dejas...
Te arranco ahorita mismo las orejas !
¡ Groserote !

— ¡ Sargento ! ¡ No la suelte !
(El marido ordenó)... Traigalá atada,
Si no quiere marchar, codo con codo.
¡ Como á un malhechor !

Cerró el Sargento

Al oirse alentado de aquel modo
Cuanto alcanzó de la mujer la mano,
Mas fué su esfuerzo y su designio vano
Porque la madre, ya en aquel momento
Fuera de sí, con repentino enojo,
Por el sudor sintiéndose hecha sopa,
Aplicóle un cachete soberano
Que dejó el rostro del Sargento rojo
Y puso en fuga á su asustada tropa...

*

Entonces, sólo entonces, vió Vittorio
Que iba el asunto en serio: — Cheé, chinita...
(Exclamó levantándose y corriendo
Hacia su esposa entre la inmensa grita
Del grupo de chicuelos, que aplaudiendo
El bofetón que se llevó el chiquillo
Iba sus llantos de dolor cubriendo
Con el clamor de risas renovado)
Qué te pasa ? ¿ Por qué te has enojado?
Qué es lo que tanto, y sin razón te irrita ?
Proseguía el marido que tomóla,
En su inquietud mezclada de ternura,
Un brazo con su mano y con el suyo
En medio de la grita y el barullo,

Echóla un cinturón á la cintura...

Aun rígido el semblante del enfado
Sin dejarse ablandar por las ternezas,
— Vos sos incorrigible... ¡Qué locura!
(Le dijo la mujer, con rostro airado)
Está Luisita enferma... y no se sabe
Si su fiebre tenaz es leve ó grave,
Y tú como otro chico con los niños
Pasas el día al sol! — Ella repuso
Después el rostro; con bondad compuso
El traje y sonrió...

Los chiquitines
Rodeaban á la madre con cariños
Haciéndola olvidar el raudo enojo.
Solo allá lejos, el Sargento, rojo
De vergüenza y rencor, la bayoneta
Probaba entre las hojas de una tuna
En la que herida formidable hacía
Con aire de matón, como diciendo,
— ¡Si no fuera mi madre... ya vería!

Era aquél un domingo sofocante,
Sin aire, todo luz, todo destellos,
Y la madre, llegando al rencoroso

Soldado en ciernes le palmeó el semblante
Y un beso le dejó entre los cabellos...

— ¡Vayan adentro! Dijo ya calmada
Á los chiquillos, con la voz tomada
De ganas de llorar, dando otro beso
Y manoseando en íntimo embeleso
Al cacheteado, que enjugó su lloro
Con disimulo de varón curtido
En el corpiño de la madre amada,
Donde escondió la cara enrojecida
Lleno de aquel impávido decoro
Con que vienen los criollos á la vida.

Y Felisa agregó: — No me hagan ruido;
Para llevarlos á pasear, la criada,
Vamos á ver si se mudó el vestido...

*

Y hacia el esposo con amor volviendo
Ya entonces el semblante: — ¡Ven! (le dijo)
Mira qué resultado se consigue
Con ir exagerando y removiendo
La furia de la Guerra...

« La Bandera »

El diario italo-criollo entre las manos,
Entró después seguida del marido
La nerviosa Felisa al Escritorio ;
Y con palabra rápida y severa
Estos renglones le leyó á Vittorio :
« Hace muy bien en reprochar enérgico
Quien dirige tan bien nuestros destinos
El Rey, nuestro amo, á la Colonia inquieta
Que vive y que trabaja entre argentinos,
Por su actitud parcial ! Que no se meta
El italiano en lo que no le importa
Y será para todos más ventaja ;
Que siga en su trabajo quien trabaja
No se le vuelva un duro pan la torta !
Dominen los de Italia sus pasiones ;
Dejen su intento de formar legiones,
De dar armas y buques y dineros
Ni á este ni á aquel país.
Los extranjeros...
. . . . . . . . . . . . . . »

— ¡ Basta ! Basta, Felisa. Los idiotas
Que escriben esos sueltos majaderos
Y alimentan del pueblo el idiotismo,
Ya más no se dirán mis compatriotas ;
Las ligaduras de mi Italia rotas

Voy á hacerme argentino al punto mismo!

La frase al escuchar tan altanera,
Felisa se quedó como si viera
Abrirse ante sus plantas un abismo.

— Mañana pediré ciudadanía,
Y esta patria será la patria mía!
(Vittorio prosiguió de furia ciego
Mientra á sus labios trémulos salía
De su violenta indignación el fuego)
Y así nos dejarán! ¡Corpo di Baco!
Defender de chimangos nuestro nido;
Ó de todo extranjero pajarraco...
Y al decir esto, el hombre enardecido
En palabras cual gritos de clarines,
Martillaba las tablas con el taco
Haciendo reventasen los botines...

*

— ¿Y qué más vas á hacer, (dijo la esposa
Mal contenida al fin) siendo argentino,
De lo que ya por esta tierra has hecho?
— ¿Que, qué más voy á hacer? (fuera de tino
La voz trastrabillante de furiosa

Vittorio contestó). Poner el pecho
En la primer trinchera de defensa
Y sin cuidarme de la imbécil prensa
Conducir á mis hijos, con derecho,
Á defender la patria idolatrada
Que les diera el destino...
La alegría
Ya no pudo esconderse en la mirada
De la esposa feliz, cuyos abrazos
En un arranque de delicia fiera
Apretaron al hombre : — ¡ Así, Vittorio !
¡ Así, mi patroncito, te quería !
¡ Así te reconozco entre mis brazos !
¡ Así te quiero por la vida entera !
Exclamaba Felisa alborozada...
Y ahora, mi Vittorio, mi delicia,
Ya no es el caso de mudar bandera...
¡ Démos gracias á Dios !
Y la noticia
Que guardóle hasta entonces reservada,
Y que la puso por demás nerviosa,
Con voz apasionada y cristalina
Le leyó : « Que al arbitrio de Inglaterra,
Mientras no presentárase otra cosa,
Quedaba la cuestión tan enojosa
Del Andino deslinde confiada ;

Y que ya, en la República Argentina
Merced á Dios que á la maldad destierra,
Con Chile estando la cuestión zanjada,
Desde aquella pacífica alborada
Por mucho tiempo se aplazó la guerra... »

Y en tanto que esto la mujer leía,
La ciudad opulenta dando á vuelo
La formidable voz de sus campanas,
Al son de bombas, cohetes y cañones,
Elevaba las gracias soberanas
Como elevan sus preces las naciones,
Con una inmensa vibración de cielo
Y un contento floral de corazones...

---

## XLIII

### COMIDA DE BODAS

— Dun Pepe, vamo á vé... Ninguno viene
Á tomar agua aquí! Mirá ché Lino
Que esto señor las hidrofobia tiene...
Non le sirvás más agua.

— Pero Lanza...
(Exclama la mujer del increpado)
Ya sabe que José no toma vino
Por que le sienta mal.

— Mirre, Señora!
Non me diga despué que e mala crianza:
Ma el agua é pa los bueyes...

Y la risa
Que se alzó en el concurso aturdidora
Imitaba el reir de la marea,
Que sonantes guijarros acarrea...

— ¿ Qué dijo ? Preguntó la niña Luisa,
Hermana del esposo festejado,
Que siempre reprochaba en Don Antonio
La basta impulcritud.

— No lo he escuchado.
¡ Pero frase ha de ser muy delicada !
Otra niña no menos educada
Que todo oyó muy bien mas no quería
Repetir otra vez la grosería,
Á Luisa contestó.

— Mi pobre hermano
(Pensó ésta para sí) tendrá tarea
Y habré de verlo prontamente cano
Si ha de educar al suegro !

— ¡ Pero, Lino !
(La señora global de Don Antonio
Gritó en aquel entonces al sirviente)
¿ No le traen guiso á Don Vittorio ?

El hombre
Hacia el oficio se lanzó sin tino
Medio azorado : tres ó cuatro mozos
Para aquella emergencia reclutados

En las Fondas vecinas y los criados
Que de habitud servían de asistentes
Del suntuoso Banquero, del palacio
Tenían el Oficio y la Cocina
Y los pasillos, todos, asordados
Con el ir y venir de sus carreras
Inútiles las más. Las tres mucamas
Que el servicio de adentro dirigían,
Embromando á los criados forasteros,
Á hacer más disparates y entreveros
Con su criollo reir contribuían
Y á hacer mayor la grita.

Era aquel lujo,
Intemperante en todo y chacharero,
El de la tosca gente de trabajo
Que ganando á sus anchas el dinero
De la pródiga vida ante el influjo
Á que se siente súbito arrastrada,
Se desquicia por fin; pues que sin tiempo
De aprender á llevar tal existencia
Piensa que en derrochar todo á destajo
La salud como el oro, sin conciencia,
El toque está que presta resonancia,
Y que vuelve al gañán afortunado
Un dios por los mortales envidiado

Árbitro de la gloria y la elegancia.

Mas es la Distinción vírgen tan pura,
Y tan augustamente recatada
Como pupila que es de la armonía,
Que no hay fuerza, no hay oro, no hay ventura
Que la traiga del zafio á la morada,
Ni la haga compartir su villanía:
Á que no estuvo nunca acostumbrada.
¡Y cuántas veces junto al atrio incierta
Encubriéndose el rostro con las manos,
Se la vé, como ahora, ante una puerta
Que á la honradez y á la bondad abierta
Como se encuentra franca á la fortuna,
Siempre quedó sin remisión cerrada
Á la armoniosa virgen encantada
Que á tan pocos guió desde la cuna!

*

Vino á poder de Don Antonio Lanza
El suntuoso palacio de Montalvo,
Que sus rejas magníficas avanza,
Por pilares esbeltos sostenidas,
En una de las grandes Avenidas
De la hermosa Ciudad.

El edificio
Su estilóbato audaz erguido eleva
Sobre un plinto de mármol veteado,
Del que nace el frontón. Finas columnas
De fuste por la estría acanalado,
Forman el peristilo: encima ostentan
Un dombo de artesones recamado
Que horadan dos airosos ventanales
Cubiertos de rosetas con cristales;
Al pie de los que llegan con sus techos
Los lindos pabellones laterales
Que al vestíbulo asidos se presentan
Como de mármol dos turgentes pechos;
Vestidos por los pliegues trepadores
De « jazmines del pais » que como estrellas
De la unión de las chápas en las huellas
Cuelgan las motas blancas de sus flores
Que aromatizan todo.

Aquel palacio
Tan mal cuidado que parece cuenta
Á quien le observa atentamente ahora
La existencia azarosa en que ha caído
En poder de un gañán enriquecido,
Como manchas de arrugas en un rostro
Que miente juventud, las inquietudes

Por que siempre pasó, dice bien alto;
Y hoy encierra en sus regias magnitudes
Un hogar si no falto de virtudes,
De buena crianza y de modestia falto
Y aun de honda moral.

Rico heredero
Vuelto de un viaje de placer á Europa,
Lo mandó levantar en aquel punto
Céntrico y bien expuesto. Aún flamante
Y sus muebles aún no colocados,
En una noche de arrebato ciego
Con muebles, con carruajes, con criados,
Su propietario lo perdió en el juego.
Comprólo al ganador, que no era rico,
Un corredor de Bolsa que habitólo
Por pocos meses y llenó de parches
De detestable gusto la armonía
De su soberbia y noble arquitectura;
La que quedó cargada á la ventura
De maciza y barroca alfarería.
Cedióle el corredor al poco tiempo
Al riquísimo Lanza, cuyos chicos
Malcriados y torpes se encargaron
De consumar la destrucción.

La bella
Escalera de mármol de Carrara
Que bajaba al jardín, sirvió de punto
De cita de sirvientes y chiquillos,
Que roma de molduras la dejaron
Á poco andar. Las lindas balaustradas
Y livianas y puras acroteras
Y abacos elegantes y sencillos,
Con flechazos y golpes de pelotas
Y el trepar de los piés de aquellas fieras
(Cuya propia inconsciencia enardecía),
Fueron doquier mostrando desconchados,
Por aquí, por allí, por todos lados
El crecer del derrumbe día á día.

*

Al entrar Don Antonio en la morada
Como Alarico en Roma, los jardines
Que copió de Le Notre el paisajista,
Cayeron al tropel de los muchachos
Más arrasante que tropel de potros;
Y en cambio para adorno y para vista,
Se llenaron de estatuas: mamarrachos
De cimento (la industria Bonaerense
Que encantaba al salvaje) y de rocallas

De detestable gusto; con canteros
Llenos de conchas, cruces, corazones,
De chillante color... sobre los cuales
Se veían de diario, las señales
Del paso de los chicos en legiones.

Instalóse el Banquero en su vivienda
Así como en común, allá en su tienda
Entre su tribu se aposenta el Jeque;
Sin orden y en montón; con su familia
Poco más fina que él; con sus torpezas
De burdo enriquecido; con sus criados,
Glotones, sucios, torpes, deslenguados,
(Que aquerenciaba más que sus larguezas,
El verse tan fielmente retratados
En el alma del amo); con sus loros,
Que alzando atronadora algarabía
Turbaban la vivienda todo el día;
Con sus perros pulguientos; sus reales
Parejas de caballos sementales
De calidad soberbia, y descuidados
Tanto como los perros; con sus muebles,
Mezcla de Cambalache y de Museo
Caótico y vulgar; con el derrame,
Chocante por su estúpido desorden,
De aquellas atronantes comilonas

Que eran del viejo Fauno la delicia
Cuando Venus, cansada ya, le huía
Y á su labio como antes no ofrecía
El melífluo dulzor de su caricia...

Muchos miles de pesos resbalaban
Mes á mes de la casa del Banquero
En tan torpe vivir...

Se destrozaban
Con tirones, los chicos, y en peleas
Libres como los hijos del Desierto,
Ropas cubiertas de lujoso encaje
Y botines de lujo y mecanismos
De juguetes costosos, que quedaban
Ensuciando el jardín como cadáveres
Que en un remoto campo de agramante
Las tropas al huir abandonaban
En horrible desorden... Siempre en coche
(Sin que estudiaran sólo una hora al día),
Cual máscaras pasar se les veía
Por las calles peleándose y gritando
Hasta en las altas horas de la noche:
Á veces á las criadas arañando
En raptos de furor... Mientras que, sola,
Y como una ambulante joyería,

La madre por doquiera se mostraba
Repantigada siempre en el carruaje ;
Y en el desborde de su orgullo fiero
De criolla irreflexiva, le duraba
Un mes apenas cada hermoso traje :
El que al bolsón del torpe compañero,
Que gastaba sin cuenta, le costaba
El valor de una finca casi entero...

*

Vertiendo luz cual de cristal de roca
Hoy la mansión espléndida reluce.
Con Féliz Spacagna, Dolorcitas
La hija del Banquero, toma estado;
Y al banquete nupcial las dos familias
De Lanza y Spacagna, cuanto luce
En la ítala colonia y más granado
Ó adinerado en élla se destaca,
Con tan fausta ocasión han invitado...

Á manera de incendio relucían
Primero sobre el parque á que asomaban
Del salón opulento los cristales;
Poco después los amplios ventanales
Del comedor, inmensos, se encendían ;

Del jardín invernal el techo luego
Cuyas chapas de luz abrillantaban
Con vibraciones vívidas de fuego,
Á las hojas de plantas tropicales
Que en sus áureos espejos se apoyaban
Cual sanguíneas caritas, dulcemente;
En tanto que por ellas resbalaban
Las lágrimas nocturnas del relente...

*

Al comenzar los postres, la pareja
Que juventud destella y hermosura,
Piensa desparecer: cual dos palomas
Que juntas van sobre las verdes lomas
Donde ocultar, buscando, su ventura...

Allá en las islas del gracioso Tigre
El chalet de Felito los espera,
Dulce nido de amor lleno de calma!
En tan secreto albergue de verdura
Pueden cambiarse el corazón y el alma
Los dos novios, en plácida ventura;
Y, cual las aves en oculto asilo,
Alzar el canto del amor tranquilo
En santa intimidad con la natura...

Pero es triste la espera en la alegría
Aturdidora y fútil del tumulto
Ó el placer general, para las tórtolas
Que arrullarse desean en secreto
Elevando al afecto el sano culto
De religiosa intimidad... Se ansía
Para sí y para su ángel bendecido,
Menos bondad, menos cariño en torno:
Del grato arroyo el susurrar dormido
Allá en el fondo de la selva oculto;
Del nido aislado en la floresta umbría
El sobrio parlotear de pichonzuelos;
Un árbol centenario, cuyas ramas
Movidas por el aire hablen á lo íntimo;
La confiada sonrisa de los cielos
Y el remullido asiento de las gramas,
Es cuanto basta para el alma pura
Que, unida con el bien de su ventura,
Oh, Amor fecundo, en tu arrebato inflamas!

Mas no ha llegado el sin igual momento
De intensísimo y lánguido aislamiento
Que Lolita ora teme, ora ambiciona...

*

La escena aquella de infundado orgullo
Por la suntuosa estolidez dispuesta,
Es la escena que estamos contemplando:
Momento el más brillante de la fiesta,
Promedio de la enorme comilona
En que la gente aumenta, con barullo,
El barullo continuo de la orquesta,
Que su monte de notas desmorona...

Mal dirigida y casi peor compuesta,
Aquella banda á la que nadie escucha,
Parece que en sus ímpetus contesta
Al sonar de las lozas y las voces
Que retiñen en torno, con atroces
Chillidos ágrios y rasgantes tonos:
Que al fin, cubren el eco de los platos
Cual si en combate de atronante estruendo
Fuera del alto techo descendiendo
Una lluvia de monos y de gatos.

En torno de la mesa, iluminada
Con luz chillona, pues que sobra, á extremo
De que sufra la vista, y la mirada
Ciegue en tan vivo ambiente luminoso,
Un centenar de seres rozagantes,
Con la dicha pintada en los semblantes

Ó la envidia en el rostro retratada,
Manotea, se ríe, se revuelve,
Come, se llena de aromosos vinos,
Y levanta más honda gritería
Que la que alzara una contenta indiada
Reholgándose allá en su toldería.

Aquí está la señora de Rovecha:
Lagartija de piel resplandeciente;
Con su avispada delgadez de flecha,
Sus labios finos, su aplanada frente;
Sus ojitos de vívido destello;
Y esa especie de aureola de cabello
Que al instante á la vista la destaca
De aquel concurso espeso y bondadoso,
Cual si exhalase de su rostro airoso
Rencor á un tiempo de infecunda y flaca.

Allí, Felisa, más que nunca joven,
Á la derecha del locuaz Banquero,
Con modesto tocado de buen gusto
Que realza lo negro de sus ojos
Y su graciosa cara de morena
De mil bondades y ternuras llena;
En medio de tan gran garrulería,
La clase acomodada representa

De aquella poderosa burguesía
Que la graciosa sencillez sustenta
Que fué el carácter de su patria un día...

Allí la inmensa dama del Banquero
Con un corpiño que le aplana el dorso
Y el pecho colosal, y del que en partes
Este desborda cual torrente fiero
De palpitantes ondas de manteca,
Trata en vano de erguir el blando torso
Y arregla las oleadas del escote ;
Por donde en sartas sube hasta el cogote
De perlas un collar...

Vittorio al lado
De la dama; á la izquierda el estanciero
Don Alberto Almaviva, que, enfrentado
Con Rovecha que arrulla á su pareja,
Lo hace con la de él; mientras Felisa
Rie de entrambos...

Próxima á Vittorio
Otra elegante dama; á la derecha
De ésta, un viejo glotón que no habla jota;
Y allá en la cabecera, donde flota
De azahares y tules como un palio

Blanquísimo dosel, sueño de flores,
Lolita, de pasión resplandeciente,
Y Feliz, en los ojos y en la frente
La embriaguez ideal de los amores,
Parecen dos efebos triunfadores
De gloria envueltos en brillante ambiente.

*

Cerca del novio y su gentil pareja
Siéntanse tres mozuelos argentinos,
Sus amigos mejores, que bajaban
En ocasiones como aquellas solo,
De las altas regiones sociales
En que alternaron siempre; y cuyas voces
Con sus frases cadentes, se acordaban
Á favor de sus timbres cristalinos
Y el flexible ondular de sus modales
Parecido á moverse de felinos,
Con las voces cantantes con que hablaban
Las elegantes niñas de Almaviva
Que un nexo en sí de distinción formaban...
Otras dos niñas más, las de Ramiro,
Tan distinguido grupo rematando,
Iban con voz dulzona criticando
Cuanto alcanzaban de chuscada á tiro.

Puestos así, en la punta de la mesa,
Todos estos muchachos reunidos
Un *petit-comité* muy fino hacían,
Donde de todo á su sabor reían
Sin poder ser por ello ni advertidos:
Pues si en sus frases vivas comentaban
La grosería general, cuidaban
De esquivar el oído de los novios;
Que, como ocurre en tales ocasiones
A la parejas que el amor enlaza,
Á todo son de lo exterior extraños
Y á todo afecto de la gente huraños,
No estaban para oír conversaciones
Que no llevaran como timbre propio
El timbre de sus propias expansiones.

Otras veces servía de pretexto,
No más ya en son de vayas, por supuesto,
La suerte de Felito; de la niña,
En tan temprana edad bella señora,
La extrema corrección, para dar pábulo
Al grupo aquel, cuyo sereno ambiente
Hacía contrastar con su elegancia
La muy chocante aparatosa estancia
Donde gritaba tan diversa gente...

Ramilletes de flores: grandes platos
De frutas y de dulce y vegetales
Como en exposición, la vasta mesa
Llenaban por doquier: sus monumentos
Que impedían á muchos comensales
Verse entre sí y comer, resplandecían;
Quitando, por su exceso, hasta las ganas,
Á las gentes que en torno los veían,
De arremeter las fuentes luculianas.
Y profusión de adornos y cristales
De diverso color, la mesa inmensa,
Ceñida de vistosos convidados
Con matices polícromos pintaban
Salpicando color por todos lados...

Mediaba á la sazón la comilona,
Y en tal trifulca de color y brillos,
En manos de los mozos atareados
(Que, al tocar sin quererlo á los sentados
Y tan manoteadores señorones
Murmuraban: — « Pardón »... por darse tono
De saber el francés) se levantaban,
En lecho de blanquísimos fuentones,
Humeantes y espléndidos, dos pavos
Trinchados en pedazos, mas dispuestos
Como dos catafalcos: que, en tajadas,

Cayendo en derredor sobre los platos
De cada comensal, iban dejando
El ambiente en contorno trascendido
Con ese tufo apetitoso y blando,
Que se elevaba como el dios de la Olla
De las sabrosas y calientes presas
Que pasaban, cual vivas, por las mesas
Orgullo un tiempo de la patria criolla.

Mas... ¡ ay !... que no era la encantada escena
Del hogar criollo. Vientos extranjeros
Escurridos allí, todo cambiaban
Para echarlo á perder ! Risa mentida
Ó falsa seriedad, rostros severos
Que reían por dentro, ó carcajadas
Que ocultaban disgusto. En esa mesa
Donde grandes y chicos se agrupaban,
En lo interior peleándose reían
Las gentes sin cesar : tal, era el timbre
De buena educación.

La algarabía
No dejaba escuchar si cada uno
Hablaba á los demás, ó si comía
Voceando para sí... De pronto un grito
Sobre el hondo chillar repercutía

Con fuerte detonar:

— ¡Señora Culia!
¿Perqué no come ostéz de estos rabiole?
Preguntaba el Banquero á la matrona
Porteña, que reía de la escena,
Con su cara francota, ó se tapaba
Con gracia los oídos.

— ¡Don Alberto,
Ostéz tampoco come! ¿E vos, Ramona,
Todavía tenés la copa llena?

*

En sus puestos de honor, muy transformados
Haciendo su papel de distinguidos
Felisa y su marido, se dijera
Que eran seres de centros refinados
Como aquellos muchachos agrupados
Allá en la esquina, á criticar venidos,
Y como la estanciera y su familia
Allí por gran casualidad caídos.

¡Oh! distinción genial, que algunos seres
Traen á la tierra: armiños entre el lodo,

No manchados jamás!

Como si siempre
Hubiera actuado á la mayor altura
En la escala social, iba Felisa
Con sus buenos modales y su risa
La fiesta encaminando con soltura;
Y húmedos de emoción los bellos ojos
Al mirar á su hijo, que absorbido
Por la reciente esposa que á su lado
El rostro de rubores encendido
Entre tules y azahares encuadrado,
Parecía mirarse en las pupilas
Del soberbio muchacho, de sus ojos
Volvió, Felisa, á su Vittorio el brillo;
Y, éste, que en éllos le observó la idea,
Sonrió, se turbó, y hacia otro lado
Raudo los suyos revolvió al momento
Cual temiendo que el llanto concentrado,
Aquel llanto feliz del sentimiento
De dulce intensidad, se resbalara
Y en medio del bullicio de la fiesta
Sus ya viejas pupilas inundara...

*

Y la fiesta seguía animadísima,
Cual de un coro febril de guacamayos
Calientes por un sol de primavera...
Cuando cual si su pecho se encendiera
Más aun de lo que estaba, de repente
En los ojos brillantes de Felito
Una chispa lució; porque muy quedo
Un sirviente al oído deslizóle
Cierta mágica frase. Entonce un grito
De alegría y de augurio levantóse
Y más alto se alzó que aquel estruendo
Del banquete.
La rápida pareja
Ya estaba en el gran patio cuando algunos
La quisieron seguir. Los que lograron
Saltar de sus asientos más á prisa,
Apenas si en la puerta columbraron
Á la niña, flotante el blanco traje
Que en el coche de Féliz penetraba,
Y á Féliz tras de él...
Pronto rodaba
Hacia el trén velocísimo el carruaje...

---

## XLIV

### AL MURMURIO DE LA VIDA

Son dulces cual las dichas en los sueños
¡ Oh, Primavera ! tus serenas noches
En la orilla del Plata... El cielo hermoso
Donde, flores de luz, abren sus broches
Los luceros tranquilos y risueños
En íntima afección, manda un relente
De frescor de ventura que sabroso
Llena de encanto el alma y en reposo
Mece en columpios de ilusión la mente.

¡ Cielo de luz, nostalgia del ausente,
En donde es cada estrella una caricia
Que pródigo nos manda el ser amado
Que llevóse el Señor junto á su lado
Por que gozara de eternal delicia !

El gaucho, por tu causa, es pensativo ;
De tu influjo al calor, cielo pampeano,

Cubierto por tu palio soberano
Se vuelve soñador y reflexivo
Hasta el más aturdido ciudadano.
Bajo otros cielos el mortal percibe
Algo como un bullicio de batalla;
El argentino que en las sombras calla
Cual sideral consolación recibe.
Á solas con el campo, el criollo siente
Ensanchársele el alma: las estrellas
Van destilando amor por el espacio;
Y el alma, titilante como ellas,
Parpadea de místicos anhelos
Viendo el coro de hermanas de los cielos,
En su mirar que condolencia encierra
Mandar luz de bondad hasta la tierra.
Á su ejemplo de amor, el ser humano,
En los brazos del TODO, con ternura
Échase, cual mimosa criatura
Que en el seno materno duerme ufano:
Su afecto empapa en la estrellada hondura;
Su esencia infiltra en el paterno llano;
Y, de la vida en el completo olvido,
Se queda en sueños de quietud sumido.
¡Quién dijera los viajes que la mente
Hace entonces, volando cual falena
De luz en luz, de un mundo en otro mundo;

Desde esta soledad, de encantos llena,
Hasta aquel pandemonium, con que atruena
La gran Ciudad su delirar fecundo!
¡Feliz aquel que de viajar rendido,
La mente de memorias rebosante,
Viene á gozar su postrimer instante
En el regazo de tu hogar querido!
Con la visión del alma cristalina
Que ya á volar en lo que fué se apura,
Ese puede gozarte en tu hermosura
¡Oh, limpio cielo azul, gloria argentina!
¡Feliz aquel que con la vista abierta
Hacia lo porvenir que lo arrebata
Contempla lejos el extraño estádio
Por donde fué siguiendo á su quimera,
Y bajo tu alto pabellón de sombra
¡Oh, Pampa, pronto en tu gramosa alfombra,
La paz sin sombras alcanzar espera!
El peregrino de cruzada extraña,
Ese, á quien ya la aspiración de niño
Que más no le dejó sino tristeza
Con su falaz exhortación no engaña,
Vuelto á la infancia del natal cariño,
Ese puede gozarte en tu belleza:
Que el hombre empieza á saborear su vida
Cuando á inclinarse hacia el sepulcro empieza...

Él, ansiando releer la vaga historia
De su carrera humana recorrida,
Cuando la edad ya cumple su victoria
Y al cuerpo laso á reposar convida,
Viene á abrir el joyel de la memoria
Al calor de la tierra prometida...
Ave de paso que á su nido vuelve
Por agria flecha mortalmente herida.

Él, que vivió entre aturdimiento ciego
En la enorme ciudad, alma del mundo;
Él, que lanzó su espíritu en el fuego
De la gloria del día y la fortuna;
Él, que miró morderse las naciones
Como se muerde el hombre, cual las fieras;
Él, que sintió sangrar los corazones
En el ansia ideal de las quimeras
Que sueña el infeliz de hambre muriente,
Mientras truenan del éter las esferas
Con el rimbombo que alzan los cañones
Para alegrar del pueblo la agonía,
Y dilatar un tanto aquel momento
En que, cansado el bruto de coyunda,
Destroze todo con su mano inmunda
Preñada de nobleza y de escarmiento;
Él, que ocultó en el corazón el grito

Embriagante del ansia de la gloria
Y que sintió el aliento de la Historia
Cual lamento llegar de lo Infinito;
Él, que ayer vióse joven aspirante
El alma en fruto y como en flor la mano;
Y que, aun joven, se encuentra vacilante
El cuerpo niño, el corazón anciano...
Ése, que todo contempló y en todo
Puso un jirón sangriento de su alma;
Él, como nadie, en tu serena calma
¡ Oh, limpio cielo azul, gloria argentina!
Hace al sabor de tus intensas noches
Y al callado pensar de tu grandeza
Su religioso meditar... inclina,
Como el garzón que el de la madre busca,
En tu seno vivífico la frente;
Y, en tu egida de amor, ya ni le ofusca
La intimidad de DIOS omnipotente.
En tí la Urna de su esencia siente :
Altar-misterio de lo Ideal y el Lodo,
Todo comulga con su sér, de modo
Que el sér se hace Universo y se confunde
Con la infinita variedad de todo;
Sin abdicar su esencia se difunde
Contaminando el ámbito sin huellas;
Vaga en el aura que en los llanos cunde;

Perfuma en los efluvios de las flores;
Como el águila presa de un vahido
Pasa rozando el pestilente cieno
(Donde también se miran las estrellas);
Y, con alas ingrávidas de ensueños,
Parte hacia el mundo de los vagos sueños,
Cual parte el pensamiento en el vacío
En la nube que pasa; se ata al río,
Por ir con él hacia remotos climas,
Con la cinta de plata de la luna
(Correaje viváz, cuyos reflejos
En sus linfas chispean)... cerca y lejos,
En espíritu, se hunde en los pensares
De honda palingenesia en que se absorbe
Tu transformante ser, Naturaleza;
Y sin que la materia fatigada
Un punto su alma-ubicuidad estorbe,
La augusta vida ascencional empieza,
Mientras funciona, sobria en su grandeza,
La palpitante máquina del Orbe...

*

Allí en un poblachuelo de la costa
Distante del fragor de Buenos-Aires
Que vela eternamente en inquietudes,

En una faja de terreno, angosta,
Que asoma en la barranca sobre el Río,
Envuelta en el silencio y en la calma,
Ofrece la quietud de su sombrío
Como un claustro emoliente para el alma,
Blanca, cual su pureza y alegría
Que le forman un nimbo entre las hojas
Del espeso arbolado, una alquería;
Que hoy, en casa de campo transformada
Por el íntimo bien, se halla cambiada
En un nido de amor... Bajo la luna
Que albea en lo pulido de sus muros,
Parece sonreirse intensamente
Con sonrisas de nácar transparente
Sobre el manchón de plátanos obscuros.

¿Quién habita en vivienda tan tranquila
Que, de las otras casas alejada,
Se asemeja á una oveja descarriada
De la majada blanca de la aldea?
¿En esa mansión calma quién se asila
Cual modesta violeta cobijada
Por el bosque, que el sitio enseñorea,
En un punto en que apenas la pupila
La puede descubrir?
Quiere el callado

Retiro el santo amor... Quien tan bien ama
Ó quien busca el olvido, así, olvidado,
Vulgar no puede ser... ¿Será un poeta?
¿Un filósofo acaso enamorado
Del alma de las cosas?

¿Ó es mentira
Que exista tal mansión donde se mira
Albear el muro aquél? ¿Ó es una de esas
Ficciones de la luz entre las sombras
Que fingen formas varias y que mienten
Calma donde no la hay?

Como mirando
Á la altura de astros tachonada,
Con el domo de vidrio iluminado
Que remata el cimborrio, la morada
Aparece en la noche silenciosa
Como si fuera un tuco gigantesco
Que vá á llevar por el espacio fresco
Otra estrella en la bóveda estrellada...

Y si aun más cerca aquella luz se tiene
Del alto callejón que hasta ella viene,
La mansión, cual magnífica magnolia
De la enorme luciérnaga adornada,

Parece que no solo á la mirada
Pretendiera engañar: de flor presume,
Flor de la vida humana, cuyo aroma
Dijérase que en torno se fundiera
Con la obscura bondad de la pradera
Y el cariño nocturno de la loma:
Con los afectos del dormido ambiente
Que á cada estrella dan la bien venida;
Con la piedad del Orbe planetario
Que se inclina hacia el hombre con ternura;
Con los cantos de amor y de ventura
Que en torno fluyen del Platense estuario;
Con la vida inmortal de la materia
Que en torno bulle y que germina y ama;
Con el sér del no sér; con lo que habita,
Ó vaga sin cesar sin luz ni asiento
En la alma de las cosas: con Dios mismo
Que, de allá, de lo inmenso en el abismo
En el cariño universal palpita...

Es que en aquella casa no hay miserias
Que hagan dar asco de la estirpe humana;
Es que es aquella casa la argentina;
Es que es la antigua casa americana
Deliciosa mansión llena de encantos,
Nido de almas... fuente cristalina

Del patriótico amor y de los santos
Gérmenes de piedad; dulce vivero
De plantas ¡ay! que en el retiro austero
La ponzoña esquivando de los núcleos
De enferma población cosmopolita,
Beben los jugos del terruño honrado;
Y, cual perfume de sus sanas flores
Tienen el fresco ambiente embalsamado
Con la casta expansión de sus amores.

Ni aun el nombre pasó del Adulterio
(Mónstruo que róe la familia toda
Y la envicia y la mina) por la puerta
De aquella casa: honesto ministerio
Del ejemplar vivir. Allí la Moda
Que tanto ¡ay Dios! con su oropel enloda,
Quedóse en el umbral desprestigiada;
Baco, allí, infame á penetrar no acierta
Y la pasión del juego, pestilente,
De que la gran ciudad está infestada,
Sólo llegaba á la recluída gente
En su forma infantil más inocente,
Como al través de la Bondad filtrada.

*

Él aura voluptuosa del gran Río
Escala, cual jugando, la barranca
De cien frutales florecidos llena;
Y haciendo á un lado la cortina blanca
Del pequeño salón, descubre un cuadro
De la quietud más íntima y serena.

En torno de la mesa, iluminada
Por la pendiente lámpara, se agrupa
Una extensa familia.

La mirada,
Como de flor en flor la mariposa,
De una blanca carita va pasando
Á otra atezada y pálida: del brillo
De unos ojos de fuego, á la indecisa
Refracción que la lámpara produce
En dos ojos celestes; del destello
Con que la luz enrojecida luce
En el oro sangriento de un cabello
Por dos manos de niño alborotado,
Al dormido reflejo macilento,
En los rizos espesos del tocado
De una joven ya púbera, que hilado
En azabache líquido parece.
Es aquel todo un coro de angelitos:

Rostros donde la dicha resplandece;
Labios llenos de pliegues de contento
Que derraman salud más que palabras
Aunque hablan sin cesar; raudas manitas
En nervioso y contínuo movimiento
Que de un lado para otro van pasando,
De un muñeco ó un libro en seguimiento,
Es cuanto por alli palpita y vese;
En tanto que el oído va escuchando
Frases alegres; conversar que crece,
Ó gritar de chiquillos contrariados
Cuya gresca se aumenta enardecida
Prometiendo acabar en entrevero
De campo de Agramante... Á todos lados,
Sin que especial su reprimenda sea,
La muy paciente madre aturdecida
Despide un rayo de sus ojos, fiero;
Bate las palmas... y del labio austero,
El efecto á afianzar de la mirada,
Sale la frase mágica que vierte
Luego la paz en la onda alborotada...

Uno se sienta allí; torna á su sitio
Si no ya conpungido, doblegado,
Aquel que lo dejó; callan algunos;
Los menos aun insisten, importunos;

Este amenaza con rencor callado
Al listo contrincante... y entre todos,
Y de luz la cabeza iluminada
Mal ocultando su placer interno
Al ver tan sometida á su gobierno
Su pequeña nación disciplinada,
La madre á su telar baja los ojos,
Y ajustando en las sienes los anteojos,
Torna á inclinarse á la labor callada...

*

Mas, de nuevo la paz interrumpida,
Vuelve á alzarse la madre amenazante:
— ¡ Á ver Manuel si te callás la boca!
Estás cual mangangá... Voy al instante
A llevarte á acostar si no te avienes
Á estar cual debes, de una vez tranquilo.
¡ Hablen despacio todos ! ¿ Vos; sos loca
Julita, que querés quitarle el hilo
Y el runrun á Juaquín ? Callarse todos...
Que papá se despierta y... ¡ ay ! entonces
Del que sea el causante del barullo
Que le saque del sueño.

Sus agravios

Al punto á media voz cada cual cuenta
Á Felisa, que, el índice en los labios
Y los ojos con luces de tormenta,
Ordena á los chicuelos no hagan ruido;
Mientras, volviendo la nerviosa diestra,
Con el delgado índice tendido,
Al buen Vittorio en un sillón les muestra
Allá en la puerta del salón dormido...

*

Pero, no... No está el hombre aquella noche
En brazos de Morfeo digiriendo
Como suele á menudo la comida.
En otro sueño está, sueño más dulce
Que el sueño material.

Rumia, sintiendo
Revivir en su mente de su vida
El pasado feliz...

Se véi nmigrante,
De aquel sucio vapor en que viniera
Echado sobre el puente de tercera
Viendo bailar á la gentil Felisa;
Y sonríe de dicha, contemplando

Con los ojos de amor humedecidos,
La nutrida progenie que le diera
En esos treinta Abriles transcurridos
La muchachita aquella encantadora
Que con su afecto concentrado y blando
El pensamiento le robó...

Recuerda
Hasta con sus detalles más perdidos,
Sus trabajos de quinta en « La Revancha »
Donde se entró en su sér la alma de América;
Donde ganó el dinero que ahorrado
Peso tras peso con constancia austera,
Fué el jagüel lentamente rebosado
Y el regato después, que desbordado
Con su fecundo manantial hiciera
Transformarse en magnífica pradera
Su, antes seco, existir...

Luego rehace
La primavera de su vida: aquella
Era feliz en que cayó Felisa
Como esposa en sus brazos. Los ensueños
De esa existencia reposada y bella
De éxito y de amor...

Después, más tarde,
El nacimiento de Felito ¡sueños
De tomar posesión de aquella patria
Renaciendo en su hijo! Su mente arde
Con remembranza tal... Recuerda luego
Su instalación en el poblacho: el soplo
De fortuna y placer! La onda de fuego
De popularidad, y la secuela
De éxitos, mil, que á él, al inmigrante,
Le llevó hasta á ocupar en la aldehuela
Más que Maestro, y Cura, y Boticario,
Esclarecido puesto. Se partida
Esquívando el rencor del Comisario
Hacia el país natal. Su desencanto
¡ Que tantos años le amargó la vida!
De la tierra italiana agonizante
Del anarquismo bajo el crudo espanto
De la Miseria y la Milicia obscura,
Arrebujada en el mugriento manto.

Y rehizo, después, aquella hora
De alta revelación: la intensa lucha
Del amor á la patria (á aquella madre
Que, en su impotencia de achacoso padre,
Abandona á sus hijos en la vía
Y que ni el llanto de su angustia escucha

Porque esa angustia más lo angustiaría)
Y el amor de la patria conquistada
Con el filo tajante de la azada
Por su brazo y salud: esa alegría
Como el viváz reverdecer de un mundo,
De la sangre que hierve, que otra sangre
Como ella valiente y vividora
Hervidora encontró. Y en un segundo
Rememoró los años de tristeza
Pasados en Italia, que le dieron
De América tu mal ¡Naturaleza!
El golpe inesperado de nostalgia
Que al reimpatriado en su dolor sepulta
Llevando su pensar al extranjero
Donde fué más feliz: esa nostalgia
De que tanto sufrió, guardada oculta
Como se guarda un vicio vergonzoso,
¡Ay! tanto tiempo... Luego los extraños
Impetus de un anhelo poderoso
De hasta querer morir, si no volvía
Á ver el sol chispeante en los rellanos
Aquel bullir, feliz, de sus hermanos
Cuyo éxito y alegres expansiones
Como un himno de triunfo se sentía
Romper por todas partes en canciones:
De la inmensa ciudad hasta los llanos;

De la choza del mísero labriego
Hasta el olimpo del triunfal ricacho;
De la boca del viejo, pobre y ciego,
Hasta el labio de cláusulas de fuego
Con que cuenta sus triunfos el muchacho:
El sol de la República Argentina:
El nostálgico sol de sus rastrojos
Que aquerencia á sus flámulas los ojos
Y con cariño triunfador fascina!

Enternecido con tan hondo anhelo
Sintió se le escapaba cristalina
Una lágrima dulce, que temblante
Corrió á embeberse en el amado suelo:
En esta patria que le diera el cielo
Con el dichoso hogar y la fortuna;
En este suelo de esplendor preñado
Do sus raíces adventicias, iban,
Al calor de la Ley y los Altares
(Cual Felito y cual Luisa, y una á una),
Dando tronco, á su vez, á otros hogares
Felices como el de él... Bajó la mano
Desde el ancho sillón donde soñaba
Su vida reviviendo el italiano,
Y la tierra tocó: palpó aquel suelo
Regazo, más que suelo cariñoso,

En que ya su existencia se tendía
Como el aire en las Pampas, sin tropiezo,
Tanto más libre cuanto más fogoso...

Su vida allí, siempre ejemplar, pasaba;
Y en estación ninguna se alteraba
La calma patriarcal en que corría ;
Puesto que, de oro hastiado y ambiciones,
Con sus árboles, aves y peones,
De su copiosa prole en companía,
Pasaba en Buenos-Aires el invierno,
De las lecciones entre el canto eterno
Llena, la casa, de inquietud de escuela;
Los meses estivales en el campo,
Á fin de dar asueto á los chiquillos,
Como también porque la noble esposa
Se repusiera del bendito lampo
De dolor é inquietud, con que desciende,
Del mundo para el ser desconocido,
Con su misterio aterrorando al padre
Al través de la entraña de la madre
El angel terrenal recién nacido.

Tal, y en tan santo bienestar, dejaba
Llegar, Vittorio, la vejez valida
Que su sano existir le deparaba:

Y en ello aquella noche meditaba
Junto á su gran familia bulliciosa
Que, tan dificilmente contenida
Por el desvelo amante de su esposa,
Fraternizaba en su alma candorosa
Del Plata con la linfa adormecida
Que, allá bajo sus ojos distendida,
Tal como su existencia en calma fuente
Desdoblaba tranquíla su corriente
Con el dulce murmurio de la vida...

. . . . . . . . . . . . .

FIN

---

# VOCABULARIO

# VOCABULARIO [1]

Cuando el autor de este libro ha visto las proporciones que él tomaba una vez impreso, se ha sentido casi dominado por el terror. Y, á trueque de pasar por mal cumplidor, ha resuelto no engruesar más el volumen, ya demasiado en « buenas carnes », y dejar para su próxima publicación « EN GAUCHO » : (*Versadas, pláticas y chacaneos*), el glosario prometido. Como allí estará más en su lugar, acaso el lector de esta obra me perdone la infidencia. El que sigue es solo un extracto de aquel *.

F. S. y C.

París, Julio 1901.

(1) Por indicaciones precisas sobre las palabras ó idiotismos que al autor de esta obra se le hubiesen escapado sin aclarar, recurra el Lector al « VOCABULARIO RÍO-PLATENSE RAZONADO » del Doctor Don DANIEL GRANADA. 2e ed : Imp. Rural : Montevideo 1890. No pongo sino las acepciones que no han tomado aun carta de ciudadanía en los diccionarios, de la lengua castellana de que dispongo.

* Con motivo de la carta que el profundo filólogo colombiano Don Rufino José CUERVO tuvo la bondad de dirigirme (olvidando que « la amistad, como el amor, quita conocimiento »), acerca de mi POEMA Nastasio, cuando ya en parte andaba este circulando y que el autor de tal libro, hizo imprimir al frente de los ejemplares que no habian salido aun de la Imprenta, el Señor Don Juan VALERA, en artículo publicado en los *Lúnes del Imparcial* de Madrid, fecha 24 de Septiembre de 1900, decía : — « Acaso para entender las narraciones de PEREDA, el más español y el más castellano de nuestros novelistas, se requiera más glosario que para entender el NASTASIO ó cualquiera otra narración argentina ». Sin en-

A

ACADEMIAS-Tugúrios; lupanares y casas de baile.

ACOLLARAR-No solo poner en collera, sino juntar, emparejar, y comparar moral ó fisicamente.

ACOGOTAR-Aturdir; tener á alguno á su arbitrio por la fuerza ó por el temor. Matar.

ACHURA-Interiores del animal. Desecho. Desperdicio. Inválido.

ACHURAR-Herir; despedazar. Comer achuras. Sacar las achuras.

ACHURAU-Despedazado: herido con ensañamiento.

ADOLFO Alsina-Fué, durante algún tiempo, para el bajo pueblo de Buenos-Aires, la encarnación más genial del orador certero y diserto.

« ADÓNDE YERBA... PURO PA-

trar, yo, á discurrir en cuestiones que están fuera de mis inclinaciones y competencia, y habiendo ya, el admirado filólogo Señor CUERVO, agotado la cuestión del « Porvenir del castellano en América » en el nutrido estúdio publicado en el *Bulletin Hispanique* (Enero-Marzo de 1901) estúdio que ha sido tan aplaudido por cartas y publicaciónes de filólogos de Europa y América, y que me cupo en suerte reasumir en un articulo de LA NACION de Buenos-Aires, séame permitido explicar mi insistencia, al reincidir, con motivo del nuevo POEMA que hoy doy al público, en el pecado de dotarlo también, como al anterior, de un VOCABULARIO, á pesar de las indicaciónes en contra que tuvo á bien hacerme aquel gran crítico, á quien admiro tanto y tanto debo.

Por triste que sea para los que adoramos en la lengua de CERVANTES y hacemos cuánto nos es dado por que ella se conserve en nuestras tierras lo más impoluta posible, vemos aumentarse, de dia en dia, las diferencias substanciales, ya grandes, del hablar de la Peninsula con el habla de nuestras naciones en formación. No digo ya en las obras de los escritores de nuestra revolución, y posteriores á la Independencia Sud-Americana, en las de los de la generación que procedió á la guerra del Paraguay, pudieran hoy encontrar modelo de estilo relativamente puro y castizo, salvo algunas excepciones, los argentinos de la decada de la Revolución de 1880; como éstos, casi con escribir en francés, pudieran ser buen ejemplo á ocasiones, para los que, hoy privan en publicaciones y Revistas, haciendo obra interesante de actualidad, ó muy estimables ensayos. ¡Cuánto tendriamos todos, que aprender en cuanto á forma castiza, del habla usual de nuestros padres! Pero no está el toque, por cierto, en estancar el lenguaje por aquello de que: « Major e longinquo reverentia »; cosa, por otra parte, imposible para el humano; dado que las lenguas, como todo lo viviente, se desarrollan en constante transformación: está el secreto en seguir la actitud tomada por los americanos del norte; que, sin oponer vallas gramaticales, (lo que hubiera sido ridículo é inútil), á la evolución del habla, adoptaron para su literatura, cuánto les vino de afuera, con tal que ello no minase el régimen ni las fuentes de la hermosa lengua de SHAKSPEARE. Cosa, sabida es que, ni los autores de obras, ni los preceptistas, pueden hacer más que perpetuar las modas ó maneras de ser de cada idioma; pero esas modas y maneras de ser casi nunca están en contra de la indole de la lengua en que

- LO »-Como el « qué esperanzas! No te digo que sí » y tantas otras expresiones dubitativas del gaucho.

ADULÓN-Adulador. Lamecilos.

« AFILATE QUE ME HAS DE VER MURIENDO...» Como el « adónde yerba ». . Desprécio y resentimiento hacia quien se aplica.

AGACHADA-Como salida; fresca: tiene, también alcance de frase cínica y desvergonzada.

AGARRAR-Asir; tomar. Coger solo se emplea en lenguaje literário.

« AGARRAR PAJUERA »-Irse. Eno-jarse Tomar por los cerros de Ubeda.

AGENO-No tener dueño: estar á la disposición de todo el mundo: cabeza de turco.

Á GIORNO-Ya en el lenguaje vulgar: plena luz. Borracho.

AGREGAU-Agregado; peón que por lo regular trabaja á cambio del

se producen y perpetúan: al artista, pues corresponde excogitar para su obra, aquello que la haga más universal, pasando por su nación, al través de su provincia literária, como un rasero que recoje en ella el oro y deja escurrir la esoria.

Tal lo han pensado no solo algunos hispanófilos franceses, sino que hasta escritores españoles y americanos: puesto que han querido aplaudir bondadosamente la idea de acompañar de glosario toda obra del genero de las mias; y á haber querido yo dar hilo á torcer al mismo Señor VALERA, habria hecho con él la experiencia á que he sometido más de una vez á literátos de la Peninsula, consultándole como á ellos esta redondilla criolla, de mi padre, que parece escrita adrede para « boléar gringos. »

LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN

Juan y Juana, á la alborada,
En un bosque penetraron
Y, un calzón colgado hallaron
Y una pollera tirada.

Y. en la soledad austera,
Cediendo á la tentación,
Juan se refaló el calzón,
Juana se alzó la pollera.

Donde el español (por la imposibilidad de caer en la cuenta de que *refalar* significa en argentino robar ó hurtar, y de que pollera es la falda ó saya femenina y de que alzar, tiene en el dialecto campesino igual significación que refalar) donde el español, digo, vé indecencia, retruécano poco limpio; equivoco inconfesable ó deleite pornográfico, el lector de Buenos-Aires podria hasta no advertir sino una perogrullada; puesto que, si hay algo cierto, es el refrán con que se encabezan los versos, que aparecen ante el criterio español como de un tan desvergonzado sentido.

Hasta que no haya pues un Léxico argentino, ó mejor rioplatense, completo, tendremos, los que escribamos para adentro al mismo tiempo que para afuera de nuestra pátria, que seguir recargándo nuestras obras con el enojoso glosario.

F. S. y C.

hospedaje y la comida; alguna vez haragán. Pegoso. Pegajoso.

AGRINGAU-Agringado : amigo de los extranjeros.

AGUACHARSE-Echar barriga: apoltronarse : amanzarse.

AGUACHINARSE-Darse á correr mujerzuelas, y á la vida de burdel. Chinero.

AGUARÁ-Y no aguara, como dice algún Diccionario : mamífero : especie de zorro.

¡ AMALAYA ! — ¡ Ah malhaya ! ¡ Dios quiera !

« Está escasón el trabajo
Y la platita anda alzada...
Amalaya un aguacero
De caña con limonada ! »

ALAMBRAU-Alambrado, no solo el cercado ó sebe de alambres y postes, sino también el campo que él encierra. Todo cerco. Potrero.

ALAMBRAR-Cercar con alambre y postes ; ercar de cualquier manera.

ALBARDÓN-Loma en las islas ; terreno alto en los bañados. Costurón.

AL CUETE-De balde ; inutilmente ; en vano.

ALFAJOR-Puñal ; daga ; faca : facón: caronero.

AL ÑUDO-Al ñudo, al pedo, al botón, al cuete : en balde ; en vano.

AL PASO, AL TROTE, AL GALOPE, Á LA CARRERA-paso á paso; trotándo, galopando, etc (trotiando, galopiando).

Á LA REJA-Meter á alguno á la reja: encarcelarle.

ALZAO-Azau ; el que anda huyendo: animal salvaje. Robado.

ALZAR-Como refalar : hurtar « Se alzó un rebenque »; « se refaló un lazo ». Revolucionarse.

ALLISITO-Ahi cerca ; pasando la loma... y ésta suele tener tres leguas de extensión.

AINOMÁS-Ahi no más : inmediatamente : ahí no masito ; súbito.

AMUCHAR-Hacer crecer algo ; aumentarlo : la verdura amucha el puchero : amuchiguar. Fingir.

Á MÍ, CON LA UÑA !-Leoncicos á mí ? que dijo el ingenioso hidalgo Don Quijote.

AMADRINAU-Amadrinado: acostumbrado á seguir la yegua madrina : gurrumino : encajetao.

AMANZANAR-Dividir en manzanas un terreno.

ANCHETA-Tontera ; golleria « Miá qui ancheta ? » Mirá que ancheta !

ANDASE-Anduviese.

ANDATE-Ándate : vete.

ANGURRIA-No como en castellano, sino estangurria; gazuza; hambruna: freno. Tener ganas de algo.

ANSINA-Así : de este modo : por eso: « Ansina jué quel hombre lo tomó á mal. »

AÑORAU-Extrañado ; apestau : con nostálgia. De añoranza ?

APEDARSE-Embriagarse. Tomar una mona. Mamarse. Ponerse en pedo.

APERIÁ-Apereá ; cuadrúpedo, espécie de cerdito de la India. Nunca he oido llamar al aperiá, en Buenos-Aires, Aperiades, como lo apunta ZEROLO en su diccionario.

APECHUGAR-Hacer con alguién buenas migas. Convivir. Resolverse.

APERO-Recado de montar á caballo.

APLASTARSE-Caerse de cansado.

« APRETARSE EL GORRO »-Irse. Huir.

« APURATE CAS DOLER »-Apúrate que has de oler ! Como : no has de conseguir lo que deseas. Los cuzcos se apuran á oler, y es todo

lo que consiguen, cuando la grande perra va en celo seguida de los perrazos.

« AQUEL Á QUIEN LO ARAÑA LA PELADA »-Aquel á quien lo lastima la Muerte, hiriendole en sus afectos. El convalesciente

ARCIÓN-Ación; pieza del recado de montar á caballo, donde se aseguran los estribos; y por excepción el lazo.

ARCIONERA-Pieza de suela, sujeta al recado á la que se ajustan los estribos y se afirma el lazo cuando la asidera falta. Nunca la he oido llamar Alcionera, ni Acionera, como en España. ZEROLO trae ya Arcionera como americanismo sinónimo de Ación.

ARRASTRADA-Mujer de mala vida.

ARRASTRAR EL ALA-Como hace el gallo en torno de la gallima en los momentos del celo: enamorar; obsequiar; cortejar.

ARRIADOR; látigo con que se arrea; rebenque de grande azotera que usaban, y aun usan los arreadores de ganado.

« Á REBENQUE Y Á BALA »-Á rebencazos y á balazos.

« Á REBENQUE DOBLAU »-A rebenque doblado; sin castigar siquiera el caballo. Ganar algo sin esfuerzo: Llevar de calle.

ARRIADA-Robo de una tropa de ganado, ó prisión en masa. Arreada. Leva forzosa. Contingente.

ARRIAR-Hacer seguir la marcha. Llevar á la fuerza. Arrear.

« ARRIMAR FIERRO »-Marcar; herrar; herradero.

ARROSINAR-Hacer rosín: amanzar: ganarse á alguno con astúcia.

ARROYO-Curso de agua menor que un rio de América. Arrollo.

ASFALTO-Por extensión todo afirmádo.

ASIDERA-Correón y argolla muy fuerte asegurado en la cincha del caballo, para ajustar el lazo. La arcionera va en el arzón ó bastos americano; la asidera va en la cincha: conésta se puede cuartear, con la otra no.

ASIGÚN-Según y conforme: A según; según:

Si mi olvidás, ti olvido;
Si mi amás, ti amo:
Asigún es la música
Le priendo al gato.

ASONSAU-Atontado. Azonzado. Lerdón pa sacar el punto. Poco inteligente.

« ATAJAR EL PASMO »... ó el resuello-Cortar á uno la palabra ó la acción, con violencia inesperada. Cortar por lo sano.

ATRANCAR-Aunque no haya trancas, el gaucho « atranca » las puertas cada vez que las empareja, las ajusta, ó las cierra.

ATRACARSE-Acercarse: á las casas, al palenque. De sándia. Un golpe.

ATORRANTE-Vagabundo; pobretón; casi nunca pordiosero, ni ladrón (ratero).

ATROPELLAR-Embestir. Resolverse á una cosa.

ATURBONADA-Turbonada: el viento y la revolución del Pampero en gentes y cosas: Pamperada; suestada; nortiada.

AURITA-Ahorita: ahora mismo. Ya.

AZULEJO-Animal blanco azulado ·

« Caballo azulejo ó blanco,
A la cuenta súcio y manco.
Caballo obero cruzau,
Antes muerto que cansau ».

AZULITO-Azulcito: medio tirando azul: azulado: azuláito.

## B

BABOSO-Tonto; bobo; mujerengo.
BACARAY-Nonato. Mozalvete.
BAGRE-Pescado; hombre feo; casualidad. Mujer fea y vieja.
BAJERA-Cojinillo que va sobre el lomo del animal para suavizar la dureza del recado ó apero de montar á caballo. Persona de desecho: « No es buena ni pa bajera »: no sirve para nada. Sudadero. Moza Manoseada.
BAJO-O bañado parte de la ribera de un rio anegadiza periodicamente: hondonada.
BAGUAL-Bagualón: Torpón: potro á medio amanzar. Hombre brusco.
BALSA-Especie de jangada; tablazón para pasar rios y arroyos.
BANANA-Planta y fruto.
BANDA-Cantidad de seres: bandada; multitud. Es despectivo casi siempre. Oriental: rep. Uruguaya.
BAÑAU-Bañado; especie de panqueque ó bocadillo de masa bañado en huevo. Bajo de un rio.
BAQUIANO-Hábil, experto en cualquier cosa: conocedor de caminos en los desiertos del campo. Baqueano. Piloto de la Pampa.
BAQUIA-Destreza. Acierto.
BARRANCA-No solo espécie de ribazo ó despeñadero (barrancón); sino: costa de rio, ó arroyo, empinada; à veces á varias leguas de distancia del álveo. Las barrancas de San Isidro están casi á una legua del rio de la Plata á que corresponden.
BATATA-Flojonazo; irresoluto. « Es un batata ».
BATATAZO-Da batatazo el caballo que gana una carrera que se esperaba perdiese. Suerte inesperada.
BATATERO-Que acostumbra á salir por donde, ó como, no se espera.
BATATUDO-Suertudo; afortunado.
BATUQUE-Baraúnda. Batifondo: barullo; revolución.
BAZOFIA-y RESACA, llaman los paisanos á la escoria que deja el rio.
BELLACO-Hombre ó ser ingobernable: caballo indómito.
BELLAQUIAR-Bellaquear; no solo hacer bellaquerias de dar saltos, corcovear, etc; sino resistirse de cualquier manera; andar maleando. « No vas á bellaquiar? »: no vas á oponerte.
BERIJA-Verija: Parte pelada entre la pata y la barriga del animal: por extensión, alguna vez, las partes pudendas. Nuestro hombre de campo no pronuncia jamás la V; por lo tanto, todo glosario del habla popular rio-platense, debiera basarse más en la morfologia (si es comprensible usada así la expresión) en la eufonía y forma externa de la palabra, que en su psicologia etimológica. Talvez así el filólogo se adelantase a la costumbre y al tiempo, y profetizara en vez de historiar. Pero vaya uno á saber si nuestro lenguaje, á la larga, tomará resuelto rumbo hacia el nobiliario arcaismo español, con cuya base contamos; ó hacia el grocerismo italiano, que nos inocula una inmigración preponderante; ó hacia el en femismo francés, que nos llega por endosmósisal través de nuestras altas capas sociales! Entre tanto, en apuntes como éstos, creo que hoy

por hoy, el argentino debe de preocuparse más de la fonética que de la filología de la forma popular: hasta que nos nazca un DIEZ, ó un CUERVO, que pueda tener cuenta, sin escollar, de ambos requisitos, y hacer la obra de depuración y afirmación que precisamos.

BERSAGLIERES-Cuerpo de voluntarios italianos que se formó en Buenos-Aires, y que tomó parte en la contienda civil de 1880.

« BESAR BONITO »-Salir con su gusto. Como el « No á todas las lindas se las besa » castellano.

BESUQUIAR-Besucar; « agarrar á besos »: besotear.

BLANQUIAR-Blanquear: enjalbegar. Aunque dé una mano de celeste á su ranchada, el gaucho « blanquea » asi su casa.

BICHAR-Vichar: vichear; del portuguez, visear (?): atalayar: espiar: vigiar: vigilar.

BICHADERO-Atalaya: mangrullo.

BINCHA-Cinta con que se asegura el cabello.

BINCHUCA ó Vinchuca-Chinche con alas. Persona cáustica.

BISTEQUE-Todo inglés: como franchutis todo francés; gallego todo español, y tano todo italiano.

BIZNAGAL-Sitio poblado de la planta salvaje de ese nombre.

BOCAU-Freno para sugetar al caballo, hecho de guasca fresca ó tiento; medio bozal es una de sus formas. Bocado.

BOCHINCHE-No solo alboroto, asonada, sino desarreglo, desorden de cosas.

BOLA-Mentira.

BOLADA-Bueda suerte.

BOLAS-Boleadoras, ó boliadoras: istrumento para aprehender animales. Hombre lerdo. (Tio).

BOLIAR-Bolear: aprehender con las bolas: chasquear á alguno; jugarle una mala pasada.

BOLIAU-El que cae en la celada.

BOLUDO-Lerdo; pesado, lento en el pensar ó el obrar.

BOLICHE-Pulperia: almacén pobre y desprovisto; y sin embargo hay el dicho: « Aquí hay de todo, como en boliche ».

BOMBIAR-Bombear; vichar, vichear; atisbar: observar.

BOMBILLA-Tubo para chupar algún liquido; cuando falta el utensilio de metal, al que se aplica tal nombre, fabrícanlo en la campaña, con una paja y fibras de cortadera; que es un vegetal costanero con que hacen, hilandolo los isleños, el colador requerido.

BORDONAS-Cuerdas mayores de la guitarra. Bajos de las primas.

BORDONIAR-Bordonear; Tocar sobre las bordenas.

BORDONEO-Rajido bordoneau: rasgueo con las bordonas.

« BOTA E POTRO »-Bota de potro. El pellejo ó cuero de la pata del caballo, aplicado fresco al pié del gaucho forma, al secarse, un botín ó bota, flexible solo para el campero. De ahi el: « No es pa todos la bota épotro. »

BOSTA-Estiercol de todo animal herbivoro. Todo lo inútil.

BOTIJA-Ser bajito y barrigón.

BRASERO-El hombre calentador de asientos, ó que está haciendo siempre visitas que no dejan gusto ni provecho á quien las recibe.

BRAVATIAR-Bravear. Echar panes.

BRILLAZÓN-Espejismo.

BUCETA-Embarcación pequeña.

BUTIFARRA-Hombre insulso. Embuchado.

« BULLA-BULLA » : Bullanguero. Hombre aturdido. Tronera.

## C

CABRIONERA-Secretaria ó salón de redacción de un diario, donde se reunen á cambiar ideas los redactores del mismo.

CACARIANDO-Cacacariando : dicen onomatopeyicamente nuestros paisanos. Cacareando.

CACHARPA-« Pobrezas » : objeto de uso diario.

CAER CLAVADA (La taba) Tener buena suerte. Acertarla.

CAGAR-Matar. « Hacé cagar un pollo pa el puchero ». « Lo hizo cagar »: lo mató. Vencer.

CALANDRIA-Ave. Ser avispado.

CAMALOTE-Planta acuálica : camalotal. A son de camalote : en la corriente.

CAMERA DISTINTA-Camarote reservado.

CAMPAÑA-Campo. Campiña.

CAMPIAR-Buscar : campear.

CAMPERO-Hombre de campo.

CAMPURRIANO-Amigo del campo.

CAMUATI-Avispa y avispero.

CANCANES-Bailoteos. Atropellamientos. Murmuraciones.

CANCHA-Espácio de terreno llano y libre ; en el rio, la parte descubierta. Cancha de Obligado.

CANDIAL-Candeal : Huevo batido con leche caliente y azucar.

« Cuando la suerte se inclina
A joder á los mortales
Al pedo son los candiales
Y los caldos de gallina. »

CANEJO-Eufemismo de la mala palabra castellana.

CANGREJAL-Cangrejera ; como sauzal por saucedal : el lenguaje popular tiende á eliminar lo innecesario con un buen tino que asombra.

CANOA-Embarcación. Botin grande.

CANTAR-Confesar ; Declarar.

CANTAR LAS PARADAS-Decir en alto las puestas. Cantar el punto, etc.

CANTAR BONITO-Cantar bien.

CANTIMPLA-Tonto. Hombre ó mujer insulsos. Insignificante.

CAÑA - Bebida alcoholica. De la bota.

CAÑADA-Depresión de terreno, humedo. Arroyuelo. Bajón.

CAÑADON-No solo la zanja natural con agua y yerbas salvajes, sino también todo ribazo, ó lomada. (En las islas : Albardón).

CAQUETILLAS Ó CAJETILLAS-Llaman los italianos, siguiendo en esto como en todo á los payeses, á los jovenes de Buenos-Aires. Apodo tomado de los cigarrillos en cajetilla que ellos fumaban.

CARACÚ Canillas : Femur, etc. ; Tibias de los cuadrúpedos ; médula de las mismas ; y hombre timido ó blando, sin braveza.

« Ayer pasé por tu casa.
Me tirastes un güesaso,
Mirá que son malos juegos
Jugar á cacacuzasos... »

CARANCHO-Caracara.

CARAU-Ave. Hombre siempre triste.

CARBONADA-Guisado de carne y verduras con frutas.

CARDAL-Como cañal, etc., sufre igual compresión fisiológica. Nadie dice cardizal, saucedal, cañaveral, etc., aun que así lo emplee el idioma literario.

CARACHO-Don Caracho: el tonto, tal: un insignificante.

CARCAJIAR-Reir á carcajadas. Careajear.

CARCAMAN-Todo extrangero: carcamancito, dictado afectivo; expresión de afecto intimo. No es el carcamán ni el carcamal castellano: aqui ni es navio, ni es siempre despreciativo.

CARCAMANES-Maturrangos; que ni saben andar á caballo ni desenvolverse en el campo.

CARDÚMEN-Banda; bandada: muchedumbre de hombres, animales ó de cosas.

« CARGAR CON EL PERRO MUERTO »-Ó (el perro muerto) pagar el pato: caer de Cristo; ser la victima; el candelero: el otario; pavo de la boda.

CARNIAR-Despostar al animal beneficiado. Matar á alguno. Carnear: comer carne.

CARONA-No « la parte interior de la albarda » sino: manta de cuero, independiente, que va sobre las « bajeras », esas mantas que cubren el lomo del animal enjaezado, á modo de sudadero.

CARPINCHO-Cuadrúpedo.

CARPINCHAR-Andar á caza en las islas.

CARRETILLA-Pequeño vehiculo de manos para conducir carga: una rueda. Abrojo que recoje la oreja.

CARROÑA-Osamenta; hombre inútil: viejo soez y despreciable: ser indigno.

CASCARRIA-Defecación de las ovejas, pegada en sus propias lanas.

CASCARRIUDO-Ser lleno de cascarria: se dice de todo ser desaliñado.

CAUDILLO-Hombre politico influyente. Mandón insoportable.

CEIBO ó Séibo-Arbol. En la región del Parana seibo.

El año que tu faltas
La Flor de los seibos.
Obligado.

CEBADAS PENAS-Como quien dice: penas crónicas.

CEIBAL-Sitio poblado de ceibos.

CEIBO-Arbol de Flores rojas.

CERCO-Cerca-Sebe. Alambrado.

CERDIAR. Sacar la cerda á un animal. Costarle á una mujer la trenza.

CIMARRON-Ser arisco: Mate amargo.

CINTARAZOS-Golpes dados de plano con el sable.

COGER-Malisima palabra. No se emplea nunca por tomar, etc. Cohabitar, etc: Convivir.

COLEADOR-Pizpireta. Coleador. Remilgoso. Colalzada: orgulloso.

« CÓMO QUIÉ CAYA LUZ »? Como quiere que haya luz?

COLLA Ó COYA-Indio colla. Mestizo de india y gaucho ó vice versa.

COMO LISTA E PONCHO-Derecho. Ligero.

« COMO SI EL CHANCHO LO CORRIERA »-Anda quien va desalado. Fué « el chancho » un facineroso que, imitando el gruñir del jabali, saqueó y asaltó por algún tiempo á los viajeros solitarios de los alrrededores de Buenos-Aires.

COMPADRITA-Gauchita: Graciosa; muchachuela interesante. Es compadrito lo bonito.

COMPONER-Poner á régimen el caballo varearlo para que esté listo para la carrera. Descomponer: intrigar.

« CON EL UNGUENTO DEL LA-

TÓN NACIONAL »-Con los espaldarazos, ó cintarazos, dados por el soldado.

COMPADRITO-Mocetón farfantón, dicharachero y peleador hasta por gusto. Como Taura, Terne, Taita, y mil otras expresiones más que caracterizan al valentón argentino.

CONCHABAU ó CONCHAVADO-Empleado: hombre sin talento para bastarse por si solo.

CONCHABAR-Emplear. Conchavar.

CONCHABO-Acción y efecto de conchabar: conchavar.

COPA-(La copa) Toda bebida tomada fuera de las horas de las comidas, es copa.

COPAR-Más ámplio que en el castellano, se refiere al juego ó á la vida.

COPLAR-Decir ó cantar la copla.

CORNETA-Incomodo. Buey de una asta sola. Majadero.

CORONILLA-Arbol.

CORTE Ó QUIURTE-Quiebro del cuerpo en el baile: zandunga, salero, etc., de los italianos que se quieren hacer camperos.

CORSARIOS-Perversos y al propio tiempo diablos: hombres dificiles de poner en aprietos.

CORTADOS-Desertores de la tropa: gente aislada ó falta de recursos pecuniarios. Cortado: sin blanca.

CORTAR LA PRIMA-Suspender la música para que se oiga la voz del bailarin, cuando este diçe su copla: esa especie de saeta, heredada seguramente de los cantes andaluces.

CORRALÓN-Enorme patio cercado.

CORRENTADA-Gran corriente.

« CORRER CON LA PARADA »-Asustar al adversario con la manifestación, falsa genealmente, de la seguridad de ganar; á fin de qué éste, no accepte, creyendo perder, una apuesta que ganaria de seguro, si la aceptase.

« COSA MALA »-Aparición multiforme, con que, creé la gente campesina, se presentan á pedir oraciones, las almas de los extintos en pecado.

« COSTILLAR CON CUERO »-Porsión de res que se asa con la piel; tal cual sale de la vaca. Carne con cuero.

CRIULLO-Criollo. Hombre habil. Dictado elogioso.

CRISTO-Un Cristo : un tonto. « ¡ Qué Cristo! »

CUADRA-Recinto donde habitan ó pernoctan los soldados.

CUADRA-Porción de terreno que forma generalmente una manzana.

CUARTIAR-Tirar á la cuarta ó cincha. Ayudar á alguién.

CUARTA-A la cuarta: á la cincha: con ayuda agena. A duras penas.

CUCHARA-Meter su cuchara: hablar.

CUERIAR-Sacar el cuero al animal. Criticar despiadadamente á una persona. Matar.

CUEREO-Sacar el cuero.

« CUIDAR LA GÜELTA »-Atencionar; desconfiar del caballo que se monta, porque tenga mala vuelta; porque sea rápido, ó porque salga despapado, etc., al sentir que el ginete apoya el pié en el estribo para montar. Por extensión se « cuida la vuelta » á todo ser de quien haya que precaverse.

CUMBRERA-Tirante central de la armazón del techo de un rancho.

COMESARIO - CUMESARIO-Comisario.

CUBIJA-Casi nunca.Cobertor. Manta

CÔBIJA-Ropa de cama.
CUSCO O CUZCO-Perrillo; por extensión todo ser incómodo.
CUCHILLA-Sierra; mota de terreno: loma.
CUJA-Cama.
« CURRUN... CURRUN... CURRUNCO »-Onomatopeya del sonar de las bordonas en la guitarra, cuando se toca en ellas el Gato.
« CURAU DE EMPACHO » (ó curao)-Es el que no se inquieta por nada; aquél á quien nada se le indigesta; el que es desenrredador: hábil para salir de apuros.
CURUPY-Arbol: Curupay de los botánicos?
CURUPISAL-Monte de curupys.

## CH

CHÁCARA: CHACRA-Granja; cortijo, etc.
CHACARERO-Cortijero: labrador.
CHACARITA-Cementerio cuyo sitio baldío servía de plaza militar á los chicuelos que raboneaban (faltaban á la Escuela sin permiso de padres ni maestros) en los primeros tiempos de nuestra organización escolar.
CHAMICA-Chamiza (?) Chamizo.
CHANCHO-Cerdo. Canalla.
CHAJÁ-Ave. Hombre prevenido.
CHARABÓN-Avestrucita: ñanducita: niño. Hombre inexperto.
CHARRÚA-Indio; por extensión califica así el porteño (bonaerense) á todo ciudadano oriental mal educado.
¡CHÉ!-Ola!
CHICOTE-Látigo.
CHICHONES-Personas incómodas.
CHIFLE-Caña ó asta de animal con tapa donde lleva agua el viajero de los llanos.
CHIMANGO-Pájaro.
CHIJETE-Chijetazo: Escupitajo. Ruido de la deposición del pato.
CHINA-Mujer del pueblo.
CHINCHULINES-Intestinos.
CHINGAR-Errar: marrar: chasquearse. Fallar.
CHIRIPA-Casualidad.
CHIRIPÁ-Poncho ó ruanapuesto entre las piernas á guisa de pantalón.
CHINGUE-Mal pliegue de un prendido: « Andás llena e chingues ». Falda con chigues
CHOCLO-Mazorca de maiz tierno. « Mostrar el choclo: mostrar los dientes.
CHOCLÓN-Juego de azar.
CHOCOLATA-La sangre de las narices.
CHOTIAU-Fullero. Canalla.
CHÖTO-Desdichado: un infeliz. Egoista. Canallesco.
CHÚCARO-Animal ó persona huraña.
CHUÑA-Ave y vaya, ó broma. « No me vengas con chuñas á mi! »
CHUÑO-Fécula de papas.
CHURRASCO-Asado.
CHURRASQUIAR-Comer, aunque no sea asado.
CHURRI-Persona ó cosa de mal gusto. Guarango.
CHUSMA-Los chicuelos y las mujeres.
CHUSPA-Vegiga del animal ovino donde el gaucho guarda el tabaco.
CHÚPATE ESA! Y VOLVÉ POR OTRA!-Se le dice á quien recibe su merecido en golpe ó en acción que le escueza.

# D

« DARLE GUSTO AL OJO »-Mirar a alguién con deleite.

« DE ADÓNDE YERBA..... PURO PALO » ó solamente : ¡ DE ADÓNDE ?-Expresión dubitativa.

DEA-Dé.

« DECÍSELO (ó contáselo) Á CERRUCHO »-Cuénteseló á su abuela.

« DE COLA ALZADA »-Como el gallo, ó el pavo real : orgulloso : « Vas muy de cola alzada »!

« DE FIJO »-Seguramente.

DEJAR EL CUERO-Morir.

« DEJAR FRITO »-Matar á alguno : atontarle ; aturdecerlo.

DEJAME, MOVÉTE, etc. : Déjame, muévete, etc.

DE JURO-Defectivo de seguramento.

« DE LA PLATA, OLVIDANDONOS DEL PLOMO »-Como quien dice : comerciando, cuando deberiamos pelear. Por las buenas.

« DELE DURO »-Grito con que se azuza.

DENGUEO : DENGUEAR-Hacer dengues, ó el dengue mismo. « No andés denguiando, etc.; partes del verbo.

« DEME RIENDA »-Ó DAR RIENDA á alguién : hacer ó dejar correr.

DENTRAMOS-Comenzamos : entramos.

DERECERA - Derechura. Derechamente.

DESCOMPONER-Manejar una intriga poniendo á alguién mal con quien le puede hacer daño.

« DE PARADA »-Centinela ó consigna : puesto habitual de un guardia civil. « Está en su parada »: donde para ; en su puesto.

DESBANCAR-Vencer á alguno quitandole la mujer ó el dinero.

« DESCUBRIR LA HILACHA »-Dejar entrever las intenciones : lo contrario de « hacer mostrador », que es aparentar se hará lo que no ha de hacerse.

DESPACITO-Paso : lentamente y bajo, en el hablar. Con blandura.

DISOCARSE-Sacarse las choquezuelas, ó los tobillos. Despiarse.

DISPARAR-Huhir ; salir velozmente corriendo por cualquier motivo. Un disparador : un follón.

DISOCAU-Despiao : Atrasao de los vasos ; animal ó persona renga ó manca.

DOMADAS-Domas. Ejercicio de domar, amansar potros.

DOMAR-Amanzar un potro. Amilanar á un bravucón.

# E

« ECHAR LO CONTRARIO Á SUERTE » (que es, culo) ó « DARSE GÜELTA LA TABA »-Salir lo que no se espera.

« EL PAGO DE LA VACA EMPANTANADA »-Que cornea al que la saca del pantano.

ELEICIONES-Elecciones. Igual transformación en casi todas las palabras semejantes.

EMBUCHAO - Embuchau Secreto. « Vos tenés algún embuchao ».

EMPAQUETARSE - Endomingarse : vestirse paquete, ó sea esmeradamente.

ENAMORISCARSE-Calentarse : enamorarse mucho, pero carnalmente.

ENALTAR-Levantar : acrecer.
ENANCAS-En ancas.
« EN ANTES »-Antes.
ENLAZAR-Pialar : tomar con el lazo.
« EN LA JUGADA »-En el juego : en el paro ; ó durante éstos.
ENSARTAR-Alancear. Das una puñalada. Hacer caer en la trampa.
ENCORRAOS-Encorralaus Acorralados ó Encorralados.
« ENLAZAR DE CODO GÜELTO »-Arrojar el lazo de cierta manera.
ENTODABIA - EN TUAVIA, EN TOAVIA-Todavía.
ENTONADO- ENTONAU-Orgulloso. Entonao. Insolente.
ENVENAO-Cuchillo, con puño ó mango de vena.
ESCARCIAR, ESCARCEAR-COMO ESCARCEO-Hacer corbetas y piruetas el caballo. Resentirse una persona : levantarse con dos piedras en las manos.
« ESCUCHAMELO A ESTE NENITO »-Como : mirá lo que dice ! Quién le va á creer ?
ESTANCIA-Explotación rural. « Tener estancia » ser rico ; poderlo robar sin remordimiento : « Tomá, nomás, mi jito ; que el dueño desta caña tiene Estancia ! »
ESTANCIERO-Dueño de Estancia.
« ESTÁS HUIDO »-Estar como el gato escaldado. Acobardado.
« ESTILO »-Género de acompañamiento en la guitarra, de una décima ó de una copla gauchesca.
ESTRECHO-Por antonomásia, el de MAGALLANES.
EXTRANJIS-Extranjero. « Viene de estranjis », del exterior. Habla extranjis.

## F

FACÓN-Faca ; puñal : caronero ; gran cuchillo. Machete.
FANDANGO-Bochinche ; barullo : zalagarda.
FARRIAR, FARREAR-Divertirse generalmente de noche, con licores y mujeres. El que va á farriar, no juega : las apuestas por dinero son casi un trabajo, y la farra es esparcimiento. De faramalla (?)
FLETE-Caballo. Hombre diablo : « Ese es un buen flete ! » Buena pilcha ! Mujer ligera.
FIERRO-Martín : el heroe del poema gnostico argentino, del vate primitivo Don JOSÉ HERNANDEZ : el único creador de tipos nacionales ; y que con Sarmiento, parece extranjero en su tierra : tan distinta es su obra á las de los compatriotas.
FILLINGO-Cuchillo. Como mangorrero ; envenao ; escarbadientes, etc.
FILIAR-Mirar de hito en hito : observar.
FRANCHUTIS-Francés ; como BISTEQUE, inglés ; y por extensión à todo italiano, TANO, por estimarlos á todos ellos Napolitanos ; como todos los españoles son gallegos, y todo extranjero, gringo.
FIRULETES.Adornos ; afeites en el individuo ó en la cosa de que se trate. Flores retóricas.
FLORCITA-Un florcita : un lechuguino ; un zambullidor : mozalvete emperejilado : gomoso.
FULO-Aturdido, loco de susto, de agitación ó de apuro. Pálido.

## G

GABIÓN-Fullero; hombre de quien hay que cuidarse. Ser rapáz. Acaso por similitud con gavilán? GABILANÓN?

GALERA-Diligencia.

GALPÓN-Almacén. Depósito. Construcción á la ligera.

« GANAR EL TIRÓN »-Aventajar en la acción ó el pensamiento á alguién. Puertiar.

« GANAR LAS LANAS, Ó LAS PLUMAS, Ó LOS CUEROS »-Acostarse: dormirse sentado.

« GANAR LA PUERTA »-No dejar salir á nadie de un sitio ó de un enrredo, interponiendose malevolentemente.

GATO-Baile nacional.

« GARRA DE CUERO »: Pedazo de cuero inútil. Hombre ó mujer muy viejo. Desecho.

GAUCHAJE-Los gauchos. Gaucherio.

GEDER: Gediondo, etc., heder.

GEDIONDO-Hediondo.

GLICINIA-GLYCINA: WISTARIA: Arbusto y enrredadera.

GNOQUI-Especie de fideos. Pasta italiana.

GOLPIAR-Golpear. Dar golpe: obtener resultado en una correria ó empresa.

GRAMILLA-Pasto: Grama pampeana.

GRINGO-Extranjero: ya casi no es despreciativo, sino cariñoso: buen gringo: guen gaucho.

GRINGADA-Inexperiencia. Maturrangada.

GRULLO-Potro: y dinero: Los grullos: los pesos. 1000 Grullos: 1000 pesos.

GUACHINANGO-Guacho; guarango cursi.

GUACHO-Dictado despreciativo: sin padre conocido. Animal abandonado por la madre.

GUARANGO-Incivil. De mal gusto.

GUASCA-Tira de cuero. Carne dura.

GUASQUIARSE-Guasquearse, darse cuerda: exacerbarse.

GUAZÚ-Rio grande.

GÜENO-Bueno: GÜEN-buen.

GURUPY, ó Gurupi (croupier?) asociado en el juego.

## H

HABILOSO-Habilidoso. Ladino.

HACE-Haz. Hacéme: Hazme, etc.

HACENDADO-Estanciero. Propietario de explotación rural.

« HACÉ LA PATA ANCHA »-Haz cara al enemigo. « Hacer Jabón-Tener miedo. Hacer punta-disparar.

« HACER PARIR »-Empujar; atropellar. Jareta; apretar.

« HACER PIE FIRME »-Resistirse.

« HACER COMER COLA »-Dejar á alguien atrás.

« HACER SEBO »-Holgazanear.

HAMACAR-Marear; mecer. Menear.

HEMBRAJE-Las mujeres.

HIERRA ó Yerra-Faena de la marcación del ganado: herradero.

HUMITA-Manjar compuesto de choclo rallado.

## I

IJADA-Hijar y viceversa.

« I MUERA BIEN SI NUNCA MÁS NOS VEMOS »... « Tal dia hará un año ». Poco me importa de usted ni del asunto.

INDIADA-Muchedumbre de indios amotinados: torpeza: cosa de indio.

« IRSE EN VICIO »-PASARSE DE PATO á Gallareta. Extralimitarse en algo ó con alguién. Hacer lo que no se espera. « Tomarse muchos números en la Rifa. » Tomar el brazo á quien le dá la mano.

## J

« JARABE DE PICO »-CHÁCHARA-Parloteo. Habladurías.

« JARABE DE TALA »-Palos: garrotazos. Paliza.

JARDINERA-Carrito; Tilburi: vehículo pequeño.

JARETA-Apretar el ganado vacuno entre dos filas de ginetes que pechan á las reses, para que estas salgan con sus crias fuera del núcleo.

JARRÓN-Jarrete. GARRÓN.

« JESÚS... QUE LOSA »!-Como: ¡ Qué delicao! ¡ Valiente, el hijo de rico!

JIPAR-Hipar. Jadear.

« JUGAR HASTA LA RAIZ DEL PELO »-Jugar cuanto se posée.

« JUHIRÁN AHORITA »-Huirán de un momento para otro.

JUNA!-Ah, hijo de una... AY JUNA MANTE TRAIDOR: Ah! hijo de un... amante traidor!

¡JUNAMENTE!-Como « qué lástima »! ¿ « Es posible » ?

JURAMENTE-De seguro: seguramente.

## K

KEROSSENE-Aceite de lámparas.

## L

LA CAPITAL-Buenos-Aires.

« LA CHUSMA DE LATÓN »-La gentualla de sable: los vigilantes. Milicos.

LADÉESE-Hágase á un lado.

¡ LUSTRINA!-Como: « ¡Jesús qué losa! » « ¡ Qué delicadeza! »

« LA MEDIA QUE ATO... » Las médias son las carteras del inmigrante en América. Tiralira.

« LA PELADA »-La muerte. La larga. La fría.

LARGADAS-Partidas; envites de caballo á caballo en las carreras.

LARGADOR-Quien suelta la majada. Ó la carrera.

LATA-El peso plata; y también: chasco, broma pesada, y sable.

LATAS-Pesos, menguengues, dinero.

LATÓN-La espada.

LAUCHA-Ser revoltoso.

LAVATORIO-Aguamanil.

LAZO-Trenza de cuero para tomlar animales.

LECHIGÜANA-Colmena y avispa.

LECHUDO-Suertudo; de buena suerte.

« LINGUA MADRE »-Genovés (dialecto).

LINGUIERA-Bolsa en que se lleva la ropa.

LOBIZONES-Aparición nocturna.

LOBUNO-Caballo de pelaje color de lobo.

LOMADA-Loma, eminencia de terreno.

« ¡ Ah, malhaya que en tu pecho
No se haga nunca barrial:
Que es lomada pa el ivierno
Macuca pa peludiar! »

LONJA-Cuero sin pelo: correa.
LONJIARSE-Pelarse : lastimarse.
LORO-Caballo loco. Atropellado.
LOS NACIONES-Los gringos : los extranjeros, todos.
LOTE-Un lote: un tonto: zafio: paleto. Ó un loco: locazo.
LUNAS-Enojos: momentos de mal humor. Noches de estio.
LUZ MALA-Viuda: Lobizones, etc.: Aparición del alma en pena de algún paisano muerto en pecado, que solicita oraciones.

## LL

LLAPA-Más generalmente YAPA-Alafia: regalo. « Dar de yapa. »
« LLEVAR EL APUNTE »-Hacer gran caso de alguién, ó de algo.

## M

MACACHERA-Como Añang : Diablo.
MACACHIN-Planta y fruto de la misma.
MACANAZO-DISPARATE. Enormidad. Bolazo.
MACETA-Bichoco; zancocho; sotreta; mancarrón: mal caballo que tiene hinchadas las rodillas y tobillos.
MACHAZO-Grande. Macuquino.
MACHAJE-Reunión de hombres: grupo de machos : los hombres.
MACIEGA-Hierbas salvajes y altas.
MAINUNBÍ-Picaflor.
MAJADA-Manada ó hato. Sociedad.
MALACARA-Careto.
MALAYA-Ah malhaya ! Ojalá ó amén: asi sea. Maldito sea !
MALEGO ó Malevo-Hombre peleador. Animal dañino.
MALOCA-Malón. Acometida de indios. Correria de indios.
MAMOLAS-¡ Como no ! ¡ Pues no ! ¡ Qué esperanzas ! No hay cuidado que ocurra tal cosa.
MANADA-Tropa de yeguas: tropilla.
MANCARRÓN-Mal caballo.
MANDAOS-Mandados ; que no obran por cuenta propia. Despectivo.
MANFLORA-Mujerengo. Marica Afeminado.
MANGANGA-Abejón.
MANIADOR-Maneador : Tira de cuero para atar al animal.
MARCAR BARATO-Marcar ganado ageno con su marca: abigeato.
MARCANTES-Marcadores : Peones encargados de aplicar la marca al animal.
MARCHANTE-Parroquirano; cliente.
MARICA-Cobarde. Afeminado.
MATE-Calabaza é infusión del mismo nombre que se escancia en aquella.
MATIAR-Tomar mate. Visitar.
MATRERA-Persona que huye de la Justicia: bestia alzada.
MATUFIA-Engaño. Pilleria.
MATUNGO-Mal caballo.
MATURRANGUIAR-Hacer inexperiencias.
MATURRANGO-Como al hombre mal jinete, se le aplica al mal caballo.
MAULA-Cobarde. Animal flojo.
MAZHORCA-Partido politico del tiempo de Rozas.
MBURUCUYÁ-Planta.
MELIADOR-Catador. Busca miel.
« MENEARLE AL TRABAJO »-Afaenarse: atarearse.
MENJUNJE-Menjurje. Mescolanza champurriau.
MENSUAL-Peón tomado por mes.

MESTISADA-Mestizada, tropa de reses de cruza.
MESTURADO-Mesclado. Mestizo.
MIAJA-Migaja. Resto.
MILICO-Soldado. Miliciano.
MILONGAS-Cantares gauchescos.
MIMO-Mismo : lo mismo.
« MIMO Á LO MASERIO »-Ni aún á lo más sério.
MINAS-Hetairas : mujerzuelas.
MOCERÍO-La reunión de gente moza.
MORAO-Flojo ; cobarde.
MISIA-Señora. Vejancona.
MOSTRÁ-Pruébalo.
MONTONERO-Guerrillero americano. Pandillero. Pandillista.
MOTA-Pelo del negro.
« MATARLE Á ALGUNO LOS PIOJOS »-Pegarle un palo en la cabeza.
MORRA-Juego de los italianos.
MUJERERÍO-Reunión ó muchedumbre de mujeres.
MUCAMA-Doméstica. MUCAMO : Doméstico.
MULITA-Tatú y hombre flojo ; cobarde. Indeciso. Maula.
« MUY DE UNA VEZ »-Inmediatamente ; de todo en todo.

## N

NACO-Tabaco para mescar ; en piola. Susto : Sorpresa.
NAQUIARSE-Asustarse.
NACIÓN-Todo extranjero ; especialmente el italiano : « Un nación ».
NAIDE-Nadie.
NENE-Un hombre diablo.
NOVEDOSO-Lleno de novedad.
NOVILLO-Toro castrado. Barbilindo.
NUEMBRE-Nombre.
NUTRIADA-Caza de nútrias.
NUTRIAR-Ir á nútrias.

## Ñ

ÑA-Doña. Ña Toribia : á un ñato. Chato.
ÑACURUTÚ-Lechuzón.
ÑANDÚ ó ñanduz-Avestruz de las Pampas.
ÑANDUBAY-Abol y poste : mimosea.
ÑAÑA-Tonta. Chicuela.
ÑATO-Romo ó de nariz respingada.
ÑUDO-Nudo. Entrevero. Pelea.
ÑAUPE-En tiempo de ñaupe : muy antiguamente.

## O

OCOTE-ANO de la gallina : recto. Agujero.
OREJANO-Que no está marcado Tue no tiene dueño ó no está vendido. Guacho. Mostrenco.
OREJÓN-La carne del durazno seca.
ORILLERO-Mozo que habita los suburbios ú orillas de un pueblo.
¿ OSTR ?-¿ Qué hay con eso ? ¿ Qué me importa á mí éso ?
OTARIO-Tonto. Ingénuo. Necio.
OXUTA-OJATA-Sandalia. Plantilla de cuero ajustada al pié á guisa de calzado.

## P

PA-Para. De pajuera : extranjero.
PABA-O pava Caldera : vasijá con pico para calentar agua.
PAL-Para él.
« ¡ PA TU MARCA NO HAY BOLETO ! »-Algo como : ¡ Vete al Diablo ! Eres invencible : intratable.
PADRILLO-Potro, padre. Hombre prolífico.

PAIS-Pais ; y paisano : « Ese es un buen pais ! »
PAISANAJE-Los paisanos.
PAGA !-Acepto la puesta (parada).
« PAGAR LA COPA » Convidar á beber. Hacer todo el gasto.
PAGO-Querencia ; domicilio. Y acepto la apuesta (el PARO castellano).
PALENQUE-Estacada para atar bestias.
PASTELES-Lo último : (llegar á los).
PASTIZALES-Terrenos de pastos altos.
PASTOREO-Terreno donde se pace.
PANGO-Enrredo-Trampa.Compuesto.
PAJAL-Pajonal Tierra poblaba de pajas. Todo bañado, aun sin pajas.
PARAISO-Arbol (Melia).
PARADA-Plantón ; y chasco inútil.
PARARSE-Ponerse en pié.
PARAO Ó PARADO-Estar de pié.
PARAGALLO - PAPAGAYO - Pájaro y barrilete. Mujer desairada.
PARDA-Basa igual en el juego ; que no vale para ninguno de los contrarios. Á los muy negros : pardos.
PARDO-Negro. Moreno.
PAPELETA-Salvoconducto.
PAREJERO-Caballo de carrera.
« PASARSE EN LAS COPAS »-Embriagarse. Subirse á la parra.
PATO-Juego del pato. Pagar el.
PATACONES-Dinero: pesos. Antigua moneda.
PATIAR-Dar coces el animal. Caminar la persona. Patear.
PATUDO-Patón : de pié grande. Y lerdo.
PARAPATO-PARAPATILLO- Patos y paticos ó patillos :

« De la taba sale el torno,
Del torno sale el tornillo,
De los parapatos grandes
Salen los parapatillos. »

PAVA-Bazin-Calentador. Paba.
PAYADOR-Trovador popular.
PLANCHAR-Dar de planazos ó cintarazos con el sable. Plancha la moza que se queda sentada sin que la saquen á bailar en el baile, ó sarao.
PECHADA-Golpe dado con el pecho: pedido de dinero, prestado, que no se devolverá.
PEGAR LA SENTADA-Volverse : venirse sobre el peligro ó sobre alguno. Arrepentirse de algo.
PEGOTE-Chiquillo : hombre agregado.
PEJE-Pájaro de cuenta: hombre diablo.
PEJERREY-Pescado. Mujer flaca.
PELUDO-Borrachera ; Embriagarse y mamifero : tatú.
PELLA-Crasa del vientre. Barriga.
PELLÓN-Cojin : cojinillo del apero de montar á caballo. Y hombre ó animal flatulento.
PER-Peer : « No te vas á per... der, cuando estés entre la gente. » « Si te per... des, chiflame. » El hombre de campo gusta mucho de esta especie de retruécanos súcios :

« Si es solo pa per... sinarte
No vas al velorio, moza ;
Que estás en tan güenas carnes
¡ Qué te...tas cayendo sola ! »

PINGO-Caballo. Flete como pa putiar alcaldes.
PILCHA-Prenda de uso diario.
PIAL-Lazo : enlazada, acto y afecto Zancadilla, insidia.
PLUMERÍO-Las plumas que escapan al ave herida de munición.
PIALAR-Apealar. Enlazar : cojer á la res con el lazo.
PICHEL-Licor : vino : bebida.
PIJOTERO-Mezquino : regateador ; desconfiado.

PIJOTIAR-Mezquinar. Regatear.
PICLO DE VIRGÜELAS-Viruelento: atacado y marcado por las viruelas.
PINGO-Caballo. Marimacho.
PICAZO-Animal de cuerpo obscuro y cabeza y patas blancas: Enojo « Montó el picazo »-Se enojó.
PILCHA-Prenda de uso. Querida.
PITADA-Fumada : chasco : broma.
PITAR-Fumar : embromar.
PLATA-Dinero. Aun el papel moneda.
PLATUDO-Adinerado. Andar platudo.
POLLERA-Falda de vestido.
PONCHAZO-Golpe dado con la ruana. O con una bolsa.
PONCHO-Ruana. Ponchada: bolsada.
PORDELATIAR-Llevar por delante, de palabra á de hecho.
« POR LADAIDO »-Por fregado : por insignificante ó por malo.
PORORÓ : pororóroró : ruído que produce el grano de maíz al ser frito.
PORTEÑO-De Buenos Aires.
PORRA-Enrredo en el pelo ó cerda de un animal.
PORRUDO-Sucio : abandonado : odioso. Desgreñado.
POSTE-Palo fuerte para cerca. Hombre tumbón.
POSTURA-En la guitarra, el acomodo de los dedos en los trastes.
PUEBLERO-Forastero; extranjero.
PUESTO-Dependencia de estancia.
PUESTERO-Empleado que tiene el puesto.
PULPERO-Almacenero. Tendero.
PULPERIA-Almacén. Tienda.
PULPIAR-Comer puchero Mondarse.
PUNTIAR-Hacer cabeza ó punta en la carrera. Descollar.
PUTIAR. Insultar. Enojarse.
PUNTA-Cantidad de hacienda ; resto de tropa ó majada. Cantidad de hombres ó cosas.
PUNTERÍO-Estaban el punterio. Hacer puntos al juego.

## Q

QUEBRADA-Quiebro y ribazo. Dengue.
QUE PELADA-(De frente) Qué chasco.
« QUE PIALEMOS LOS DOS DEL MESMO MODO »-Que séamos de un igual parecer y sentir.
QUINCHO-Techo : cobertizo. Pared.

## R

RAJADO-Rasgado. Rajau : insulto soez.
RAJIDO-Rasgueo : repetición de la misma armonía en las cuerdas de la guittarra.
RAJUÑAR-Rasguñar.
RANCHO-Habitación. Azotea.
RANCHADA-Varias habitaciones.
RASTRILLAR-Montar ; prevenir el fusil para descerrajarle.
REBENCAZO-Golpe dado con el rebenque (látigo). Sorido.
REBENQUIAR-Apurar. Latiguear.
REDOMÓN-Potro á medio amansar,
RECADO-Apero de montar á caballo. Recau.
REDOMONIAR, Ó REDOMONEAR-Amansar. Apaciguar.
REFALAR-Hurtar : robar ; « Le refaló el poncho ».
REFUSILANTE-Relampagueante.
REJUSILO-Relámpago. Retucilar.
RELACIÓN, Ó RILASION-Relación : recitado. Canto.

REIZ-Raiz, y viceversa.
RELAMBERSE-Relamerse. Y lamber, lamer: como: refalarse por resbalarse, etc.
RENECRIDO-Muy negro.
REPUNTEO-Punteo doble, en la guitarra.
RESIDENCIA-Casa de locos en asistencia.
REYUNO-Marcado con una oreja tallada. Hombre inerme. Flojo
RETOBAU-Enojado. Retobado: aforrado en cuero.
RODADA-Acción y efecto de rodar.
RODEO-Sitio donde para generalmente el ganado. Y el ganado.
RODOS-Arodo: « que gasta á rodos ».
ROMAGNOLO-De Romaña.
RONCA-Bravata: brivia: rodomontada. Roncador: Bravucón.
RONCAR-Bravatear.
RONDIAR-Acción y efecto de rondar el caballo: se aplica también al ginete. Hacer la ronda. Vuelta.
ROÑOSO-Mezquino. Sucio.
ROTOS-Los Rotos: los chilenos.
RUMBIAR-Tomar el rumbo, y ostentar lujo. Darse cuenta de algo.
RUMBO-Lujo. Ostentación
RUMBOSO-Aparatoso. Mano abierta.
RUMRUM-Juguete que fabrican los niños, con un botón é hilo, y que puesto en movimiento produce el sonido que le dá nombre.

## S

SACÁLOS CHINA-Sácalos, mujer!
« SACARSE MENTIRAS »-Hacer chasquear los dedos apretándoselos de una cierta manera.
« SALIR A LA CRUZADA »-Arremeter contra alguién de palabra ó de hecho. Retrucar. Replicar.
SIESTA DEL BURRO-Deuna á dos de la tarde.
SIRIRÍ Ó CIRIRÍ-Sate: ánade; y su grito.
SILLÓN-Caballo combado de lomo.
SER COMO CHANCHOS-Seramigos.
SEBAR-Cebar: servir mate; escanciarlo. Sebarse: acostumbrarse.
SEIBO-Ceibo: Ceiba. Arbol (leguminosa).
SOLO-Dar un solo: fastidiar.
SONAS-Suenas. Soñas: sueñas, etc.
SOTERA-Azotera. Azote del rebenque, látigo ó chicote.
SOTRETA-Mal caballo. Hombre falso.
SUERTUDO-Potroso: quien tiene suerte.
SU PLATA-Lo que cada cual merece.
SONSIAR-SONSEAR-Tratar de sonso (zonzo). Zoncear. « No me sonsée, niño! »

## T

TABAS-Hueso del animal ó el hombre, y por extensión, sus piernas.
TABIAR-Tabear: charlar y jugar á la taba. Murmurar.
TACO-Tacón.
TACUARA-Caña. La lanza.
TACHO-Vasija. El reloj.
TALA-Arbol. Todo bastón.
TALERO-Bastón ó rebenque con cabo de madera de tala.
TAMBERA-Mujer que tiene tambo y vaca de leche: Tambero.
TAMBO-Establo, de vacas.
TANOS-Napolitanos: por extensión, italianos y aun extranjeros de cualquier nacionalidad que ellos sean.
TAPERA-Habitación ruinosa: ruina de rancho.

TATA-Papá : tratamiento filial.
TERNE-Diablón ; bellaco ; bravucón.
TENDIDA-Echarse el animal á un lado en la carrera.
TERO-Terutero : ave.
TIRADOR-Cinturón. Bolsillo.
TIRAR-Echar por tierra.
« TIRAR EL COBRE »-Jugar á cara ó cruz ; á sol ó á esfigie.
TIRADO-Caido en tierra. Barato.
TOSCA-Roca : lecho arcilloso del rio.
TONGORÍ-Estómago. Bella.
TRAGO-La bebida. « Se pasa nel trago ». Se emborracha.
TRAGINISTA-Habil para los negocios. Comerciante diablo.
TRANQUIAR-Andar á paso largo ó atrancar la puerta.
TRISTE-Canción. Borracho.
TROPA-Un tropa : un soldado : conjunto de animales tras humantes : tropilla.
TRUJE-Traje. De traer.
TRUCHA-Diablón : liviano pal fillingo : listo para el manejo del cuchillo. Truchimán.
TRUCO-Juego. Y emvite del mismo.
TUCO-Insecto : gran luciernága. Alúa. Cuando cae de lomo, para levantarse, al golpear con las alas en el suelo, produce un sonido que dió acaso lugar á su nombre indigena : tuc... ¡co!
TUCURA-Langosta saltona. Moza flaca.
TUITA-Toda. Todita.
TUMBA-Comida del soldado.
TUN... TUN-Al tun... tun : sin apuntar ; como quiera.
TUTO-« Estar como tuto » : estar furioso : caliente.
TUSAR-Cortar la crin. Cortar el pelo. « Se ha tusau...¿ Vendió su lana? »

## U

UÑA PA GUITARRERO-Tenre uñas pa guitarrero : ser hábil para alguna cosa. Dispuesto.
UPITE-Ano de la gallina : como OCOTE (?).

« Hacéme un quite,
Con el upite;
Hacéme un corte
Con el ocote ».

USUTA-Ojota : sandália. UXUTA-en algunas provincias.

## V

VALIENTE !-Como, Jesús ! Qué delicadeza !
VAQUILLONA-TERNERA : Vaca joven. Moza frescachona.
VARIADAS-Ejercicio de partidas en caballos de carrera.
VASO-Callo. Baso, más común.
VELAYLO-Helo ahi.
VERIJA-V. Berija. No « la región de las partes pudendas » sino ijares, ó ijadas : La yegua tiene verijas ó berijas.

« ¡ Viera al Diablo ! Uñas de gato, etc. Medias hasta la verija, » etc.
Del Campo.

VELORIO-Velatorio. Velación.
VILLAITA-VILLAITA-VIDALITA-VIDALITAY-De las cuatro maneras he oido nombrar en distintas provincias á la canción dejativa y quejumbrosa de nuestros paisanos
VICHAR-V. Bichar. Y no vichear ; bichar : espiar, atisbar mirar.
VIUDA-Aparición : como la luz mala toma varias formas. Lobisones.

VIZCACHA-Cuadrupedo. Biscacha.

VIZCACHERA-Cueva del cuadrúpedo llamado Vizcacha : el gaucho dicè : Biscacha ; Bicachón Bicachita.

VOLUNTARIOS-Amansados, adiestrados. Que no necesitan látigo.

« VOLVERSE LA VACA TORO »-Salir lo que no se espera.

VORASIAR-Pintar ; hincharse ; aparentar más de lo que se tiene, ó echar la casa por la ventana. Voracear.

VOS-Tú. Bos... ta... mbién : insulto.

VUELTO-Dinero que debe volverse. « Le dió el güelto »: le dió su merecido.

## Y

YAGUANÉS-Piojos, y animal de barriga y lomo blancos y flancos obscuros.

YERBA-Infusión con que se hace el mate. Los vicios : yerba y tabaco.

YERBAL-Terreno plantado de árboles de yerba.

YERRA, ó hierra. Herradero ; herración : Faena de la marcación del ganado en la República Argentina.

YUYOS-Yuyal hierbal : malezas : herbal.

## Z

Z. El gaucho no la pronuncia, ni generalmente ningùn argentino; pero como aclaración de la forma con que yo he escrito, la pongo aquí.

ZAFACOCA-Reyerta.

ZAFAU-Desvergonzado.

ZAFADURIA-Desvergüenza.

ZAPATEO-Zapateado : como escobilleo por escobillado, etc.

ZAPALLO-Casualidad. Acertar por carambola. Calabaza. Fruta.

ZONCERA-Zoncería : tontada ; cosa de zonzo : insignificancia : insulséz.

ZOCO-y también TOCO, dicen los paisanos de lo que es muy grande : zoquete ; zocotroco ; zocotudo; morrocotudo ; desproporcionado. De tocón (?) Todo ello pronunciado con s.

*

Y pa concluir esta NOTA
Que es otro TOCO, Letor,
Dino de NOSTALGIA el ZOCO
Que ah malhaya en linde DIOS,
Pa hacértela ver tan corta
Como á aquel que la escribió,
Oí ésto, que á dos camperos
En una yerra ocurrió ;
Cuando en la siesta del burro
Matiaban, pasando el sol.
Dijo el primero al segundo
Á gritos en la riunión :
— Alargue un toco de sándia
Aparcero, por favor !
Que de sé ya estoy gangoso
Y el naipe me ha dau calor...
— ¿ Le cabrá bien este zoco ?
El otro le preguntó,
Meniando una sándia enorme,
Como linguiera e nación.
— Pa su ma... ceta, aparcero !
¡ Juera más propia esa flor !
Pero traigala y prepare
Resistencia pa el tirón ;
Que si á mi me ciñen lazo
Lo corto y con él me voy.
Se rieron todos, y el hombre
Á tragar sándia dentró.

Y el zoco aquél, que alargaron
Al sediento pialador,
Bien ó mal, como en achuras,
Hecho miñangos quedó.
— ¡ Carámba ! — dijo el primero
¡ Qué freno el del mancarrón !
¡ Si cuasi corta el cabresto
De fiero que se sentó !
Lo cual oyendo el sediento
Al punto se levantó,
Y acercándole otra sándia
Le dijo ansina al zumbón :

— Aparcero... Sin vergüenza...
Iguale y... muestre su voz :
Que usté canta por que sabe
Y yo canto de afición.
Y quien hace lo que puede
No está obligao á mejor...
Si á tu vez LETOR, me dices
Que he bordoniau al botón,
Contestaré como el gaucho :
Pues hágalo usté mejor ;
Que á mi, de puntiar la prima
Ya el dedo se me peló.

FIN DEL VOCABULARIO

---

# ÍNDICE

# ÍNDICE



PARTE PRIMERA

## ATRACCIÓN

Lágrima de la nube desprendida
Que el propio peso sepultó en la tierra
Obedeciendo el hombre á su destino
Al gran derrumbe del vivir se entrega...

PARTE SEGUNDA

## LA QUERENCIA

Como el ave perdida en el espacio
Busca el alma en la vida su querencia,
Y patria y nido y amplitud de vuelo
Allí, tan sólo donde triunfa, encuentra.

PARTE TERCERA

## LA CONQUISTA

Con su paciente resistencia, el hombre,
Transforma al hombre que invadió su tierra:
Tan sólo son profundas tus conquistas
¡ Oh, reflexiva y gran Naturaleza !

## DEL MISMO AUTOR:

*El Primer beso* (1882. Imp. La República, Buenos-Aires). . . . . . . . . . . . . . . 1 vol.
*Tú en mí* (1886. Imp. J. Biedma, Buenos-Aires). 1 vol.
*Poesías* (1880-1895. París, Garnier). . . . . 1 vol.
*Croquis de Italia* (1896. París, Garnier). . . . 1 vol.
*Aires de montaña* (1896. París, Garnier). . . . 1 vol.
*Cuentos de mi padre* (1897. Buenos-Aires, Coni). 1 vol.
*Nastasio* (Chartres, Imprimerie Durand, 1899). . 1 vol.
*El genio de la raza* (Chartres, Imp. Durand, 1900). 1 vol.
*Nostalgia* (Chartres, Imp. Durand, 1901). . . 1 vol.

EN PRENSA:

*El Jurado de las sombras* (Poema). . . . . . . 1 vol.

EN PREPARACIÓN:

*Cuentos de Edelina*. . . . . . . . . . . . 1 vol.
*Poesías* (1895-1901). . . . . . . . . . . 1 vol.
*En gaucho* (Versadas, pláticas y chacaneos). . . 1 vol.
*Sobre arte* (Artículos y disertaciones). . . . . . 1 vol.
*Quince dias en Tanger* (novela). . . . . . . . 1 vol.
*Escenas de viaje* (España, Francia, Países Bajos). . 1 vol.
*Por la Pampa y los Andes*. . . . . . . . . 1 vol.
*Cuentos internacionales*. . . . . . . . . . . 1 vol.
*Curado* (novela). . . . . . . . . . . . 1 vol.

CHARTRES. — IMPRENTA DE DURAND, RUE FULBERT